

No me TOQUES el SAXO

Rowyn
Oliver

Este verano...

¡Venite de verbena a Mallorca!



No me toques el
saxo

Rowyn Oliver

Primera edición en digital: septiembre 2017

Título Original: No me toques el saxo

©Rowyn Oliver 2017

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©belchonock

Diseño de portada: Olalla Pons

ISBN: 978-84-16927-56-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A mis amigos de verbena, que muchas noches mágicas llenen nuestro verano.

Esta noche es la noche

Cristina

—¡Quiero tocar tu saxoooooo!

Ahí está Marina, borracha como una cuba. Cualquiera le dice que está dando un espectáculo tan grande como el de la orquesta de pueblo a la que la he arrastrado a ver.

—Tienes razón —me dice respecto al comentario que hice para convencerla de venir precisamente a esta verbena—. ¡Me encantan!

Le dije que tocaban uno de los mejores grupos verbeneros de la isla. Y bueno... puede que sea cierto, desde luego la voz del cantante enamora y las imitaciones que hace de los grandes éxitos son soberbias. Sonrío y meneo la cabeza siguiendo el ritmo. Lo hago para disimular y que Marina no note que mis nervios están a flor de piel, que mi corazón se acelera con cada acorde y que mi respiración se entrecorta.

Mis sentidos ahora mismo no están al cien por cien puestos en mi amiga, sino precisamente en el grupo que tan emocionada escucha. Aunque no por la razón que ella cree.

Marina me sigue hablando como si yo fuera sorda. Algo que está claro que voy a ser, si sigue gritándome en la oreja mientras me abraza.

—Cristinaaaaaa, ¡te quiero!

¡Oh qué guay! Pasamos de la exaltación de la amistad al más puro amor. Quizás otro cubata no sea buena idea.

Marina, siempre tan cariñosa, me besa en la mejilla y salta al ritmo de la música.

—¡¡¡Uuuuhooooo!!! *Dolça besada de gust de que s'acaba. Punt i principi de viure sense tu!*

Esto ha llegado a su apogeo, lo noto cuando se desgañita con la versión que la banda verbenera hace del clásico del grupo mallorquín Antònia Font.

—*I arriba un dia que sa vida és un teatre que se diu felicitat. Primavera i Trinaranjus amb qui més has estimat...* —¡Bah! Yo también me desgañito. ¿Para qué voy a amargarme?

Empiezo a saltar y nos volvemos locas mientras ella se deja seducir por la banda que, muy a mi pesar, toca tan bien que no puedo concebir nada mejor para estas calurosas noches de verano.

Pero no estoy aquí por la banda en sí, sino por algo que llevo persiguiendo mucho tiempo. Yo planeo un golpe maestro que no le he dicho a nadie, ni siquiera a Marinita.

La gente alrededor salta, baila, grita y yo flexiono mis rodillas una y otra vez. Muevo los brazos y cierro los ojos, para después abrirlos y fijarme en un hombre en concreto que me ha llevado hasta allí.

Me fijo en el saxofonista del grupo y de repente no todo parece tan divertido. Finjo que sigo eufórica mientras mi sonrisa se congela en mi cara. Y es que el nudo en el estómago está muy lejos de hacerme sentir euforia o felicidad.

Mis ojos se desplazan sobre los componentes del grupo verbenero. Reconozcamos que el cantante es de lo mejor, lo da todo, pero también estoy segura de que la gente canta desahogada, enfebrecida por el exceso a alcohol y no porque sean el mejor grupo que han visto jamás.

—El cantante es tremendo —me sigue gritando Marina—. ¡Y está tremendo! —añade.

No puede pasar de hacer el comentario mientras sus ojos lascivos le recorren de arriba abajo. Pelazo moreno, bronceado, ojazos azules y unos bíceps que podrían levantarnos a las dos sin que cierre los ojos aleteando esos pedazos de pestañas negras.

—¡Dios! Quiero uno de esos.

Marina se vuelve loca cuando el cantante le guiña un ojo.

A mí, muy por el contrario, me entra el pánico.

Me da igual lo bueno que esté, no pienso consentir que se tire a ninguno de los que está sobre el escenario. Definitivamente no puedo permitirlo después de lo que pienso hacerles.

Miro sobre mi hombro, preocupándome por nuestra amiga Irene, que hace un buen rato ha desaparecido entre la multitud de la verbena para buscar un par de cubatas. No aparece. Me resigno a volver la vista al frente y observar de nuevo al grupito de machotes que toca como si no hubiera un mañana.

El batería es un genio, para qué vamos a negarlo si tiene un solo cojonudo, el bajo no se queda atrás, y el guitarrista es Dios renacido, pero ninguno de ellos me quita el sueño. Finalmente... finalmente él. ¡Él! Ahí está acariciando el saxofón como si fuera una mujer en medio de un erótico tango.

—¡Bah! —Por favor, cómo le odio.

Entrecierro los ojos y aunque mis rodillas se flexionan ya no salto con el entusiasmo de antes. No, ahora estoy concentrada saboreando lo que va a acontecer en la próxima hora.

—¿Te pasa algo? —me pregunta Marina de repente.

—Noooo... —Empiezo a reírme como una loca, y levanto los brazos, agitándolos a un lado y a otro.

Me río. Risa malévola.

—Estoy a toopeeeeeeee.

Marina me sigue el rollo y grita más alto.

¡Sí! Mis pies vuelven a desprenderse del suelo, noto la adrenalina recorrer mis venas y salto.

Marina a mi lado se vuelve loca ante mi subidón.

—¡Así me gusta, Cristina! ¡Desmelénate!

Grita y menea la cabeza para que su melena morena le tape la visión.

—¡Hoy es la noche! —le grito sobre el estruendo que genera la multitud a nuestro alrededor.

Sí, lo es. Me dejo llevar por la sensación de euforia que yo misma he provocado. ¡Es la noche! Lo sé, cuando mis ojos no pueden apartarse del saxofón. EL SAXO. Así, en mayúsculas.

Asiento, mientras estrecho la abertura de mis ojos.

—¡El saxo es mío! —Con el ruido nadie escucha mis palabras a media voz. Puede que Marina me haya visto mover los labios con mi cara de determinación. Esa expresión que la acojona porque soy capaz de cualquier locura. Me vuelve a mirar, y al principio no dice nada, sigue saltando con los ojos de asombro fijos en mí.

—Vaya chica —me grita—, qué pasión le has puesto a esa frase.

—¿Qué frase?

—La de... ¡El saxo es mío!

Es que es mío, aunque ella todavía no lo sabe, ni él tampoco, para su desgracia.

Estoy segura de que cree que hablo del saxofonista, pero ni por lo más remoto. Antes me tirarían a un tronco de palmera que a ese ladrón. Pero su saxo... su saxo sí, ese trozo de metal digno de ser tocado y acariciado por mis delicadas manos... Sí, ese sí que es mío, completamente mío.

—Seeeeeeeee... ¡Ese saxo es mío! —grito con más fuerza y me siento sabedora de una verdad absoluta.

No sé por qué grito, pero lo hago y me desmeleno como Marina. Puede que porque llevo demasiado tiempo con ese dolor de cabeza y por fin hoy me lo voy a quitar de encima. O bien, porque *litros de alcohol corren por mis venas*, como dice la canción de... no me acuerdo que grupo. De hecho, mi cultura musical está bastante limitada, solo entiendo de ópera, música clásica y jazz, concretamente de saxofones. Bueno y cuando voy muy borracha puedo enloquecer por cualquier canción de los Scorpions o Him. Sí, una es muy rara y tiene sus excepciones.

Me encantan los saxos, y el jodido tío que está acariciando mi saxofón, toca como un dios pagano.

Aceptémoslo, le odio, pero al César lo que es del César.

Mi momentánea euforia hace que me olvide de mi cabreo monumental, ese que llevo arrastrando desde hace semanas, desde que mi padre hizo lo que nadie debería hacerle a un saxofonista. Respiro hondo y sigo saltando. Quiero dejar por un instante la amargura que me posee cada vez que veo al saxofonista del grupo *Bright lemons* y disfrutar del maravilloso sonido que produce el muy cabrón.

Alzo los brazos y mis ojos se clavan en los suyos.

Solo un momento. Un segundo. Pero suficiente como para que él sepa que vuelvo a estar ahí, en primera fila, mirando cómo hace magia con sus dedos. Vuelvo a mirarle un instante en que nuestras miradas se cruzan, como ya han hecho otras veces, haciéndome sentir en el estómago sensaciones que no debería sentir, y mucho menos por él.

Pero la magia del momento no se rompe. Mientras ama la boquilla del instrumento, su mirada se ha quedado atrapada en la mía. Ciertamente le adoraría si no quisiera arrancarle los brazos.

Aparto la vista y sonrío, hasta que después la risa da paso a una carcajada.

Estoy como una cabra, pero es por el exceso de alcohol, el que al parecer voy a seguir ingiriendo si quiero darme valor para hacer lo que quiero hacer.

Como si hubiera clamado por agua en el desierto veo a Irene surgir entre la multitud.

—Estoy aquíí. —Ella aparece fresca como una rosa, con esa sonrisa de oreja a oreja a la que yo llamo: sonrisa verbenera.

Se acerca a nosotras con sus manos ocupadas con una nueva *pomada*. La bebida típica de aquí, de ginebra combinada con limonada, que sabe a rastrojo, pero que nos bebemos para hacer patria.

—Sí que has tardado, chica.

Irene asiente a Marina y sonrío. Nuestra querida abogada, que se desmelenan en las noches veraniegas, lleva de serie su sonrisa de viernes a domingo. Esa que le da una cara de extasiada inocencia y que delata que se lo está pasando de puta madre. Sus ojazos verdes destellan.

—A Cristina le gusta el saxo —es lo primero que le dice Marina cuando la ve llegar.

Vaya, genial. Creo que me va a costar trabajo explicarles que *gustar*, no es precisamente la palabra.

—Eso explica por qué no se ha perdido ninguno de sus conciertos.

No ha escuchado ni media palabra y me vuelve a dar la risa. Y me río, alto y claro mientras cambian de canción y volvemos a la euforia colectiva y a saltar de nuevo.

—¿Te gusta el saxo o el saxofonista?

No contestaré a eso, pero mi cerebro piensa en esas palabras y mis ojos recorren al tío de metro ochenta y cinco, manos de *pelotari* y ojos de chocolate. Se me entrecorta la respiración y se me acelera el pulso.

¿Me gusta el saxofonista? Meneo la cabeza en señal de negación. No, pero...

Y de nuevo tengo ojos solo para él, tiene un... algo, un magnetismo. No puedo dejar de pensar en cómo sería volver a tocarle. Quisiera alargar mi mano y acariciar cada fibra de su ser, sus curvas, apretar y soplar. Joder, ¡ese saxo es mío! Ese capullo no es digno de él. ¡Devuélveme mi saxofón!

Miro la boca del tío que está tocando esa obra de arte y le odio. Observo cómo pone sus finos labios en la boquilla y se prepara para un solo apoteósico.

Quiero gritarle, *No eres tú, tocas bien porque nadie puede tocar mal con mi saxo*.

—¡Joder! No me extraña que lo persigas de punta a punta de la isla. —Marina está flipando—. Ese tío... ese tío... Ese tío tiene cara de empotrador.

—¿Ha dicho empotrador? —A Irene le entra la risa tonta.

Por Dios, si seguimos así, mi plan de huida se va a ir a la mierda. Están como cubas.

—Seguro que empotra. —Marina le pone énfasis a sus palabras al ver mi cara de escepticismo y asiente vigorosamente.

—No empotra —le dijo ofendida—. Ese tío, es... un imbécil.

Y cuando lo digo, asiento y me doy cuenta que debería parar de beber. No puedo permitirme perder mi agudeza. Mis sentidos deben estar alerta para realizar con éxito mi fechoría.

—Un imbécil que te trae loquita, ¿eh?

No puedo culparlas de que piensen eso. Casi me vuelvo loca persiguiendo a ese espécimen. Me he pateado cada verbenas de la puñetera isla, desde Ses Salines a Alcúdia, de Capdepera a Sóller, ¿y para qué? Solo para que llegara este momento.

¡Y el momento ya ha llegado!

¡Me vengo arriba!

—Porque esta noche, nenas —grito al mundo—. ¡Esta noche es la noche!

—¡Uuuuuuoooooh! —Irene y Marina me flanquean y cuando el saxofonista se va a quedar sin aire en los pulmones, nos dejamos llevar por la pasión y gritamos como locas con los ojos cerrados y los brazos extendidos.

Seguro que no tienen ni puñetera idea de qué pasará esta noche, pero yo sí lo sé.

Esta noche es la noche.

Lo voy a hacer.

Estoy decidida.

—¡Estoy decidida! —grito al mundo.

Esta noche... ¡¡VOY A ROBARLE EL SAXO!!

Algo inesperado

Àngel

Mientras mis dedos acarician el suave metal me abstraigo de todo. Qué fácil sería la vida si tocar a una mujer fuera como acariciar esta pieza única. Lamentablemente las mujeres son mucho más complicadas, más difíciles de satisfacer y de comprender. Yo, al menos, no he conseguido comprender a ninguna, ni siquiera a mi abuela, a la que adoro, pero reconocemos que está como una cabra. No es demencia senil, ya lo estaba cuando yo aporreaba cada uno de los instrumentos musicales que los abuelos coleccionaban en casa, sin importarme si eran de percusión, cuerda o viento.

Está siendo un gran concierto.

Cierro los ojos e intento dominar mi emoción, mi respiración para no quedarme sin aire y hacer la actuación perfecta.

Termino y cojo aire como puedo.

Miro a mis compañeros. Carlos está soberbio esta noche, canta desde lo más profundo del corazón, es así, aunque suene algo cursi. Canta la estrofa sin desafinar hasta llegar a la nota más alta. Me preparo cuando me da paso y vuelvo a acariciar la boquilla con mis labios.

Soplo, lo acaricio y antes de cerrar los ojos para dejarme llevar, mi mirada queda atrapada en la de otra persona. Sostengo el instrumento entre mis manos y el mundo parece detenerse un instante. Cierro los ojos de nuevo y al abrirlos... mi mirada busca algo muy concreto, a alguien muy concreto. Me relajo nada más verla y siento que podría seguir tocando hasta que saliera el sol.

La encuentro casi en primera fila, es como mi chute de adrenalina. Sin proponérmelo, siquiera sonrío.

La chica misteriosa ha vuelto a perseguirnos.

Al principio pensé que perseguía al cantante buenorro de *Ses Bubotes*, el grupo que esta noche toca después de nosotros, pero lo descarté al verla en los conciertos donde no coincidíamos con ellos. La otra opción era que persiguiera a el cantante, pero no parecía que fuera eso. No, cuando al que se pasa todo el espectáculo mirando es a mí.

Me halaga y me pone nervioso a partes iguales.

Hoy, es la última verbena de julio. Toca darlo todo en Llubí. El pueblo está entregado y Carlos parece más animado que de costumbre. Me da que tiene algo que ver con las amigas que hoy se ha traído la chica misteriosa. Acabo de tocar y Carlos me mira de reojo y alza las cejas en una señal inequívoca de que me fije quién está ahí en la primera fila. Sé que significa eso. *Tu acosadora sexy ha venido a verte.*

Estoy de enhorabuena, porque si no fuera porque hace un calor tremendo bajo los focos, estoy convencido de que se notaría mi sonrojo.

A regañadientes podría llegar a admitir que mi *acosadora*, como la apoda Carlos, me intimida, si no fuera así podría haberme acercado a ella y decirle *hola*. Sin embargo, no he podido hacerlo en ninguna ocasión y eso que no se ha perdido ninguno de nuestros conciertos en lo que llevamos de verano y me da que agosto no va a ser muy diferente.

Meneo la cabeza y aprieto los labios intentando que no se me note que la sonrisa tonta que aparece en mi cara de vez en cuando tiene que ver con ella. Ella que está ahí, que ha venido a verme de nuevo.

Bueno, quizás no debería ser tan creído, me digo. Quizás no es a mí en concreto a quien viene a ver. Puede haber otras explicaciones, que hoy por hoy no me importan demasiado. Lo que sé es que la tengo delante, otra vez, ahí, mirándome, evaluándome y yo sé que esta noche lo voy a volver a hacer... Ahí va

otra vez mi solo y antes de empezar mis ojos vuelven a clavarse en los de ella y... lo hago: toco para ella.

Siento cómo la adrenalina corre por mis venas. Sigo el ritmo con el pie, meneo la cabeza, me emociono y la pasión sale a través de mis dedos hasta apretar cada clavija con la presión necesaria. Soplo y se produce la magia.

Mis dedos parecen fundirse sobre el metal y mi saxo y yo somos uno.

Amo este instrumento, y amo al mío en particular. Jamás pensé poder conseguir uno semejante, es lo máspreciado que tengo. Después de tantos años, la magia que produce es impagable.

Termino mi solo algo mareado, esta noche lo he dado todo. Sobre mi hombro izquierdo veo a Eduard, el batería. Se luce y la canción acaba con Carlos desgañitándose y enloqueciendo a los centenares de personas que se han reunido en la plaza para disfrutar de la fiesta.

—*Moltes gracies, sou cohonuts.*

Carlos da las gracias y no puede pasar por alto de decir lo cojonudos que son por habernos aguantado.

—*¡Bona niiiit!*

Da las buenas noches y nos despedimos, no sin que antes Carlos mencione uno por uno a todos los componentes del grupo que esta noche hemos estado sobre el escenario.

—En la batería, el maestro de maestros: ¡Eduuuuuu Cloquell!

Las chicas se vuelven locas con su solo de batería a modo de despedida y lucimiento personal. Después va la guitarra con Miquel y el bajo con Adrià. Y, por último, mi turno.

—Y a mi derecha, el mejor saxofonista de toda la isla: ¡¡¡Litoooo Valloriiiiiii!!!

Vuelvo a lucirme con un arranque pasional que dura unos diez segundos. Carlos se despide entre vítores y aplausos. La gente va *on fire*, el alcohol hace que nos amen, aunque intentaré fingir que me creo que es porque hemos tocado de puta madre. Salgo el primero por el lateral del escenario y cojo todo el aire que puedo. La noche es sofocante y mi camisa roja está empapada. Me seco el sudor de la frente con las toallas que hemos dejado preparadas detrás del escenario y me lanzo sobre las botellas de agua.

Un cuarto de hora después respiramos tranquilamente sentados cerca de la parte trasera del escenario. Cada uno de los miembros del grupo *Bright lemons* lleva un cubata en la mano, menos yo, que me he decidido por una cerveza.

Hoy estamos tan hechos polvos que ni siquiera hemos metido el equipo en los coches antes de tomarnos nuestro merecido descanso.

Voy a largarme pronto, mi abuela no ha tenido una de sus mejores semanas y no quiero llegar a casa muy tarde.

Entonces, mientras escucho de fondo la voz entusiasta de Carlos y observo cómo las gotas de condensación resbalan por el vaso de plástico de mi caña, un rostro aparece en mi mente.

Suspiro y cierro los ojos.

La veo con claridad, y es que es imposible olvidar esos ojazos negros. Bueno, seguro que no son negros, pero a mí me lo parecen cuando en cada concierto la miro desde arriba. Está en primera fila, los focos la iluminan y yo me siento extrañamente contento de que esté delante de mí para verme tocar.

Ella no lo sabe, pero cuando mejor toco es cuando la veo y doy lo mejor de mí. No sé desde cuánto tiempo, lo sé, pero es así. Tomo un trago y pongo los ojos en blanco. No voy a admitir en público, ni en voz alta, algo tan cursi en la vida, pero no por eso deja de ser cierto. Siento un extraño subidón cuando toco para mi chica misteriosa, aquella que, aunque sé que a veces se queda después de un concierto, me es imposible de alcanzar. Simplemente tiene el don de desaparecer cuando me decido a buscarla para decirle un hola.

Bueno... de haberla encontrado, seguramente en el último segundo hubiese sido incapaz de hablarle. Hay

inseguridades que aún pesan demasiado. Aunque seguramente a ella no le importaría que la saludara. Sé que viene por nosotros, para vernos tocar.

Cuando me mira, lo hace con atención. Su interés es innegable. Me escucha con una concentración casi inquietante. Creo que es porque vive la música con tanta intensidad como la vivo yo. Lo sé porque no me sonrío nunca, o nunca de la manera que lo ha hecho hoy. Supongo que algo tendrá que ver que esté con sus amigas. ¿Y si hoy que está de buen humor la busco?

Me termino la cerveza y pienso en cómo podría ir. Lástima que todo lo que pensamos y se reproduce en nuestra mente, jamás llega a materializarse en la vida real.

Creo que debería dejar de soñar despierto.

Estrujo el vaso de plástico vacío donde estaba mi cerveza y lo lanzo hacia una papelería cercana. ¡Tres puntos!

—Me piro —digo en un arranque de vitalidad.

Me levanto de las escaleras golpeando mis rodillas.

—No tío, no puedes irte.

Carlos protesta y yo sé por qué. Me largo antes de que intente hacerme olvidar a Patricia con una de las grupis que nos siguen de concierto en concierto.

—Lo siento.

Patricia es mi ex. Nunca he tenido demasiado tino con las mujeres. Quizás porque aparento algo que no soy. Un hombre demasiado seguro de mí mismo, cuando en realidad nado en un pozo de inseguridades del que no conseguí desprenderme ni con terapia. Por eso se me hace extraño desear de nuevo a una mujer, cuando sé que en mi caso es más que probable que se rían de mí y no me aporten nada bueno.

—Quédate tío, es muy pronto.

Meneo la cabeza.

—Vamos —me dice Eduard guiñándome un ojo—. ¿Seguro que quieres irte sin intentar ver a tu amiga?

Vacilo.

Todos sabemos de quién habla, pero saludarla, lamentablemente no entra en mis planes.

—Mmmm...

—Te lo estás pensando, ¿eh? —me anima Carlos.

Tiene razón, es muy pronto y con mi insomnio crónico no estaría mal escuchar a nuestros compañeros de *Ses Bubotes* que ya han calentado motores con un par de canciones.

—De acuerdo, pero voy a dejar el saxo en la furgó —les digo.

Me despido de ellos sin asegurarles que volveré, aunque es probable que lo haga.

Tras el escenario y a un par de calles, me adentro en el descampado donde he aparcado mi furgoneta. Es un campo de tierra, lleno de rastros, mal iluminado por los focos que ha puesto el ayuntamiento. De todas maneras, se debe dar gracias por ello, pues el pueblo se llena de coches de aquellos que llegan de los demás pueblos de la isla y aparcar es prácticamente misión imposible sin colapsar las estrechas calles.

Avanzo por el improvisado parquin. Hace calor y vuelvo a tener sed. No es de esas noches de bochorno desmesurado, pero sí que no me vendría mal estar delante de un ventilador o bien posicionado frente al aire acondicionado de mi habitación.

A escasos metros veo el todoterreno de Carlos. En él podrán guardar el equipo sin preocuparse y volver tranquilamente a casa a la hora que les dé la gana.

Son las tres de la madrugada y mientras sostengo en la mano el estuche de mi saxofón decido que no debería buscarme problemas... definitivamente me voy a casa.

Podría intentar buscar a la chica de ojos negros y rostro pálido, pero ¿para qué? Con la suerte que tengo con las mujeres, seguro que es una lunática que acaba abrazada a uno de los poderosos muslos del cantante de *Ses Bubotes*.

Paso, el amor no es para mí.

Llego a la furgoneta y meto la llave en la puerta trasera dispuesto a abrirla y guardar mi preciado estuche, con mi saxofón dentro.

Abro la puerta y levanto la mano derecha para dejar el saxo en el interior. Apoyo el estuche en el suelo de la furgo, pero soy incapaz de soltar el asa. Mi cuerpo se ha quedado tan paralizado como mi cerebro. Pero... ¿qué demonios está pasando?

Sucede lo impensable.

Mi mano sigue estirada, pero poco a poco, mientras hago un intento de tomar aire, suelto el asa del estuche. Mis ojos se han abierto como naranjas y admitamos que por un momento se me hace difícil respirar.

El saxofón y mis cosas no es lo único que está en la parte trasera de la furgo.

—¡Tú!

3

Pillada

Cristina

¡Pillada!

No me lo puedo creer. Estoy arrodillada en la parte trasera de la espaciosa furgoneta. Apenas veo nada. Voy palpando, palmo a palmo, toda la superficie del suelo en busca del saxo que tanto deseo. Pero no lo encuentro.

No me resigno a largarme sin él, por lo que vuelvo a revisar toda la superficie de nuevo. Encuentro algunos estuches, los abro, pero ninguno contiene lo que estoy buscando.

Casi se me para el corazón cuando he escuchado el ruido de unas pisadas sobre los rastros. Sin apenas respirar, el seguro de las puertas ha saltado y esta vez, no solo la trasera, que es la que he forzado para colarme allí dentro.

Joder, ¿cómo una puede tener tan mala suerte?

Contengo el aire cuando la puerta se abre y ante mí aparece la peor de mis pesadillas materializada en hombre.

¿Cómo después de repasar cada detalle de mi plan ha podido sucederme esto? Seguramente porque los cubatas de más han hecho mella en mis sentidos y no estoy tan ágil como debería para convertirme en una ladrona profesional. ¿Qué ha sucedido? Esta vez no ha dejado el saxo directamente después del concierto, o es que el alcohol ha hecho que perdiera la noción del tiempo.

Escucho su voz, o lo que intenta ser una construcción de una frase coherente, pero creo que debe estar tan conmocionado como yo, pues no veo que lo consiga.

—Eeeeh... mmmm...

Sí, mi chico no es muy elocuente, pero ya me parece bien. Mientras él vacila tengo tiempo de inventar una excusa o un plan de huida para no acabar mal parada.

Tomo aire despacio y encogida como estoy, intento parecer una buena chica, aunque no sé exactamente cómo lograr eso. Mmmm... No se me ocurre nada y tener tan mala suerte me pone de muy mal humor.

¿Por qué demonios esta noche no ha seguido la rutina de siempre? Lo primero que hace el idiota que tengo enfrente, después de cada concierto, es largarse a poner su saxo en la furgoneta hortera que tiene, luego se toma una cerveza con sus colegas y sigue la fiesta, seguramente hasta la salida del sol. ¿Por qué esta noche no?, ¿por qué después de un mes de aprender sus rutinas de memoria va y las cambia?

Aprieto los dientes con rabia y respiro hondo por la nariz.

El saxofón debería estar ahí hacía rato y él agasajado por sus babosas fans verbeneras. El crápula que tengo ante mí siempre se queda hasta el cierre, seguro para ver si pilla alguna grupi desprevenida que pase por alto su bajo coeficiente intelectual.

No abro la boca mientras lo miro de arriba abajo y pienso que no debo ser tan dura con las de mi mismo sexo, si no fuera un ladrón, hasta podría resultarme guapo. ¿Qué digo guapo? Más que guapo. Metro ochenta y cinco, rubiales, ojos grandes y un talento impresionante para tocar el saxo que me saca de quicio. ¡Sí! Vale, está bueno, pero ser guapo no lo es todo, y este además de idiota tiene un saxo que no le corresponde.

— Eeeh... —¿Qué le digo? ¿Qué hago?

Me quedo paralizada. Se me está friendo el cerebro.

Solo sé, por sus cejas alzadas y su expresión de estupefacción que no puede venir nada bueno de este

allanamiento de vehículo.

—Perdona —me dice con cara de estar flipando. Algo que, reconozcámoslo, es bastante comprensible.

—Emmm, yo...

—¿Sí?

Vamos, Cristina, piensa algo, que tenemos el culo plano, pero al menos de cerebro podemos presumir.

—¡Te estaba esperando! —Eso es lo primero que le suelto.

¿En serio?, ¿te estaba esperando? Sí, eso me he escuchado decir.

En mi imaginación, un enano saltarín me da en toda la cabeza con una pala. Por idiota. Pero a él no le parece una respuesta del todo surrealista.

—¿Y por qué? —me pregunta sin comprender.

Yo comprendo aún menos, pero sí que me parece una gran pregunta.

Piensa Cristina, me apremio.

Él parpadea esperando esa explicación, que seguro es más que razonable, para que una tía esté en la parte de atrás de una furgoneta, a las tres de la mañana después de un concierto. Y como existe la explicación más simple, yo la encuentro.

—Ya sabes...

—¿Ya sé?

¿Qué vas a saber tú?, si eres tonto.

En mi mente resoplo como un toro de lidia.

Qué mal me cae el guaperas y la cosa va a más al sentirme presionada para darle una explicación.

—Quería... —Le señalo y guardo silencio, luego me señalo a mí—. Ya sabes... hacérmelo contigo.

¡Un aplauso! ¡Plam! ¡Plam! ¡Plam!

¿¡Hacérmelo contigo!? ¡Señoras y señores, qué ingenio!

Bravo, Cristina, ¿esa es la mejor explicación que se me ha pasado por la cabeza? ¿Qué hace una loca metida en la furgoneta de un músico? ¡Esperarle para echar un polvo! Si es que está cantado. Ahora solo me falta saber cómo salgo de esta.

Mi ingenio es sorprendente, digno de admirar. Y sorprendido ha sido como se ha quedado al escuchar mis palabras. Más que sorprendido parece estupefacto y algo incrédulo.

Frunzo el ceño, de hecho... hasta parece que tiene miedo.

¿Miedo? A mí no me engaña. Seguro que no es la primera vez que una grupi se intenta colar en su furgoneta para que le haga una sesión privada. ¿Por qué no? Conozco a más de una que lo haría sin problemas. Pero yo... con él... como que no.

Mi abuelo se avergonzaría de mí, pero creo que he resultado superconvinciente. Incluso puedo asegurar que lo estoy haciendo bastante bien, cuando el pobre no puede apartar la mirada de mí y sus ojos casi se le salen de las órbitas.

—Emmm... no sé qué decir.

Sonrío. Sí, me gusta que esté noqueado, eso me da seguridad. Alzo una ceja y asiento con la cabeza.

—Pues sí, montármelo contigo. ¡Ea!

Le repito por si no le ha quedado claro. Le miro con una sonrisa forzada que seguro a él le parece genuina. No obstante, sigue con cara de desconcierto, algo que me sorprende a mí también, porque estoy más que segura que no soy la primera tía que le espera cerca de su furgoneta para echar un polvo. Puede que no dentro, pero cerca... seguro que tiene que quitarse a las fans de encima a sablazos.

— Bueno, yo... esto es nuevo para mí.

¡Venga ya! ¿Esa es su técnica para atraer a las chicas? ¿Parecer inseguro y casi asustado? ¿Me está diciendo que las chicas no se le tiran encima después de los conciertos? No me lo creo, pero tampoco voy a preguntar. Mi mente está demasiado ocupada intentando salir del embrollo donde yo solita me he metido.

Entonces mis ojos se deslizan por su cuerpo hasta llegar a su mano, donde en algún momento ha vuelto a coger el asa del estuche que ya descansa sobre el suelo de la furgoneta.

Se me ilumina la cara y respiro hondo. ¡Estás ahííí!

Ver que estoy tan cerca de conseguir mi objetivo me da valor para seguir adelante.

Me siento tan contenta que empiezo a hablar sin control.

—Vamos, no me dirás que las chicas no hacen cola para conocerte después de un concierto. —Él me mira fijamente, pero no dice nada—. Seguro que con lo guapo que eres... esos bíceps... —Alargo mi mano e intencionadamente toco su brazo—. Ese talento que tienes...

Las palabras salen de mi boca sin que apenas piense en lo que digo, estoy demasiado ocupada mirando el estuche donde está mi tesoro. Mis dedos se deslizan por su antebrazo y suben hasta tocar su bien formado bíceps, lo aprieto con una sonrisa y... entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Y si me he dado cuenta no es por lo ridícula que me siento con esta actitud totalmente falsa, sino porque tocar a ese hombre... nunca va a ser una buena idea. Y mucho menos después de que mi estómago se encoja de algo muy parecido al deseo.

Debo salir corriendo de aquí. Y por un instante pienso en hacer literales esas palabras. ¿Y si salgo pitando? No funcionaría. Él tiene las piernas muy largas y es demasiado atlético como para pensar erróneamente que puedo correr más que él.

Ángel da un paso atrás y yo ladeo la cabeza. ¿Lo estoy asustando?

Está en silencio absoluto. Ni siquiera tiene intención de decir nada o balbucear. Cuantos más segundos pasamos mirándonos, más tengo claro que lo estoy asustando. Como mínimo incomodando, porque yo me siento igual de desubicada.

Reflexiono mirándole a los ojos por primera vez desde que ha aparecido.

Al final parece reaccionar y después de tomar aire, me suelta:

—No sé si es la primera vez que una tía me espera después de un concierto, pero te juro que eres la primera que ha conseguido abrir mi furgoneta.

Otra vez levanta una ceja y yo hago lo mismo.

Menudo zasca acaba de darme. Un zasca en toda la boca.

Muy elegantemente me está acusando de ladrona y por lo que veo, ni aunque le pusiera muy cachondo, cosa que dudo, no iba a liarse con una loca que ha forzado su furgó para Dios sabe qué intenciones ocultas.

Cómo explicarle que he tenido que perfeccionar mis habilidades abriendo coches ese último mes. De ahí que hubiera tardado tanto en decidirme a poner en práctica mi plan. Un mes entero de seguimiento, ¿y para qué? Si me ha pillado en el primer intento.

El silencio incómodo hace que el asunto se vuelva cada vez más serio.

—Estaba desesperada por conocerte.

¡Di que sí, Cristinita! Alimenta su ego que eso siempre les pone.

—¿De verdad?

—Sí... y bueno, aquí estoy.

Él parece asentir ligeramente, pero su cara demuestra lo flipante que le parece todo.

—He pensado que no te importaría que te esperara. ¿Me he equivocado mucho? —le pregunto con una voz sensual que no sabía que pudiera poner.

Veo que no sabe qué decir, de hecho, abre y cierra la boca sin que sonido alguno se pronuncie. Y la verdad, a mí no me queda mucho de improvisación.

El plan A, de robarle el saxo de dentro de su furgó y salir corriendo, parece haber fallado. Y el plan B... debería haber un jodido plan B, pero no lo hay. Solo una improvisación de la que voy a tener suerte de poder salir ilesa.

Entonces él dice algo que me deja el culo clavado en el suelo de la furgoneta.

—Bueno... quizás podamos...

¡Noooooooooooo! Me va a dar un paro cardíaco. ¿Quizás podamos qué...? ¿En serio cree que me lo voy a montar con él?

¡Ni en sueños, guaperas!

Espero no haya visto mi cara de pánico, pero antes de poder balbucear cualquier cosa para que no se me acerque él, se inclina dentro de la furgoneta y en lugar de entrar, simplemente deja el estuche y se sienta a mi lado, con el culo en la furgoneta y los pies apoyados sobre el suelo de tierra.

Vaya, parpadeo realmente sorprendida, si al final resultará que es un tío legal.

Deja el estuche del saxo cerca de su cadera y le da dos golpecitos con la mano, como para asegurarse que está en buen recaudo.

Los ojos se me abren como platos.

Casi puedo tocarlo. ¡Está ahí! Por fin lo tengo al alcance de mi mano.

Estoy en éxtasis y no coordino. Los cubatas que me he tomado al parecer son de efecto retardado porque me mareo un poco y me inclino sobre el saxofonista.

Me mira con esos ojos grandes y de color chocolate, está demasiado cerca como para que yo pueda hacer otra cosa que parpadear.

Ha malinterpretado mi inclinación de “*Dios mío qué borrachuca soy*” por un “*voy a por ti, nene*”.

Entonces pasa lo inevitable: Me besa.

¡Me besa!

Mis brazos se elevan, en un principio no sé si para frenarle o qué, pero inconscientemente los dedos de mis manos se extienden y se enredan en su pelo. Pero mi boca es incapaz de pronunciar palabra o sonido alguno mientras él aprieta sus labios contra los míos.

Me está besando y, para tortura de mi conciencia, lo hace suavemente. Me acaricia la mejilla con el pulgar y contra mis labios, mientras me da suaves toques, puedo notar una sonrisa. ¡Madre mía! Inequivocadamente es buen tío. Un tío que besa de maravilla, pero que fue a comprar el saxofón equivocado, y eso es algo que no le puedo perdonar.

Por un instante mis labios están quietos, expectantes de la orden de mi cerebro que no acaba de llegar.

Todo se vuelve de un color brillante. Son como fuegos artificiales en mi cabeza. Seguro que luego pienso que eso de las mariposas en el estómago o las luces de colores son una puta chorrada, pero ahora... ahora siento que él tiene los labios más tiernos del mundo y los míos se abren para él hasta notar el roce de su lengua. No puedo evitarlo, el cerebro ha reaccionado y me ordena corresponder a ese beso que él ha ido profundizando. Ya no noto que sonrío. Me besa delicadamente, con los ojos cerrados y la boca jugando a atrapar mis labios entre los suyos.

¡Menudo beso!

Inseguro al principio, su lengua da pequeños toques contra mis labios entreabiertos y siento sus manos elevarse para enmarcarme la cara. ¡Vaya un caballero! Parece que está dispuesto a besarme como un *gentleman* antes de tirarme sobre el suelo de la furgoneta y sobarme las tetas.

Cuanto más tiempo pasa, más me doy cuenta de que quizás me esté equivocando. Meterme mano es algo que no ocurre, y, sin embargo, no deja de besarme. ¿Cuánto está durando este beso? Acabo de perder la noción del tiempo.

Se aparta de mí poniéndole fin y me dedica una sonrisa tierna al ver mis ojos abiertos como platos.

No sé qué me alucina más en este momento, pero voy frunciendo cada vez más el ceño.

—¿Qué? —me pregunta con una tímida sonrisa a escasos centímetros de mi cara.

Gimoteo y me siento idiota por no poder articular palabra.

—No sé... —consigo decir finalmente antes de expulsar todo el aire de mis pulmones.

Y realmente no sé.

No sé qué estoy haciendo, ni qué puñetas digo.

Por otra parte, él... no sabe quién soy, qué hago aquí. No sabe nada y... ¿me besa? Resoplo como si estuviera decepcionada cuando no hay motivo alguno. El saxofonista es un capullo y así seguirá siéndolo en mi mente por muy tierno que aparente ser y por mucho que piense que ese besazo ha sido increíble.

—Estás un poco borracha —me dice, y no es una pregunta. Es más bien una afirmación que viene a poner de manifiesto mi repentina falta de coordinación.

—Bueno, tú tampoco estás muy sereno. —Me pongo a la defensiva.

Entonces se ríe. Es una risa franca y divertida que no me sienta del todo bien.

—¿Quieres que salgamos a tomar un poco de aire, o te invito a... un agua? —añade con una risita que a mí me enerva.

¿Está siendo condescendiente y paternalista? Cierro los ojos y con un movimiento demasiado rápido intento apartarme de él, cuando los abro soy consciente de que me he mareado y él me sujeta por el hombro.

—¿Todo bien?

Si fuera otro tío creería que es el hombre más considerado del mundo, pero este tipo es un ladrón de saxos. Y aunque se esfuerce por caerme bien, no lo hará.

—Vamos fuera, hablemos un rato mientras te da el aire.

Bien, ahora quiere hablar. Sería una maravillosa oportunidad para salir de la furgó y tomar algo antes de que el pobre se crea que va a tener tema conmigo. Pero... otra vez mi máquina empieza a funcionar, en mi cerebro se escucha el engranaje que gira y gira.

¡No voy a largarme de aquí! ¡Me niego!

Aquí es donde está mi saxo y si me voy será con él entre mis brazos.

Me sorprendo al decir:

—No. Estoy bien. Podemos quedarnos aquí y... hacer cosas.

Hacer cosas, como si hablara de manualidades o algo.

Una imagen cruza mi mente y gruño.

Veó que se echa hacia atrás.

¿Por qué se echa hacia atrás? Frunzo el ceño más profundamente y él parece asustarse de mi reacción.

—No te enfades —me dice.

—No me enfado —¿De qué va?—. ¿Me ves enfadada?

¡Puto idiota!

Vale, igual mi tono ha sido un poco pasivo—agresivo. Pero ¿qué le pasa?, debería estar agradecido de que una tía como yo se fije en él. Vale, no seré Monica Bellucci, pero tampoco estoy tan mal como para que el señor ojos de búho me rechace.

Suelto chispas y él... él me sonrío.

Controlo un suspiro y es que su actitud me parece buena señal.

Está relajándose.

Entonces tímidamente posa su mano sobre mi hombro. Yo no me aparto. Me toca, es un contacto normal, sin carga erótica, o eso pienso yo hasta que se me calienta la piel donde él ha puesto la mano. La desliza hacia mi cuello y finalmente va a parar a mi nuca.

Por un momento nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos.

¡IT'S A TRAP!

¡Mi plan! ¡Tengo que seguir mi plan!

Arrastro el culo sobre el suelo de la furgó y entro del todo hasta que mi espalda choca con una de las paredes laterales metálicas.

Él me sigue, preocupado.

—Vamos fuera —me dice tendiéndome la mano para que la coja y así poder salir a tomar el aire.

¡Ni de coña! Yo no me bajo de aquí sin mi saxo.

Me muevo hacia la salida, sin darle tiempo a retroceder. Me inclino sobre la puerta trasera y la cierro de golpe dejándonos a los dos dentro, a oscuras y con un calor insoportable.

Por la oscuridad que se cierne sobre nosotros ahí dentro, no puedo ver su cara de sorpresa, pero estoy segura de que es de pura estupefacción.

Antes de que él pueda abrir la puerta y disuadirme para que me baje, lo empujo haciéndole perder el equilibrio. Su espalda va a parar contra el suelo. Quizás el plan de coger el saxo y echar a correr no esté perdido del todo. Solo tengo que distraerlo el tiempo suficiente para echar a correr sin que pueda perseguirme. Pero por alguna razón, mientras toco su pecho con mis manos extendidas para que se quede quieto, esa deja de ser una prioridad.

Siento su piel caliente bajo la camisa y mi respiración se entrecorta.

¡Cristina! No hagas nada de lo que te arrepientas. Coge el saxo y lárgate de aquí. Mi conciencia me grita, pero es tan fácil ignorarla cuando él ha levantado la mano para acariciar mi cintura.

A nuestro lado, contra el lateral, está el estuche del saxo, lo tengo vigilado. Sé que puedo cogerlo. Sé lo que pesa. Puedo abrir la puerta y llevarme mi trofeo conmigo antes de que él pueda reaccionar y perseguirme.

Frunzo el ceño cuando intenta incorporarse.

—¿En serio crees que es una buena idea? —me pregunta algo preocupado—. Mejor será que salgamos a tomar un poco el aire.

¡Ah, no! Eso no va a pasar.

Con un ronroneo estudiado me pongo a horcajadas sobre él.

No puedo ser una ilusa. Seguro que corre como Usain Bolt, está fuerte y parece atlético. No, tendré que... distraerlo primero de algún modo.

Sonrío, o bien porque soy lo suficientemente idiota como para crearme un genio, o bien porque a pesar de que había decidido que lo odiaría hasta el fin de los tiempos, estar ahí, con él, sintiéndome deseada es una experiencia única que bien vale la pena disfrutar.

¡Corre, Forrest!

Cristina

Me inclino sobre él y le doy un fugaz beso en los labios.

Se me dispara el corazón y vuelvo a darle otro tan suave como el primero, pero que dura un segundo más. Puedo jurar y juro que le beso porque es una estrategia fantástica de distracción, no porque me gusten sus besos.

Otro beso y esta vez lo hago durar. Atrapo su labio inferior entre mis dientes y mi lengua juguetona no puede resistirse a pujar para entrar en su interior. Suelto un pequeño gemido y muevo mis caderas sobre él.

¡Vale! Igual sí me gusta besarle, pero solo un poco. Y es poco a poco que nuestros ojos se adaptan a la oscuridad.

Sigo a horcajadas y cuando me levanto, mis manos se apoyan en su pecho. Él, sin embargo, tiene las suyas en mi cintura, no en mi culo, ni en mis tetas, sino en mi cintura como si esperara que en cualquier momento cambiara de opinión.

Está desconcertado, pero no me aparta, ni intenta disuadirme de nuevo de que lo mejor sería salir fuera para que me dé el aire.

Me inclino hasta quedar tan cerca que nuestros alientos se entremezclan y mi nariz puede tocar la suya.

Me estiro sobre su cuerpo y él parece estar tan excitado como yo.

Veó cómo me mira a pesar de la escasa luz que entra por las ventanas. Me muevo sobre él y froto mis caderas contra las suyas. Puedo ver lo que hay en sus ojos: deseo y expectación. Como si no supiera qué puede hacerle a una grupi loca en la parte de atrás de la furgoneta.

—Esto...

Él intenta hablarme, pero le pongo un dedo en los labios y le hago callar.

Ha llegado el momento de apretar el acelerador.

Sitúo mis codos a ambos lados de su rostro y me apoyo estirándome cuán larga soy sobre él. Mi boca va al encuentro de la suya.

Le beso como quiero, apasionadamente y con la boca abierta, porque él me deja.

Mis caderas se mueven como si tuvieran vida propia. ¡Vaya! Quién podría haber dicho que el saxofonista provocara semejante reacción en mí.

Quizás tú misma, Cristina, cuando sabes que le miras a los ojos y sientes cómo se te encoge el estómago. Mi conciencia es muy lista. Debería hacerle caso más a menudo.

Uno o dos besos más y me voy.

Pero a medida que nuestras bocas se buscan con intensidad, él baja la mano de mi cintura y acaricia mi trasero. Aprieta mis nalgas con fuerza y no puedo recordar haber estado tan cachonda en mi vida.

—Vaya, vuelve a hacerlo.

Él me besa más entregado que antes y aprieta mis nalgas, esta vez con ambas manos. Jadeo y me retuerzo contra él, al notar la dureza de su erección.

Me doy cuenta de que quizás no tenga toda la prisa que debería tener.

¿Sabéis en las pelis cuando la protagonista escucha la orquesta sinfónica en su cabeza al besar al tío de la peli? Pues siempre me han parecido chorradas. A una puede acelerarse el corazón por una arritmia o un amago de infarto, pero por un beso...

¡Pues sí, joder! ¿Cómo es posible que descubra que lo que sucede en las pelis es cierto en el momento más inoportuno? ¡Con el chico más inoportuno! Ciertamente no escucho la filarmónica, pero sí un buen ritmo de jazz que me acelera el pulso y está a punto de hacerme olvidar algo que debería tener muy presente. El por qué estoy aquí.

Él profundiza el beso y yo vacilo. Me aparto unos milímetros de su boca. No es un beso baboso, es un besazo apasionado que pagaría por volver a sentir.

—¿Todo bien?

¿Bien? No, está todo mal. Pero... ¿quiero parar?, ¿sí?, ¿no?... ¿Un poquito más?

Sus labios se entreabren para besar los míos y siento que me humedezco.

—¡Oh! Vaya...

Con exquisita suavidad me atrapa una y otra vez. Y ese beso es todo menos desagradable. Es memorable. No sé si será la magia de la música que nos envuelve o la suave caricia de sus manos, que de repente han recorrido mi espalda y acarician tiernamente mi rostro, pero me dejo llevar.

Su lengua bucea en mi boca. No besa como se supone que debe besar un divo a quien no le importa el corazón de las mujeres. De hecho, él parece poner el corazón en cada beso.

Me separo y ahí están otra vez esos ojos enormes de chocolate.

Me sonrío con una boca grande llena de dientes blancos y parejos. No me dice nada, solo se eleva hasta besarme de nuevo. Su mano ha ascendido hacia mi nuca y tira de mí con delicadeza.

¡Cristina! ¡El plan!

El plan, ¡voy!

Debo concentrarme, dejar que esas malditas mariposas que van descendiendo del estómago a mi entrepierna se queden quietecitas y desaparezcan. Pero no estoy teniendo mucho éxito, la verdad.

—¡Joder! —Estoy muy cabreada conmigo misma y a la vez increíblemente cachonda, como hacía siglos no me sentía.

—Perdona —me dice él y parece preocupado de haber hecho algo mal.

No puede ser, al final va a resultar que es un trozo de pan.

En ese momento podría haberme escapado, pero dejo pasar dos segundos de más y él aprovecha para abrazarme. Sus brazos rodean mi cintura y se incorpora para besarme el mentón, el cuello y desciende hasta mis pechos. Sentada sobre él, lo abrazo para no caerme. Mi blusa sin mangas se abre y veo cómo da un delicado mordisco sobre la tela de encaje negro.

Soy incapaz de respirar, cuando mis ojos se abren como platos. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos mientras siento cómo mi excitación va en aumento.

Vale, las mariposas están muy revoltosas ahí abajo.

¡El plan me llama! Pero yo pienso que puede esperar un minuto más. Un minuto hasta que él deje de acariciarme los pechos y besarme el escote.

—Madre mía...

Sé que sonrío contra mi delicada piel y no me importa. Yo reiré la última en el momento en que me decida largarme. Mientras sigo a horcajadas sobre él, alucino de lo jodida que me parece la postura del diamante en el yoga, y lo mucho que me gusta cuando lo que tengo es su pelvis entre mis muslos.

La cosa se complica cuando intento pararle y le agarro la cara entre las manos. Me apodero salvajemente de su boca y todo porque me parece que un par de besos no harán daño a nadie. Además, cuanto más distraído, más fácil será la huida, ¿no?

Le beso. ¡Y qué beso, señores! Ríete del beso de Lancelot a Ginebra en El Primer caballero, Julia Ormond era una tía con suerte y yo... yo lo sería si quisiera sexo y no su saxo.

Dolida porque se me va la olla, me espabilo.

Lo empujo hasta que su espalda se da con un golpe sordo contra el suelo de la furgoneta. Deja de abrazarme y me mira entre desconcertado y excitado. Parece que le gusta que le manden. Sonrío sin poder

evitarlo, y me siento muy mala persona cuando disfruto de su respiración entrecortada mientras le abro la camisa. Después de quitársela y maldecir que tenga semejantes abdominales, mis manos descienden hasta llegar a su cintura. Lleva unos pantalones que le quedan de miedo, elegantes y suaves.

Le desabrocho el cinturón, consciente de que no hay marcha atrás. Empieza la recta final.

Se incorpora hasta abrazarme de nuevo, como si quisiera que fuera más despacio. Pero ¡ah, amigo! Esto no va a pasar. Voy apretando el acelerador y sin frenos.

Me besa, acariciando mi espalda.

—No hace falta que...

Su falta de malicia me conmueve y hace que por un momento me descentre de lo que tengo que hacer.

Profundizo el beso cuando las manos me acarician las mejillas y mi pelo suelto. Me agarro a sus hombros y flipo de lo musculoso que es. Tengo curiosidad por saber si el resto de su cuerpo está tan bien esculpido, así que deslizo mis manos sobre su pecho. ¡Y madre de Dioooooos! ¡Es perfecto! Alzo la cabeza hacia atrás y pongo distancia entre nuestros labios.

Inspiro con fuerza y casi se me escapa un gemido de frustración.

Las mariposas se han convertido en puñeteras pirañas que mordisquean mi entrepierna amenazándome con devorarme si no les doy de comer.

Ahora las manos de él están en mis costados y su boca en mi escote, me abre otro botón de la camisa y lo empujo levemente.

—Tú primero —le digo.

Él parece vacilar, hasta que se da cuenta de que le estoy pidiendo que se desvista. Acepta mi exigencia con un simple gesto de asentimiento.

Se quita la camisa roja y sí, definitivamente hay hombres que es mejor que vayan desnudos, siempre. Como este. Sin duda su sitio es un puñetero poblado nudista.

Tengo la boca seca, y una loca necesidad de desnudarme con él y acabar lo que estamos haciendo, pero eso no va a poder ser. Tengo que largarme. Que me volviera loca con esa boca y esas manos, no entraba en mis planes.

Ahora soy yo que me giro levemente y le deshago los cordones de los zapatos, se los quito y me siento bastante satisfecha de la rapidez con que lo he hecho.

Entonces llega la prueba de fuego. El cinturón está desabrochado, ahora voy a por el botón del pantalón y su cremallera.

Él empieza a respirar con dificultad mientras mira cómo mis manos hacen el trabajo.

Ahora o nunca.

Tiro de pantalones y calzoncillos. Con una pericia que no sabía que poseía, se los bajo hasta los tobillos.

Me quedo sin respiración al ver cómo su soldado me saluda firme.

Cierro los ojos, esto no estaba en mis planes de esta noche.

Todo tenía que ser mucho más sencillo.

Despacio, me deslizo sobre él. Beso su pecho, su estómago... ¿Y si me quedo hasta el final? Me muero por quedarme hasta el final.

¡Cristina! ¡No!

Interiormente hago un puchero.

Irene y Marina me están esperando tal y como les he pedido. No puedo perder más tiempo con esto.

Mientras, mis rodillas avanzan hacia atrás. Mi mano se convierte en una garra cuando se apodera del asa del estuche donde está guardado mi saxo.

Sé que tengo a uno de los especímenes más increíbles que he visto desnudo en mi vida y aun así... lo primero es lo primero.

A estas alturas mi boca es un estropajo.

¡Soy una bruja! ¡Dios mío, me odio por esto!

Cierro los ojos con fuerza.

Entonces todo pasa demasiado rápido. No le doy tiempo a reaccionar.

Abro la puerta de la furgoneta. Tiro de calzoncillos y pantalones y los saco volando de allí. Ambos van a parar a dos metros sobre los rastrojos.

¡El saxofón se viene conmigo!

Con los pies en la tierra seca y mirando a ese pobre *robasueños* que está totalmente desconcertado, me tomo medio segundo para decirle algo...

—Juumm —quisiera decirle un lo siento, pero me lo pienso mejor—. Hasta nunca.

Empiezo a correr con mi preciado tesoro. *Mi tesoro*oooo. Corro como Gollum, campo a través y sin freno.

Soy mala de cojones. Pero mientras acelero y doy las gracias a Ricardo Marco, mi entrenador de running por mi buena forma física, una sonrisa exultante se apodera de mi boca. Siento la adrenalina correr por mis venas y la euforia no decae cuando veo al pobre idiota saltar desnudo de la furgoneta e intentar emprender mi persecución antes de darse cuenta de que está completamente desnudo.

No importa. Puedo ver a Irene en el coche que está poniéndose en marcha, solo tengo que correr hacia los faros.

—¡Corre hacia la luz, Forrest! —grita Marina.

¡Estoy eufórica corriendo con mi saxo a toda leche!

Miro por encima del hombro. ¡Lo estoy consiguiendooooo! El pobre queda atrás. Si no me cayera tan mal hasta me daría pena.

Me persigue un músico desnudo, con calcetines a cuadros, corriendo por encima de los rastrojos.

¡¡Es la mejor noche de mi vidaaaaaa!!

5

La mujer de mi vida

Ángel

—¡Arranca el coche!

La escucho gritar a pleno pulmón mientras no ceso en mi carrera. La persigo, no a ella, persigo a mi saxo que la ladrona tiene entre sus garras.

Su melena va al viento y sería una visión bastante chula para un videoclip, si no fuera porque esto no se reproduce en la pequeña pantalla, sino delante de mis narices y no tiene nada de poético.

¡No me puedo creer que me esté robando el saxo!

Debe ser una broma. Tengo esa esperanza, pero... la voy perdiendo a cada paso que doy y me clavo los rastros secos en la planta de los pies. Y aunque sé que mañana no podré andar, no paro en mi carrera.

Tantos años saliendo a correr, ¿para qué? Esa serpiente es mucho más rápida que yo.

Gimoteo y los cien metros se me hacen eternos. Tengo que seguir, pese al dolor, no puedo permitir que me roben mi saxo sin luchar.

Grito al clavarme una piedrecilla en los pies y miro hacia abajo.

¡Estoy en pelotas! ¡Dios míooooo! ¡¡¡Estoy en pelotas!!!

He perdido toda dignidad. La vida es muy cruel, pero nada comparado con lo cruel que voy a ser yo cuando atrape a esa pájara.

Me ha desnudado, ha conseguido que me quedara en pelota picada y me ha robado. No doy crédito a su astucia y a... ¡mi ingenuidad! Pero cómo es posible que no aprenda que las mujeres son veneno. Esa lección me la han dado mil veces. Debería haber aprendido con Patricia que las mujeres son peste bubónica y cuando uno está mejor, es cuando se encuentra a años luz de ellas.

—¡Vuelve aquí! —El grito me sale como un gemido.

Es inútil, no va a parar. Esto no es una broma.

¿Realmente se está largando con mi saxo?

¡Es la peor noche de mi vida!

Veo que corre hacia las luces de un coche. A menos de treinta metros, bajo un árbol cercano, unas luces traseras están encendidas. La veo dirigirse hacia allí. La puerta de la parte de atrás se abre con rapidez y la pequeña delincuente salta en plancha en su interior con un grito triunfal.

Veo cómo sus piernas se agitan por unos segundos en el aire. Después, un portazo y el rugido de un motor.

¡Se largan!

—¡Nooooo!

Es inútil seguir moviendo mis piernas, no doy más de mí. Todo es inútil.

Me quedo mirando las luces rojas alejándose a toda velocidad y levantando una gran polvareda.

Lo sé. He perdido la batalla.

Me quedo plantado en medio de aquel descampado, parpadeo incrédulo mientras mis ojos siguen al destartalado coche rojo. Intento recuperar el aliento y aprieto la mandíbula con frustración. Mis pies me duelen horrores y no será el único recuerdo amargo que me quede de esta noche, de eso estoy seguro.

—¿Cómo ha podido pasar esto?

Extiendo los brazos al cielo para después sujetarme la cabeza.

Mi saxo, se ha llevado mi saxo... y mis pantalones.

Miro hacia abajo y cierro los ojos.

—No me lo puedo creer...

Y cuando creo que no hay nada peor que lo que me acaba de pasar, es cuando el infierno se abre y me da la bienvenida.

Oigo unas risitas femeninas.

Me giro y un grupito de chicas que están haciendo botellón cerca de un monovolumen cuchichean entre risas, después de carcajean.

—Está desnudo —susurra una.

—Ya, tía. —Se ríe la otra.

Lo que le faltaba a mi autoestima.

Agacho la cabeza y cojeo hacia mi furgoneta que sigue abierta dispuesta a recibirme. Recojo mis pantalones del suelo y me los pongo, y ahí me quedo, sentado en la parte trasera, mirando el camino viejo por donde se ha largado ese maldito Renault rojo.

Debo ser la hostia de fuerte, porque milagrosamente no me he echado a llorar. Ni lo haré mientras mi cerebro funcione a toda velocidad, elaborando un plan, que me devuelva una de las pocas cosas que me importan en la vida.

Voy a recuperar mi saxo. Voy a encontrar a esa mujer, cueste lo que cueste, porque, por si la ladrona no lo sabe, Mallorca es pequeña de cojones.

—*¿Com és això?*

Sa padrina me mira con los ojos desorbitados y me pregunta qué es eso de que me han robado el saxo.

Mi abuela tiene uno de esos días lúcidos que me alegran a mí el día, aunque parece muy ofendida y eso me inquieta. Los cambios bruscos de ánimo no son buenos, los sobresaltos no son buenos y que su nieto se haya quedado sin su instrumento de trabajo es peor que bueno, es una pésima noticia.

Cierra la nevera con más fuerza de la que esperaba y me mira entrecerrando los ojos. La isla central de la cocina nos separa. Estoy sentado en uno de los taburetes altos mientras me tomo mi café mañanero con unas tostadas con aceite de oliva y tomate.

Veo que se me acerca con el tetrabrik de leche en la mano. La miro con una sonrisa, una de esas tristes que no me llegan a encender mis ojos. Ella me acaricia la mejilla y por un instante la mañana parece menos mala.

—*Pobret, vols café?*

Niego con la cabeza cuando me señala el tetrabrik de leche, cuando lo que me ha preguntado es si quiero café. Sigo negando con la cabeza de igual modo.

Suspiro.

Sí, pobrecito de mí. Tengo otro saxo, el que he utilizado casi siempre, pero hoy creo que mi abuela se acuerda de lo mucho que me gustaba el saxo nuevo, aunque fuera más antiguo que el viejo.

Apoyo los codos sobre el mármol de la encimera mientras hago girar el taburete en un semicírculo, una y otra vez. Me dejo mimar cuando me acaricia mi pelo tostado por el sol.

No he pegado ojo y seguramente se me nota en la cara. Llevo unos viejos pantalones de chándal con una camiseta blanca gastada que uso para ir a correr. Evidentemente voy descalzo, como siempre, y más hoy que tengo las plantas de los pies en carne viva por correr por en medio del puñetero campo.

—Hay que recuperarlo —me dice mi abuela con determinación.

Miro sus ojitos de abuela, de ese color mezclado entre marrón y verde. Unos ojos llenos de ternura que esa mañana sí me reconocen, pero que otros muchos días, no.

—Te quiero, padrina.

Lo digo y se me encoge el corazón y siento un nudo en la garganta.

—Oh, no estés triste —me consuela—. Ya verás cómo lo recuperamos. ¿Qué va a hacer con él? ¿venderlo? Nosotros conocemos a cualquier persona que pudiera comprarlo...

Ladeo la cabeza y me sorprendo.

—¡Tienes toda la razón!

Y la tiene, solo hay que avisar a ciertas personas que conocemos y dar caza a esa bruja.

Asiento con ganas y me animo cuando me abraza con el cariño con el que solo una abuela puede abrazarte.

—Lo haré, hoy mismo me pongo en marcha. —Lo digo y siento cómo mi esperanza crece un poco en mi interior.

Asiento, no sé qué más hacer, ni qué decir. Desde anoche, que estoy sin palabras.

Mi saxo no puede haber desaparecido, así como así.

—Encontraré a esa mujer, padrina.

Mi abuela me mira con ojos vidriosos y frunce el ceño. La he desconcertado.

—¿Mujer? —Parece vacilar, pero después me mira y sonrío—. ¿Qué tal con tu novia?

¡Nooooo! Por un instante creo que me va a estallar la cabeza.

Aprieto los puños en un acto de máxima frustración. Con lo bien que íbamos... No quiero hablar de Patricia.

—Patricia —escupo la palabra dispuesto a decirle a mi abuela que ya no tengo novia desde hace semanas.

Siento un regusto amargo en la boca al pronunciar su nombre. Mi ex y la loca ladrona de saxos hace que cada vez encuentre más defectos al sexo femenino.

¡Ah! Pero ahí está mi abuela y luego *Manchitas* aparece en escena y ronronea restregándose contra mis tobillos, entonces pienso que, después de todo, las hembras no son tan malas.

Acaricio a *Manchitas* mientras mi abuela empieza a contarme una historia de cuando cantaba en los primeros hoteles que se abrieron en Mallorca.

—Había un saxofonista... —Parece meditarlo—. Toni Trui. Era uno de los grandes.

Le sonrío. Me parece mentira que no sepa si ha desayunado o no hace diez minutos, pero en cambio, tenga tan claros los recuerdos de hace más de cincuenta años.

Con ochenta y cuatro años mi abuela ha vivido de todo, pero lo que más recuerda, cuando la maldita bruma le envuelve la cabeza, son sus años como cantante de orquesta.

—Antoni Trui, era de Muro. Teníamos una orquesta. ¿Cómo se llamaba? —Mira al vacío y continúa hablando—: Cuando vamos a los hoteles a tocar... a veces da miedo, porque las calles ni siquiera están asfaltadas. ¡Bueno! Si ni siquiera hay alcantarillado, Pero nos lo pasamos bien. Esto del turismo aquí en Mallorca nos hará ganar muchas pesetas.

Suelto a la gata y ahora es a mi abuela a la que abrazo con cariño.

Como le digo a la abuela que de pesetas ya no tenemos, que tenemos euros y que donde antes había arena y cuatro hoteles, ahora hay una construcción masiva que amenaza con destruir lo máspreciado que tenemos para que, los de siempre, se llenen los bolsillos con la mezcla de turismo y trabajadores explotados. Como le digo que los jóvenes extranjeros ya no se divierten como en sus tiempos bailando al son de sus canciones, sino que ahora son guiris que prefieren la nefasta combinación de alcohol y *balconing*.

—Ya verás cómo te cogen en algún hotel para que toques el saxofón. —De pronto se aparta y me mira—. ¿Dónde lo tienes?

Barre la habitación con la mirada.

—Yo conocí a un buen saxofonista. Toni Trui —me dice, revolviéndome el pelo.

Le sonrío y, sin embargo, tengo ganas de llorar.

—Sí, abuela. —Le beso la frente—. Lo sé.

Lo sé, porque era uno de los mejores saxofonistas de Mallorca, porque tocaba en la banda de mi abuela y porque compré su saxo lleno de ilusión porque había crecido con su música. Y porque de esa música mi abuela Antònia es de lo único que parece acordarse, el día que no se acuerda de nada más.

Mientras se pone a cantar la observo rebuscar en los armarios de la cocina hasta que pone ante mí media docena de paquetes. Croissants, magdalenas, galletas y un largo etcétera de bollería industrial aparecen junto a mi taza de café.

Mi abuela y su costumbre de cebarme. De eso sí que no se olvida.

—Come, que estás muy flaco.

Peso ochenta y cinco kilos, estoy fibrado, pero ya podría estar como Bud Spencer y mi abuela seguiría pensando que estoy al borde de la inanición.

Para darle el gusto ataco el croissant después de comerme las tostadas y ella sonrío. Lo he hecho bien.

—¿Has encontrado tu saxo? —me pregunta.

Seguramente se ha acordado de que me preocupaba el tema de mi saxo desaparecido. Pero no se acuerda de que me lo han robado.

—Lo encontraré abuela —le digo después de tomar un sorbo de café—. Algunos no saben que Mallorca es muuuuuuy pequeña.

Recuperaré mi saxo y no descansaré hasta que la arpía corra desnuda por un campo de trigo segado.

Mi abuela me mira mientras pasa la mano sobre la encimera en busca de migas inexistentes que limpiar. Va recogiendo a su ritmo y yo le dejo hacer. Consigo hacerme con el segundo croissant antes de que se lo lleve todo de nuevo. Cierra la nevera y vuelve a abrirla al darse cuenta de que no ha puesto el tetrabrik de leche dentro.

—¿Se puede saber qué te pasa con esa cara tan larga?

Sonrío con tristeza. Mi abuela sigue siendo la más guapa del mundo. Al menos para mí. Vuelve otra vez y me revuelve el pelo sin acordarse de que ya lo había hecho momentos antes.

—Me han robado el saxo.

—¿Te han robado el saxo? —pregunta perpleja.

La abrazo y siento cómo me invade la tristeza, esa que se apodera de mí siempre que veo cómo la enfermedad le roba momentos vividos conmigo.

De pronto, miro por encima de su hombro. Berta aparece en el umbral de la puerta.

—¿Quiere que salgamos al jardín? Hoy hace muy buen día.

La abuela mira a su cuidadora y parece reconocerla. Yo niego con la cabeza a modo de respuesta mientras continúo abrazándola.

—Hace un bonito día y me dijo que quería plantar flores.

—Las flores me encantan —dice mi abuela mientras se separa de mí.

—Entonces, sal padrina, hace un día estupendo.

Ella asiente y vuelve a fruncir el ceño.

Me ve triste y yo me levanto y apuro la taza de café antes de que me vuelva a preguntar por qué lo estoy.

Le beso en la mejilla y me marcho.

—*T'estim* —le digo que la quiero antes de subir las escaleras de la casa de dos en dos.

Como le he dicho, hace un día espléndido y lo va a ser cuando recupere lo que es mío.

Me cambio rápido, me enfundo en mis vaqueros, mis bambas y la camiseta de Pink Floyd.

Veamos... ¿Dónde se puede comprar un saxo robado?

Sin remordimientos

Cristina

Me duele todo, pero no me quejo.

Después de la hazaña de anoche, al llegar a casa, Irene, Marina y yo, nos despatarramos en el sofá y abrimos una botella de cava. Esa botella de cava del bueno que teníamos guardada en la nevera para lo que se suponía una ocasión especial. Normalmente la ocasión especial o hecho extraordinario es cuando una de nosotras liga con un objetivo de nivel 9 como mínimo y tiene que contárselo a todas las demás.

Sin duda, el saxofonista es un nivel nueve, pero admitamos que no se puede decir que me lo haya ligado, más bien le he hecho la putada de su vida.

—No me puedo creer que le hayas hecho eso al pobre hombre. ¿No piensas darle una explicación del porqué?

Ahí estaba Irene, nuestra *Pepito Grillo*, preocupándose por Àngel al que, a fin de cuentas, había robado su saxofón y que el pobre, poca culpa tenía de haberse comprado el saxo equivocado. A ellas si les he explicado el porqué de todo en el coche camino a casa.

Por suerte, Marina le quitaba hierro al asunto, poniendo la nota de humor y relatando con detalle cada paso dado en mi carrera hacia el *Renault 12* destartado de Irene.

Al final hemos reído mucho y dormido poco. Pero... sí que Irene tiene razón. Tengo mi mala leche, no soy excesivamente cariñosa, ni tengo don de gentes para hacer amigos, pero si algo tengo es que soy buena persona. Las buenas personas no roban saxofones, de hecho, no roban, sin más. Y mucho menos engañan de la manera que yo engañé al *robasueños*. Porque yo le besé para distraerle... ¿no?

Respiro hondo y se me acelera el corazón cuando mi cerebro vuelve al pensamiento recurrente que me ha atormentado toda la noche y parte de la mañana. No sé si será autoengaño, pero intento convencerme de que no besaba tan bien, no era tan guapo y que sus manos acariciando mi piel desnuda no fue lo mejor que he sentido en meses, quizás años. Y es que admitamos que el panorama amoroso cada vez está peor.

Será eso. Será que no me liaba con un tío hacía tiempo. No puede ser que sienta algo más que un inmenso sentimiento de superioridad frente al *robasueños*.

Intento quitármelo de la cabeza.

Son las diez de la mañana y tenemos que irnos si queremos encontrar un lugar donde poner la toalla. Con tanto dominguero, Ca'n Picafort se pone imposible y Playas de Muro no está menos masificada.

Nos preparamos el desayuno y Marina se sienta en la mesa mirando al infinito.

Es una chica preciosa, altruista y todo corazón. Ama tanto a los animales, tanto como Irene los odia. Eso es una suerte porque si no, nuestra casa estaría llena de animalejos varios, seguramente lisiados y faltos de cariño. El mes pasado intentó colarnos una iguana, Merilyn, como si ponerle un nombre de diva la hiciera más atractiva. No sé cómo se la endosó a su madre que ya tiene dos perros y cinco gatos, uno de ellos paralítico.

Nuestra Marinita. Si fuera hombre me casaría con ella, pero tenemos esa especie de maldición de ser heterosexuales y que nos gusten los hombres inalcanzables.

—Yo... no sé por qué no ligo.

Me da la risa ante las palabras de Marina, quizás por su cara desganada o su mirada perdida en el blanco de los armarios de nuestra cocina.

Las dos vamos en pijama, pantaloncitos cortos y camiseta de tirantes. Yo llevo un conejo verde, Marina,

una calavera con un lacito rosa... muy Marina. Nos despreciamos a nuestro ritmo. Puedo oler el café recién molido, y eso parece hacer más llevadero el hecho de tener alguna que otra legaña.

Me sirvo un café en una taza y añado leche fría; en verano, no concibo que sea de otra manera.

La cocina es abierta, da a la parte trasera de la casa donde tenemos un bonito jardín donde a Irene y a mí nos gusta tener macetas, casi todas vacías, porque por algún extraño motivo que no llegamos a comprender, las cabronas mueren irremediabilmente cuando nos acercamos a ellas, unos días después de haberlas comprado.

—En serio —murmura Marina mientras introduce a buen ritmo, una y otra vez una magdalena en el café—. Yo... yo... he nacido para ligar.

Dejo de mirar por las cristaleras y centro mi atención en ella. Alzo una ceja con una sonrisa socarrona. Marina asiente.

—Tengo sangre latina.

Me descojono e Irene, que ha aparecido a mi lado con la cafetera en la mano, se tira por el suelo de la risa.

—¿Qué dice que tiene?

—Sangre latina —le digo alzando una ceja sin parar de reír.

Y es que no es lo que dice Marina, si no cómo lo dice. Con toda la desgana del mundo.

—Tienes de latina, lo que Irene de Madagascar.

Irene nació en Francia, y de pequeña confundía la localidad de Castelnaudary con Madagascar, hasta ahí lo que la pueda unir a la isla africana.

Marina es de Muro, como yo, autóctona de pura cepa, y por mucho que mueva sus caderas al ritmo de Shakira, siempre bailará mejor las *jotas y boleros* con zapatos planos y *rebosillo*.

—En serio —me dice Marina con ojos resacosos—. Ya está bien de ser un asno, a partir de mañana... seré una pantera.

Asiente con total convicción, ajena a nuestras carcajadas.

Irene y yo nos aguantamos el estómago y cuando nos calmamos, la abrazamos. Nuestra Marinita es una joya, un diamante en bruto que la vida intenta pulir a base de desengaños amorosos.

Entre sus ocurrencias y el show de anoche, estamos más que animadas.

—No ligas porque no quieres —le digo sincera.

—Anoche me hubiese gustado ligar, pero como le robaste el saxo, pues creo que ya no podrá ser.

Hundo los hombros y hago el fingido gesto de escupir en el suelo.

—¡Puaj! ¿Querías ligar con eso? —le pregunto con mi cara de haber chupado un limón.

Ella se ríe e Irene menea la cabeza.

—Está buenísimo y tiene talento —me dice Irene—. Si no lo odiaras tanto, estoy convencida de que te gustaría. Pero creo que nuestra Marinita no tenía los ojos puestos en tu saxo, sino en otra parte.

Las miro con interés.

—¿Qué parte? —pregunta picarona, Marina.

Irene niega con la cabeza.

—No te hagas... sé perfectamente que no quitabas ojo al cantante.

—¿A quién vamos a mirar si no? ¿Cuando vas a un concierto miras al guitarrista? No, miras al cantante.

—Bueno, Cristina miraba al saxofonista.

Pongo los ojos en blanco.

—Digo la gente normal...

—¡Oye! —me ofendo.

—Cuando miras al escenario, quien capta tu atención es el vocalista —se defiende Marina—. Y este en concreto... Vaya pedazo de...

—¿De qué?

—De voz —me responde.

—Sí, sí, de voz. —Irene se sienta frente a ella en el taburete que está justo al lado de la isla de la cocina.

Menea la cabeza y vuelve a por Marina.

—Tú no le estabas mirando las cuerdas vocales, precisamente.

—Qué sabrás tú. Muy concentrada estabas ojeando la fauna intercontinental.

Escupo el sorbo de café sobre la isla de la cocina y me río cuando nuestra amiga hace referencia a la predilección de Irene por los mulatos bien bronceados.

—Te gusta el cantante —le dice Irene entrecerrando los ojos y apuntándola con un dedo.

Marina alza la mano y la señala de igual modo.

—¡Puede! —Marina no dice nada y lo dice todo—. Además, tiene los dedos largos —dice, volviéndose a incorporar en el taburete alto—. La distancia de la punta de su pulgar al dedo índice... era bastante grande.

Minutos después aún nos reímos de la teoría de Marina que sigue pensando que está científicamente demostrado, que se puede medir el pene de un hombre sin echarle una ojeada a sus atributos, solo observando sus manos.

—De todas formas, después de semejante show, olvídate de que volvamos a cruzarnos con ellos, si es que no queremos salir por patas.

Las dos me miran y yo me hago pequeña. De repente, la hazaña de anoche ya no nos parece tan divertida.

—Dejadme en paz —farfullo algo compungida.

Pero no voy a tener suerte. De nuevo se ponen a hablar entre ellas, esta vez como si yo no estuviera.

—Yo creo que algo le gusta —le dice Irene volviendo al molesto tema del saxofonista.

—Ni de coña. No me gusta nada...

—Yo también lo creo.

—... demasiado delgado y es... —sigo hablando, pero ninguna de las dos le interesan lo más mínimo mis réplicas.

—Se lo comía con los ojos.

—Le pone muy cachonda cuando toca el saxo. —Marina asiente después de meterse el último trozo de magdalena en la boca.

—... es idiota —acabo de decir finalmente.

—¿Cómo va a ser idiota? No conoces al pobre chico.

¿Ahora de repente me hacen caso?

—No has hablado con él ni media palabra. Porque no hablaste con él, ¿no?

Ahora Irene también se muestra muy interesada.

—¿Hablaste algo o directamente le arrancaste la ropa?

Mis ojos en blanco no las desmotivan en su empeño de sacarme información.

Meneo la cabeza y me niego a seguir hablando del saxofonista de ojazos de chocolate.

—No pienso decir nada más del tema. Y no necesito conocerlo para entender que lo que tiene en el cerebro es poco más que aire y chicas en bikini.

—No, no lo conoce en absoluto —se mofa Irene con cinismo—, solo lo suficiente para dejarlo en pelota picada.

—Bueno... —vacilo.

No debería haber vacilado, son caimanes, notan el olor a sangre.

Me echo hacia atrás ante sus inquisitivas miradas.

—¿Qué pasó en la furgó? —Irene sabe que oculto algo.

—Ya os lo conté.

—¡Bah! Muy por encima y sin detalles.

—¡Nada! No pasó nada —mi grito las alerta—. En serio, no quiero pensar en eso.

Marina entrecierra los ojos.

¡Genial! Ahora también sabe que no les he contado toda la verdad. Y sus dedos índices vuelven a estar estirados, pero esta vez me señalan a mí exigiendo una respuesta, y más me vale que tenga una convincente.

—Nos dijiste que el tipo te pidió rollo y se desnudó él solito.

Silencio.

Marina está flipando.

—¿Le quitaste tú la ropa?

—No... qué va.

Mierda, he tardado demasiado en contestar.

—En serio. —Irene empieza a alucinar—. Cuando me dijiste que te esperara en el coche que tenías algo que hacer... No pensé... ¿en serio...? —repite alucinada—. Cristina, no sé cómo pudiste robarle el saxo a ese pobre chico. ¿En serio no vas a darle una explicación?

—Eh, de pobre nada. —¿En qué momento el *robasueños* ha empezado a darles lástima?—. ¿De qué parte estás?

—De la tuya —me dice Marina—, pero yo tampoco te reconozco.

Irene la secunda. Ambas asienten con la cabeza.

—¿Y qué queréis? —les digo a la defensiva—. No podía dejar que el saxo de mi abuelo cayera en manos de ese... bueno, de otra persona. ¡Es mi saxo! El abuelo me lo dejó a mí. Mi padre no tenía ningún derecho de venderlo.

Mis amigas asienten y puedo ver que les doy algo de lástima, con un poco de suerte quizás más que el *robasueños*.

Ya saben la mala relación que tengo con mi padre, la que hoy en día prácticamente es nula, después de que él decidiera vender el saxo de mi abuelo a ese músico verbenero, casi no nos dirigimos la palabra.

—El saxo de mi abuelo debe tocar en una buena banda, en los brazos de alguien que lo quiera. Y nadie va a querer a mi saxo como yo. ¡No va a saltar de verbena en verbena como...!

—Como hacía tu abuelo —me dice Marina enarcando una ceja.

Me callo.

Tiene razón. Mi abuelo era un gran músico. El gran Toni Trui. Sus bolos eran en hoteles y casinos, pero ¡qué actuaciones, señores! Que Antònia Palmer cantara en su grupo aún los hacía más increíbles.

Me invade la añoranza. Y tengo que reconocer que si el abuelo viera su saxo sobre el escenario de verbena en verbena no haría otra cosa que reírse con alegría.

Marina abre los ojos como platos.

—¡Dios mío! ¡Joder!

La miro, porque está claro que acaba de darse de cuenta de algo importante.

—¿Qué?

—¿Sois conscientes de que no vamos a poder ir ni a una puta verbena sin que nos aterrorice encontrarnos al pobre chico?

Escupo el café con leche.

—¡Me cago...! —Aprieto los labios y me dan ganas de patalear.

Lo que me faltaría sería tener que encontrarme a ese tío y tener que darle explicaciones. Por suerte, en septiembre me largaré de *sa roqueta* durante una buena temporada. Me presentaré a la audición con el saxo y empezará la gira por Europa. Eso es lo que va a suceder, y no pienso dejar que pase otra cosa.

—No lo había pensado —dice Irene algo sorprendida—, pero bueno, no nos ha visto la cara... solo a Cristina. —Hace una mueca divertida—. Nosotras estamos a salvo.

—Gracias —digo, mirándolas con reproche—, estoy muy agradecida de tener amigas como vosotras.

Pero, de todas maneras, solo tendré que evitar ir a las que toquen.

—Sí, es un buen plan —dice Marina— pero creo que pudo coger la matrícula de tu coche.

—Mierda —dice Irene ante el comentario de Marina.

Frunzo el ceño. ¿Sería posible que cogiera el número de la matrícula? Sí, sería más que probable, además, esa cafetera oxidada es bastante característica, si es un coche con dos letras.

—Cruza los dedos, estaba oscuro... ¡Bah! Imposible —digo, levantándome de la mesa—. Y no pienso perder un minuto más de mi tiempo pensando en ese tipo.

No, no pensaré más en él. Ahora me dedicaré a lo que ha sido mi obsesión durante los últimos meses, recuperar mi saxo y tocarlo para algo más grande que ir de verbena en verbena. Tiene que ver mundo antes de volver a asentar mis posaderas en la isla. Porque reconozcámoslo, un mallorquín morirá en Mallorca.

Desde la cocina abierta miro la mesa frente a los sofás donde dejé el estuche la noche anterior. Está abierta porque me adormecí sentada en el sillón, observándolo.

Miro el saxo, su maravillosa funda sigue en la mesa y en contra de mi voluntad siento algo de remordimiento.

Una imagen aparece en mi mente.

Sonríó a mi pesar. Un hombre desnudo corriendo entre rastrojos en un descampado lleno de balas de paja seca.

El karma va a hostiarme. Lo sé.

¡Viernes!

Salgo del ensayo, llevo una sonrisa *proffident* en la boca y es que, a pesar del apremiante calor, estoy de excelente humor. En mi mano derecha llevo bien agarrada el asa del estuche, dentro va mi saxo. El saxo de mi abuelo que hace una semana robé, quiero decir... que recuperaré.

—¡Cristina, estás que te sales! —me digo a mí misma.

Hoy los pájaros cantan, y yo camino con mi vestidito estampado por la calle Blanquerna de Ciutat, con las rodillas al aire, como si de un camino de amapolas se tratara. Solo me falta dar saltitos a lo Heidi.

La calle peatonal está llena de terrazas a rebosar de turistas tomando refrescos y sol mediterráneo.

Respiro hondo y entono una canción que queda apagada por la algarabía que reina a mi alrededor.

Normalmente no estoy de tan buen humor para dar saltos, pero hoy no me importa parecer gilipollas.

Estoy de buen humor, algo que me resulta ajeno. Supongo que después de un invierno de amargura casi había olvidado la sensación de que todo va a salir bien. La relación con mi padre va de mal en peor, nos vemos una vez al mes, en una cena obligada para que no me haga la vida todavía más imposible. Mi madre, por su parte, me ha abandonado para vivir la vida loca en Ibiza con sus bien superados cincuenta.

Pero en estos días nada me importa. De hecho, no me importa que mi padre me obligue a cenar con su última esposa, una alemana que está más cerca de mi edad que de la suya y con la que se casó de improviso, porque aquella capilla tan mona al sur del Tirol estaba libre ese día que se fueron de vacaciones. ¡Paso de todos ellos!

¡Hoy nadie me amarga!

¡Estoy contenta!

Llevo agarrada el asa del estuche de mi saxo, con la otra mano me coloco bien la montura de mis gafas de sol. Miro al cielo y sonrío. Estoy monísima, me siento guapa y estoy feliz de volver a tocar tan bien como antes. Hoy he hecho la interpretación de mi vida.

¡Estoy preparada para la audición! Más que segura que con un poco más de esfuerzo mi grupo favorito no va a tener más remedio que aceptarme en sus filas. ¡Y entonces mi sueño se hará realidad! Y ya nadie podrá amargarme jamás.

Aún recuerdo la voz de Marina animándome después de haber compartido el anuncio de la banda.

—Cristina, tendrías que presentarte.

El sueño de mi vida. Tocar con mi grupo favorito de jazz. Formar parte de su gira europea. Un mes para la audición y sé que si sigo así, ese lugar a la izquierda del escenario será mío. Cumpló los elevados requisitos y toda mi vida me he preparado para este momento.

Sí, con mi saxo entre las manos, ¿qué puede fallar? Las pruebas son a principios de septiembre. Queda poco tiempo, pero estoy más que preparada. Ahora vuelvo a tener magia en los dedos y ritmo en el corazón.

Casi estoy por llamar a Marina e Irene, para decirle todos los halagos que he recibido de mi profesor de saxofón. Pero a estas horas estarán trabajando. Marina castrando algún gato, que ni idea tenía que iba a perder los testículos ese día. E Irene utilizando sus altos conocimientos sobre órganos colegiados. No importa, esperaré a la cena.

En mi cabeza resuenan los elogios de mi profesor.

—Si lo haces así de bien, en la prueba los vas a dejar a todos impresionados.

Ya puedo visualizarlo, yo sobre el escenario con mi saxofón tenor de latón.

—Larara la la la...

Mi saxo consta de 23 orificios y algunas de sus llaves de tacto están decoradas con nácar. Tiene la boquilla de metal, que me costó más de dos meses de alquiler, pero lo hace especial... le da un sonido único, "más brillante". Mi abuelo odió las de plástico porque decía que no daban un buen timbre, aunque yo pienso que es por culpa de su tamaño. Sigo su colección de boquillas, a las que he incorporado cerca de una docena, algunas de ebonita, caucho y porcelana, hasta conseguí una de hueso. Al recuperar mi saxo le he quitado la boquilla de ese usurpador y le he puesto mi cóncava. Mi saxo volverá a ser clásico, con una caña más dura y de boquilla estrecha. Y, por supuesto, la lengüeta es de caña común, nada de fibra de vidrio. Miro el estuche y asiento complacida.

Quiero a mi saxo.

Le quiero, si querer a un hombre fuera tan fácil como querer ese saxo, otro gallo cantaría. Pero los hombres son traicioneros, cómo fiarme de ellos cuando no me he podido fiar ni de mi propio padre que vendió mi querido saxo a un desconocido.

Detrás de mis gafas de sol, y porque sé que la gente no puede verme le guiño un ojo al estuche. Sí, estoy loca, pero todos los artistas y músicos tenemos algo de locura, si no, seríamos demasiado aburridos.

Me encanta mirarlo, de noche lo pongo en su soporte y lo miro hasta que me duermo, otras simplemente lo meto en la cama conmigo. Sí, también estoy un poco enferma, pero al segundo día me entró la paranoia de que el *robasueños* entrara por la ventana abierta y me lo quitara de nuevo.

Me encojo de hombros, hay gente que duerme con sus gatos y les habla como si fueran sus hijos y eso no puede ser, todo el mundo sabe que los gatos son hijos de Satán. Lo sé porque son los que me hacen tener cara de Lucifer, por la alergia que me dan, cada vez que se me ponen cerca. Así que si hay gente que duerme con sus gatos y perros, bien puedo yo dormir con mi saxo.

Mis sandalias con cuña pisan con buen ritmo el asfalto. Un par de calles más y llegaré a mi coche. Me voy directa a casa, hoy es viernes y desde luego pienso salir. No voy a quedarme en casa solo porque tenga miedo de encontrarme con el saxofonista de los Bright lemons, el señor Lito Vallori.

Mi mente vuela a la semana pasada, a la noche en que dejé al pobre desnudo y corriendo detrás de mí y el saxo que jamás va a recuperar.

No siento pena.

Hago una mueca, es inevitable y suspiro ante mi mentira. Sí que siento un poco de lástima, al fin y al cabo, no fue culpa suya que mi padre le vendiera el saxo de mi abuelo. Quizás incluso el hombre sea lo suficientemente bueno en saxos como para darse cuenta de la joya que tenía entre manos.

Era mono... y por primera vez no me refiero al saxo. Ángel es un tío guapo, quizás debería sonreír más,

pero entiendo que a muchas de las mujeres pueda parecerle irresistible. A mí me lo parecería, si no... quisiera arrancarme la cabeza por haberle humillado como nadie más podrá volver a hacerlo. Irene tenía razón: robarle el saxo, sin ninguna explicación... no es digno de mí. Pero me consuelo pensando que quizás no haya hecho algo tan malo. Es más que probable que él no apreciara esta joya y que se pudiera permitir otro saxo más moderno y mejor.

Otra mueca y un poco más de culpabilidad. Ojalá, deseo que así sea.

—En fin —me recrimino con desgana. Lo hecho, hecho está. Así que no pienso darle más vueltas.

Y eso era algo que estaba más que dispuesta a cumplir si no fuera porque en ese momento, al otro lado del semáforo estaba el hombre que haría muchas de mis pesadillas realidad.

—¡Tú!

Hoy no te escaparás

(hasta es posible que no puedas volver a andar)

Àngel

—¡Tú!

No me lo puedo creer.

Toda la semana pensando en esa condenada mujer, buscando saxofones, hablando con tiendas especializadas, de segunda mano, acudiendo a rastrillos y buscando por internet y hasta debajo de las piedras para recuperar mi saxo y, ¿para qué? ¡Para nada! Toda esa actividad detectivesca no ha dado los frutos esperados. Y ahora cuando ando por la ciudad con la guardia baja, pensando en rendirme y darlo por perdido, es cuando me la encuentro.

La bruja está allí, y reconozco el estuche que lleva colgando. Mi saxo está dentro, estoy seguro. No lo ha vendido y me da que no piensa hacerlo.

Por un momento casi no la he reconocido. No lleva vaqueros, ni camiseta estrecha. ¡No! Lleva un vestido que apenas le cubre las rodillas, con un escote rectangular. Y aunque yo entienda más bien poco de moda, no es para nada el estilo que lleva esa mujer en las verbenas. Parece más una diva de Broadway, recién sacada de la película *La la land*, que una bruja. Si hasta parece que levite bajo la vaporosa falda de su vestido.

Intento no parecer un loco cuando mi dedo índice la apunta con determinación. ¡Va a devolverme mi saxo!

—¡No te muevas! —le grito.

El semáforo está en rojo y cuatro carriles la separan de mí. Veo cómo mira a un lado y a otro. Separa las piernas y las flexiona como si no supiera muy bien hacia dónde echar a correr. Mira por un instante fijamente al hombrecillo rojo iluminado del semáforo y sé que lo maldice por estar brillando en ese momento.

—¡No! —le grito, autoritario—. ¡Quédate ahí!

Evidentemente no me hace caso.

Se decide a echar a correr hacia la derecha y maldigo la cantidad de coches que pasan por ahí.

—¡Detente!

Pero ella sigue corriendo con sus zapatos de cuña alta y el vestido a lo Audrey Hepburn.

De pronto, el semáforo se pone en verde. Yo llevo pantalones y unos zapatos la mar de cómodos. Bambas contra plataformas... me río hacia mis adentros, esa carrera la voy a ganar yo. ¡Ni en sueños va a escapar de mí!

Sigo gritando y veo cómo mira por encima del hombro, sabe que la voy a alcanzar. Parece que hemos captado la atención de la gente de alrededor, pero aparte de mirarnos con mala cara por gritar en medio de la calle, no están muy dispuestos a que dos locos les hagan perder el tiempo.

—¡Para! ¡Ahora!

A ella le falta el aliento. No porque no sepa correr, cosa que ya demostró que hace a la perfección el día que me dejó corriendo desnudo detrás de ella, más bien es por lo que pesa el estuche. Intenta pasárselo de una mano a otra mientras va a la carrera, pero está perdiendo rapidez y pienso aprovecharme de ello.

Bien, ya no queda mucho para que le dé alcance.

Está a punto de llegar a otro semáforo, va a tener que pararse si no quiere morir atropellada y lo sabe. Veo cómo suelta una palabrota que no le va nada con el look pijo que me trae. Dos zancadas más y... ¡agarro su muñeca!

—¡Suéltame! —me dice sorprendida al ver cómo mi mano se cierra sobre su muñeca como unas tenazas.

—Suelta tú mi saxofón. ¡Ladrona!

Nos quedamos parados uno frente al otro, los dos respirando con más dificultad de la que querríamos. No intentamos hablar por unos segundos, simplemente nos miramos recuperando el aliento.

—Suelta mi saxo —le digo finalmente más calmado.

Ella aprieta los dientes y aunque no puedo ver sus ojos detrás de las oscuras gafas de sol, estoy convencido que salen bolas de fuego por ellos.

—No pienso devolverte nada. Mi saxo es mío —me dice sin ninguna vacilación en su timbre de voz.

—¡Ja! —Pero ¿cómo puede tener tanto morro?—. ¿Acaso lo has comprado? —No dejo que responda—.

¡No! ¡Me lo has robado!

—No he robado nada.

Entrecierro los ojos, me está empezando a cabrear.

—¿Y cómo le dirías tú a lo que hiciste la semana pasada?

Ella coge aire, seguramente para gritarme, pero al final se lo piensa mejor y espeta en un tono modulado lleno de desprecio:

—Lo llamaría llevarme lo que me pertenece.

—Dices que mi saxofón te pertenece, pero ¿tienes una factura de compra que demuestra que es tuyo? No, porque lo robaste. Yo sí tengo esa factura, a mi nombre, con la firma de su anterior propietario que no eres tú.

Ella se vuelve del color de la grana. No parece que le sienten nada bien mis palabras. Una lástima, porque no pienso echarme atrás en nada de lo que he dicho. Ella es una ladrona y cuando antes lo asuma, mejor.

—¡Suéltame!

Está enfadada, lo noto en su manera de coger aire por la nariz y apretar los carnosos labios que tiene. Su boca es una línea perfecta que dan ganas de deshacer con un beso. ¡Oh! ¡No me puedo creer que haya pensado eso!

Doy un paso hacia atrás y ella me mira extrañada. No es para menos, mi cara debe ser de terror absoluto. Aprovechando mi gesto, sacude su muñeca intentando que la suelte, porque, aunque me haya apartado un poco, no seré tan ingenuo de soltarla y darle ventaja para que vuelva a salir corriendo.

No voy a ceder, cuando suelte esa muñeca será para agarrar el asa del estuche.

—Mira, o me sueltas, o llamo a un policía.

La miro flipado. ¿En serio que me está pasando esto a mí?

—¡¿Tú?! —Esto ya es el colmo—. ¿En serio?, ¿tú vas a llamar a la policía?

Ella parece vacilar, pero está tan enfadada que dudo que se dé cuenta de lo absurdo que sería llamar a la policía. Aunque si lo hiciera sería lo mejor, ¿no? Está claro que el saxo se vendría conmigo.

—¿Quieres llamar a la policía? ¿Y qué les dirás?

—Que me estás agarrando en contra de mi consentimiento.

—¡Ja!

La suelto, en lo que tardo en agarrar el asa de mi saxo.

—¡Suelta!

—¡Hala! Ya no te agarro.

—¡Suelta mi estuche!

—Ni lo sueñes —le grito—. ¿Vas a llamar a la policía y decirle que agarro el asa de mi estuche? Estuche que me compré yo, por cierto, y que tú me robaste junto con mi saxo.

Veo cómo forcejea furiosa, pero no lo voy a soltar y eso es un hecho.

—Devuélveme a Sidney —me dice.

La miro, noqueado.

—¿Le has puesto nombre a mi saxo?

—Mi saxo. ¡Y ya lo tenía!

—Es mío, lo compré, tengo papeles. Algo que tú seguro no tienes. ¡Y es un nombre de mierda para un saxofón!

—Túúú sí que eres un nombre de mierda. —Los dos nos miramos algo sorprendidos, pero la sorpresa de ella por sus palabras solo dura unos segundos. Tiempo suficiente para tomar aire y volverme a increpar—. ¡Mira, *artistillo* verbenero! No eres digno de él. Así que suéltalo y vete haciendo a la idea de que no vas a recuperarlo.

La miro como quien mira una cucaracha. Entrecierro los ojos e intento no gritar.

—Voy a denunciarte. —Satisfecho veo cómo se desinfla ante mi amenaza—. ¡Ja!

Me jacto porque contra todo pronóstico he conseguido que cierre la boca. Eso sí que es un logro. Además, parece algo acojonada por la idea de una denuncia. O eso me pienso hasta que la abre de nuevo.

—Hazlo —me dice ofendida—. La policía vendrá, te lo confiscará y ya no lo tendremos ninguno de los dos.

—No me lo va a confiscar, es mío, tengo...

—¿La factura? Esa que está en el estuche que también robé. Creo que la que puede demostrar que compró el saxo soy yo.

Me quedo sin habla. Eso no es cierto, la factura está...

—¡Está a mi nombre!

—¿Seguro?

Me mira muy confiada. Demasiado confiada.

Dudo.

¡Por supuesto que está a mi nombre! ¿Es una factura o un pagaré?

—¡Joder! —Será mamona. Me hace dudar y casi perder el juicio—. No te atrevas a jugar conmigo, ladrona de saxos.

—No te atrevas tú, ladrón de sueños.

Tiro del asa, pero ella no cede.

—Necesito este saxo —me dice, como si le fuera la vida en ello.

A nuestro alrededor estamos montando un espectáculo que cada vez llama más la atención a los turistas. Ahí estamos con el semáforo en verde, los dos quietos, uno frente a otro y forcejeando mientras hablamos entre dientes.

Otro tirón y a los dos nos entra el pánico cuando el estuche parece no estar muy conforme de cómo lo tratamos. ¡Es entonces cuando parece tomar la decisión de abrirse!

Contenemos la respiración al unísono. Nuestras pupilas se dilatan presa del pánico al ver que el saxo está a punto de salirse y caer al suelo. Finalmente, para tranquilidad de nuestros corazones desbocados, no cae al suelo. Lo que sí cae contra la acera y se abre es una carpeta con partituras que ella debía guardar dentro.

Al unísono y aún con el susto en el cuerpo, empujamos los extremos del estuche. Se escucha un clic al cerrarse junto a nuestra respiración entrecortada.

—Maldita sea.

Dejo el estuche en el suelo y por instinto, incapaz de ver cómo el aire amenaza con arrastrar las partituras por el suelo, me animo a recogerlas. ¡Error! Deberé tatuarme que jamás tengo que dar nada por sentado con esa mujer. Desde luego ella no estará agradecida de que recoja sus partituras, ni mucho menos.

Estará entusiasmada porque mi gesto le ha dado una vía de escape.

¡Mi gesto ha alejado mi mano del asa!

Demasiado tarde me doy cuenta de mi error. El semáforo se pone en rojo, pero antes de que los coches puedan arrancar, ella corre como una loca hacia la otra acera.

—¡Nooooo!

Intento levantarme, pero es inútil, el tráfico es denso a esa hora y solo puedo ver cómo llega sana y salva al otro lado del semáforo. Con un gesto ensayado, estira el brazo y un taxi se para justo a su lado.

Me mira antes de subirse a la parte trasera.

—¡Noooooo! —vuelvo a gritar hecho un basilisco, pero para lo que me va a servir...

Al menos la ladrona ha tenido la decencia de no reírse de mi estupor. Cuando ha subido al vehículo, podría haber hecho un gesto triunfal, pero lo que he visto es una expresión de duda, como si no se creyera que se estaba saliendo con la suya. Hace bien, me digo, porque no va a salirse con la suya, ni que tenga que mover cielo y tierra para volver a encontrarla.

Aprieto los puños y grito mientras me doblo en dos. ¡Esto es una pesadilla! Pero pronto dejo de dar el espectáculo y me inclino un poco más para recoger la carpeta con las partituras. Mis cejas se alzan en señal de lo que parece ser una pequeña victoria, al ver escrito el nombre de la pequeña ladrona.

Propiedad de Cristina Martorell.

¡Bingo!

Cristina

Se me va a salir el corazón por la boca.

¿Qué puñetas acaba de pasar? Sentada en el asiento trasero del taxi y todavía con el corazón saliéndome por la boca, abrazo el estuche donde llevo mi tesoro, siendo muy consciente de que casi lo pierdo.

No puedo continuar así.

Soy un blanco fácil. Me encontrará, montará un show y me acusará de ladrona delante de todo el mundo. Y eso sinceramente me trae bastante sin cuidado, lo que me preocupa, es que sí es cierto que le robé el saxo y que robar algo tan valioso me puede acarrear problemas. Probablemente pondrá una denuncia. Y entonces... adiós a mis planes. ¡Pero es que tampoco puedo comprárselo! No tengo dinero, de eso se ha encargado bien mi millonario padre.

—¡Oh! Esto es una pesadilla.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Parpadeo y veo que el taxista me habla.

—Sí, yo... —Me quedo en silencio mientras lo miro por el retrovisor.

—¿Dónde la dejo?

Vacilo un poco y finalmente respondo que en el mercado de San Juan.

El hombre frunce el ceño. Vamos en dirección contraria y estaba a solo dos calles de donde me ha recogido. Solo rezo para no volver a encontrarme con Àngel hasta que no tenga un plan que me permita salir victoriosa de todo este embrollo.

¡Maldita sea! ¿Cuántas posibilidades hay de encontrarse a un conocido por Palma? Y, sin embargo, nuestros caminos se han cruzado. ¡Imagínate en las verbenas! Las chicas tienen razón, será imposible salir y no mirar compulsivamente sobre mi hombro. Mallorca es muy pequeña para huir. Pero me pongo a pensar después de un par de respiraciones profundas y sé que es solo cuestión de tiempo. En septiembre es la audición final. Sé que he gustado, están a punto de contratarme. Y eso significa que me largaré por una buena temporada. Si al volver, el *robasueños* sigue cabreado, ya me preocuparé en ese momento. No antes.

Solo tengo que dejarles impresionados en la audición. Y eso será así gracias al saxo de mi abuelo. Ahora

que vuelve a estar conmigo tengo confianza, y es lo único que necesito. Lo haré de maravilla. Solo tengo que sobrevivir un par de meses en la isla. Un par de meses. Bueno, ni siquiera eso. Julio termina, solo falta agosto.

Por Dios, perderme las verbenas va a ser un auténtico infierno, pero ¿qué otra solución hay? Si me vuelve a encontrar, si averigua mi nombre o dónde vivo... estoy segura de que es capaz de denunciarme. El taxi sigue circulando y yo miro sobre mi hombro. Sé que no tiene superpoderes para correr detrás del vehículo, pero a estas alturas no me fio de nada.

—Ya hemos llegado —me dice el taxista. Aún con el corazón a mil por hora le doy las gracias y me bajo, después de pagarle.

Estoy junto al *Escorxador*, donde se encuentra el mercado.

Voy caminando deprisa, atenta miro en todas direcciones. Esto es una pesadilla, pero a unos cincuenta metros veo el *Renault 12* destartado que comparto con Irene. Solo unos segundos y estaré a salvo y rumbo hacia el pueblo. Dentro ya pensaré que hago.

Saco las llaves del coche y las meto en la cerradura a la tercera. He aparcado delante del bar Tragaluz y me pongo a gritar como una loca cuando de su interior sale el hombre que he intentado evitar.

—¡Quieta!

—¡Joder! —le grito cabreada—. Me va a dar un infarto.

Él extiende los brazos y me mira con la expresión que indica que eso le importa una mierda.

—¿Cómo me has encontrado?

La verdad es que parece cansado.

—¿En serio?, ¿con este coche? —Me mira fijamente y me deja claro que las siguientes palabras las dice muy en serio—. No pienso seguir jugando a esto.

No grita, lo cual es aún más acojonante.

Lo miro recelosa y... triste. El cabreo, la ira y la mala baba que me suele generar, parecen haber desaparecido. De repente, a plena luz del día, con él mirándome así, empiezo a darme cuenta de que la situación no es muy normal, que le he robado algo a otra persona. Un objeto no tanto de valor económico, que lo tiene, sino sentimental, porque empiezo a darme cuenta de que, para ese tipo, el saxo es muy importante.

Mientras, las llaves del coche siguen en la cerradura. Estoy segura de que no me dará tiempo a abrir y meterme dentro antes de que él me agarre y me quite a Sidney. Pero, por otra parte, ¿podría hacerlo de nuevo? ¿Podría huir otra vez robando el saxo que mi padre vendió sin mi consentimiento? No, no podría y eso me deja en una situación bastante indefensa. Se me han acabado los planes y estrategias para recuperar mi saxo.

—Bueno... —No sé qué más decir.

Me quito las gafas de sol y respiro hondo.

Ahora, nuestras miradas se cruzan y nos miramos a los ojos por unos segundos que parecen eternos. Creo que a ninguno de los dos le apetece moverse para no desencadenar una serie de sucesos desagradables. Pero, pasado unos interminables segundos, alguno de los dos va a tener que dar el siguiente paso.

—Y bien... —le animo a decir algo cuando el silencio incómodo se hace casi insoportable.

—No voy a dejarte marchar con mi saxofón —me lo dice sin gritar, pero con una convicción que me hace reflexionar—. No sabes lo que significa para mí.

Mi espalda se pone recta al escuchar esas palabras y me hace mirarlo con otros ojos. Por un momento, siento algo parecido a la lástima y a la culpabilidad.

—Solo es un saxofón —mi tono de voz delata que he dicho una mentira y que ha sido más que evidente.

—Para mí no es solo un saxofón y creo que después del numerito que montaste el fin de semana pasado, tampoco lo es para ti.

En eso tiene razón. Me encojo de hombros, algo culpable.

—¿Tengo razón? —me pregunta como si no me hubiera adivinado el pensamiento y esperara una respuesta clara y no simples especulaciones.

—Puede.

Alza una ceja y veo cómo una sonrisa cínica lucha por no ponerse en su cara.

—¿Pones a los tíos en pelotas para robar un instrumento que no significa nada para ti? —dice en apenas un susurro.

Eso le llamo yo patada voladora en toda la boca.

—No —acepto y no sé muy bien por qué—. Mi saxo es especial.

Veo cómo se ofende cuando digo mi saxo, pero de pronto las ganas de pelear parecen renacer. Mi saxo...

¡Es que es mío!

—Vamos a llamar a la policía —me dice como si acabara de tomar una firme decisión—, y resolvemos esto de una vez por todas. El saxo no es tuyo, es mío y...

—¡Es mío! —Siento un nudo en la garganta. Los ojos se me llenan de lágrimas y como queriendo evitar lo inevitable, abrazo el estuche contra mi pecho.

Estaba tan cerca, esto no puede estar pasando.

—No lo es —dice, con los dientes apretados. Al ver mi cara de pena, se modera—. No lo es —dice mucho más calmo y comprensivo.

Pero su tono paternalista no me engaña. Es un monstruo sin corazón, ni sentimientos.

Respiro hondo.

Va a llamar a la policía, si es que no lo ha hecho ya. Agacho la cabeza y me muerdo el interior de las mejillas, no pienso ponerme a llorar delante de él. Con un movimiento rápido agarra el asa del estuche y con impotencia veo cómo ahora es él quien abraza el instrumento contra su pecho.

Mis ojos se agrandan y no me salen las palabras.

¡Hala! ¡¿Ya está?!, ¿aquí se acaba todo?

Retrocede un paso y yo me quedo clavada en el suelo.

¿Es el fin de toda disputa? ¿Se lo va a llevar?

¡Eso no es posible!

Mis ojos ya repletos de lágrimas, dejan que una descienda por las mejillas. Él me mira receloso y sigue retrocediendo hasta que se gira. Y empieza a andar a buen ritmo para alejarse de mí.

¡No puede ser! Noooo, se lleva el saxo. Estoy desesperada.

Mi vida por una idea brillante.

No es digno de ti quedarte plantada y no luchar por lo que quieres, Cristina. Oigo la voz del abuelo en mi cabeza y aún siento más ganas de llorar. Ve a por tus sueños, Cristina. Siempre adelante, cariño.

Veo cómo su ancha espalda se aleja, va a la maldita furgoneta, que no sé por qué demonios no he visto antes con lo hortera y chillona que es. Ahí, estoy segura, dejará su saxo y no lo volveré a ver.

Respiro hondo y me lanzo a la carrera tras él. Esta vez con una estrategia muy diferente.

Me pongo a su lado mientras sigue avanzando por la acera. Al notar mi presencia, aprieta más el estuche contra sí. Me mira de reojo sin fiarse. Algo que debo reconocer, no me extraña.

—No te lleves el saxo —le suplico.

Él, parece vacilar, me mira por encima del hombro para después menear la cabeza sin compasión alguna y seguir hacia delante con paso firme.

—Lo lamento —me dice por encima del hombro.

Pero Satanás reencarnado no lo lamenta para nada. Hago un puchero.

—Te daré lo que me pidas —insisto.

—No —me dice seco y sin parar de caminar.

—Puedo comprártelo. —Aunque no tengo ni idea de dónde sacaré el dinero.

—No. —Esta vez su tono es más indignado, como si le ofendiera la descabellada idea de vender su

instrumento por dinero.

—En serio. —Bailo a su alrededor como una mariposa—. Lo necesito.

Me adelanto unos pasos y me paro frente a él. Le pongo las manos en el pecho para que no siga avanzando. Ese gesto solo ha servido para que frunza más el ceño y me observe de arriba abajo.

Sé que se pregunta de dónde habré salido.

Soy su pesadilla y él es la mía.

—¿Por qué lo hiciste? —me pregunta de pronto y yo sé exactamente a lo que se refiere antes de que termine la frase—. ¿Por qué me lo robaste?

Por qué se lo robé no es exactamente lo que él quiere saber, estoy más que segura que lo que realmente me quiere preguntar es por qué se lo robé de esa manera, cuando no había necesidad de montar todo el numerito en la furgoneta. No había necesidad de besarle, de acariciarle, de perderme en esos ojos grandes y ciertamente ingenuos. Pero es demasiado bueno para cabrearse en plena calle y chillarme a la cara, todas esas preguntas que no se atreve a formular, pero de las que quiere saber la respuesta.

—¿Y bien? ¿Por qué?

Sigue sin cabrearse como lo esperaba, sino que su interrogación deja entrever una curiosidad genuina.

Me quedo en silencio y no me salen las palabras.

Está bastante enfadado, lo noto en su mirada y en la tensión de su mentón, pero intenta disimularlo. Y es que más que cabreado está... triste.

Oh, oh. Esto no me gusta nada.

Se disparan todas las alarmas en mí.

Puedo con un tío cabreado, pero se ve que le he tocado la fibra. Tampoco es de extrañar, me pasé tres pueblos con el pobre chico cuando lo dejé en pelotas. No fue digno de mí y en el fondo... lo siento mucho. Mucho.

Por fin lo asumes, Cristina, te sientes culpable.

Pues sí. Eso no puedo negárselo ni siquiera a mí misma.

—Yo...

Al ver que vacilo, sorteo mis manos que intentan volver a ponerse sobre su bien trabajado pecho para detenerle. Pero es inútil, Ángel empieza a andar de nuevo intentando deshacerse de mí. Puedo ver su furgoneta naranja a tan solo diez metros.

Lo veo venir, hombre y saxo van a meterse en ella y a largarse, y entonces no podré convencerle para que me lo devuelva, me lo venda, o me lo preste. Hasta puede que, con todo el dolor de mi corazón, acepte que solo sea un préstamo para mi soñada y última audición.

—Lo necesito —le digo, mientras él abre la puerta trasera y mete el estuche.

Me lo quedo mirando y siento que aquello no puede acabarse allí.

—Es el saxo de mi abuelo, mi padre lo vendió sin mi permiso y lo he estado buscando. Por favor...

Él se para antes de abrir la puerta del conductor y me mira como si me viera por primera vez. Todo rastro de simpatía hacia mí, acaba de desaparecer.

—No lo estabas buscando, porque te vi en cada verbena del último mes. Sabías perfectamente dónde estaba y jamás hablaste conmigo para comprarlo o intentar recuperarlo.

No le digo nada. Es cierto, maldita sea.

—¿Me hubieras escuchado sí...?

—No —me dice con cara de pocos amigos—. Seguramente te hubiera ignorado. —Frunzo el ceño ante sus palabras—. No me gustan las mentirosas y mucho menos las mentirosas que están como una cabra.

Boqueo como un pez.

Eso sí que me ofende. ¿De qué va? Engreído, petulante...

Le pongo el dedo índice estirado delante de su jeta. ¡Ahí está el tío al que odio! ¿Cómo puede ser tan bipolar? Mostrarse comprensivo en un momento, para, al instante siguiente, dejar que su más letal veneno

salga por esa boca...

—Yo no miento, ¡idiota!

Me mira con cierta superioridad. Enarca una ceja dejándome claro que no piensa perder mucho más tiempo conmigo. No obstante, antes de darse media vuelta tiene tiempo de soltar otra de sus perlas.

—Sí, lo haces. Este saxo no es de tu abuelo. Yo sé a quién perteneció y por eso es tan valioso...

—Toni Trui —le digo sorprendida de que él sí sepa quién es mi abuelo.

Retrocedo un paso y él continúa mirándome tan desconcertado como yo.

—¿Sabías...?

—Sabía de quién era cuando lo compré. Por eso es tan especial para mí.

Mi abuelo era un músico famoso que tocaba en sus tiempos amenizando las veladas veraniegas desde el palco y más tarde se hizo famoso en el hotel de Formentor, tocando para estrellas de Hollywood. Hubiese sido el más grande si se hubiese largado de la isla para alcanzar ese sueño. Pero el sueño más grande del abuelo tenía nombre de mujer y se quedó aquí. Después de morir la abuela, ya no quiso vagabundear más por los escenarios.

—Mi padre no tenía derecho a venderlo —le digo con tristeza al recordar al padrí Toni—. El abuelo me lo dio a mí.

Mis palabras salen suaves, como si no quisiera asustarle ahora que sabe quién soy.

—Lo necesito.

Y realmente lo necesitaba. ¿Cómo decirle que desde que no lo tenía ya no sabía tocar? Jamás llegaría a superar esa audición si no conseguía mi amuleto, el saxofón de mi abuelo.

—Lo siento —dice él apartando la mirada—, pero es mío, pagué por él y no pienso dártelo.

Desesperada, empujo la puerta del piloto, esta se cierra de golpe e impido que él se marche.

—¿Y ya está? —le pregunto frunciendo el ceño y volviéndome a cabrear por su falta de delicadeza—. No, tú y yo vamos a llegar a un acuerdo.

Vale, quizás mi dedo alzándose hasta casi tocar su cara no ha sido una gran táctica para que empaticé conmigo. Pero esto ya no hay quien lo detenga.

—Vas a darme mi saxo para poder hacer esa prueba y después... te lo devolveré. —Vacilo al decir esas últimas palabras porque lo cierto es que me cuesta en el alma renunciar a él.

Me sostiene la mirada y siento cómo las piernas se me doblan.

Ángel me observa con desgana. Su metro ochenta y cinco se cierne sobre mí. Noto cómo su cara se aproxima y tengo que alzar un poco la vista para seguir mirándole a los ojos. Todo él está a escasos centímetros, puedo notar su aroma, que huele sorprendentemente bien. Trago saliva, porque aunque soy una chica que no se deja intimidar fácilmente, reconozco que su mirada no es nada fraternal, ni tranquilizadora.

De pronto, ladea la cabeza y a mí se me dispara el corazón. Intento coger aire cuando me paraliza sentir sus labios rozando mi oído. Me habla en un susurro nada conciliador, con los dientes apretados, pero de alguna manera tan seductor que no sé qué pensar. Lo que sí es cierto es que soy una estatua de piedra y no sé, ni puedo reaccionar ante la melodía de su voz.

—Me dejaste desnudo.

Trago saliva por tercera vez.

De esa conversación no puede salir nada bueno.

—En pelotas —dice con énfasis.

Se aparta de mi oreja para mirarme nuevamente a los ojos. Nuestras narices podrían tocarse si respiramos profundamente. Algo que no pienso comprobar, porque sería cómico y en estos momentos no tengo ganas de reír, sino más bien de besar...

¡Alto ahí, Cristina! No tienes ganas de besarle. Estás en medio de una discusión muy importante y lo que menos deseas es besarle. O eso es lo que cabría de esperar de una mujer cuerda. Pero antes de poder

seguir con ese hilo de pensamiento, él vuelve a hablar, sin acabar de romper el hechizo por completo.

—Si piensas por un solo instante que voy a hacerle un favor a la tía que me hizo hacer el mayor ridículo de mi vida, estás muy equivocada.

Muevo los labios, pero de ahí no sale nada. Me quedo mirando cómo él retrocede un paso sin dejar de sostenerme la mirada y agarra el tirador de la puerta de la furgoneta para abrir.

Me quedo ahí, y sé que no voy a moverme por un buen rato, pues mis piernas no van a responderme. No puedo hacer nada para que él se quede. No puedo impedir que se vaya. Ya sentado en el asiento del piloto, escucho cómo gira la llave y el motor ruge. He perdido la batalla cuando ya desde dentro del vehículo me lanza una última mirada.

No, no nooooo... Se marcha.

¡Vaya día de mierda!

Acelera y me quedo ahí plantada.

Adiós a mi día estupendo, a mi sol en la cara, al sueño de tocar el saxo de mi abuelo en el día más importante de mi vida.

¡Quiero ese saxo!

Àngel

La he dejado hecha polvo, pienso, mientras conduzco rumbo a Selva. Hoy nos toca concierto y en lugar de concentrarme en la actuación y dedicarme a disfrutar de la felicidad que supone recuperar mi saxo, no hago más que pensar en su cara.

La pobre *robaxos* estaba francamente apenada por la pérdida esta mañana cuando la he dejado mirando la parte trasera de mi furgoneta mientras me alejaba. Lo sé y aunque no es algo que sienta profundamente, sí que me ha dejado un mal sabor de boca.

La nieta de Toni Trui... ¡vaya! Quién iba a decir que la chica que más dolores de cabeza me ha provocado esta última semana y que más acojonado me ha tenido nunca, era nieta de uno de los mejores saxofonistas que ha visto nacer jamás esta isla.

Cabeceo hacia delante mientras subo el volumen de la música.

Llevo a los *Scorpions* y Carlos que va de copiloto se esfuerza como si le fuera la vida en afinar mientras canta.

—*¡Still loving youuuuuu!*

¡Temazo!

La furgu hoy nos lleva cerca de casa. Primera verbena después de que haya recuperado mi saxo, y ya tengo ganas de sujetarlo entre mis manos para lucirlo entre el público.

No lo he tocado, solo lo he contemplado con detenimiento para ver que la loca no le hubiera hecho ninguna rozadura, ni abolladura. He tenido suerte, está intacto. Y me da que lo ha cuidado tan bien como lo haría yo. Visto el cariño que le tiene al saxofón ajeno, tampoco tengo que extrañarme demasiado.

No llegamos muy pronto, pero el grupo que nos precede acaba de empezar a tocar. *Without string* se luce sobre el escenario. Llevan camisetas rojas con pantalones oscuros, eso significa que hoy nos toca llevar la camiseta blanca, para no copiarles el look. Podríamos estar mirando infinidad de grupos y dudo que nadie posea las cuerdas vocales de Inot y desde luego algo podría aprender del saxofonista del grupo, Miki Rotger. Con el sonido del solo de batería, desmontamos el equipo cerca del escenario. Aparco en una de las cuestas de la parte trasera, pues si algo sobra a nuestro pueblo son cuestas empinadas.

Aún falta un rato para la actuación, pero la plaza está llena y la gente va contenta y disfruta de la música y el ambiente. Hace un calor insoportable, pero estamos en verano, no se puede esperar otra cosa. En una hora empezamos a tocar. Solo son las doce y al ser uno de los platos fuertes tocamos más tarde. Bien que nos ha costado llegar a ser un referente y llenar cada fin de semana con actuaciones alrededor de la isla.

Llevo mi primer cubata en la mano, casi intacto, porque no me gusta demasiado tocar habiendo bebido. Me gusta estar despierto. La adrenalina que me recorre durante los conciertos ya es suficiente droga para mí.

Mientras me río con mis compañeros en la plaza del pueblo, no puedo creer lo que ven mis ojos cuando estos se desplazan del escenario a una de las barras laterales.

—Esto es una broma —digo en voz baja entre cabreado e incrédulo.

Carlos está hablando con Eduard y no parece escucharme.

¡Ahí está! No podía faltar la chica que va a tocarme los huevos todo el santo verano.

Cristina Martorell, ya he empezado a cogerle tirria hasta al nombre.

Desde la otra punta de la plaza, plantada junto a la barra con un cubata en la mano, sé que me ha visto,

porque me mira fijamente. Como estudiándome. Y reconocamos que yo tampoco puedo apartar la mirada de ella.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta Carlos, que sin duda ha visto mi cara de incredulidad.

Me encojo de hombros.

—Un problemilla, pero ya lo soluciono —digo, quitándole hierro al asunto y bebiendo otro trago.

No me muevo del sitio, y eso que estoy pensando seriamente ir hasta allí y decirle un par de cosas. Si piensa que me voy a dejar engatusar otra vez para que pueda llevarse mi instrumento, va lista.

Cierro los ojos, pero la visión de ella sigue allí. Me decido a mirarla de reajo y observar cuál va a ser su próximo movimiento.

Lleva un vestido de color crema, de minúsculos tirantes y escote recto, la falda del vestido deja ver sus largas piernas sobre unos zapatos de cuña sin demasiado tacón. Se ha pintado, no como una puerta como haría Patricia, sino de manera sutil, apenas puedo distinguir sus mejillas arreboladas y la línea negra de sus ojos que sin duda será perfecta y resaltará sus ojazos. El pelo lo lleva suelto, y ahora de noche parece de un castaño más oscuro. Se pasa la mano por el pelo y se lo peina descuidadamente hacia atrás.

—Mmmm... me gusta más suelto —murmuro.

Cierro los ojos, no sin cierta preocupación, ¿desde cuándo me importa cómo vaya peinada la *robaxos*? ¡Me importa un pito! Aunque esta noche está preciosa y... no, no, no. Ni siquiera tengo que tener estos pensamientos.

Me estoy recriminando, cuando la visión se pone en movimiento.

—¿Por qué demonios...? —Abro los ojos y doy un respingo, dos pasos hacia atrás y me golpeo la espalda con la barra del bar.

—Hola.

Es lo único que me dice antes de pararse frente a mí y sonreírme con algo que en otra chica parecería timidez, pero que en esta me parece cara de estrategia súper bien calibrada.

Ya no lleva el cubata en la mano, sino que tiene ambas manos juntas y sus dedos entrelazados sobre su regazo. Me sonrío y yo frunzo el ceño. Pura estrategia, me digo.

Se balancea levemente sobre la parte delantera de los pies. Lo hace con gesto conciliador. Cualquiera podría jurar que no ha roto nunca un plato.

Carlos me mira con los ojos bien abiertos y me da un mal disimulado codazo cuando veo que no articulo palabra. Carraspea y estoy seguro de que es su manera de darme tiempo para que reaccione y le diga algo a la chica guapa que ha venido a saludarme. Pero, esto de hablarle... no creo que suceda en un futuro próximo. Cualquier cosa que pudiera decirle sería desagradable. Es más, ya no tenemos nada que decir.

Mi amigo menea la cabeza, confuso y mis cejas se juntan en un claro disgusto.

—Hola, soy Carlos —se decide a hablar, visto que yo no hago ni siquiera el gesto de haberla visto—.

Soy el cantante y aquí, mi amigo. —Me señala—. Creo que lo has dejado mudo.

¿En serio? Igual no seremos amigos después de esto.

Ella ríe y yo no le veo la gracia por ningún lado.

—Se ha quedado sin palabras y no me extraña, delante de una chica tan guapa...

¡Alto! ¿Está intentando ligar con ella?

Lo fulmino con una mirada glacial y parece darse cuenta de que no me gusta su actitud entusiasta con esta chica en concreto.

—Hola, yo soy Cristina.

Ella estira la mano y Carlos, con su cara de siempre, se adelanta y le da dos besos en las mejillas.

Lo dicho, esto no me gusta nada.

—Un placer. Veo que nos volvemos a encontrar en las verbenas. No te pierdes una.

Ella sonrío y tiene la decencia de ponerse algo colorada y agachar ligeramente la cabeza.

Me mira de nuevo y estoy seguro de que se pregunta qué les he contado a mis amigos. Sí saben que la

loca me dejó en pelota picada y me robó el saxofón. Por supuesto, algo saben del robo, pero no quién, ni cómo.

—Sí, esta no me la perdería por nada del mundo.

Cuando acaba de decir la frase me mira fijamente y yo ni siquiera sé cómo me siento. ¿Qué hago?, ¿la mando a paseo delante de Carlos?, ¿disimulo y finjo no conocerla?

—Mmmm, me gustaría hablar contigo.

Carlos intenta no reírse, pero a duras penas lo consigue cuando me palmea en la espalda. Le hago un gesto significativo con la cabeza para que se largue y él parece no acabar de pillar la indirecta del todo.

—Oye... y, ¿esa amiga tan guapa del otro día? —le pregunta Carlos a Cristina.

Debería haber sabido que nuestro cantante no iba a dejar pasar la oportunidad de preguntar por una chica guapa.

Ella lo mira entre divertida y sorprendida. Y yo no sabría decir por qué, pero siento un cierto alivio de que su interés no vaya en la dirección que yo pensaba.

Cristina mira por encima de su hombro y él sonrío y levanta el cubata a modo de saludo. Las chicas del otro lado de la plaza se ríen. Son dos, una morena alta y delgada con una cabellera que le llega hasta la cintura, otra con más curvas y el pelo más corto. Ambas se ríen divertidas al saludar a Carlos en la distancia, pero estoy más que convencido que lo que realmente esperan es el desenlace del acercamiento de Cristina conmigo.

Carlos sigue en la inopia. No sabe qué pasó exactamente entre la robasaxos y yo, aquella noche, porque, aunque sea mi mejor amigo no se lo conté. Uno tiene demasiado pudor a la hora de contar según qué cosas a los colegas. Decir que una tía me hizo pasar la mayor vergüenza de mi vida, no entra, ni entrará en mis planes.

De todas formas, Carlos sí sabe quién es ella: la chica que nos sigue a todas las verbenas y que por primera vez se ha acercado a saludarme.

—Bueno, pues espero que disfrutéis del concierto.

Carlos me mira insistente para que diga algo, al ver que solo lo miro con desgana me da otro codazo.

—Tío —me dice en un susurro—, por fin se acerca a saludar. Vamos, no te quedes ahí y dile algo.

Al apartarse, cabecea y mira a Cristina como si me acabara de decir algo tan intrascendente como que hace mucho calor.

Mi amigo me sonrío y ella también. Sin duda, ha escuchado ese por fin salir de la boca de nuestro cantante.

Suspiro y cierro los ojos otro instante. Esta noche promete ser insoportable.

—¿Qué..? —me pregunta Carlos un poco desconcertado.

Estoy seguro de que no entiende por qué no me alegro que la chica que me ha estado haciendo tilín este último mes, venga a saludarme.

Le miro sin sonreír y definitivamente no entiende mi cara.

—Bueno... —dice, viendo que sobra— estaré calentando la garganta en la barra. Cristina, es un placer.

—Lo mismo digo, Carlos.

Cuando ella vuelve a fijar sus ojos en mí, por un momento estoy tentado a decirle a Carlos que no se marche. Y es que no es necesario, porque no tengo intención de hablar con ella. Pero mi amigo se aparta para darnos un poco de intimidad, y recorre unos metros para unirse a Miquel y Adrià, los otros miembros del grupo que ya beben con Eduard. Falta Toni, el teclista, que está por llegar.

—Yo... —empieza dispuesta a captar mi atención. Me sonrío preparada a regalarme un par de palabras más, que yo no he pedido—. Hace una bonita noche... —Sonríe angelicalmente. Da miedo.

Cuando saca a pasear esa lengua viperina, sin duda, me saca de quicio, pero ella siendo amable... es acojonante.

Doy un pequeño sorbo al cubata.

No pienso hablar con ella.

—Dicen que a partir del miércoles va a refrescar...

No le hables.

—Pero ya sabes, los hombres del tiempo tienen tendencia a equivoc...

—No voy a darte mi saxo —acabo diciéndole al fin.

Soy incapaz de que siga intentando empezar una conversación que los dos sabemos que va a terminar en un punto muerto, con insatisfacción para ambos, o, mejor dicho, con un cabreo monumental por las dos partes.

Frunce el ceño, parece molesta y yo sigo sin entender por qué no acepto que no es una tía normal y que no lo va a dejar pasar.

—Sé que puedo convencerte.

Alzo una ceja y me encojo de hombros. Algo es algo, si ya va pillando que no tiene nada que hacer...

—Exacto. Convencerme es algo que no va a suceder y cuanto antes lo aceptes...

Ella respira.

—Sí, pero seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Entrecierro los ojos y la observo, parece calmada y muy centrada, dispuesta a alcanzar su objetivo que esta noche puede ser: intentar robarme el saxo de nuevo, o bien convencerme de Dios sabe qué, para que se lo preste, ceda, o venda.

—No, creo que... —No va a convencerme.

—Por favor.

—No.

—¡Que sí! —dice visiblemente enfurruñada. Luego parece pensar que no es la mejor estrategia y sonrío forzadamente—. Solo dame una oportunidad para convencerte —dice con un tono más dulce.

Seguro que lo ha ensayado miles de veces delante del espejo para sacarle a los tíos lo que quiere. Y joder, vaya que sí sabe el efecto que puede llegar a causar en un hombre, o al menos en mí, que me esfuerzo por tragar saliva disimuladamente.

—Sé que te parezco una loca.

¡Desde luego! Eso es algo que no pienso ocultar y por eso asiento afirmativamente.

—En eso te doy la razón.

A ella no parece gustarle.

—Pero... soy una buena tía. —Es una afirmación que sabe que no me acabo de creer—. Lo digo en serio.

Y puedo hacer algo para que me prestes mi sax... —La miro con cara de pocos amigos y rectifica—, para que me prestes tu saxo.

Sonrío y asiento. Eso está mucho mejor.

Parece que ha estado haciendo los deberes, y es que seguramente alguien le habrá dicho que se cazan más moscas con miel que con vinagre. La posesión del saxo es algo que no debería olvidar. Ahora es mío y ella debería aceptarlo.

—Podríamos hablarlo tranquilamente. Seguro que hay algo que pueda hacer para que me prestes tu saxo —enfatisa el tú—, ni que sea por una sola tarde.

¡Caray!, sí que debe de importarle ese pequeño préstamo para tragarse el orgullo y admitir que es mío.

—¿Qué tienes pensado, Cristina? —Recuerdo el nombre por la carpeta de partituras que todavía conservo y que no pienso devolverle hasta que no se disculpe sinceramente.

Ella aprieta los labios algo sorprendida, quizás no le guste cómo pronuncio su nombre o quizás le sorprenda que lo sepa.

—¿Cómo sabes...?

Me encojo de hombros.

—Uno tiene sus fuentes...

Ella resopla como si yo hubiera dicho una gilipollez, pero al instante carraspea, dispuesta a pasar por alto ese pequeño comentario molesto. Está convencida de que no le conviene enfadarme. Y, ya de paso, enfadarse ella, es más que evidente que tiene un carácter como poco, explosivo. Y tiene razón.

—Hasta sé dónde vives —le digo a bocajarro.

Mentira, pero sí he averiguado muchas cosas por Facebook que no pienso decir. Hasta me cuesta admitir que la he estado buscando en el Facebook. Un patrullaje exhaustivo que ha dado sus frutos. Creo que no hacía eso desde... nunca lo había hecho, pero sea como sea, las redes sociales me han servido para algo. Imperceptiblemente me encojo de hombros y ella parece calibrar cada palabra que va a decirme. Pero finalmente soy yo quien sigo hablando:

—Así que ya lo sabes. Olvídate de salir huyendo con algo que sea mío o iré a tu casa a recuperarlo.

—¿Vendrás a Alcúdia?

—No, pero iré a Muro para hacerte una visita.

No sonrío. Ella se traga mi mentira de que sé su dirección exacta, así que puedo estar tranquilo de que no intentará ninguna estupidez. Por las fotos de ella y sus amigas, es evidente que vive en Muro, pero ahora me lo acaba de confirmar intentando despistarme. Pero, poco más he podido averiguar del lugar donde vive.

—Bueno... me gustaría empezar de nuevo, con buen pie —añade con una actitud positiva renovada—. Y, para hacerlo, admitiré que el saxo es tuyo.

Sobreactúo haciéndome el sorprendido, me llevo la mano al pecho y retrocedo un paso, todo lo que me permite la barra.

Frunce más el ceño para después poner los ojos en blanco.

—Algo es algo —le digo y mi rostro está serio, aunque mis ojos brillen ante la pequeña victoria que acaba de concederme.

—Deja que te cuente por qué es tan importante para mí. Estoy segura de que podremos llegar a...

—No hay nada que puedas decirme que me haga plantearme deshacerme de mi instrumento.

—Pero sí que te apiades lo suficiente para un préstamo.

Nos quedamos en silencio y finalmente accedo a que me cuente qué historia se trae entre manos.

—Verás, mi padre me robó el saxo de mi abuelo y te lo vendió sin mi permiso.

Entonces, dejo de sonreír, porque lo que me está diciendo lo dice con verdadera rabia y eso es algo que puedo entender.

—Siento que las cosas fueran así...

—Gracias. —Parece vacilar.

He interrumpido su discurso, pero carraspea y se lanza de nuevo a darme una explicación que no he pedido, pero que, admitamos, me intriga.

—Empecé a tocar el saxo por mi abuelo, aunque mi padre también me obligó a tocar el piano, porque es más femenino y algo de lo que se puede presumir. Para él, que una mujer toque el saxofón es una aberración. En fin... el saxofón no era un instrumento que mi padre considerara apto para una señorita.

Frunzo el ceño y sé lo que quiere decir. De todas formas, pienso que Candy Dulfer y Mindi Abair no estarían nada de acuerdo con el padre de Cristina.

—Me parece una chorrada.

—Es una chorrada.

Decimos al unísono.

—Sí, es lo que mi abuelo le decía, pero la verdad es que mi padre nació sin sensibilidad artística y nunca nos entendió. A los dieciséis años mi abuelo me entregó su saxofón. Dijo que ya había practicado bastante con juguetes y que era hora de probar un saxofón de verdad. Para mí fue uno de los momentos más emotivos de mi vida. Desde entonces, lo he mimado cada día.

Y mientras la escucho hablar de aquellos tiempos puedo imaginármelo. A su abuelo, a ella en su

adolescencia recibiendo el mayor regalo que pudiera haber deseado. El saxofón de Toni Trui: Sidney.

Casi me conmueve... ¿A quién pretendo engañar? Estoy conmovido.

—Yo... —me dice vacilante—, quisiera que tuvieras eso en cuenta.

Suspiro y mientras me mira con esos inmensos ojos suplicantes me rebelo a ceder.

—Lo dices como si eso fuera razón suficiente para intentar recuperarlo de malas maneras.

Ella menea la cabeza.

—No, no quiero recuperarlo con malos modos. Sé que no tengo excusa y apelo a tu bondad para que me perdones y que, por favor, me dejes hacer una audición con... tu saxo.

Nos miramos unos segundos en silencio. Luego miro alrededor y veo a lo lejos a sus dos amigas conteniendo la respiración. Una muy cerca de la otra, nos miran fijamente y tienen sus manos entrelazadas esperando el veredicto de este pobre idiota.

En la otra punta de la barra, Carlos parece hacer lo mismo. Se cree que estoy ligando, pero ni pienso sacarle de su error, ni pienso dejar mi saxo a nadie.

—No va a pasar —le anuncio desde ya, para que no se haga falsas ilusiones.

Cristina respira hondo, y hunde los hombros, abatida. Casi me rompe el corazón. Creo que va a llorar. Pero sé que si cedo un ápice seguirá insistiendo.

—Por favor...

Pero, por otra parte, la veo tan triste... Si no ve la más mínima esperanza es capaz de volver a robarme, y eso será un bucle sin fin.

Veo que alza la mirada, aguanta y no se retira. Y yo... admitamos que no soy de hielo y que mi corazón después de esa historia está más tierno que nunca.

Cristina mira por encima de su hombro y veo a dos de sus amigas que la animan desde el fondo de la plaza. Una, alza los brazos y la otra aplaude como si estuviera haciendo un buen trabajo.

—¿Llevas refuerzos para volver a robarme el saxo? —Golpe bajo, pero una pregunta inevitable.

Ella pone cara de pocos amigos y veo que no era su intención, pero si sigo tocándole las narices es muy probable que lo haga.

—Quería convencerte antes. —Entrecierra los ojos y todo atisbo de dulzura ha desaparecido.

Me río por lo bajo.

Tiene un sentido del humor tan agradable como el mío.

—La historia de tu abuelo ha sido muy emotiva —Veo cómo se cabrea y su cara empieza a tener un tono rojizo—. ¿Te costó mucho inventarla?

—Es la verdad, capullo.

—Ya, me imagino. —Y realmente creo que es cierta, pero no me extraña que quiera pincharla un poco, al fin y al cabo, que su historia me haya conmovido, no significa que no desee meterme con ella.

—¿Es la única estrategia que tienes preparada para que te preste el saxo o intentarás volver a seducirme para llevártelo?

Ella ladea la cabeza y sonrío falsamente. Al parecer, ella también puede divertirse a mi costa.

—¿Por qué no? La primera vez funcionó.

Aprieto los labios y respiro hondo por la nariz.

—No eres mi tipo, no funcionará una segunda vez.

—¿Y cómo es tu tipo?

—Sin antecedentes.

La veo cerrar la boca sin humor y asentir vehemente.

—Bien, entonces tendré que tramar otro plan.

—No funcionará —le vuelvo a decir—. Solo te llevarás mi saxo si te lo permito. Y créeme, eso no pasará.

Ella asiente y me da la razón. Entonces vuelve ese sentimiento tan desagradable que voy ligando cada vez

más a esa chica, el remordimiento.

Guarda silencio por unos segundos, como si intentara ordenarse las ideas para darme una explicación de algo que yo no he pedido.

—¿Ves a mis dos amigas? —Miro sobre su hombro y las dos chicas guapas están bebiendo mientras bailan animadamente sin quitarnos el ojo de encima.

—Sí.

—Bien, pues estaban convencidas de que eras un tío guay, que si te explicaba mi historia me dejarías el saxo, ni que fuera para la prueba más importante de mi vida. Yo les dije que no, que eras un ser con un *pecho vacío*, sin corazón.

—¿Eso soy?

—Eres gilipollas, pero lo de pecho vacío sin corazón me pareció que era mucho más poético.

Asiento y me termino el cubata. ¡Joder, me encanta esta tía! En otras circunstancias su sarcasmo nihilista hasta podría ponerme cachondo. Pero Cristina ya ha jugado conmigo demasiado tiempo.

Debería largarme de ahí y no pensar en ese incordio de mujer, pero algo me tiene anclado ante ella. No sé si ganas de discutir o de descubrir qué es lo próximo que va a salir por esa boquita.

¡Dios, soy uno de esos tíos enganchados a un *reality* basura!

Me río de mí mismo y sí, admitamos que me gusta discutir con ella. Que la odio por haberme humillado, pero la admiro por su perseverancia. Ama realmente mi saxofón y su historia, que desde luego opino que es cierta, me conmueve. Su padre es un auténtico capullo, ¿qué haría yo si me hubiera pasado algo igual? Prefiero no pensarlo.

En mis labios se dibuja una sonrisa tan genuina como inesperada. Es una locura lo que estoy pensando, pero... ¿acaso no quiero que pruebe algo de su propia medicina?, ¿cuánto está dispuesta a dejarse humillar para un simple préstamo?

—Bien, ¿quieres que te deje el saxo?

Ella parece tan desconcertada como yo por mis palabras, y es que creo que acabo de tomar una decisión.

—Sí —me dice, y tengo claro que no se fía un pelo de mí.

—Entonces... voy a ver qué me das a cambio.

La veo cómo retrocede un paso y su mirada se vuelve fría. Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—Has dicho que no soy tu tipo —me espeta.

¡¿En serio piensa que quiero sexo?! Ya es lo que me faltaba para no poder soportarla.

—¡No quiero sexo!

No es que no sea una chica atractiva, que lo es, es muy guapa y a cualquier grupo le encantaría tener a una chica así haciendo los coros...

Entonces la miro de arriba abajo y parpadeo vivamente ante la idea tan cojonuda que acabo de tener.

—¿Qué tal cantas?

Veo su desconcierto y salto con entusiasmo por dentro. Eso sí que estaría bien. La idea va tomando forma en mi cabeza y cuántos más detalles le pongo, más creo que puede funcionar.

Mi sonrisa ladina de profesional aflora en mis labios. El destello de esa idea abstracta toma forma y sonrío abiertamente esperando la negación inicial de ella.

—Bastante bien —me responde vacilante—, ¿por qué?

No se fía de mí...

Hace bien.

—Lo pregunto porque tú y yo vamos a hacer un trato.

No se mueve, no respira y ese es el momento en que me siento fantásticamente bien.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—Creo que, si quieres que te preste mi saxo, vas a pasarte el resto del verano haciéndonos los coros.

Ella agranda los ojos y se le abre la boca, presa de la estupefacción.

—No.

—¿No? —le digo riéndome—. Pero si no he terminado. También harás otras cosas.

Me mira y parpadea, incrédula.

—Serás nuestra grupi —continúo diciéndole—, ya sabes, nos harás los coros, nos servirás cerveza fría cuando te la pidamos, incluso puede que nos planches las camisas. ¿No te resulta una idea fantástica?

Abre la boca con una gran sonrisa que me enseña todos sus dientes.

—¡Sí! Siempre ha sido mi sueño —me dice con todo el sarcasmo que un humano puede mostrar sin llenársele la boca de bilis.

Dejo de sonreír, pero no porque su humor ácido no me resulte atrayente.

—¿Quieres también que te frote la espalda? —pregunta desafiante con la mirada fija en mí.

—No será necesario —le digo animado.

—No voy a hacer eso.

—Oh, sí, lo harás si quieres mi saxo.

Ya no sonrío, pero yo, sí.

—Estoy seguro de que no te será difícil encontrar dónde tocamos mañana. Ven dos horas antes y hablamos de las condiciones de corista de nuestro grupo.

—No me sé vuestra ruta, ni vuestras estúpidas canciones.

Estoy a punto de darme media vuelta e irme, pero su afirmación me detiene. La miro sobre el hombro.

Sé que miente y ella sabe que lo sé.

—Te las sabes.

Y el hecho es que, durante todos los conciertos, aunque en su mente intentara maquinar el robo perfecto, se dejaba llevar y las cantaba sin equivocarse en una palabra.

—No haré vuestros estúpidos coros.

—No vas a tocar mi saxo para tu estúpida audición.

Mi afirmación la enfurece.

Vacila. Sé que quiere decirme algo, con algo me refiero a palabras muy feas, pero se contiene y tengo que aplaudir su autocontrol.

—Harás los coros si quieres que te preste mi saxo. Y es mi última palabra.

Odia mi idea, y a mí me enamora que la odie.

Putón verbenero

Cristina

No puedo creer que esté haciendo esto.

La noche de ayer fue bastante rara. Pero más raro es ir conduciendo en pleno sábado rumbo a un concierto, en el cual hace veinticuatro horas no tenía ni la más mínima intención de participar.

Es pronto, el sol no se ha puesto y aparco fácilmente cerca de la plaza del pueblo donde los *Bright lemons* van a tocar esta noche. Odio admitirlo, pero Àngel tenía razón. Sé dónde van a tocar, mejor que su manager, y, por si fuera poco, me sé todo su repertorio. No me gusta que tenga razón, pero, al parecer, me tiene bien calada.

Me bajo rápido de mi destartalado transporte y me encamino hacia el escenario donde los chicos están montando. Después de acribillarle a wassaps y asegurarme de que no estaba bromeando con lo de hacer los coros, Àngel ha asegurado que me estarían esperando.

Me acerco a ellos, algo cohibida. Sí, puede que tenga mala leche de vez en cuando, pero eso no significa que no me intimide llegar a un lugar extraño y presentarme a un grupo nuevo de gente, que solo conozco de vista.

—Hola —digo, a media voz.

Nadie parece oírme, excepto Àngel que se incorpora y me mira por encima del hombro.

El muy ladino no me habla, simplemente me mira y sonrío a la espera de que los demás se den cuenta de mi presencia.

—Llegas pronto.

Me encojo de hombros ante sus palabras. Pero al menos, estas han servido para que los demás reparen en mí.

—¡Hola!

Me acerco y Carlos me saluda con entusiasmo.

Vamos a hacer unas pruebas de sonido para esta noche, de momento ni siquiera sé dónde van a ponerme encima del escenario.

—Qué bien que estés aquí. —Acaba de decirme después de plantarme dos sonoros besos en las mejillas—. Àngel se tenía muy bien guardado eso de que ya os conocíais. Anoche cuando me dijo que hacía tiempo que nos seguías para familiarizarte con nuestras canciones y hacernos los coros... vaya, qué bien. Por fin tendremos un toque femenino.

Me quedo muda y solo puedo poner cara de póker mientras Àngel tose. Me doy cuenta, un minuto más tarde, que lo que realmente hace es descojonarse de mí.

—Sí —asiento—. Eso hacía, seguiros e insistir al pobre Àngel que me dejara hacer los coros.

—¡Pues será un gran estreno! Hoy va a ser una gran verbena.

Carlos de repente está a mi lado. Esos ojazos azules y una deslumbrante sonrisa, resultado de años de ortodoncia, me dan la bienvenida. No satisfecho con ello está dispuesto a darme un abrazo rápido que me pilla totalmente descolocada.

Àngel carraspea y tira el cable en el suelo. Al parecer, no está muy de acuerdo en que nadie me tenga simpatía.

—Después de insistir e insistir, creo que lo mejor será darle una oportunidad para graznar sobre el escenario.

Yo pongo la sonrisa más falsa que jamás me he forzado a hacer y Carlos me palmea el hombro.

¿Graznar? Te vas a entrar de lo que es cantar... menudo imbécil.

—Seguro que lo hará genial.

¡Pues claro que sí! Asiento ante las palabras de Carlos. ¡Me gusta este tío! No me extraña que a Marina le vuelva loca. No solo es guapo y simpático, sino que además parece capaz de no dejar que esa alma sin sustancia de Àngel le quite la alegría.

—Solo nos hará los coros en un par de canciones. Las que ella se sienta preparada —me dice Àngel guiñándome un ojo—. No queremos que se estropee el concierto.

Es un memo.

—Tranquilo, que por mí no será.

A pesar de la tensión que reina entre nosotros los demás chicos parecen totalmente dispuestos a pasar por alto este hecho. Carlos, el primero.

—No estropeará nada —me dice animado—. ¿Es la primera vez que haces los coros a un grupo?

—Canté en una coral...

—¿En los Blavets de Lluch? —se mofa Àngel.

En serio, le voy a dar.

Àngel me mira y sonrío. No me gustan sus sonrisas, eso solo quiere decir que se prepara alguna maldad.

—¿Qué? —pregunto, seca.

—Si lo haces bien, igual te dejamos cantar todo el concierto, y no solo eso, quizás termines cantando con nosotros todo el verano, ¿te parece?

No muevo ni una pestaña y él sigue con esa sonrisa de... *me encanta amargarte la vida*. Por supuesto, que va a amargarme todo el verano. No creo que por tres canciones me deje libre y pueda conseguir mi objetivo.

Suerte que Carlos me anima.

—Eso sería fantástico. Sangre nueva es lo que necesitamos.

Àngel no parece tan divertido. Después de todo, quizás no tenía tan planeado eso de torturarme en todos los conciertos.

—Estoy deseando que empiece el concierto para verte. ¿Has traído ropa para la actuación?

Parpadeo y lo miro sin comprender.

—¿Ropa? —Ahora Àngel asiente y por la expresión radiante sé que tiene una preparada—. ¿Qué?

—Solemos tocar conjuntados. Pero claro, nunca hemos tenido una chica en el grupo.

¿Y qué? ¿La chica va a ir diferente?

—Siempre vamos de uniforme —me comenta Carlos—. Normalmente con pantalones negros y camisa roja, cambiamos el color dependiendo del grupo que toque con nosotros esta noche. De vez en cuando, hasta llevamos corbata.

¿Pantalones negros y camisa roja? Me acuerdo perfectamente de sus pintas y debo decir que están muy guapos. ¿Tendré que ponerme eso? Puedo hacerlo, me digo.

Entonces dejo de mirar a Carlos porque algo me llama la atención. Es otra vez la sonrisa del angelito. Me sonrío de una manera que no me gusta nada, así como si él fuera el rey, de no sé qué puto reino, donde es el amo y señor y yo su esclava que no va a salir al escenario con pantalones y camisa roja.

—Tranquila, he traído una maleta llena de *cosas que pueden servirte*.

Eso de cosas que pueden servirte me da como mínimo escalofríos.

—Una chica tan guapa como tú, seguro que con cualquier cosa irás bien. Tú no te preocupes —me dice Carlos para animarme mientras me acaricia amistosamente el hombro. Y entre toda esa desgracia creo que con esa alegría contagiosa igual sí que me divierto. Pero Àngel no parece de acuerdo.

Da un paso al frente y se nos queda plantado entre Carlos y yo. No hace falta que diga nada para que el vocalista retroceda y se aleje de mí.

—Emmm... ¿esto? Bueno, guapa, mejor preparo los micros.

Àngel asiente.

—Sí, ve a comprobar los micros mientras yo le doy un par de instrucciones.

¿Instrucciones? Como si fuera el líder del grupo. Otra vez ese tono de superioridad.

Le odio, le odio incluso más que antes cuando pensé que simplemente era un idiota que había ido a comprar el saxo equivocado.

—Bueno, te cuento dónde vas a ponerte.

—Claro, estoy deseando que me cuentes qué deseas que haga para poder seguir tus órdenes. —Mi sarcasmo le divierte y eso es un punto a favor, porque voy a seguir utilizándolo durante mucho tiempo.

Él asiente.

—Ya sabes que no tienes por qué hacerlo, si no quieres. Puedes volver a casa y...

—Basta. —Le cierro la boca y le digo decidida—: Voy a hacerlo.

—¿Seguro?

—Solo dime lo que tengas que decir y ya veremos cómo acaba esto.

¿Cómo va a acabar esto? ¡Como el rosario de la aurora! Si es que con este tío cerca es imposible que algo acabe bien.

—Vamos —dice, mientras me hace subir al escenario. Va detrás de mí, cuando acabo de subir la escalera lateral, me empuja sutilmente para que siga avanzando.

Veo el trajín de los técnicos y del grupo: Carlos, con semblante serio chequeando que todo esté en orden, sus compañeros, que solo conozco de vista, me miran de reojo y con sonrisas tímidas. Al parecer, no son tan malos como alguien que yo me sé. Miro su andar desenvuelto. Hasta que veo que no me he movido lo suficientemente rápido para Àngel y me coge la muñeca, me pone la mano sobre la espalda y me empuja hasta que me coloca detrás del micro y yo trago saliva cuando este se enciende.

—Canta.

Mi boca es una O perfecta.

—¿Ahora?

Enarca una ceja y me mira como si fuera tonta.

—Sí, prueba de voz y sonido... ¿Qué creías que ibas a hacer después de subir y ponerte detrás de un micro?

Lo miro, mientras respiro hondo para no decirle todo lo que pienso de él.

—Vamos —me apremia—. Creo que este sería un buen momento.

¡Condescendiente de mierda!

Aprieto los puños y hago una lista de pros y contras de lo que pasaría si le diera un puñetazo en la cara.

Pros: no podría tocar esta noche. Sonrío.

Contras: Yo no podría tocar nunca mi saxo a menos que se lo robara. Entonces me denunciaría, yo me quedaría sin mi instrumento mágico para la audición, haría una interpretación horrible, no me darían el puesto. Adiós gira, adiós futuro prometedor y sueños rotos. Mi vida se iría al infierno. Dejo de sonreír.

Definitivamente, hoy no le meto.

—Vamos.

—Ya voy, ya voy.

Carlos y los demás miembros del grupo se paran y todos se quedan mirándome. Este sería un buen momento para que la tierra se abriera a mis pies, pero no lo hace y yo no tengo más remedio que ponerme a cantar bajo las órdenes del señor: *haz lo que te digo si quieres volver a tocar mi saxo.*

Me indica la canción, la estrofa y de repente el guitarrista me anima con un par de notas. Me guiña un ojo, ¿cómo se llamaba?, ¿Miquel? Veo cómo Carlos a su lado alza el pulgar dándome ánimos.

Sonrío y empiezo a cantar. A medida que avanza la estrofa me animo y doy golpecitos con mi mano contra mi pierna siguiendo el ritmo. Carlos da palmadas y yo acabo moviendo las caderas cuando a la guitarra

se suma el batería. ¡Vaya, esto empieza a molar!

Acabamos cantando todos, y en conjunto aplaudimos cuando terminamos esta pequeña prueba que no ha salido nada mal.

Cuando he dicho todos, quería decir todos, menos el soso de turno. Àngel se ha quedado ahí, plantado a mi lado y cuando todos sonreímos, él toma un poco de aire como si no estuviera satisfecho con nuestra actuación. ¿Pero de qué va? ¡Es una puñetera prueba! ¿Vale?

Se para a mi lado y me mira evaluador. Yo le miro por el rabillo del ojo.

—No me caes bien —le digo, provocando las carcajadas de los demás.

—Tú a mí tampoco, pero parece que servirás para alegrar el bolo.

—Ni que fuera un chiste —le espeto.

—Nada de eso —me dice serio—. Lo has hecho muy bien.

La boca se me abre por la sorpresa. ¿Eso ha sido un cumplido? Pobre, debe estar a punto de atragantarse.

—No sé qué decir. Gracias.

Se encoge de hombros.

—Bueno, no esperaba nada, así que...

—Ya, de nuevo, gracias.

Y ese “*gracias*” quisiera ir acompañado del levantamiento de mi dedo corazón, pero me abstengo. Suficientes problemas tengo ya.

Acabamos los ensayos, todo está en su lugar y la luz del sol ha desaparecido. Antes de los *Bright lemons* tocan dos grupos más, así que quitamos nuestros instrumentos. Es curioso cómo ya pienso en nuestros... si realmente son de la banda y yo no soy más que una acoplada obligada por las circunstancias.

Nos vamos al bar de la plaza, ya han montado las barras fuera y empezamos a tomarnos un par de cañas, hasta que empieza el primer grupo.

He de reconocer que estoy un poco nerviosa, aunque los chicos son estupendos. Todos están de acuerdo en que necesitaban una voz femenina para dar un toque especial. No sé qué es lo que realmente significa eso, pero al parecer es una idea que les rondaba en la cabeza desde hacía tiempo.

—Así que cuando Àngel nos anunció que una chica haría un par de canciones en el próximo concierto, a modo de prueba, estuvimos encantados.

Todos los miembros del grupo asienten ante las palabras de Carlos, y Àngel y yo nos miramos mientras los demás hablan. Al parecer, Àngel no ha dicho absolutamente nada acerca de por qué voy a cantar con ellos y yo no voy a abrir la boca.

—Vaya teatrillo que has montado.

Me inclino sobre su oído para que nadie más pueda escucharnos. Él hace lo mismo cuando me contesta:

—¿Crees que les caerías mejor si les dijera que eres una ladrona? —Me sonrío como si lo que estuviera diciéndome fuese un comentario de lo más gracioso.

Su risa falsa me exaspera.

Mientras al final consiga lo que quiero, lo demás no importa.

Al poco tiempo, vemos cómo el grupo se despiden.

—¿Ya nos toca? —Se me acelera el pulso.

Carlos menea la cabeza.

—No, ahora volverán a salir y cantarán tres canciones más. Tenemos veinte minutos para prepararnos.

—¡Ah! —Me tiembla todo el cuerpo.

—Creo que deberíamos prepararnos —dice Àngel y me mira de arriba abajo. Mi cabeza no está como para pensar que su mirada tenga segundas intenciones—. Será mejor que te cambies, tienes que ir a conjunto con nosotros.

¡Ah, sí! Casi se me olvidaba que debemos llevar uniforme.

Asiento, porque no me queda más remedio.

Àngel me hace una seña con la cabeza indicándome que le siga. Al parecer, también ha aparcado la furgoneta cerca y es allí donde ellos han dejado sus ropas para el concierto. Carlos y los demás también vienen.

Doblamos la esquina y ahí está la furgo. Respiro hondo cuando abre la puerta trasera. Solo por unos segundos nuestras miradas se cruzan y parece que ambos pensamos lo mismo. Estúpidamente, y sin poder evitarlo, me pongo roja. Carraspeo y deseo de todo corazón que nadie más se dé cuenta. No puedo evitar el acordarme de la noche que estuvimos en ella, ni lo que hicimos dentro.

Resoplo. ¡Pues sí que va a hacer calor hoy!

Le miro de nuevo solo para ver si a él se le nota algo inquieto. Pero qué va, es de hielo y granito. Se ha quedado tieso como un palo, pero eso no significa que no esté pensando lo mismo: en los besos, en las caricias, en lo guapo que está sin camiseta...

¡Cristina! Me sonrojo. No puedo hacer más y mientras eso sucede, emprendo a grandes zancadas, mi viaje hacia la furgoneta hippy del *robasueños*. Noto los ojos de Àngel sobre mí mientras me paro a su lado. Levanto una pierna para entrar y cuando echo un vistazo por encima del hombro lo pillo mirándome el culo. ¿Pero qué...?

Me sostiene la mirada sin sonreír y siento cómo el corazón se me acelera en contra de mi voluntad. ¡Pues sí que vamos bien!

—¿Qué haces?

Se encoge de hombros.

Antes de que me dé cuenta lo tengo todavía más cerca de mí.

—Espera —me dice con un tono más suave del que me gustaría. No me fío.

Detengo mi ascenso y me aparto un poco para que Àngel pueda coger la maleta que ha dicho que tenía para mí. La apoya frente a la puerta, en el suelo de la furgoneta y la abre.

—Espero que encuentres algo que te sirva. He seleccionado un par de vestidos para ti.

¡Faltaría más! ¡Vestido!

—Ah, claro —me quejo—, estamos en el siglo XXI, pero eso da igual, ¿no? Vosotros pantalones y yo un vestido que enseñe rodilla...

Alza las cejas satisfecho como diciendo: si solo fueran las rodillas.

—Ahórrate tu alegato feminista. Yo, pantalones, tú, vestido. —Me hace una seña para que me cambie dentro de la furgoneta.

Pongo los ojos en blanco.

—Yo, Tarzán, tú, Jane...

—¿Por qué? —dice Carlos apareciendo de repente entre nosotros. Veo cómo asoma su cabeza por encima de mi hombro para ver qué hay dentro de la maleta—. ¿En serio quieres pantalones a 40 grados?

Igual... tiene un poco de razón.

Le guiño un ojo.

—Era para tocarle un poco las narices —le susurro cambiando el tono—. Pero sí quiero llevar pantalones, debería tener el derecho de hacerlo.

—Pues claro —dice Carlos—, si se pone pesado yo le meto.

Me guiña otra vez el ojo y le sonrío. Con él no quiero ser borde.

—Un día podríamos ir todos con vestido —me dice finalmente.

Me cae bien.

Àngel pone los ojos en blanco y resopla.

—¿Qué? —dice Carlos algo ofendido—. Estaría guay, a la gente le encantaría y no pasaríamos tanto calor. —Me mira y continúa hablando—. Y doy gracias que les convencí de que en las verbenas no lleváramos corbata. Igual nos hubiésemos ahogado este mes de julio. El año pasado casi sufro una

lipotimia.

—No seas exagerado —le dice Àngel.

Yo no creo que sea para menos, hace un verano típico del infierno.

Ahora el que pone los ojos en blanco es el *robasueños*.

—Cámbiate —me dice Àngel al verme reír con Carlos—... a ver quién ríe el último.

Mi sonrisa desaparece de la cara y es que es solo tenerle cerca y ya me pongo de mala leche.

Subo a la parte trasera de la furgoneta y enseguida me doy la vuelta. Como me ponga la mano en el culo para ayudarme a subir, le arreo y a la mierda el saxo. Pero cuando lo vuelvo a ver, él está a unos pasos mirándome con curiosidad, como si no entendiera nada.

Cierro la puerta. Cuando estoy dentro, empiezo a sacar los vestidos que hay en la maleta.

Suspiro, pero no me resisto a lo inevitable cuando veo lo que hay dentro.

Un grito se me escapa de mi boca, incontrolable y furioso.

—¡Ni de puta coña!

Despliego el vestido ante mis ojos.

Joder. Qué vestido, ni qué leches. Eso no es un vestido, es como una especie de salto de cama rojo con lentejuelas.

Puedo escuchar la risa de Àngel desde el otro lado de la puerta.

Vaya, finalmente parece que tiene sentido del humor.

—Seguro que no se lo pone. —Le oigo decir.

Más risas.

Por lo visto, varios miembros del grupo se ríen. A Miquel se le ha unido Carlos, ya son tres en el club de los capullos. Faltan Antoni, Eduard y Adrià, pero todo se andará.

Hago un mohín con la boca. Lástima de chicos, me caían bien.

—No se lo pondrá. —Veo que Àngel sigue muy pendiente.

¿Qué no tengo ovarios para ponérmelo? ¡Ahí que voy!

Me desnudo y entre bufido y bufido me enfundo en ese trapo. Pongo los ojos en blanco. ¡No puedo ni llevar sujetador con esta mierda! No me puedo creer lo que estoy a punto de hacer. Pero lo hago y cuando estoy lista abro la puerta de golpe y salgo como una estampida. Me quedo plantada delante del más capullo de todos, que, al parecer, se le ha borrado la sonrisa de la cara.

—Mmmmm... ya no te ríes, ¿no te parezco tan graciosa?

Me mira de arriba abajo con una expresión que no sé muy bien qué significa, pero estoy segura de que no es diversión. ¡Un punto para mí!

Alzo una ceja mientras él traga saliva.

¡Ja! Me he puesto el mini vestido de *Pinypon*. Va a tener que callarse la boca.

Me adelanto un paso para estar aún más cerca y él retrocede.

Mmmmm... Eso me gusta. Alzo una ceja que indica mi victoria. Nuestro Àngel es un pardillo, seguro que nunca ha tenido a una mujer tan desnuda delante, de hecho, seguro que jamás ha tocado a una que vista tan sexy.

—¿Y bien? —le acicateo.

—Bueno... estás... bien.

Enseguida me da la espalda. Los chicos que estaban a su lado se han quedado más pasmados que él. Carlos me silba mientras Eduard asiente y aplaude.

—¡Brava!

—Venga —me dice de forma insegura—. Esto... vamos hacia el escenario.

No le digo nada, pero mis ojos se clavan en su espalda cuando intenta largarse de allí. Sus colegas me miran y lentamente le siguen el paso.

Antes de ir detrás de ellos abro el bolso de mano con el maquillaje y mis zapatos de tacón que he traído

especialmente para la ocasión. Cinco minutos después, estoy más que lista y me encamino hacia la parte trasera del escenario.

Carlos se ríe por lo bajo.

—No me creo que estés tan sexy. Y mucho menos que hayas dejado a Àngel sin palabras y a punto de hacer un puchero.

Carlos es un buen tipo. Le ha gustado mi pequeña victoria, porque eso es lo que es: una pequeña victoria a pesar de que el vestido que llevo es lo más horrible que he visto en mucho tiempo y que nadie que conozca llevaría, ni siquiera en carnaval.

No debo desfallecer, al fin y al cabo, no ha sido una derrota absoluta.

Cuando me ven llegar todos me miran, parecen bastante amables e inofensivos, con sus sonrisas afables y su buen humor. Él único que no parece satisfecho es Àngel, que evita encontrarse con mi mirada. Hace bien.

—Seremos la envidia de muchos —dice Carlos para darme ánimos.

—Estás monísima. —Eduard le secunda.

Antoni se ríe, pero no para burlarse de mí.

Me toco la frente avergonzada y por instinto, mi mano va al dobladillo de mi falda e intento estirarla hacia abajo. Àngel no se atreve a decir ni hacer nada, hasta que coge el saxo junto al soporte y me echa un rápido vistazo. No sonrío y nuestros ojos apenas se encuentran por un instante.

—Cuidado, no te caigas con esos zapatos.

¿Zapatos? Tengo ganas de decirle. Con ese vestido, los zapatos son el menor de mis problemas.

Primer día de conciertos de agosto y ya no puedo soportar estar a su lado.

Ellos van con pantalones de pinza y camisa roja y yo voy con un vestido que ni siquiera puede llamarse así. Apenas me tapa el pubis y los tirantes podrían romperse con un golpe de aire. Por suerte, mis pechos son pequeños porque no puedo llevar sujetador con esta mierda. Bueno, y si fueran grandes está claro que habría lentejuelas saliendo disparadas por todos lados.

—¿De quién ha sido la idea? —pregunta Eduard por lo bajo sin saber que le estoy escuchando.

Carlos me mira con una sonrisa forzada y señala disimuladamente al capullo de Àngel, quien deja su cara de hastío y sonrío malévolamente.

—¿A que está mona? —pregunta resplandeciente.

—Eres Satanás —le digo entrecerrando los ojos.

Definitivamente es bipolar, puede estar taciturno y a los cinco segundos hacerse el gracioso. Ya veremos si enseñando pantorrillas sería tan gracioso. Me acerco a él y le clavo el dedo índice en medio del esternón.

—La última vez que me visto así.

Él levanta las manos en señal de rendición, como si no tuviera nada más que añadir a eso.

—¡¡¡Vámonos!!! ¡Empieza el show! —Carlos está eufórico.

Se apagan las luces del escenario y todos en fila subimos las escaleras laterales. Nos colocamos cada uno en sus posiciones. La gente aplaude como loca y siento algo en el estómago y luego mi corazón palpita a mil por hora.

¡Oh! ¡Las más locas, Marina e Irene! Las chicas están en primera fila y no paran de gritar y saltar cuando los focos nos iluminan.

Carlos toma la iniciativa como siempre. Es un showman, habla sin control, rápido y animando al público desde el segundo cero. Àngel cabecea y noto que lo que a él le gusta es tocar. Las bromas y los chistes de entre medias no le gusta nada. Yo, por el contrario, me río a carcajadas y pienso sinceramente poner todo de mi parte para pasar lo mejor esta noche.

El vocalista presenta al grupo y por primera vez me presenta a mí. ¡Marina e Irene enloquecen! Y yo me pongo roja como un tomate, pero... qué *guay*.

—Y este verano... —Escucho decir a Carlos—, nuestra nueva incorporación que tiene más glamur en el dobladillo de su vestido que todos nosotros juntos. Criiiiiis Martorell.

Marina ya no me ve, grita poseída con los ojos cerrados y hasta Irene aplaude dispuesta a romperse las manos.

Hoy definitivamente va a ser una fiesta de las gordas.

Cuando es el turno de Àngel, toca el saxo a modo de presentación. Al terminar se da la vuelta en redondo y se me queda mirando.

—Por cierto, tiré tu boquilla.

—¿Qué cojones...?! —Tapo el micro con la mano. Cierro los ojos y doy las gracias al técnico porque mi micro no esté conectado todavía.

—¿Querías convertir mi saxo en un violín?

Intento sonreír, mientras le respondo:

—Esa boquilla valía más que tú. Como sea cierto... —Meneo la cabeza con un gesto de alegría tan fingido como la sonrisa falsa que llevo pintada en la cara—. Voy a castrarte.

Sonrió y alzo los brazos con entusiasmo.

—Te vas a quedar sin huevos —vocalizo sonriente para que me entienda a pesar del espectacular ruido.

—Claro que sí, nena. —Àngel me señala con el dedo y se muestra entusiasmado como si fuera el concierto de nuestra vida.

El batería que está pendiente de nuestros caretos y la conversación no puede parar de reírse a carcajadas.

—Pobrecito, no le gusta su boquilla.

—Pobrecita, que va a tener que comprarse otra.

Se me congela la sonrisa y él hace un falso puchero. Me las voy a cobrar de alguna manera, eso no va a quedar así.

Poco después, mientras Àngel disfruta de un nuevo solo, yo me preparo para las estrofas que tengo que cantar al momento.

El concierto empieza y la gente se vuelve loca.

Debo reconocer que Carlos es un excelente showman. Ahora Marina ya no me mira a mí, solo tiene ojos para él.

—¿Seguimos con el espectáculo? —pregunta, dispuesto a arrancar un estruendoso sí al público.

Lo consigue y la gente empieza a saltar a los primeros acordes. Esta es de las buenas.

—Sonríe, preciosa —me dice Àngel. Antes de que arranque la canción, ya está a mi lado.

Ante sus palabras, instintivamente pongo la sonrisa más falsa y radiante que nadie ha realizado jamás.

Él suelta una carcajada.

—Buen intento, sigue así. No querrás que todo el mundo se lo pase en grande menos tú, ¿no?

Él sí que se lo está pasando en grande. De pronto se aleja y vuelve a su posición a la derecha del escenario, junto a Carlos y delante de mí. Le miro su ancho de espalda y cierro los ojos. Allá voy con mis coros y el capullo tiene la desfachatez de mirarme sobre el hombro y hacerme un guiño.

Definitivamente a este tío no hay quien lo entienda.

Hago los coros con entusiasmo durante todo el concierto.

¡Dios mío, me lo estoy pasando en grande! No me lo creo. Mi euforia no decae hasta que, pasado más de la mitad del concierto, a Àngel le toca su apoteósico solo. Se me acelera el pulso y hasta estoy segura de que se me han dilatado las pupilas. Me deprimo, más a causa de la envidia que por el hecho que mi compañero de grupo me caiga peor que una patada en la espinilla.

—Hay que joderse. —Después de esto me quedo muda, no tengo palabras cuando él empieza a hacer magia con su saxofón tenor.

Reconozcámoslo: esta noche Àngel está que se sale. Bueno... siempre, pero hoy en especial. No sé si es

porque lo tengo más cerca, porque puedo notar la vibración en mi pecho o simplemente porque todo hoy es mágico.

Le veo cerca de mí. Flexiona una rodilla, se inclina hacia delante y sopla. Contengo la respiración cuando el público enloquece y no es para menos. Estoy segura de que hasta se ha mareado al tocar con semejante entusiasmo.

Parpadeo y me hormiguean los dedos de las manos. Deseo tocar mi saxofón, en parte para demostrarme que soy tan buena como él. Me pregunto si será consciente de lo bien que toca.

Cuando termina y se da la vuelta para mirarme, hace un movimiento firme con la cabeza. Sabe que estoy impresionada y ese gesto viene a decirme que nadie toca como él. Pongo los ojos en blanco y me prometo a mí misma que un día le demostraré quién es el mejor de los dos. Evidentemente soy yo y nada me gustará más que demostrárselo, solo hay que crear la ocasión.

10

Celos

Àngel

Todo lo bueno se acaba y esta noche no será una excepción, me digo mientras separo mis labios de la boquilla.

Miro sobre mi hombro y cualquiera diría que esto de cantar lo ha hecho toda la vida. Hasta sonrío como una estrella. Carlos se lo pasa en grande y debo decir que yo también.

Después de mi solo, Carlos sigue con las presentaciones finales y los gritos me ensordecen. Desde luego esta noche la gente se lo ha pasado bien. Hemos hecho las versiones de siempre y algunas canciones propias. Me sorprende cómo las más cutres son las que más gustan, pero para qué nos vamos a engañar: la gente a las verbenas va a lo que va, a pasárselo en grande y no a extasiarse con el arte musical. Pero reconozcamos también que por muy mala que sea la canción, de la boca de Carlos todo tiene otro color. Ha llegado el momento de saludar e irnos y entonces la plaza parece venirse abajo.

Por unos segundos puedo ver la cara de pánico de Cristina. Pero solo unos segundos después, sonrío entusiasta y levanta los brazos. ¡No, Dios! Está enseñando las bragas y parece no darse cuenta. Si alguien cuelga mañana alguna foto en Facebook estoy seguro de que intentará matarme.

Me pongo delante de ella para tapparla lo más que pueda. Cuando vuelvo a mirar frunce el ceño ligeramente, pero ya me lo agradecerá.

La miro e intento que no me quede cara de idiota. Imposible que pase desapercibida con su vestido de lentejuelas rojo, sus zapatos de plataforma y unos movimientos de cadera que podrían enardecer al más casto de los hombres.

Suspiro y me doy media vuelta.

Saludamos al unísono hasta que se apagan la luz de los focos. Poco después, salimos ordenadamente del escenario.

—¡Ha sido fantásticoooooo! —grita Carlos una vez bajamos las escaleras y nos quedamos a solas recuperando el aliento y limpiándonos el sudor de nuestras frentes.

Intento aparentar serenidad, pero en eso no puedo quitarle la razón. Ha sido una noche genial.

—¡He disfrutado como nunca! —Por alguna razón mi sonrisa desconcierta a Cristina—. ¿Qué? —le digo.

—Nada... es que como siempre estás tan enfadado.

Eso me cabrea y se me borra la sonrisa de un solo plumazo.

—¿Ves? —dice señalando mi cara—, ahora sí te reconozco.

—¡Tú, me cabreas! Yo soy un tipo bastante feliz la mayor parte del tiempo.

Ella me mira algo incrédula.

—¿Ah, sí?

Asiento.

—Sí, no sabes lo contento que estoy cuando alguien no intenta robarme o me deja en pelota picada para que haga el ridículo, o me bes...

Me callo al ver su cara de pánico y de cómo Carlos y Antoni nos escuchan con atención.

—Por favor, seguid —dice Antoni.

—No os cortéis por nosotros.

—Esto... —Cristina parece incómoda—. Solo estaba bromeando.

Yo pongo sonrisa, tan falsa como moneda de madera, pero los chicos no parecen darse cuenta. Cristina, sí.

Carlos dispuesto a que la armonía regrese al grupo, cambia de tema rápidamente y sin venir a cuento da un abrazo espontáneo a Cristina. No soporto que haga eso.

—Lo has hecho genial. ¡Anímate! La próxima será aún más alucinante.

—Bueno, no ha sido para tanto —les digo.

No quiero que estén cerca el uno del otro, pero no por celos, ni nada parecido. Sería un embrollo que se liarán y el grupo se resintiera. Lo hago por el grupo. Asiento convencido de que eso es verd... es una mentira que ahora mismo no pienso, ni quiero gestionar.

Carlos no saldrá con Cristina y punto.

—Admítelo —dice ella con su habitual encanto—, no soportas que lo haya hecho tan bien.

Me quedo en silencio e intento morderme la lengua.

—¿En qué lo has notado? —pregunto con retintín.

—Te has puesto delante de mí, ¿tenías envidia de mi éxito?

La miro apretando los labios y me debato en ser un caballero o el capullo que ella cree que soy.

Me decanto por lo segundo.

—Se te veían las bragas, solo estaba haciéndote un favor.

Ella abre la boca y Carlos se ríe sin poder evitarlo. Se aparta de ella porque cree (y motivos no le faltan), que la vamos a armar.

—¡Mientes!

Nada me gustará más que demostrárselo. Así que sin mediar palabra me acerco a ella y cuando estoy a centímetros le cojo las muñecas y le levanto los brazos. Sé el momento en que mira hacia abajo y se da cuenta de lo arriba que le ha subido el vestido, y lo sé porque el color de sus mejillas es del color de la granada.

—Mierda.

Cuando me aparto, de reojo veo a Cristina que sigue estirando el inexistente dobladillo de su vestido. No puedo evitar sonreír. ¡Si ella supiera! Ni remotamente esperaba que aceptara ponerse un vestido así y hacer los coros. Pero lo ha hecho y eso hace que me haga una idea de cuánto desea mi saxofón.

Miro la pieza única entre mis manos y sonrío.

Probaremos los límites de esa deslenguada, me digo.

Va a ser un verano de lo más divertido.

—No te preocupes Cris, nadie se habrá dado cuenta. —Ella mira a Carlos y ni por asomo se lo cree.

Él la vuelve a abrazar para consolarla y siento ganas de lanzarle algo a mi amigo para que se aparte.

—Debemos recoger los instrumentos —les digo, dándoles la espalda.

Carlos me mira algo sorprendido por mi tono seco y Cristina frunce el ceño.

—Genial —dice él finalmente.

Está claro que se ha dado cuenta de que algo pasa, pero me pienso hacer el sueco. No voy a añadir ningún comentario que pueda dar pie a malentendidos.

Asiento satisfecho de mi determinación hasta que Cristina me mira en silencio. Cuando sus ojos atrapan los míos, su viperina lengua se pone en movimiento.

—Entonces, sería genial que los que tuvieran instrumentos los recogieran, ¿no? Nosotros... —Se señala a ella y Carlos—, somos vocalistas. Yo no tengo instrumento.

—Ya. —Es lo único que digo para no estallar, porque no me veo muy capaz de hablar civilizadamente después de ese comentario.

—Antes tenía un instrumento, ¿sabes? —me dice en tono ácido—. Un saxofón precioso, pero mi padre se lo vendió a un gilip...

Se va a armar la gorda.

—¿Sí? —le digo cabreado y Carlos de pronto alucina—. ¿Se lo vendió a alguien que tiene el poder de no dejártelo tocar en la vida?

Ella entrecierra los ojos y se muerde la lengua.

—¡Vaya! Ya me parecía que me recordaba a algo esta historia —acabo diciendo.

—¿A qué viene todo esto?

Carlos desliza la mirada entre Cristina y yo. Está claro que espera una explicación que no va a llegar. Estamos demasiado ocupados batiéndonos en duelo con los ojos.

Creo que nos hemos pasado más tiempo mirándonos en silencio que hablándonos.

Por la expresión de Carlos está más sorprendido que yo, por la repentina tensión. Hace una mueca con la cara e intenta poner algo de paz y relajar el ambiente.

—Bueno... tío —me dice—, recogemos todo el equipo y lo llevamos a la furgó, ¿vale?

Mis mandíbulas se aprietan todavía más y durante los próximos diez minutos me dedico a recoger el saxofón, quitarle el micro, limpiar la boquilla, recoger cable... Cuando tengo bien enfundado mi instrumento, echo un vistazo por encima del hombro y Carlos sigue riéndose con Cristina, mientras recogen parte del material.

Enfurrñado como no lo había estado desde hace tiempo, intento pensar en cualquier otra cosa para que no se me note la bilis. Cuando me giro de nuevo hacia ellos ya no están solos, el resto de la banda se les ha unido. Resoplo al ver que ahora también Antoni se la come con la mirada. No es para menos, largas piernas, melena al viento, es guapa y además parece tener sentido del humor. ¿En qué narices estaría yo pensando al meterla así en nuestra vida?

Es lo que me faltaba, que sea nuestra *Yoko Ono*.

11

Mi sueño es...

Cristina

Antes de poder marcharnos para dejarlo todo recogido en la furgoneta, Marina aparece detrás el escenario para decirme lo sensacional que he estado.

—¡Supremaaaaaa! ¡Brava! —Aplaudes y gritas hasta dejarme sorda.

Me río a carcajadas y nos abrazamos efusivamente.

Soy muy consciente de que todas las miradas masculinas están sobre mi amiga. Pero la que la mira más hambriento es Carlos. Contiene la respiración y su cara se ilumina como la de un niño en el día de Reyes.

Seamos sinceros, me lo he pasado genial, pero no quiero decirlo en voz alta mientras el incordio de Àngel esté por ahí cerca. Miro sobre mi hombro y sí, efectivamente no anda muy lejos.

—Déjame presentarte al grupo —le digo a Marina.

Los chicos se acercan. Incluso Àngel viene hacia nosotras.

Cómo no. Eduard es el más lanzado, y lo que me sorprende, no es que Àngel se quede rezagado meditando si debe besar o no a mi amiga cuando se la presente, si no que Carlos se muestre tímido y embobado con ella.

—Hola —le dice con la voz más melosa que pueda poner un tío adicto al jazz.

—¡Hola! —La efusiva de Marina le besa las dos mejillas y casi lo tira al suelo, eso es señal inequívoca a que no me ha esperado para hacer el cuarto cubata.

Al parecer les cae bien a los chicos, incluso Àngel le sonrío. Bueno... sonrío a todo el mundo menos a mí a quien parece dispuesto a seguir puteando hasta el fin de los días.

Le presento al grupo al completo: Carlos el cantante, Miquel en la guitarra, Adrià en el bajo, Eduard en la batería y el bueno de Antoni en los teclados.

—Y este es Àngel, ya te acordarás de él.

—Cómo olvidarle.

—Sí —dice Àngel y pone los ojos en blanco—. A mí también me va a costar olvidaros.

Marina se ríe con su habitual desparpajo y le quita hierro al asunto del robo del saxo.

—No lo volveremos a hacer nunca más —le dice al oído a Àngel y por un instante pienso que mi amiga es muy guapa y Àngel también lo es, y están muy cerca.

¡Cristina! ¡Control! No estoy celosa, menuda tontería acaba de pasarme por la cabeza. De todas formas, cuando se separan y veo que Marina busca a Carlos que no se ha movido de su lado, respiro un poco más tranquila.

Hablan unos minutos y todo transcurre con normalidad. Hasta mi tormento parece relajado.

—Por cierto —me dice Marina acercándose a mi oído—, esta noche estás para comerte, pibón. Creo que hay más de uno que no te quita la vista de encima.

Levanto la vista y efectivamente, Àngel me mira.

Carraspeo y él se encoge de hombros.

—¿Ves? —me dice—. El vestido, no estás tan mal.

Me emociono con la idea de arrancarle la cabeza y así heredar el saxofón, pero me lo pienso mejor

cuando Carlos se acerca buscando mi ayuda con los ojos para que le ayude con Marina. Así que hago de buena samaritana, pero cuando veo que sin esfuerzo se enzarzan en una conversación y Marina le toca el brazo disimuladamente, sé que no hace falta hacer más. He pasado a un segundo plano.

De pronto, miro en derredor.

—¿Dónde está Irene? —pregunto sorprendida de que no haya llegado con Marina. Me callo cuando veo que mi amiga no va a decirme nada, porque ni siquiera me ha oído.

Estiro el cuello y la veo bailando una movidita canción con un brasileño, alto y guapo con el pelo rizado. Normal que pase de nosotras.

—¡Maaaadre mía! —Me río a carcajadas y Marina se gira para ver qué me hace tanta gracia. Se une a las risas al ver a Irene—. Pensé que la que tenía sangre latina eras tú.

—Ya ves.

Carlos se va relajando y se pone más hablador que nunca. Le habla a Marina de lo bien que he estado, como si ella no hubiera estado allí y pudiera pensar otra cosa del debut de su mejor amiga.

Le sonrío y agradezco el cumplido. Por enésima vez, pienso que Carlos me cae bien, Edu y los demás también y Àngel... Bueno, no quiero precipitarme y pensar que me cae bien. No me gustaría mentir. Pero igual le damos la oportunidad de hacerme cambiar de idea y que deje de pensar que es un ser del inframundo.

Me giro y aparta la mirada de mí.

Sin poder evitarlo vuelvo a tirar del dobladillo del vestido antes de ponerme roja.

Después de prometer a Marina que volveríamos enseguida, tras dejar los instrumentos en la furgoneta, sigo a los chicos para ayudarles con el equipo.

Intento valorar positivamente lo que ha pasado esta noche. Lo cierto es que me lo he pasado de puta madre, puede que Àngel me siga tocando las narices, pero, aunque no consiga que me deje el saxofón (espero que sí), me habré llevado una experiencia única. La he disfrutado y eso es lo que importa.

Hacía mucho que no me subía a un escenario con ese ambiente. No recordaba lo que se sentía, y lo cierto es que no se puede sentir una mejor. Aunque estoy muy lejos de que mi sueño sea hacer unos coros cuando yo lo que realmente quiero es tocar el saxofón. Quizás cantar... quién fuera Andrea Motis, pero de momento mi sueño queda aparcado hasta septiembre. Tengo que recuperar mi saxofón para lograrlo, al menos conseguirlo para la audición. Necesito mi saxofón, necesito superar la prueba y entrar en mi grupo de jazz favorito. Quiero hacer esa gira, formar parte de... algo.

—Ha cantado de puta madre —le dice Carlos a Àngel.

—Sí.

Mi corazón se acelera. A Àngel le ha gustado mi actuación, pero me decepciono un poco cuando no dice nada más.

—Tú has estado soberbio —continúa diciéndole a Àngel.

Supongo que intenta darle algo de coba, porque no está demasiado de acuerdo en que Carlos y yo nos llevemos bien. Tampoco entiendo muy bien qué pretendía, ¿que sus amigos me hicieran el vacío? Me siento algo molesta por eso, pero creo que es lo único negativo de la noche. Primero, porque no puede tener queja de mis coros y segundo, porque los chicos me aceptan a pesar de que su colega sea el *robasueños* presuntuoso que no me soporta.

Pienso que las palabras de Carlos son totalmente ciertas: ha tocado de maravilla. ¿Cómo negarle eso cuando ha estado extraordinario?

Es algo hipnótico ver sus dedos moverse y escuchar cada nota perfecta que sale de ese prodigioso saxofón. Sus músculos en tensión, su concentración... todo en él es pura magia. Y se lo diría si no me cayera tan mal.

—Ha sido espectacular. —Me sorprendo al decírselo en voz alta.

¡Suerte que me cae mal y no iba a hacerle ningún cumplido!

Àngel me mira por encima del hombro. Me clava esa mirada envuelta en silencio, tan característica suya, la que dura unos segundos demasiado largos. Después, vuelve a mirar al frente sin mediar palabra.

—Gracias. —Cuando ya ha dejado de mirarme es cuando responde—: No es para tanto.

Lo dice con la boca pequeña mientras llegamos a la furgoneta.

Estoy segura de que no es un tío al que le gusten los halagos, o al menos los que vengan de mí. Me encojo de hombros. Parece que le he fastidiado el buen humor con mis comentarios y bien que lo siento.

¿Debería ser algo más amable?

—No entiendo que no estés en una gran orquesta. Podrías dar clases en el conservatorio o algo así, estoy segura. Tienes un talento increíble.

Acabo de decir las palabras cuando llegamos a nuestro destino y él se para frente a la puerta trasera de la furgoneta y me mira fijamente. Los demás también me observan raro.

—¿Una gran orquesta? —me pregunta Eduard con cara de cabreo.

—Buen... bueno... —balbuceo como una idiota. Cosa que soy, ¿por qué si no habría insinuado que no son una gran orquesta?

—Cristina, cómo te pasas —me dice Carlos.

—No, en serio...

Intento disculparme mientras mis manos se agitan.

—Es que aquí nuestra diva le gusta el saxo melódico —declara Àngel—, todo lo que no sea la gran filarmónica de Viena, es basura.

Me encojo como si me hubieran dado un golpe.

—No, no solo me gusta el clásico. Me encanta el jazz. De hecho... —Iba a decirles que mi sueño es entrar en una gran banda de jazz, pero mi boca se hace cada vez más pequeña al ver sus caras.

—Menos mal —dice Antoni—. Solo me faltaba escuchar que a un saxofonista no le gusta el jazz y me echo a llorar.

—No quería ofender —me disculpo.

—No, solo dejarnos claro que estás en una banda de... No encuentro el adjetivo —dice Eduard.

—¿Capullos? —puntualiza Carlos.

—¡Carlos! ¡Yo no he dicho eso!

—No, pero tampoco es necesario, es lo que piensas —dice Àngel algo cabreado—, pero ¿sabes qué?

¡Oh Dios! Que no dé otro de sus discursos.

—No todo el mundo piensa que solo los que tocan clásico son auténticos músicos. Que no queramos tocarlo, no significa que no sepamos hacerlo o que no seamos lo suficientemente buenos para llamarnos músicos...

—¡Que no he dicho eso! —le grito cuando veo que todos sus colegas asienten.

—Hay gente que tiene otras prioridades.

Bufo, exasperada.

¿Qué otras prioridades pueden haber? Estoy a punto de contestarle cuando abre la puerta de la furgoneta y empiezan a poner el equipo dentro.

—Chicos... lo siento —les digo antes de que se dispersen—. No quería...

Entonces escucho las carcajadas de todo el grupo, menos Àngel, por supuesto. Y ahora la cabreada soy yo.

—¡Que es broma!

Yo no sonrío.

—En serio, sois unos críos.

Carlos me palmea el hombro y me abraza cariñosamente. Un segundo, pero tiempo suficiente para que

Àngel le eche una mirada glacial y lo deje plantado en el sitio.

Carlos se aparta y me sonrío intentando obviar la tensión que se ha formado entre los tres.

—Nos da igual, nos encanta tocar en las verbenas. Entendemos que tú no, pero aparte de mí, que aspiro a ganar algún *reality*, nadie tiene grandes aspiraciones. Antoni toca en un grupo de jazz. —Ahora lo miro con otros ojos—. Junto con Àngel y Eduard.

La boca se me abre por la sorpresa. ¿Àngel en un grupo de jazz? ¿Y por qué yo no lo sabía?

Ahora no sé qué decir.

—Y también toca en solitario.

¿Àngel tocando en solitario?

—Nos dedicamos a un poco de todo y nos da para vivir de la música, que es lo que nos gusta.

—Entiendo.

—Y seguro que aparte de hacer los coros tú también harás mil cosas con tu saxofón. ¿No tocas en ningún otro grupo?

Me quedo callada mientras Carlos me mira amigable.

“No, yo no toco con mi saxofón en ningún sitio”. Mi padre me lo tenía más que prohibido, y justo cuando me rebelo, lo vende.

Suspiro y dibujo en mi cara una sonrisa triste. Mis ojos se humedecen y creo que será mejor para todos cambiar de tema.

—Supongo que me gustaría mucho hacer mil y una cosas como vosotros para dedicarme a la música. Pero mi sueño sí es entrar en una Gan Jazz Band y largarme de gira por Europa.

—Vaya, qué ambiciosa.

Sonrío triste y le guiño un ojo.

—Bueno, ¿aceleramos el ritmo o va a terminar la verbena? —dice Àngel de pronto.

¿Pero qué mosca le ha picado?

Carlos se cuadra y le saluda a lo militar.

—¡Sí, señor!

Como respuesta, solo consigue que los ojos de Àngel se pongan en blanco.

Vaya, estoy mucho más animada, ahora que sé que los chicos no están ofendidos. Lo cierto es que acabo de alucinar. No sabía que podía sentirme tan mal por ofender al *robasueños* y a su séquito.

Veo cómo los chicos se asean y se cambian de camiseta ahí mismo, menos Àngel que abre de nuevo la puerta de la furgoneta.

—Venga, si quieres cambiarte, sube —me dice.

Me sujeta la puerta y cuando subo al interior, antes de cerrarla me mira y yo a él.

¿Cuándo vamos a dejar de pensar en lo que hicimos allí dentro?

Mueve la boca y parece que va a decirme algo. Escucho atentamente, pero solo oigo un *date prisa*, antes de que cierre y me deje a solas.

Me cambio haciendo malabarismos y mientras doy un codazo a una que otra caja, veo a mi derecha el estuche del saxo. Su saxo. Al darme cuenta de que mi cerebro ya piensa en ese objeto casi mágico como algo de la propiedad de Àngel... me dan ganas de darme contra la pared.

—¿Estás bien?

—¿Quieres callarte? —le grito enfurruñada—. Un día deberías probar lo fácil que es quitarte un vestido estrecho en un cubículo como este.

—Bueno, ¿sabes que es superfácil? —me pregunta. Evidentemente no contesto y él no espera mi pregunta no formulada para seguir—. Cambiarse aquí fuera.

—¡No pienso cambiarme delante de ti!

—¿Por qué no? Ya...

Contengo la respiración, me estaba sacando el vestido por la cabeza y he detenido el movimiento

escuchando atentamente. Sigo sin respirar rezando para que Àngel no se atreva a mencionar delante de todos lo que hicimos ahí dentro cuando me llevé su saxo.

—¡Sal ya! —Acaba por decir y yo respiro hondo, segura de que puedo acabar de cambiarme sin sufrir un desmayo.

Ya me he quitado el vestido, al quinto intento, y después van los taconazos. Debería habérmelos quitado fuera. Tardo diez minutos en enfundarme los shorts ajustados, mis sandalias y mi blusa verde sin mangas. No me abrocho los dos botones superiores, después de enseñar tanta carne, taparme tanto el escote me asfixiaría.

Al final me cambio los zapatos por los de repuesto que he traído, más rápido de lo que había creído en un principio. Y aunque no lo admitiría delante del señor estirado, he de decir que, superada la vergüenza inicial, el modelito me ha gustado. Lo doblo y lo dejo en su maleta destartada, junto a otros modelos aún más infames.

—Ha sido una noche mágica —le digo al vestido—, pero nuestra relación se acaba aquí.

No pienso volver a ponérmelo. Tendré que meter mano al estricto presupuesto semanal para comprarme un modelito acorde con mi nueva faceta de corista verbenera.

Cierro y me dirijo hacia la puerta.

Esta se abre sin más cuando doy unos golpecitos a la lata.

Delante de mí aparecen los ojos oscuros de Àngel mirándome como si no me hubiera visto en toda la noche. Está muy cerca, demasiado. Ruborizada me doy cuenta de que me está mirando el escote. Solo dos segundos, pero es tiempo suficiente para que los dos nos sintamos incómodos y pensemos en cosas que no debemos pensar.

Lejos de que se me pase el sonrojo, me pongo roja como un tomate y eso es algo absurdo, porque hace unos minutos ha visto más de mí que lo que le enseñó ahora.

Giro la cara ofendida y veo cómo carraspea. Se aparta para dejarme salir y se pone en movimiento.

—Me toca.

—¿Qué te toca?

—Cambiarle la camiseta y asearme.

Parpadeo. ¿No lo ha hecho antes con los demás? Se ve que no, porque estira el brazo para coger su mochila que tenía dentro, junto a mí, mientras me cambiaba. Veo cómo la abre y saca una camiseta blanca. Además, lleva una pequeña toalla y una botella de agua.

—No vas...

Quiero preguntarle si va a tirarse la botella por encima, porque... eso no querría perdérmelo para nada, pero, por otra parte, no querría mirar.

Pone cara de estar hartándose de mí, algo que no entiendo, si apenas he abierto la boca.

—¿Qué? —le pregunto exasperada.

Se quita la camisa roja y la tira dentro de la furgoneta. Trago saliva y aparto la mirada un segundo para después recorrerle la piel de la espalda.

Miro desconcertada a mi alrededor, al parecer, todos los chicos se han ido a la verbena y yo puedo babear abiertamente sin que ninguno de ellos se ría de mí. Como está de espaldas... no va a darse cuenta de que me lo como con la mirada.

Vale, admitiremos que tiene una buena espalda. Me inclino un poco hacia un lado para ver mejor. ¡Y madre mía! Podría reconocer que pocos hombres tienen ese torso tan bien definido. Se lo frota vigorosamente con la toalla que ha empapado de agua. Apenas se le notan los cuadritos, pero esos pectorales... podría golpearlos durante horas.

¡Muy bien, Cristina, se te está yendo la olla otra vez! Centrémonos.

Cuando acaba, se pone la camiseta blanca, que cuando queda estirada sobre su piel, me doy cuenta de que lleva la cara de David Bowie.

Sonrío. Su gusto musical es toda una caja de sorpresas.

Vuelvo a la realidad, él está a solo dos pasos de mí.

Mete la llave en la cerradura de la puerta trasera y la gira para asegurarse de que está bien cerrada.

Me pone la llave delante de los ojos y se la guarda en su bolsillo delantero.

Me río porque me parece absurdo que pueda pensar que haya una posibilidad de que vuelva a intentarle robar el saxo.

Creo que él tampoco piensa en serio que sería capaz de algo así. Me arrepentí de mi acción, debería hablar con él, aunque sea testarudo, puede ser bastante razonable.

Me río de mí misma, ¿razonable? Pero si me obliga a hacer los coros en sus conciertos. En fin...

—¿Qué? —le pregunto desconcertada después de estar en silencio varios segundos.

—¿Vas a esperar a que me vaya a la barra, para robarme el saxo? —Entrecierra los ojos y puedo notar que lo dice medio en serio, medio en broma.

—Tal vez. —Le pico, entrecerrando los ojos a modo de imitación.

—Ni lo sueñes. —Me sonrío—. No pienso perderte de vista durante toda la noche. Así que ya puedes empezar a caminar.

Me cuadro a lo militar e imito a Carlos hace unos momentos.

—¡Sí, señor!

—¿Tú también con eso? Menudo veranita nos espera.

Pongo los ojos en blanco y me río.

—Carlos te ha calado bien, sargento.

No pasa ni medio segundo cuando no puede aguantarse más el comentario.

—Carlos te ha caído bien, ¿verdad?

¿Qué puedo contestar a eso? Claro que me ha caído bien, pero no como él insinúa.

Cuando nuestras miradas se quedan atrapadas, la una en la otra, se va haciendo el silencio antes de que cualquiera de los dos nos pongamos en movimiento. Así que ahí estamos, quietos uno delante del otro, sin decir nada, pero mirándonos como si hubiera algo que decir. Quizás que no me cae tan mal, quizás que siento haberle robado el saxo, o simplemente una disculpa...

Me pongo nerviosa cuando nos miramos fijamente, y deduzco que él también lo está, pero eso no le impide alargarse la mano y tocarme el hombro como si quisiera poner énfasis en lo que va a decir, pero... no dice nada, se queda callado.

Me coge del hombro y su mano caliente hace que mi piel reaccione erizándose. Desliza la palma suavemente sobre mi brazo y con su mirada sigue el movimiento. Incomprensiblemente me quedo sin respiración, sintiendo de nuevo esas mariposas en el estómago que me muerden cuando él está demasiado cerca o me toca.

Cuando de nuevo clava los ojos en los míos sé que lo va a estropear. Dirá algo que rompa el hechizo, o simplemente se apartará, porque es así de idiota. Cojo aire para cortarle.

—No... —Quiero decirle que no lo estropee, pero creo que yo solita he conseguido justo lo contrario.

Él aparta la mano como si quemara y yo aprieto los labios, frustrada. Pero solo un segundo después los abro al tiempo que empujo a Ángel contra la furgoneta y le beso.

¡Le beso!

¡¡Y qué beso!!

Levanta los brazos, incapaz de reaccionar, pero solo al principio. Noto cómo se queda sin aire justo antes de inspirar y devolverme el beso. Escucho un gemido erótico y excitante y solo después de unos segundos me doy cuenta de que soy yo, que mi vientre siente cómo el fuego se esparce por todas partes y mi corazón va a mil por hora.

Nuestras lenguas se tocan en un roce eléctrico, pero mientras nos dejamos llevar todavía más como dos adolescentes, nuestras manos cobran vida. Me agarra por la nuca con una mano quizás para apoderarse

de mi boca, o para impedir que me aparte.

Él sigue atrapado entre la furgoneta y mi cuerpo que cada vez se aprieta más contra el suyo sin ningún pudor.

Profundiza más el beso y me hace gemir de nuevo. Mis caderas se mueven y puedo sentir las suyas. Se inclina sobre mí mientras la mano que no agarra mi nuca se desliza por mi espalda hasta rodear mi cintura y nos fundimos en un abrazo.

Me sostiene cuando se me doblan las piernas. Lo abrazo por el cuello para no caerme y siento que me estrecha todavía más para evitar que deje distancia entre ambos y ponga fin a toda esa locura, porque eso es lo que es: una locura.

Una locura que me encanta.

No pienso ser yo quien ponga fin a todo aquello. Voy a disfrutar del momento, un momento que no va a volver a ocurrir. Conociéndonos es imposible que pueda salir nada bueno de esto, pero mientras dure...

—¡Joder!

Echo la cabeza hacia atrás cuando su boca recorre mi barbilla hasta el cuello y me besa ahí, poniéndome a cien.

Sigo el hilo de mi anterior pensamiento: Mientras dure voy a disfrutarlo.

Intento tomar grandes bocanadas de aire ahora que me deja respirar, pero la tregua dura poco. De nuevo vuelvo a sentir su boca sobre la mía, y soy yo quien me pongo de puntillas y lo abrazo con más fuerza.

Siento cómo el brazo me estrecha la cintura. Su mano acaricia la piel desnuda de mi espalda por debajo de la blusa. El simple roce me eriza la piel. Y ondeo mis caderas cuando la mano pasa a la parte delantera y me acaricia el pecho por encima del sujetador. ¿Cómo es posible que me ponga tanto el tío a quien no soporto?

—Madre mía.

No lo entiendo, si hace apenas dos minutos, estoy segura, que ambos querríamos chasquear los dedos y borrarlos el uno de la vida del otro. Pero ahora... ¡Dios! No quiero que salga de mi vida y mucho menos que pare.

Separo las piernas y lo estrecho más contra mí. Mis manos se apoyan en la puerta trasera de la furgoneta para no caer, pero solo un momento, pues siento la necesidad imperiosa de tocarlo tan íntimamente como él lo está haciendo. Deslizo las puntas de los dedos sobre su camiseta e incapaz de quedarme ahí, manoseo sus pectorales haciéndolo gemir contra mi boca. Me coge ambas nalgas y las aprieta contra su erección.

Mi cabeza cae hacia atrás al notar de nuevo cómo su boca se desliza por mi cuello y va hacia el escote. Contengo la respiración mientras mis caderas se aprietan de nuevo contra él, una y otra vez, hasta que me sujeta el trasero para que pare.

—No seas así —suplica contra mi boca.

¿Así, cómo?, quiero preguntarle.

Nuestras bocas apenas se rozan cuando nos miramos. Estamos sudorosos y jadeantes.

No podemos dar el espectáculo allí afuera. Necesitamos privacidad.

Separo las manos de la puerta y le agarro la nuca, como él ha hecho antes conmigo. Devoro su boca y mis caderas vuelven a mecerse una vez más contra Àngel. Mi mano se desliza sobre su torso y le escucho gemir, la deslizo más hacia abajo y noto... está claro lo que noto, está tan excitado como yo, y eso todavía me pone más. Pero cuando toco el bolsillo del pantalón, también está ahí la llave de la furgoneta.

Metó los dedos e intento sacarla.

Necesito abrir la furgoneta y que me siga haciendo todas esas cosas ahí dentro sin que nadie pueda vernos.

¡Nunca había deseado tanto a nadie!

Lo beso con más fuerza y sus manos me aprietan el trasero de nuevo con deseo.

Jadeo con fuerza contra su boca y busco la llave con más empeño. Cuando la saco del bolsillo, me cuelgo de su cuello y lo abrazo con fuerza. Pero de pronto, Àngel deja de besarme y noto que he hecho algo mal. Es como si alguien le hubiera echado un jarro de agua fría.

—¿Qué? —pregunto desconcertada.

Él parpadea y se retira apretándose contra la puerta de la furgoneta. Me mira como si no supiera muy bien qué pensar.

Entonces mira mi mano.

—¿Qué?!

Los ojos se clavan en la llave que sujeto y me hierve la sangre, y no precisamente de deseo, cuando sé lo que se le está pasando por la cabeza.

Me cabreo.

—¿En serio? —escupo la pregunta sin especificar el qué. Pero los dos tenemos claro lo que estamos pensando.

Él cree que intento quitarle la llave para entrar en la furgoneta, seducirlo y robarle el puto saxo.

Estoy dolida, y más que dolida, cabreada, y... cachonda como una mona.

—Eres gilipollas —le digo visiblemente enfadada.

Él traga saliva y simplemente me mira con esos ojos de búho sin saber muy bien qué decir o cómo reaccionar. Pero no pienso esperar a que se decida a hacer algo.

Le tiro la llave que rebota contra su puñetera camiseta de David Bowie y me largo rumbo a la verbena.

—Espera...

—Déjame en paz, idiota.

Resoplo cabreada, y avanzo a grandes pasos, pero no me resisto a mirarlo por encima del hombro.

—Pues que sepas que te has perdido un buen polvo.

Acelero el paso y le dejo atrás con sus ojos de chocolate y esa expresión de no sé lo que acaba de pasar.

Àngel

No me puedo creer lo que acaba de pasar. De hecho, después de dos minutos de estar ahí de pie viendo la espalda de Cristina alejarse, aún me cuesta analizar lo sucedido.

El deseo me ha pillado totalmente por sorpresa. Admitiría ante cualquiera, y para mí mismo que no pensaba volver a ser tan idiota como para caer de nuevo. Desde luego no pensaba corresponder a su beso, ni tocarla siquiera... pero está claro que cuando se trata de Cristina, mi juicio se nubla.

No soy hombre que se deje llevar por bajas pasiones. Me gustan las mujeres como a cualquier otro, pero no compensa el tiempo perdido en intentar comprenderlas. Demasiado he sufrido con Patricia como para enamor... sentirme atraído por la mujer que intentó robarme el saxofón y de la que no sé si podré acabar de fiarme nunca.

Suspiro. Creo que soy un poco injusto. Después de sus explicaciones, entiendo perfectamente el porqué de sus actos. Y, a pesar de su mala leche y su cinismo, podría asegurar que no volvería a robarme mi saxofón. A no ser para su ansiada audición.

Desde luego tengo que mentalizarme: No puede ocurrir nada entre nosotros. No puedo volver a reaccionar así ante sus besos. ¡Debo evitar que me bese y besarla!

Me llevo las manos a la cabeza y me froto la cara intentando despejarme. Por mucho que me esfuerce, creo que lo tengo muy crudo. Un beso... ¡Un beso!, y he perdido el norte como un idiota. Casi me vuelvo loco, le hubiera hecho el amor ahí mismo, yo, que soy un hombre que no tiene en su vocabulario las palabras: sexo esporádico y sin compromiso. Yo, que me he negado volver a tener algo serio con nadie... Está claro que esa mujer parece ser la excepción a todas y cada una de mis reglas. Ella es diferente, me

saca de quicio, me hace superar mi timidez para volverse un hombre irritable y dispuesto a morderla si me provoca. Pero por otro lado... hace que la desee como no he deseado a ninguna otra. Ni siquiera a Patricia.

Cierro los ojos y siento un peso en el pecho del que no puedo librarme. No he sido justo con Cristina, cuando ella ha sacado la llave del bolsillo, un pensamiento ha pasado por mi mente. Uno bastante ruin. Solo han sido dos segundos de duda, de sorpresa, de pensar fugazmente que volvía a la primera vez que nos besamos. ¿Volvía a seducirme para robarme el saxo? Con nuestros antecedentes, ¿puede culparme de haberlo pensado un instante? No es descabellado haber pensado que volvía a seducirme para robarme el saxo, incluso he echado un vistazo sobre su hombro para ver si Marina e Irene la esperaban con el motor en marcha. Evidentemente no ha sido el caso, y bien que me alegro, pero podría haber sido menos imbécil y pensar lo que pienso a todas horas: que Cristina no es mala chica y que su padre le hizo la putada del siglo. No puedo cabrearme con ella por algo que quizás yo mismo hubiera hecho. Está claro que ese saxo es su vida, parte de su familia y que en esa historia no hay buenos ni malos. Aunque en este momento me siento como si yo lo fuera el villano.

Me encamino a la verbena, más abatido de lo que quisiera, y pienso en que solo un instante puede ser suficiente para estropearlo todo, si es que había algo que estropear. Quizás me he pasado pidiéndole que nos haga los coros, y aunque admitamos que ha sido por venganza, también debería ser sincero conmigo mismo y aceptar que era una forma de volver a verla.

Soy un idiota sin remedio.

Una mala actitud

Àngel

Apago el motor de la furgoneta cuando llego a mi destino.

Ha pasado una semana desde que nos besamos y me gustaría decir que durante todo este tiempo mi cerebro se ha portado bien y ha pensado en cosas normales, pero sería mentir, porque en lo de pensar cosas normales no entra estar pensando todo el día en la chica que nos hace los coros.

Cristina me quita el sueño, pero me encargo bien mucho de que no se note. La estrategia es clara: no hablar de ella con los miembros del grupo, a no ser que sea estrictamente necesario y por motivos de algún concierto, e intentar no mirarla demasiado, y de no poder evitarlo, al menos hacer lo imposible para que ella no se dé cuenta.

Lo llevamos relativamente bien, solo la he visto dos días, el día que hemos quedado para ensayar en una pequeña casa de campo que Antoni tiene en las afueras de Moscarí, y en la actuación de ayer, en la que apenas nos dirigimos la palabra.

Sigue cabreada, no sé si será o no para tanto, pero intento mantenerme alejado de su mal humor y su lengua viperina.

Estoy tentado de decirle que la libero de este estúpido juego. Que voy a dejarle el saxofón, aunque no aparezca para hacer los coros en ningún otro concierto. Pero después, algo en el pecho se rebela y martillea mi cerebro, hasta que le convence que esa no es una opción válida. Cristina hará los coros... porque si no, no volvería a verla.

Por su parte, estoy convencido de que ella no me manda a paseo porque el amor por mi saxofón es más fuerte que todo. Y no se fiaría de marcharse y que finalmente retirara mi ofrecimiento de préstamo.

Me gustaría que esta noche se acabara la tensión. Pero no sé qué puedo hacer. ¿Disculparme? ¡Pero si no hice nada malo! Solo un pensamiento fugaz que ni siquiera llegué a verbalizar. Ya antes de que ese pensamiento cruzara mi mente, apenas tres segundos, ella ya estaba gritándome. ¡Qué cruz de mujer! No se me puede condenar por pensar en que podría aprovecharse del deseo que siento por ella para robarme de nuevo el saxo.

Te has perdido un buen polvo. Pongo el freno de mano recordando sus palabras, con mucha más rabia de la que quisiera. No entiendo mis sentimientos, quizás precisamente haberme perdido ese polvo sea lo mejor. No deberíamos intimar tanto. No debería meterme en ese lío del que no puede salir nada bueno, y, sin embargo...

—Hola.

Carlos me toca el cristal del coche y doy un respingo.

—Hola —contesto algo malhumorado.

—No tenemos mucho tiempo, ¿estás listo?

Asiento. Ya he venido cambiado de casa. Casi llego tarde y me he saltado la prueba de sonido, pero mi abuela no ha tenido un buen día y pasar más tiempo del necesario con Cristina, solo haría que estresarme.

Media hora después ya estamos todos en el escenario. El concierto ha empezado y todo el mundo parece visiblemente feliz. Hasta Cristina sonrío y mueve su melena al son de la batería. Me giro levemente y está allí a la derecha del escenario haciendo los coros a Carlos como si fuera un ángel. La miro

disimuladamente. Esta noche no lleva el vestido rojo, igual que tampoco lo llevaba ayer, pero de igual modo, está preciosa. La minifalda negra le llega por encima de las rodillas y la blusa roja sin mangas es del mismo tono de nuestras camisas. No le hace falta escote, solo lleva dos botones desabrochados y a mí nunca me ha parecido tan sexy.

La de anoche fue una gran actuación por parte de todos. Debo reconocer que nuestra corista lo hace a las mil maravillas. Carlos y ella están muy compenetrados, se miran, se sonríen y coquetean, y yo tengo ganas de coger el cable y arrearles con él como si fuera un látigo. No quiero liarme con Cristina, pero como se líe con Carlos, me muero. Y eso es un pensamiento tan infantil como desquiciante.

Cuando los veo con esa actitud se me quitan las ganas de estar tan cerca de ellos. Pongo los ojos en blanco y deseo que la actuación termine, necesito un poco de espacio.

Una hora después todo se acaba, los focos se apagan y los aplausos nos acompañan a la salida del escenario.

—¡Espectacular! —grita Carlos. Él no va a perder el entusiasmo por nada.

Después, más frescos, seguimos el mismo protocolo de siempre. Felicitaciones, risas y nos falta la cerveza.

Miro a Cristina, está tan bien integrada en el grupo que siento que me ahogo.

Ella y yo hemos recogido sin hablarnos, y como la furgoneta está cerca, ni siquiera se ha molestado en ir hasta allí para ayudarnos con los instrumentos. Supongo que no tiene ganas de estar cerca de ella.

Al volver no sé cómo se lo ha hecho, pero lleva una camisa de tirantes de gasa negra. Está aún más sexy que con el "uniforme" rojo.

Sin decir nada me encamino hacia la barra más cercana y sin saber por qué me sale pedir dos cervezas. Sé que una es para ella y sonrío sin humor.

Ya de vuelta, me voy acercando a Cristina. Es a quien busca mi mirada y hacia donde se dirigen mis pasos, con las manos ocupadas, por dos vasos de plástico donde va la cerveza fría y espumosa. Ella también parece buscar a alguien con la mirada, pero no me hago ilusiones. Sé que no soy yo... ni quiero serlo, me digo a mí mismo como regañándome por volver a estar pensando en cosas que no debo pensar. Seguramente busca a sus amigas que aún no ha conseguido ver esta noche.

Cuando llego junto a ella, los chicos han desaparecido en busca de bebidas.

Le ofrezco la cerveza, sin hablarle siquiera, solo con un gesto. Creo que es hora de firmar la paz, ¿o no?

—Esto... —me dice Cristina parpadeando—. Pensé que quien tenía que traeros las cervezas era yo.

Su tono es extrañamente neutro, hasta me atrevería a decir que no es beligerante. Algo es algo.

—No te acostumbres —le digo forzando una sonrisa—. Es una manera de decirte que lo has hecho bien, que lo estás haciendo muy bien y que... bueno, y que si crees que me porté mal contigo... me perdones. —Hago una mueca y le guiño un ojo.

Me sorprende. Parece que no le gusta mi actitud amigable.

¿Por qué pone cara rara cada vez que intento ser amable con ella? No lo puedo entender y eso me pone de mala leche, me cabrea.

—Intento ser amable contigo, por si no te has dado cuenta —le espeto.

—¿En serio? —Mira la cerveza que se empieza a tomar a tragos largos—. ¿Esto es como una especie de cerveza de la paz?

—Algo así.

—Perdona, es que no consigo entender tus cambios de humor.

—No tengo cambios de humor —digo, entrecerrando los ojos.

Ella me mira fijamente y creo que se va a reír en mi cara en cualquier momento.

—Claro, simplemente vives cabreado con el mundo y de vez en cuando intentas fingir que eres una persona normal que sonrío.

Alzo una ceja.

—¿Cómo ahora?

Ella se encoge de hombros ante mi pregunta.

—Puede ser. Dime, ¿estás fingiendo?

Meneo la cabeza y respiro hondo.

—No finjo, quisiera que no estuviésemos enfadados.

—¿Eso es lo que estamos?, ¿enfadados?

—Desde luego, la semana pasada no tenía duda de ello.

Ella me sigue mirando mientras se toma la cerveza. Y yo he decidido que no voy a moverme de allí hasta aclarar las cosas.

—Te cabreaste mucho...

—¿Y sabes por qué? —salta Cristina de mal humor.

Me encojo de hombros y de sus ojos salen llamaradas. ¿La he vuelto a cagar?

Entonces la veo mirar en todas direcciones para asegurarnos de que estamos solos y que nadie nos puede escuchar, mucho menos los chicos que siguen en la barra lanzándonos de vez en cuando alguna mirada furtiva.

—Me gustaría saber qué pasa por tu cabeza.

—¿De verdad quieres hablar de lo que pasó la otra noche? —me dice sin mejorar su humor—. O, mejor dicho: de lo que no pasó y por qué no pasó.

—No te acusé de nada —me pongo a la defensiva, es un hecho que hasta yo mismo noto.

Ella me mira escéptica.

—No hizo falta que lo verbalizaras —dice dolida—. Bastó ver tu cara.

—¿Qué viste en mi cara? —pregunto.

—Que pensabas que me estaba liando contigo para volver a intentar robarte el saxo.

Respiro hondo.

—¿Y no fue así?

—¡No!

Tengo ganas de retroceder para que no me arranque la cabeza. Igual esta pregunta estaba de más, pero me queda muy claro que Cristina siente la misma atracción por mí, que yo por ella.

—Quizás se me pasó por la cabeza un segundo, pero no dije nada, ni siquiera me diste tiempo a nada.

—¡Basta! —me dice ofendida—. No me lie contigo la primera vez para robarte el saxo, simplemente...

Se queda callada y mira hacia otro lado como si estuviera pensando lo que va a decir a continuación.

Me habla de la noche en que por fin hablamos, la primera noche en que nos besamos y manoseamos dentro de la furgoneta. ¿No se lio conmigo para distraerme? Pues quiero que me lo diga.

—¿No fue eso lo que pasó? —la presiono—. ¿No me distrajiste...?

—¡No! —Ahora me mira fijamente y supongo que es porque quiere que sepa que me está diciendo la verdad—. Me lie contigo porque me estaba encantando hacerlo contigo. Y ya está. Fue algo inesperado y espontáneo. No le demos más vueltas.

Me quedo en silencio algo incrédulo.

—¿En serio te gusté la primera vez? Quiero decir...

Ella me mira más furiosa que antes.

—Sí —me dice cabreada. Parece que lleva tan mal como yo eso de que nos sintamos atraídos—. Me gustaste, me sentí... me siento atraída por ti.

Vaya, mi corazón se acelera en el pecho y no sé por qué, pero escuchar esas palabras es algo realmente gratificante. Pero, sé que no debo entusiasmarme demasiado, y mucho menos cuando escucho sus últimas palabras.

—Que me gustes no quiere decir que te soporte.

Asiento y no sé si echarme a reír, darle las gracias o cabrearme.

—¿Qué demonios significa eso exactamente?

Ella parece tenerlo muy claro.

—Nos atraemos, fin de la historia.

—¿Tú me atraes? —Le sonrío sin poder evitarlo.

Se acerca un paso y por un momento tengo miedo de que me suelte un sopapo, pero eso no pasa, se controla bastante bien a pesar de que estoy seguro de que sí tiene ganas de atizarme.

—Si no te gustó lo que hicimos, alguna parte de tu anatomía lo disimulaba bastante bien.

Mierda.

—No hace falta ser tan borde.

Se encoge de hombros.

—Es lo que hay.

Y yo sé perfectamente qué es lo que hay. Tiene toda la razón del mundo, nos atraemos y nos repelemos con la misma intensidad.

—Si no quieres escuchar según qué cosas, creo que no deberíamos hablar de ciertos temas —me dice.

—Esto no va a volver a pasar.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? ¡No volverá a ocurrir jamás! —Levanta el dedo índice y me mira con desdén, luego lo mueve señalándome a mí y luego a ella y así sucesivamente mientras dice—: Esto... es un capítulo olvidado. Una puerta cerrada.

—¿Una puerta cerrada?

Asiente apretando los labios.

—Puerta cerrada. Soldada con acero valyrio.

—Vaya...

—*Síííí*, y tiene candados de las minas de Tirith, hechas por maestros enanos. Jamás se abrirá de nuevo esta puerta.

—Eres una *friki*. —Me río y me doy cuenta de que estoy de mucho mejor humor—. Lo de la puerta es una metáfora, ¿no?

—En serio, ¿hasta para las metáforas necesitas una guía?

—Es que no soy mucho de *El señor de los anillos* ni de *Juego de tronos*.

Me mira ojiplática, como si hubiera dicho un sacrilegio.

—Jamás —dice en un susurro mirándome a los ojos.

—¿Por no gustarme lo *friki*? Veo *Big Bang Theory*.

Ella levanta los brazos al cielo.

—¡Oh! ¡Rápido! Que alguien le dé un premio.

A pesar de mi buen humor, debo decir que me escuece un poco que sea tan sincera respecto a que no podemos estar así. No vamos a volver a liarnos, debemos cerrar este capítulo de una vez por todas.

—Está bien, de acuerdo. Entiendo el concepto.

—Bien, porque ni creo que tú te quieras liar con una *robaxos*, ni yo voy a liarme con un...

Aprieto los labios pensando que ahí va el primer insulto de muchos, pero se contiene, y yo sé porqué. Ama demasiado mi saxofón como para dejar que su mala leche la separe de él.

—¿Con un... qué, cómo yo?

Respira hondo.

—Con el hombre equivocado —dice finalmente—. Si me lío con alguien ten por seguro que no serás tú.

Bien, eso los dos lo tenemos bastante claro. Lo de la otra noche fue un error que no debería volver a repetirse, pero que ninguno pudo evitar. ¿Podremos evitar tocar a partir de ahora? Eso me gustaría verlo.

—Vamos a llevarnos bien —me dice intentando acabar la conversación—. Tú quieres vengarte de mí por robarte el saxo, y lo estás haciendo muy bien. Verme sufrir te divierte y creo que me lo merezco y sabes que lo aguantaré porque deseo más que nada poder tocar el saxo de mi abuelo en la audición. Pero vamos

a intentar no liarnos.

—¿Intentar?

Me río porque no puedo evitarlo.

Ella abre la boca, seguramente para insultarme, pero Carlos, que ha desaparecido hace un buen rato, se acerca a nosotros. Todavía está lejos, pero avanza con las manos ocupadas, seguramente llevando una cerveza para ella.

—No quiero volver a mencionar el tema —me dice mirando a Carlos de reojo.

—Yo tampoco.

—Olvidemos que pasó.

—¿Las dos veces? —Me fulmina con la mirada—. ¿Qué? No es una pregunta tan difícil.

—Por mí estamos bien —dice con los dientes apretados—. Limitémonos a fingir que nos soportamos y a ser superficialmente amables el uno con el otro.

—¡Vaya! Menudo reto —le espeto.

Me río sin poder evitarlo, hasta que Carlos llega por fin junto a nosotros.

—¡Oh! ¿Ya tienes una? —dice, mirando la cerveza de Cristina.

Ella le sonrío y le acaricia el hombro amigablemente.

—Tranquilo, eso lo arreglamos enseguida.

Se bebe la cerveza que le he traído de un trago y coge la que le ofrece Carlos.

—Mmmm, esta está mucho mejor.

La miro entrecerrando los ojos.

—Son iguales, de la misma barra.

Ella deja de sonreír para mirarme con la cara ladeada hacia nuestro compañero.

—Pues a mí me sabe mucho mejor la suya.

Borde.

Carlos aprieta los labios como si le hubiera pillado su madre haciendo algo malo. Creo que está preocupado porque piense que intenta ligar con Cristina. Y bien... quizás tenga motivos para tal preocupación. Está claro que se llevan demasiado bien.

—¿No íbamos a ser superficialmente amables el uno con el otro? —le pregunto acercándome a su cara.

Ella no contesta, simplemente se limita a tomar aire lentamente por la nariz.

Algo molesto, hago una bomba de humo.

Sobro, así que me doy media vuelta y me alejo de nuevo hacia la barra del bar más cercano.

Me he terminado la cerveza por el camino. Es hora de ir directamente a por los cubatas. Llego a la barra y me cuelgo en ella como si fuera una tabla salvavidas. Apoyado allí finjo mirar a *Madòna*, el grupo que está sobre el escenario. Pero solo consigo cabrearme más. Cada vez que veo al saxofonista del grupo, alternar el sagrado instrumento con el piano, me dan ganas de ponerle el saxo por sombrero. ¡O se es saxofonista, o se es pianista! ¡Las dos cosas, no! ¡Elige un instrumento, idiota!

Respiro y sé que es inútil fingir que estoy cabreado porque la calidad musical del grupo no me parezca óptima. Estoy cabreado conmigo, con mis sentimientos, con mis líos mentales... Y no puedo hacer nada. Es lo único que tengo claro cuando mis ojos vuelven a deslizarse hacia ella y la veo sonreír de una manera con la que jamás me sonreirá a mí.

Uno, dos, tres, cuatro... mojitos

Cristina

Estoy concentrada en lo que me dice Carlos.

Sonrío y asiento. Pero... ¿a quién pretendo engañar? ¡No estoy centrada para nada! Ni siquiera sé de que está hablando exactamente. Por supuesto, ha mencionado a Marina, y noto cierta súplica en la voz para que vuelva a juntarlos y de paso le hable bien de él. Pero, aparte de eso, no puedo seguir la conversación.

Mis ojos se van detrás de Àngel y ahí se quedan. Cierto que se deslizan de un lado a otro como si escuchara a Carlos o estuviera buscando a las chicas, pero lo que en realidad hago es buscarlo a él y, en cierta manera, buscar otra oportunidad para tener otro encontronazo.

¡Por favor! ¡Estoy enferma! ¿Por qué me gusta tanto discutir con él?

—¿Buscas a tus amigas?

Claro, eso es lo que hago mientras tengo controlado al idiota del *robasueños*.

—Sí.

—Podríamos buscarlas juntos. —Me ofrece Carlos con la clara intención de ver a Marina.

Le sonrío con cariño, sé lo que busca exactamente y es un momento para poder seducir a mi amiga, pero antes de que pueda decir nada, Antoni aparece justo donde estamos nosotros y no tiene cara de muy buenos amigos.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto.

Él menea la cabeza, pero enseguida le dice algo a Carlos.

—Tu prima, la *víbora*, está por aquí.

Carlos menea la cabeza y suspira.

—Sigue siendo mi prima —le amonesta.

Antoni se encoge de hombros, como diciendo que no le importa.

—Sigue siendo una víbora.

Entrecierro los ojos por un momento y creo que hay una historia interesante detrás de esas palabras.

Obviando el comentario de Antoni, a nuestro vocalista no le parece tan raro que la susodicha haya aparecido.

—Claro, son los siguientes en tocar esta noche.

No señala a ningún lado en concreto, ni me cuentan quién es esa víbora, pero por lo que dicen, debe ser un ente sobrenatural sacado de las entrañas del infierno.

Ahora que Carlos está ocupado, es momento de largarme. Me quedo unos momentos ahí reconociendo el terreno. Recorro la plaza con la mirada. Quiero convencerme a mí misma que estoy buscando a Marina e Irene, pero lo cierto es que me quedo mirando el lugar donde, hacía escasos minutos estaba el imbécil antisocial, que evidentemente es el culpable de que no pueda concentrarme. ¿Quién demonios me mandaría volver a besarle?

—Es que tío, eso no se hace.

Las voces de Carlos y Antoni me distraen.

Los miro un momento. Me ha dado tiempo a enterarme de que la pájara lleva zapatos de tacón alto y canta como los ángeles, aunque sea un demonio, digna de la peor de las traiciones.

—Voy a beber algo —les digo a modo de despedida momentánea.

—Ahora venimos —me dice Carlos.

Estoy segura de que si no me acompaña es que el cotilleo que le está contando Antoni es de lo más entretenido. Me muero de la curiosidad, pero, evidentemente no tengo confianza suficiente para preguntar de qué están hablando o de quién, por lo que indico con la cabeza, la barra.

—Estaré por ahí. —Les señalo el lugar antes de avanzar entre la multitud.

No veo a Àngel por ninguna parte, pero encuentro a otra persona. Cuando escucho que alguien me agujerea los tímpanos con su grito me echo a reír.

—¡Qué bien lo has hecho, tía!

Marina me ha encontrado antes. Y detrás va Irene.

—Me ha encantado. Has estado fantástica —la secunda Irene.

—Gracias, chicas.

Las dos me abrazan y me empujan hacia la zona de bebida.

—Estamos secas —dice Irene.

—¡Que empiece la fiesta! —grita Marina. De pronto, me mira de arriba abajo—. ¿Por qué ya no llevas eso tan condenadamente sexy para actuar?

—¿En serio? —Pongo cara de pocos amigos—. ¿Vestido rojo de lentejuelas? ¿Sabes que mis bragas han estado colgadas en todas las redes sociales?

—No seas exagerada —dice Irene, parece de lejos la más centrada—. Si solo te echaron un par de fotos y no se te veía nada. Estabas estupenda.

Marina se encoge de hombros.

—Tus bragas son el precio de la fama.

Meneo la cabeza. No pienso perder tiempo discutiendo sobre el vestido que no voy a volverme a poner en la vida.

—Vamos, yo también tengo sed.

Las arrastro hacia el tramo de barra donde quiero estar, porque tengo la esperanza de que por ahí estuviera Àngel. Pero no llego a mi objetivo.

—¡Mojitos! —grita Marina.

Irene la secunda y ya veo que esta noche no iré de cubatas la cosa. No hay cola en el pequeño puesto, así que el primero es muy fácil de conseguir.

—¡El mío de fresa! —grita Marina—. ¡Y grande!

De perdidos, al río.

Me bebo el primero como si fuera agua y mis ojos siguen moviéndose a toda velocidad. Sin poder evitarlo, van donde yo quería ir, a la barra que han montado fuera del bar, pero él no está ahí, así que disfrutaré de los mojitos y mi acidez de estómago.

—Parece que nuestra Cristina está buscando a alguien.

Niego con la cabeza y chupo fuerte por la cañita del mojito. Pero sé que me han pillado de vellón.

—No busco a nadie. ¿A quién voy a buscar? —Me hago la tonta.

—No sé, espero que a tu saxofonista no, porque acabo de verle morreándose con una tía, allí...

Se me acelera el corazón.

No entiendo qué le pasa a mi cara, pero estoy segura de que mi labio superior izquierdo ha empezado a temblar. Miro hacia donde señala su dedo y espero ver a Àngel enrollándose con otra tía. Lo que siento es algo tan sorprendente para mí, como desagradable. Estoy empezando con una taquicardia cuando sigo mirando y no veo a nadie.

—Basta —le dice Irene mientras le pega un manotazo amistoso a Marina que no para de reírse—. ¿Quieres que le dé un infarto?

—¿Qué? —le pregunto desconcertada.

—No le hagas caso, está tomándote el pelo —me dice Irene rápidamente—. Àngel no está liándose con

nadie.

Miro a Marina y siento ganas de arrancarle la cabeza. Pero cuando ella ve mi reacción, lejos de sentirse contrita lo que haces es señalarme y saltar entusiasta. Empieza a cantar como una niña pequeña.

—¡A Cris le gusta Àngel! Le arrancarí los ojos a cualquier chica que lo bese, que lo abrace, que lo...

—Deja de cantar —le digo enfurruñada.

Mientras sigue hablando de todo lo que puede hacerle una chica a Àngel, menea las caderas y se toca el pelo.

—Marina, para —le dice Irene sin parar de reír.

—Eres una amiga horrible.

Me abraza, pero no sé si perdonarla. ¡Qué cabrona!

—Venga, no te enfades. Solo era para comprobar si te gusta...

—¡No me gusta! ¿Cuántas veces lo tendré que decir?

Miro al escenario totalmente dispuesta a ignorarlas por un rato mientras mi corazón normaliza sus latidos.

—Claro, por eso no puedes parar de empotrarle contra furgonetas.

Resoplo.

—No volveré a contarte nunca nada.

Fijo ignorarlas mientras se ríen y mi atención se centra en el nuevo grupo que va a salir.

Ahora como colofón, a las tres de la mañana aparecen *Los Destroiers*. No sé quiénes son, pero me quedo mirando el escenario, olvidándome por un momento de Àngel y recordando que en este grupo está la famosa víbora sobre la que Antoni y Carlos discutían hacía un momento.

Una diva vestida con un escote impresionante y unos tacones de vértigo aparece sobre el escenario. La veo con un vestido de lentejuelas mucho más sensual que el mío, pero este es en dorado y con su melena rubia al viento, hace que la mía parezca un estropajo. A su lado aparecen el batería, una guitarra eléctrica, el teclista y el bajo. Es más que evidente que el guitarra y el bajista son gemelos, cada uno con su estilo, pero indiscutiblemente son idénticos.

—¡¡Bona niiiit!!

Saluda y el público le responde con el mismo entusiasmo.

Cuando empieza a cantar me quedo impresionada.

—*Caray*.

Será todo lo víbora que los chicos quieran, pero ya me gustaría a mí tener esa voz. Y, lo que es más, ese cuerpo.

Sorbo por las cañitas del mojito con más fuerza a medida que va creciendo mi envidia y de repente ya tengo mi tercer mojito en la mano.

—Mmmm... no debería beber tanto.

Marina levanta los brazos al ritmo de la música, que la verdad no está nada mal y se emociona cantando. Para lo justo, para decirme una obviedad.

—Esta noche conduce Irene.

Y desde luego no me extraña, hoy no somos para nada un buen ejemplo de consumo responsable. La canción es de Tina Turner y la chica del escenario menea las caderas a un ritmo vertiginoso y saca un chorro de voz que ni la propia estrella.

—Esa tía es flipante —me grita Marina.

Yo asiento sin apartar la mirada del escenario, hasta que se me ocurre mirar hacia la dichosa barra otra vez. No está. Me enfurruño. ¿Dónde se habrá metido Àngel?

Quiero concentrarme en la música, en mi mojito y en pasármelo bien con mis amigas. Pero solo puedo pensar en la evidencia de que llevo media noche buscando a mi saxofonista.

Miro por encima de mi hombro y como por arte de magia, aparece. Tiene la mirada fija en el mismo

punto que yo la tenía hace un instante, en el escenario. Está en el centro de la plaza, hacia la parte trasera, donde pasa más aire y la gente sudorosa no te atrapa hasta asfixiarte.

Se me acelera el corazón y le echo la culpa a los mojitos.

—¡Ve a por él!

Marina me da un empujoncito y yo la aparto de un manotazo.

—No, compórtate —le digo en un tono de institutriz severa.

—Vamos... Irene, dile que es buena idea decir hola. Nadie se ha muerto por un hola.

—Tú, morirás por un hola, como sigas insistiendo.

—¡Holaaaa! —Levanta los brazos hacia donde está Àngel y grita.

Èl menea la cabeza cuando nos ve, claramente está pensando que estamos como cabras. Y no le falta razón.

—¡Cállate!

Irene se ríe y nos deja a nuestro aire para que discutamos en paz.

Lo miro y me sube un escalofrío por la espalda a pesar de que la noche es calurosa. No me gustaría nada encariñarme con ese ser sin corazón. Nuestras miradas se encuentran. Parece que ambos contenemos la respiración, sin saber muy bien qué decir o hacer, hasta que Àngel vuela a poner sus ojos sobre la chica del escenario.

Vaya, contra esa rival, no puedo competir.

Pego el último trago al mojito mientras lo miro algo anhelante. Mmmm.. debe ser el alcohol, me estoy ablandando.

Frunzo el ceño, cuando veo que algo cambia en su expresión, parece definitivamente cabreado. Suspiro. Este tío acabará volviéndome loca, ¿y ahora qué le he hecho?

Tardo unos segundos en darme cuenta de que su cabreo no tiene nada que ver conmigo y mucho con lo que está mirando. Entonces entrecierro los ojos, suspicaz.

Bien, está mirando hacia el escenario, mira a la chica y desde luego acaba de quedarme clara su orientación sexual, por si tenía alguna duda después del casi revolcón en la furgoneta.

¡Noooo! ¡Cristina, no pienses en eso! No debo pensar en besos, abrazos, tocamientos varios con esas manos enormes.... meneo la cabeza y me reprendo. No voy a pensar jamás así del *robasueños*.

¡Prohibido!

¡Dios mío! Estoy muy borracha.

Èl no tiene sexo. Es una ameba. No nos volveremos a tocar así jamás. Lo que me recuerda, que debo volver a centrar mi atención en el escenario. Y allí está, una rubia despampanante.

Mi mirada se intercala entre ella y Àngel.

Definitivamente Àngel no es *gay*.

Definitivamente Àngel la conoce.

Definitivamente quiere tirársela.

Definitivamente... estoy celosa.

—No es *gay*. —Mi lengua se traba y noto los efectos del alcohol en mi limitada habla.

Marina sigue bailando a mi lado, cuando la miro a la cara su expresión es totalmente seria.

—Sí, ya me lo parecía.

—Si fuera homosexual, no estaría comiéndose con los ojos a la cantante del grupo.

Lleva unos taconazos, que yo, ni en mis mejores sueños, podría ponerme sin caerme de bruces y partirme los piños. Su vestido dorado con lentejuelas no da para mucha imaginación. Lleva el mismo escote que mi vestidito rojo de la semana pasada, con la diferencia que tiene dos tallas más de sujetador (prenda interior, que por cierto no lleva), ergo... está explosiva y rebosante de atractivos atributos. Sé perfectamente dónde cualquier heterosexual de la plaza tiene puestos los ojos en ese momento.

Cuarto mojito en mi mano.

—Ve a preguntárselo —me dice Marina.

Miro el mojito, miro a la víbora, miro a Àngel...

—Ña.

—¿Ña? —pregunta Irene riéndose a carcajadas. Sabe que a esas alturas puedo hacer y decir cualquier barbaridad y por eso me da ánimos.

—¿Para qué? —pregunto entrecerrando los ojos—. Está claro a quién le gustaría tener cerca o... debajo. Y no es a mí.

Por primera vez, Irene parece un poco enfadada. Doy un respingo cuando veo su cara a escasos centímetros de la mía.

—Ve ahí, habla con él. Sé amable y recuerda que estás en esta situación por un objetivo.

Alzó una ceja.

—¿Ligarme a Àngel? —pregunto confusa.

—¡Tu saxo!

Sí, sí... ¿cómo he podido olvidar eso? Brrrrff... Àngel no es un objetivo, de hecho, el propósito ahora mismo con semejante cogorza es que él jamás sea un objetivo. La puerta sigue cerrada con candados y cadenas.

—Estoy bien.

—¡Qué vas a estar bien! —me grita Marina—. ¡Borracha!

Irene la hace callar.

—Recuerda tu saxo. Ve allí a ser una chica agradable —me dice Irene.

—¡Claro! —Levanto el brazo y me doy ánimos—. Yo puedo ser una chica agradable.

—Eres muy agradable —me dice Marina muy seria. Irene pone los ojos en blanco.

—Quizás ir ahora a intentar ser amable no sea muy buena idea.

Le muestro el puño alzado, símbolo de mi decisión inquebrantable de ser amable con él. Una borracha muy amable.

—Estoy segura de que puedo ser encantadora con Àngel.

—A mí me parece un poco imposible —susurra Marina a Irene y se ríe sin poder parar.

—Ña... Lo voy a intentar.

No sé cómo lo he hecho, pero lo cierto es que he cubierto la distancia y estoy justo a su lado. Carraspeo para que se dé cuenta de que estoy muy cerca y en ese momento Àngel deja de mirar a la despampanante cantante de *Los Destroiers*, para volverse hacia mí.

—Hola.

Me mira cabreado. Con esa cara que me pone no se puede ser amable.

Lo que yo diga, es bipolar.

¡No me gusta!

Àngel

La miro, sus movimientos en el escenario, su timbre de voz cada vez más perfecto, ese cuerpo que no hace tanto estaba entre mis brazos...

Siento cómo me arde el estómago.

Definitivamente no lo he superado.

Por mucho tiempo que pase soy muy consciente de que, aunque el cabreo disminuya, la decepción seguirá ahí y me será muy difícil perdonar. Pero tengo que hacerlo, perdonar y olvidar. Lo primero será más fácil... creo.

¡No! ¡Pero qué coño! Estoy harto de ser buena persona. Es verdad lo que dice el dicho mallorquín *Dels bons se'n riuen*, lo que viene a decir que la gente tiende a descojonarse de las buenas personas. Así que debería empezar a ser egoísta y pensar en mí. Pensar que quizás me merezca algo mejor, que al menos merezca...

Miro a mi alrededor alertado por no sé muy bien el qué.

—Hola.

Doy un respingo al ver a Cristina a mi lado.

—¿Qué?

Hace un puchero con los labios y me siento culpable por el tono seco que he utilizado. Pero es que... ¡No sé cómo tratarla! A veces estoy de buen humor y me encantaría que hablásemos de saxofones míticos, de jazz, de sus inicios, de su abuelo... Pero es que cuando miro su recelo, simplemente no me sale ser amable. No puedo relajarme como lo haría con otra chica. Simplemente, Cristina me supera.

La miro de nuevo y alzo las palmas hacia arriba con una expresión clara de que no sé qué puñetas hace tan borracha si acabo de dejarla.

Parece estar de buenas, pero no me fío. Seguro que me relajo y me da un hachazo en toda la espalda.

En fin... La lucha esta noche no es precisamente contra ella, aunque bien sabe Dios que me saca de quicio.

—Menudo cabreo llevas.

—Menudo pedo llevas tú.

Ella se ríe.

—Jujujuju. Vaya, sí que estás cabreado.

Sorbe por la cañita después de reír con la U y eso me da a entender que no es su primer mojito.

Ladeo la cabeza y allí está ella mirándome como si me hubiera pillado haciendo algo indecente. Levanta las cejas un par de veces, creo que intenta decirme algo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Te la quieres follar, ¿eh?

—Per... ¿Perdona?

¿Acabo de escuchar lo que creo que he escuchado?

Miro de reojo a la última fémina que ha entrado en mi vida como un elefante en una cacharrería. De sutil no tiene nada, pero me sorprende la pregunta, desde luego no tenemos tanta confianza como para que se

meta conmigo de esta forma, por muy borracha que esté.

—Cristina...

—Angelito...

No, esto no me puede estar pasando. No tengo suficiente con lidiar con mis sentimientos por Patricia, como para encima aguantar a Cristina, borracha e intentando ser graciosa conmigo.

Por esta noche ya tengo suficiente. Suficiente de recuerdos, conciertos, y mujeres que entraron en mi vida para hacérmela imposible. Cierro los ojos dispuesto a acabarme el cubata y desaparecer. Mientras, me dispondré a ignorarla y esperar que sus amigas aparezcan para llevarla a casa.

—Ángel... —Me da unos golpecitos en el hombro.

Gruño, veo que ignorarla no es una opción.

La miro de arriba abajo y no puedo creer que esté a mi lado, sonriéndome y bailando al ritmo de la música.

—¿Qué? —digo enfadado, mientras miro cómo mueve sus caderas.

No me puedo creer que esté intentando bailar conmigo de esa manera.

—Vamos, el sexo es algo bueno. No deberías avergonzarte por querer tirarte a ese pibón.

Se le está poniendo la voz pastosa y no sé si echarme a reír o a llorar.

—En serio, para de beber —le digo.

—Es que están muy buenos. ¿Quieres? —Me pone el vaso delante de la cara e intento que la cañita no me saque un ojo.

Antes de que pueda agregar nada más le quito el vaso y me termino su mojito. Todo lo que me beba yo, no se lo beberá ella.

—Vaya, sí que tienes sed. —Parpadeo y mira el vaso vacío en mi mano—. ¿Quieres que te traiga otro?

—No —le digo enfurruñado—. ¿Dónde están tus amigas?, ¿te han dejado sola?

—No, están...

Creo que acaba de darse cuenta de que no están en el sitio donde las había dejado. Suspiro y soy consciente de que me toca cuidar de la borracha un rato hasta que aparezcan las dos locas de sus amigas.

De pronto, unos gritos llaman nuestra atención desde el escenario. Patricia está en pleno apogeo y me es imposible no mirarla mientras se mueve arriba y abajo enloqueciendo al público.

—Y eso que hubo un momento que creí que eras *gay*, pero no, no... te gustan...

—¿Te quieres callar de una vez?

—Perdoooooona...

Madre mía, menudo ciego. Ya lo que me faltaba, que me diga que soy *gay*. Si es que no puedo con mi buena suerte.

—Creo que ambos sabemos que no soy *gay*.

Ella me mira abriendo los ojos como platos y asiente.

—Cierto. No me olvido. —Suspira y me mira de arriba abajo—. Me acuerdo perfectamente...

Yo solo espero que no haga ningún comentario sexual que nos deje más en ridículo y haga insoportable nuestra relación futura.

—Basta, por favor. Dijimos que no hablaríamos más del tema.

Cristina levanta las manos en señal de rendición ante mi mal humor.

—No he dicho nada.

Por muy poco, quiero decirle.

Guardamos silencio unos instantes, y para mi frustración, soy yo quien lo rompe intentando excusarme.

—No estoy mirándola como tú crees.

—Nooooo, qué va. —Ella niega con la cabeza fingiendo darme la razón y luego se ríe.

—Creo que mi palabra debería ser suficiente para que me creas.

Cómo decirle que solo miro a mi exnovia a la que soy incapaz de perdonar, ni de mirar sin sentirme el tío

más idiota de la tierra.

—Ya... bueno. No te creo. —Hace un mohín con la cara que viene a decir: lo siento.

—Pues deberías.

—Pues no lo hago.

No me gusta su tono con retintín. Alzo una ceja interrogante cuando ella va a hablarme de nuevo, seguro para insistir sobre mi vida sexual, que ni conoce, ni le interesa.

Esta tía tiene la mente muy sucia.

—En serio, ¿por qué me miras tanto? —le digo, molesto por su escrutinio.

—¿Yo? —me pregunta riéndose a carcajadas—. Nada, simplemente observaba cómo babeabas.

¡Venga ya!

Abro la boca, estupefacto.

—Cristina, estás muy borracha. No babeo, créeme.

—¿Sí?, bueno te veo cara de... entre cabreo y deseo sexual salvaje.

—*Deseo sexual salvaje* —repito en un susurro mientras me pinzo la base de la nariz y respiro hondo.

¿Dónde demonios está Carlos ahora que quiero que esté cerca de Cristina?

—En serio, te veo muy coladito por esa... diva.

No puede estar más equivocada y lo cierto es que me decepciona que no posea ese sexto sentido que las mujeres dicen poseer. No volvería a tocar a Patricia, ni aunque me lo pidiera de rodillas, algo que, admitámoslo, ya ha hecho sin conseguir ningún éxito. Resoplo exasperado, no porque ella sintiera que debía humillarse y pedir perdón. No, más bien porque me considere tan idiota como para tragarme esa farsa. Sé que su arrepentimiento era fingido, una estrategia, un plan maestro ejecutado partiendo de la base de sus maravillosas dotes de actriz. Porque admitamos que Patricia es una crack en todos los sentidos.

—Yo no babeo —le repito—. Y si babeara no es asunto tuyo.

—Pero estarías en tu derecho... babea ampliamente.

—¿Me das tu permiso? —digo sarcástico.

—¡Por supuesto! —Levanta el brazo y lo agita.

Ella asiente y por un momento creo que no va a lanzarse a mi yugular y me va a dejar tranquilo. Baja el brazo y se balancea al ritmo de la música. Mira a Patricia y suspira.

—Si te gustan las tías así, yo te apoyo —añade de boquilla y perdiendo la mirada, pero he podido escucharla perfectamente.

Que me dejara tranquilo era demasiado bonito para ser verdad.

Respiro hondo y luego doy un trago al cubata que me sabe a agua.

—Vaya, me encanta cómo las tías que vais de feministas juzgáis a otras féminas solo por su aspecto.

Veó cómo hace una O perfecta con los labios.

—¡Oh! Vaya, menudo zasca me has metido.

Sonrío y mentalmente me apunto un tanto, aun sabiendo de que en ese caso, Patricia es lo que parece, una mujer narcisista, egoísta y sin corazón.

—Pero... —me dice levantando el dedo índice y señalándola—, tienes razón, debajo de esa talla 110, seguro que hay una maravillosa mujer, amante de los animales. Y vegana.

Escupo el cubata que había empezado a tragar.

Cristina se ríe a mi costa y yo alucino de que borracha posea más ingenio que sobria. Como siempre, mis sentimientos son contradictorios, no sé si lanzarme a pleno combate con ella o hacer que se acabe la noche y empezar a largarme.

—También hace yoga.

¡Gana la primera opción!

—¿Ah, sí? —me pregunta Cristina fingiéndose sorprendida.

Cree que estoy bromeando, pero para mi desgracia, nada más lejos de la realidad.

—Quizá haga punto de cruz...

—Es posible. —Sonrío.

—... Y sea adicta al sexo.

Sus últimas palabras ya no me han hecho tanta gracia. Me quedo rígido y ella nota que algo pasa.

—¡Oh! Vaya. ¿Es eso?, ¿es adicta al sexo?

Se balancea un poco delante de mí para verme la cara.

—Por favor...

—¿Es eso? ¿Te utilizó para... ya sabes, ñaca—ñaca, y no quiso saber nad...?

—¡Basta!

¿Ñaca—ñaca? ¿Pero quién demonios utiliza esa expresión? ¿Su abuela?

¡Se acabó! Mi paciencia ha llegado a su límite.

—Mira, guapa...

—¡Eh! ¡Estáis aquí! —Ahí está Carlos que aparece de la nada para salvar la situación.

En cierta medida es un alivio.

Veo perfectamente en la mirada de Carlos que ha sido consciente de la tensión entre Cristina y yo. Sin duda, también se habrá dado cuenta de cómo he mirado a Patricia durante todo el concierto y que con Cristina al lado era mejor intervenir para evitar algún desastre.

Mi amigo me pasa el brazo sobre el hombro y tira de mí.

—Vamos, tío, no discutas más con Cristina —me murmura.

No asiento, pero es más que evidente que estoy dispuesto a claudicar y dejar de lado todos los malos rollos que he tenido y aún tengo con esas dos mujeres.

Carlos, mirando a Cristina dice:

—Mañana playa, ¿os apuntáis?

Su amiga Marina aparece de la nada.

—¿Playa? —La mira suplicante.

Pongo los ojos en blanco, hay que tener poco corazón o ninguno para negarle nada a esa chica que parece no saber qué es la maldad en este mundo.

Observo a Cristina de reojo y veo cómo asiente.

—¡Vale! Qué guay —grita Marina entusiasmada.

—Seguro que Irene se apuntará —dice, buscando a su amiga con la mirada.

En ese momento no le va a preguntar nada, está demasiado ocupada besando a un mulato de dos metros como para que le pueda interesar hacer planes para mañana con nosotros.

Yo contengo el aliento, como si no fuera suficiente aguantarla de noche, ahora también tendré que aguantarla de día.

¡Por favor! No me creo que mañana pueda levantarse con la resaca que va a tener y mucho menos para ir a la playa.

No es un día de playa cualquiera

Cristina

Nos despertamos a las nueve. En media hora tenemos que estar listas. ¿Qué he dormido?, ¿tres horas? Me quiero morir.

¡Por favor! Lanzo el despertador al suelo, por suerte es de esos resistentes. El sonido que anuncia que debo levantarme ha cesado, pero alguien está martilleando mi cabeza, y ese malestar parece que no va a parar de ningún modo.

—¡Socorro! —susurro con la voz quebrada.

Mi boca es un estropajo, claro síntoma que necesito hidratarme. Anoche bebí más de la cuenta, de eso no hay duda.

Intento quitarme el pelo de delante de la cara. Estoy hecha un desastre, es más: ¡Soy un desastre! ¿Quién me mandaría beber tantos mojitos?

Gimoteo, mientras hago un esfuerzo descomunal para sentarme en la cama.

—¡Arribaaaaa! ¡Vamos a la playa, uo, oh, oh, oh, ooh!

Terrible. Marina canta mientras abre la puerta y me lanza una de esas sonrisas llenas de entusiasmo.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Beber como una esponja y levantarte radiante.

Ella se encoge de hombros.

—No te equivoques, guapa —dice Irene apareciendo por la puerta—. Ella no bebió tanto como tú.

Las dos me miran. Marina, sonriente; Irene, con cara de preocupación.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza.

—Normal, terminaste con todos los mojitos que había. —Menea la cabeza—. Pobre Àngel.

La miro, entrecerrando los ojos.

—¿Qué tiene de pobre?

—Nada, es una ricura de chico. —Me guiña un ojo—. La mayoría de los tíos te habría mandado a paseo después de intentar vomitarle encima.

—¡Nooooo! —Me niego a creer que pasó eso.

Luego me veo avanzando a trompicones para bajar una de las cuestas más empinadas del pueblo y llegar dignamente a un árbol para echar la pota. La siguiente imagen es Àngel sujetándome la cabeza mientras con tono severo me daba la charla mejor que mi padre.

No sé, ¿qué ves en esa tía? Recuerdo haberle dicho y entonces mis manos vuelan a mi boca y la tapan como si quisiera borrar haberle dicho eso.

—¿Te acuerdas ya? —me pregunta Marina con su radiante buen humor.

No le contesto. Me dejo caer de lado y hundo mi cara en la almohada.

No lo sé, pero... tampoco sé qué veo en ti.

¡No!, me digo, me lo estoy inventando, Àngel jamás diría eso. ¿Lo diría?

Yo no le gusto, no me soporta. Y ese amor es, desde luego, mutuo. No nos soportamos, no nos caemos bien y mucho menos... nos atraemos.

Gimoteo. Sí que nos atraemos, como polillas a la luz.

—Bueno, parece que hizo algo más que potar —dice Irene.

—Pobre. —Siento cómo Marina me besa la cabeza—. Voy a prepararte café y unas buenas tostadas con tomate. Eso anima a cualquiera.

Alzo el pulgar mientras me niego a abandonar la cama y regodearme en mi autocompasión.

—Yo voy a traerte una botella de agua fresca. —Se ofrece Irene.

Otro levantamiento de pulgar acompañado con un gemido lastimero.

No volveré a beber en la vida.

Marina cumple su palabra y prepara el café. Puedo oler el aroma desde la cama.

No sin cierto esfuerzo, me vuelvo a incorporar, esta vez con la intención de ponerme el bikini y fingir ser una mujer normal y no un zombi.

Me encantaría meterme en la cama y no salir en todo el día, pero Marina no me lo perdonaría. Está entusiasmada con el día de playa, o, mejor dicho, con Carlos.

Como puedo, pego un par de sorbos a la botella de agua que me ha traído Irene. Desde luego, tengo unas amigas que no las merezco.

Cuando salgo con mi bikini y mi vestido playero de color blanco no reconozco el reflejo que hay en el espejo del salón.

—Madre mía... —murmuro, mientras me estiro la piel de debajo de los ojos.

—Sí, estás divina.

Marina deja las tostadas sobre la isla de la cocina y palmea el taburete para que me acerque. Obedezco como un autómatas.

—¿Dónde está Irene?

—Ha vuelto a meterse en el dormitorio, al parecer tenía que despertar a su compañero de habitación.

—No me digas... —Me río a pesar de mi dolor de cabeza. ¿Irenita ha triunfado?

—Como la Coca Cola.

Entonces, como si quisiera corroborar esas palabras, abre la puerta y se acerca a nosotras.

—No hagáis ruido. —Nos advierte, mientras es incapaz de borrar su radiante sonrisa de la cara.

Ambas levantamos las palmas de las manos, y asentimos.

—Somos unas santas.

Entonces, de su dormitorio aparece un brasileño de dos metros. Es un dios pagano salido del Amazonas. Lleva rastas y la sonrisa más blanca que he visto en mi vida, contrasta con el tostado de su piel.

—¡Joder! —Marina se queda con la cafetera en la mano.

—Bom dia —nos saluda.

—Sí, sí. Buenos días y lo que quieras, moreno —dice Marina.

El hombre, que ha estado tonteando estas últimas dos semanas con Irene, lleva unos pantalones piratas anchos. Descalzo y sin camiseta hace que nos quedemos aún más boquiabiertas.

—Este es Roberto.

Como respuesta, levantamos una mano para saludarle y algo ininteligible sale de nuestras bocas entreabiertas por la sorpresa y la admiración ante semejante torso desnudo. Es entonces cuando Irene le dedica su sonrisa verbenera, solo que, a estas horas, no hay música, gente o verbena alguna. Solo el mulato, que casi tiene que agacharse para no darse con el marco de la puerta.

Con la camisa en la mano, se acerca a Irene y le da un fugaz beso en los labios. Nosotras fingimos estar mirando algo muy interesante de las vigas del techo. Apretamos los labios y nos aguantamos cualquier comentario que pudiera escapárenos. Por suerte, vemos cómo ambos se dirigen a la salida y silenciosamente se despiden.

Cuando Irene se da la vuelta nos echamos a reír.

—Vaya con Irene —dice Marina.

—¿Quieres desayunar? —Le ofrezco mis tostadas acercándole el plato—. Ya sabes, para recuperar energías.

Estoy impaciente porque me lo cuente todo.

—¿Desayunar? —Marina se ríe ante la mirada ensimismada de Irene—. No tiene hambre, ¿no ves que ha comido plátano toda la noche?

Nos reímos a su costa, pero a ella no le importa. Pone los dedos en V y hace la señal de la victoria.

—Voy a ducharme, preparadme café si queréis que os cuente qué tal el meneíto.

Empieza a bailar y Marina la sigue.

—El meneíto... el meneíto...

Le están cambiando la letra a la canción del chiringuito de Georgie Dann, pero no nos importa, bailan por la cocina y yo también lo haría si fuera persona después de semejante noche, pero solo puedo sujetarme la cabeza y reírme de lo surrealista que es la mañana. Y eso que aún falta lo peor.

A los pocos minutos, desayunamos las tres entre risas. Sé que los chicos pasarán a recogernos en cualquier momento, pero no tengo prisa. No tengo ninguna prisa por ver a Àngel, porque me vuelvan a asaltar los recuerdos de lo que hice la noche anterior.

No sé, ¿qué ves en esa tía?

No lo sé, pero... tampoco sé qué veo en ti.

Las palabras me atormentan, porque llevan implícitas una conversación que sin duda algún día tendremos que mantener. Pero creo que seguiré haciéndome la despistada el resto del día. Seguro que hay cosas que preferiría no recordar de lo que hice o dije la noche anterior.

Se nos hace tarde, pero los chicos tampoco aparecen a la hora prevista. Por lo visto, sumamos el llegar tarde a los defectos de Àngel.

Son las diez menos cinco y estamos listas para salir por la puerta cuando me llega un mensaje.

Sal o nos vamos sin ti.

Míster simpatía ha vuelto.

Entonces otro mensaje.

A Irene y Marina las esperaremos.

A mí personalmente me caen mejor que tú.

Le mando el emoticono del puño con el dedo corazón alzado. ¿De qué va? No me acuerdo cómo terminó la noche, pero no somos tan amigos como para que me toque así las narices de buena mañana y yo se lo consienta.

—Chicas, ya están aquí —les digo, mientras acabo de poner los platos en el lavavajillas.

—¡Ya vamos!

Las veo aparecer tan estupendas como siempre. No me extraña que le caigan bien a todo el mundo, incluso a Àngel. Sí, pienso que realmente todo el mundo le cae mejor que yo. Seguro que las besaría con el mismo entusiasmo, o incluso más, con que me besó a mí.

¿Por qué no he podido dejar de pensar en ese maldito beso? Bueno... si solo fuera un beso, pero fue más que un beso, ya van dos veces que nos enrollamos y a ninguno de los dos parece que nos interese hablar del tema, o hacer que este avance. A mí, desde luego, no. Por supuesto que no y me lo repito a diario más que convencida.

No fue para tanto. Él no es para tanto. Ni sus besos, ni sus manos, ni esos pecto...

—Tierra llamando a Cristina, Tierra llaman...

—¡Voy! —le digo a Marina que pasa a mi lado como una exhalación.

Meneo la cabeza dispuesta a dejar pasar de largo esos pensamientos tan bochornosos, de besos, abrazos robados y caricias que no deberían haberse producido.

No significa nada. Él lo sabe, yo lo sé... ¿entonces? ¿Por qué es tan difícil olvidarme de lo que pasó y me atormenta lo que puede pasar?

Salimos todas por la puerta con nuestra *senalles* a tope de todo lo que necesitamos para un día de playa.

—Hola. —Carlos ha salido del todoterreno para ayudarnos a meter las cosas en el maletero.

—Hola. —Marina sonrío embelesada después de darle dos besos a modo de saludo.

Me doy cuenta de que Àngel está sentado en el asiento del copiloto, antes de llegar al coche.

Me mira a través de la ventanilla cerrada, ya que tiene puesto el aire acondicionado. Y solo nos saluda cuando las tres ocupamos los asientos traseros. Al parecer, Eduard y Antoni han decidido acompañarnos, pero nos veremos con ellos directamente en la cala.

—Buenos días —saludamos todas.

—Buenos días —nos dice—. ¿Qué tal llevamos la resaca?

Por el espejo interior puedo ver que claramente me lo está preguntando a mí.

Un gruñido es respuesta más que suficiente.

—Vaya, parece que estupendamente.

Todos se ríen, menos yo, que sigo deseando volver atrás y meterme en la cama, de donde nunca debería haber salido.

Media hora después llegamos a nuestro destino, al menos donde vamos a aparcar el coche. Para ser domingo, todo está muy tranquilo en esa zona. Carlos me dice que los chicos ya han llegado, puesto que pasamos por delante de su coche cuando nos ponemos en marcha.

Me duele la cabeza, y bendigo mis gafas de sol. Pero a pesar de la resaca, no puedo dejar de sentirme maravillada por el paisaje. Mallorca es pura magia en verano.

—He venido poco por aquí —le comento a Carlos.

—Pues son nuestras calas favoritas. Ya veréis cómo os encantan. Pero, son secretas, no se lo digáis a nadie. —Guiña un ojo a Marina mientras la ayuda con la neverita de playa que hemos traído con un par de cervezas.

—Descuida, somos unas tumbas.

Nos ponemos en marcha. No nos paramos en la primera cala, los chicos nos hacen andar en medio del pinar hasta la próxima, hay una bajada considerable y allí entre rocas y arena, una de las calas más bonitas y desérticas que he visto en mi vida.

—Esto... es una maravilla. —Mis ojos brillan ante lo que veo.

Estamos bajando por un camino estrecho, situado en la pared de un torrente que desemboca en el mar.

—¿Y tú eres mallorquina? —me pregunta Àngel con la intención de burlarse de mí.

Le saco la lengua, porque la bajada es pronunciada y darle un puñetazo sería desproporcionado y peligroso.

—Vamos, nos estás retrasando —me dice por encima del hombro.

Las chicas y Carlos han tomado la delantera y con mi dolor de cabeza avanzo al ritmo que puedo.

—Adelantaos, yo...

—¿La resaca?

No puedo gritarle que se calle sin que mi cabeza explote, así que no lo hago, solo resoplo con la esperanza de que entienda que no me importa en absoluto su conversación.

Bajo en silencio en estrecho camino, y me agarro a la rama de un árbol cuando hay que saltar un pequeño desnivel. Veo que Àngel se ha parado ante mí, da dos pasos y baja el desnivel siguiente. Me espera y me da la mano para que descienda, ya que no es del todo seguro.

—Puedo sola.

Pero seguramente al universo no le ha gustado mi tono utilizado con Àngel, que al parecer solo quiere ayudarme. Coloco mal el pie y pierdo el equilibrio. Pienso que me voy a dar una leche descomunal, hasta que él da un rápido paso hacia mí y se interpone entre el suelo y yo. Con su pecho amortigua el golpe, me agarro a sus hombros y me quedo quieta tomando aire profundamente.

—Ten cuidado —me advierte, en un tono suave que hace que mi atención vaya hacia su boca.

Noto su torso contra el mío y otra vez la electricidad de siempre. Las manos masculinas me agarran la cintura poniéndome en el suelo y dando fin al abrazo, pero yo puedo seguir notando el calor a través de mi vestido.

—Gracias.

Èl también lleva gafas de sol, por lo que no puedo saber dónde está mirando exactamente, pero me mira a mí, eso seguro. Guardamos silencio unos segundos más, hasta que la voz de Carlos nos interrumpe.

—¿Estáis bien?

Doy un paso hacia atrás y Àngel carraspea.

—Sí —les grita—, aquí la patosa no tiene equilibrio.

Genial. Como viene siendo costumbre la magia se ha roto. Y casi mejor así, no pienso volver a besar a ese tío insoportable.

Paso delante de él y acabo por descender los veinte metros que me separan del lecho del torrente que está seco.

Acelero hasta llegar con el resto del grupo. Detrás de un gran peñón encontramos la maravilla que hemos venido a disfrutar.

—Es increíble que puedan encontrarse estos rincones.

—Sí, todavía no ha llegado la masificación aquí, pero todo se andará.

Espero que Carlos no tenga razón y eso no pase nunca.

Las calas ocultas deberían seguir siéndolo, pero el diario local se entretiene revelándolas todas y es muy difícil encontrar el paraíso en Mallorca en pleno mes de agosto. Aunque, no imposible.

—Es una pasada —dice Marina y Carlos le da la razón.

Ambos se enfrascan en una apasionada conversación sobre playas, escalada y psicobloc, mientras paseamos por la pequeña cala hasta llegar al fondo, donde nos esperan Antoni y Eduard.

—Hola chicos, ¿se os han pegado las sábanas?

Hacemos bromas sobre lo movidita que estuvo la noche y sin remedio mi mirada se cruza con la de Àngel. Creo que se pregunta qué recuerdo de la noche anterior.

Las paredes rocosas están cerca, nos darán algo de sombra si la necesitamos, me digo, mientras extendo la toalla. Carlos, Marina y yo, ocupamos una gran roca saliente desde donde vamos a poder tirarnos al mar. De hecho, ellos no se hacen de rogar y se lanzan de cabeza. Me da que van a desaparecer más rápido de lo que me hubiera imaginado.

Irene, con su don de gentes habitual, se pone al lado de Antoni y Eduard que no tardan en darle conversación.

Àngel es el último en llegar y se sitúa sobre una roca, apartado de los demás. Veo cómo se sienta y saca un libro para leer: Kafka. Pongo los ojos en blanco. Podría intentar figurar ser más pedante, pero difícilmente lo conseguiría.

Pedante y antisocial. Es una joya para cualquier chica.

Me estiro sobre la toalla dispuesta a que el sol y el mar me curen la resaca. Me quito la parte de arriba del bikini para que no me quede marca y suspiro. En unos minutos me lanzaré al mar, pues el calor va a ser insoportable, si no me refresco. Pero ese deseo se queda en nada cuando me quedo dormida.

Mear de pie es muy duro

Àngel

Todos han desaparecido. Los chicos se han ofrecido a llevar a Irene a ver una cueva que hay cerca. Marina y Carlos han ido a bucear un rato con los pies de pato. Al menos tardarán una hora en volver. En consecuencia, en toda la cala, solo estamos la *robaxos* y yo.

Meneo la cabeza mientras veo cómo se tuesta al sol. No me puedo creer que esté solo con la arpía que encima se ha puesto a hacer toples.

¡Dios mío! ¿En serio, estás haciendo toples?

La observo, pasan diez minutos, quince, veinte... no se da la vuelta. La muy inconsciente se va a achicharrar. ¿Se ha puesto crema? Resoplo, claro que no, o al menos, que yo haya visto. Después de la cogorza de anoche, es más que probable que se haya quedado dormida.

Pienso en Cristina, en sus mojitos y en todos los comentarios que me dedicó interesándose por mi vida con Patricia. Meneo la cabeza con disgusto.

Después de vomitar y apartarle el pelo de la cara. Me miró con ojos llorosos. Está mal que lo piense, pero casi la prefiero así. Es más fácil de llevar, al menos no te mira como si quisiera arrancarte la cabeza, es más, parecía mirarme como si quisiera... No sé qué quiere esa mujer, es un libro cerrado para mí, aunque a veces haya pensado lo contrario.

No sé, ¿qué ves en esa tía? Sus palabras me persiguen igual que la visión de sus ojos oscuros en la noche.

No lo sé, pero... tampoco sé qué veo en ti.

Cierro los ojos sin acabar de entender por qué dije eso. Cuando los vuelvo a abrir estoy dispuesto a olvidarme del asunto.

La miro, porque es imposible que no capte la atención, tendida sobre la toalla medio desnuda. Como siga así tendrá una insolación. Intento convencerme de que no me afecta ni me preocupa su salud, pero mi complejo de buen samaritano puede más que yo. Tendré que hacer algo para despertarla.

Miro a mi alrededor y entre las algas, veo las bolas de algas marinas.

No se la tiraré a la cara, aunque las ganas están ahí. ¿A quién se le ocurre tostarse al sol media hora sin apenas protección solar? Miro al horizonte y levanto levemente el brazo, de reojo afinó la puntería. Le daré en un pie. Se despertará y se dará la vuelta para cocerse por el otro lado.

Apunto.

Uno, dos, tres... Ahí va volando y... ¡En todo el pezón!

Miro al horizonte, fijamente. Mierda.

Aquí no ha pasado nada.

De pronto se despierta, no la miro, pero puedo notar sus ojos atravesándome con el cabreo monumental que ya va siendo habitual en ella. No sé si siempre está enfadada o si solo lo está conmigo, pero en estos momentos, prefiero no preguntárselo.

Noto su mirada en mi perfil, pero con mis gafas de sol y el absoluto relax de mis músculos faciales dudo que se haya dado cuenta de que he sido yo.

Respira hondo y se toca un pecho. Mmmm, igual me meto en el agua, el calor empieza a ser insoportable. La miro disimuladamente. Aprieta un dedo contra su escote para ver lo roja que está la carne.

Suspira, creo que es consciente de que se ha puesto roja como un tomate.

Sin pensárselo mucho, se lanza al mar. Suelto el aire aliviado. No se ha dado cuenta de mi estrategia para despertarla, o eso creo. Y me felicito hasta que la escucho hablar desde el agua.

—Te he visto.

La miro tras mis gafas opacas.

—¿Perdona?

—He visto cómo me tirabas una bola de esas. —Señala las algas y veo cómo a pesar de no saber si la miro o no, ella sí lo hace directamente a mis gafas mientras nada en el agua cristalina. Si me esfuerzo puedo ver su cuerpo... ¡No pienso mirar nada!

—No me has visto —digo enfurruñado—. Estabas dormida. ¿Qué idiota se duerme al sol? ¿Quieres morir de una insolación?

Pongo los ojos en blanco. Pero lejos de cabrearse me sonrío antes de sumergirse en el agua y salir más cerca de mí.

—¿Así que me estabas vigilando?

No le contesto. Lo mejor en estos casos es hacerse el sordo.

—¿Me mirabas?

No entres en ese juego.

—¿Me estabas mirando desnuda?

Levanto los brazos al cielo.

—¡No te estaba mirando! Solo me he percatado que te habías quedado dormida y...

—Me has tirado una pelotilla a las tetas. Me has dado aquí. —Se señala el pezón.

—¡Basta!

Ella se ríe a carcajadas ante mi incomodidad.

Me quito las gafas y la fulmino con la mirada, espero amedrentarla como si mis ojos tuvieran superpoderes o algo, pero... ¡qué va!, esa insensata solo retrocede cuando la amenazo con dejarla sin saxo.

—¿En serio quieres seguir riéndote de mí? Igual no te conviene.

Sacar a relucir nuestro querido saxofón y es convertirla en una niña enfurruñada porque no le dejan su juguete.

Deja de reír y me salpica con agua helada, como si no fuera más que una cría.

Me fascina la historia que puede haber detrás de ese deseo, de poseer mi instrumento. ¿Cómo era su abuelo?, ¿conoce ella a mi abuela?, ¿cuál es su canción favorita?... Pero no me atrevo a preguntar. No me atrevo a que ella sepa que me interesa su vida, o que me intereso tan siquiera por ella. Pero lo cierto es que es así.

Me interesa su vida y desde los besos inevitables, más. Mentiría si dijera que no pienso en ella con una frecuencia que me resulta molesta e incómoda.

No soy para nada un hombre obsesivo y después de Patricia jamás pensé que me pudiera interesar una mujer, pero... las pruebas están ahí.

Se me va a freír el cerebro si sigo pensando en que esa arpía me interesa.

Cierro los ojos y me tumbo sobre la toalla, dispuesto a hacer mi mejor esfuerzo por ignorarla. Pero mi mente sabe que está ahí. Y no puedo dejar de pensar en ella. Está nadando semidesnuda, como una sirena. Mueve sus gráciles brazos...

¡No, no, no! Definitivamente a mi cuerpo no le conviene nada en absoluto que en ese momento mi mente piense eso.

Demasiado calor, y justo cuando decido que lo mejor es meterse en el agua...

—¡Socorro!

Me incorporo en la toalla y la busco con la mirada.

Está a pocos metros, chapotea e intenta huir de algo.

Ahora ya no los mueve de forma tan grácil, directamente parece un asno ahogándose en un estanque.

Vuelve a tomar aire, mientras corre o nada hacia mí.

—¡Socorro! —repite a voz en grito.

—¿Pero qué coño?

Me lanzo al agua y la cojo por la cintura para sacarla del mar antes de que le entre el pánico y se ahogue.

La arrastro conmigo hasta que llegamos prácticamente a la orilla.

Sigo sin soltarla. Cojea sobre las rocas y me preocupa que se haga daño.

La tomo en brazos y por un momento deja de gritar.

—Tranquila, ya está —la intento calmar—. ¿Te ha dado un tirón?

Noto la suavidad de su piel fresca por el agua contra la mía. Contengo la respiración y me reprendo por pensar que está prácticamente desnuda entre mis brazos. Solo deseo soltarla y alejarme. Intento bloquear cualquier otro pensamiento.

Dos metros y llegamos a la toalla.

La tiro allí, ansioso de que sus pechos desnudos dejen de apretarse contra mi torso.

—Idiota —me dice, por la forma poco delicada de dejarla.

Me siento culpable un instante, pero se me pasa pronto. No la quiero cerca y mucho menos abrazada a mí.

Ella no sabe lo que me hace.

Vuelve a gritar de dolor y me doy cuenta de qué le ocurre: le ha picado una medusa.

—Oh, mierda.

Miro sobre mi hombro y la busco unos segundos en el agua y efectivamente ahí está la madre de todas las medusas.

—¡Joder! —La obligo a tumbarse de espaldas sobre la toalla y me arrodillo a su lado para mirar la hinchazón.

Gimotea, tiene los ojos llenos de lágrimas y se los cubre con el brazo, seguramente avergonzada de su reacción. Pobre, debe dolerle mucho para no poder aguantarse y ser el futuro blanco de mis burlas.

—Tranquila.

—¿Cómo quieres que me calme? ¡Me duele mucho! —Se reincorpora apretando los dientes y luego vuelve a tumbarse después de ver la rojez que se esparce de la parte posterior del muslo hacia la rodilla.

O es una mujer muy poco sufrida, o bien es que la picadura es terrible. Para mi sorpresa me decanto por lo segundo.

—¡Me duele! —Se cubre la cara con las manos.

—Date la vuelta —le digo.

Ella obedece y se gira boca abajo para que pueda ver mejor toda la zona de la picadura.

¡Oh! Vaya, hasta a mí me da aprensión.

—Joder, menudo asco.

—¡Gracias!

—Lo siento —me disculpo.

—Me duele mucho. —Veo cómo entierra la cabeza en la toalla y su cuerpo se convulsiona. ¿Está llorando? Mmmm sí, definitivamente está llorando.

—Lo siento. No tenemos amoníaco, ni vinagre.... Y dudo que puedas mearte sobre la parte posterior del muslo.

De pronto, alza la cabeza y me lanza una mirada furiosa sobre el hombro, como si quisiera desollarme. No es buen momento para molestarla o burlarme de ella.

—Si quieres... puedo hacerlo yo.

Me grita, para luego apretar los dientes.

—¿Eres idiota? Te odio, no sé cómo puedes ser tan mala persona.

Yo me encojo ante su mala leche. Joder, yo solo quería ayudar.

—Estoy hablando en serio, capullo. Me duele mucho. —Vuelve a echarse a llorar.

Me odia, definitivamente me odia.

—Bueno, no llores... vamos al PAC y que te den los primeros auxilios.

—Me duele mucho. —No grita, lo dice con la boca pequeña, apretando los dientes, y eso me acojona de verdad.

—Bueno —titubeo—. Yo también te hablaba en serio. —¿Cree que no es difícil para mí ofrecerme a mear una pierna a una mujer? Te recuerdo que Chendler le meó encima a Mónica en *Friends*. Y pareció funcionar.

—¡No! —me grita hecha una furia—. Llévame al PAC.

—Bien, solo tendrás que aguantar media hora hasta llegar al coche y otra media para ir al PAC de Muro...

—¡Aaaaaaaah! —Parece que la idea no le gusta nada—. Te odio.

Pero ¿por qué? Si yo solo pretendo ayudar.

No se lo pregunto para no ponerla más furiosa.

Grito a los demás, por si están cerca, pero pasan dos minutos y no hay rastro de ellos.

A cada minuto, su llanto es más silencioso, le duele horrores.

—Dios, lo siento mucho.

Me quedo quieto hasta que por fin me decido. La envuelvo con la toalla y cojo las llaves del coche, mi camiseta favorita de David Bowie y sus zapatos. La cojo en brazos y me la llevo hacia el pinar. Protesta, solo al principio, luego lágrimas silenciosas caen por su mejilla mientras me abraza tan fuerte que me asfixia.

La dejo en el suelo y hago que se tumbe boca abajo sobre la arena y las hojas de pino.

—Por el amor de dios, Cristina, estás convirtiendo mi vida en un infierno.

El bochorno de mi vida

Cristina

No puedo ni mirarle a la cara.

Llevamos media hora en el PAC de *Platges de Muro*.

—¿Hace mucho que le ha picado?

—Unos cuarenta minutos, mínimo —le ha respondido Àngel.

El médico me ha ayudado a tenderme boca abajo sobre la camilla. Para dejar la zona de la picadura expuesta, me ha quitado su camiseta que había enrollado a modo de venda improvisada. He pensado que el olor de la camiseta de David Bowie nos delatará, pero al parecer, el doctor nos da un poco más de tregua.

—El dolor suele durar una hora, lo peor ya ha pasado —dice, para tranquilizarme y casi lo consigue.

Miro al suelo y escucho ruido metálico a mi espalda. A mi lado Àngel sigue con los brazos cruzados.

Lleva el bañador y los zapatos. Evidentemente no lleva camiseta ya que esta estaba vendando en mi muslo hace unos segundos. Nos miramos por un instante y se me pone la cara más roja que la zona de la picadura de medusa.

—Te limpiaré la herida. —Entonces se apresura a coger guantes y pinzas y a quitarme los restos de medusa—. ¿Te has aplicado vinagre o cualquier otra cosa?

He resoplado y mirado a Àngel de nuevo que ha apretado los labios muy fuerte, parecía observar algo muy interesante.

Es entonces cuando el médico ha observado la camiseta de Àngel con más detenimiento. En silencio y con los guantes puestos, la ha metido en una bolsa de plástico.

—¿Le habéis echado amoníaco? —En sus ojos he intuido que sabía la respuesta. Luego su sonrisa me lo ha confirmado.

Estampo mi cara contra la camilla y se escucha como un mazazo. Entonces ha sido cuando sus carcajadas ahogadas me han hecho desear que se me tragara la tierra.

Pasan diez segundos y el doctor intenta coger aire y no ahogarse con sus carcajadas.

—Lo siento.

Yo gimo mortificada y dejo que pase un minuto que se me hace eterno mientras el doctor se ríe de nosotros.

Aún tiene los ojos llenos de lágrimas de tanto reírse cuando Àngel lo mira con cara de circunstancias, entonces un nuevo ataque de risa hace que el doctor vuelva a convulsionarse.

—Esto no es muy profesional. —Oigo que Àngel le dice al médico de guardia.

En serio, es el peor día de mi vida.

Lo miro sobre el hombro y me vuelve a pedir disculpas.

—Lo siento. —Se seca los ojos con el borde de la bata blanca.

Y estoy segura de que es así, que lo siente. Pero ¿acaso puedo culparle?, ¿no me reiría yo de otros que hayan puesto en práctica la misma idea brillante que nosotros? Ahora sé que no, esto es un infierno.

Un minuto después, ya con la zona limpia, veo que se ha controlado y deja de reírse, pero su sonrisa

permanece en su rostro mientras me atiende.

—Eso no sirve para nada —nos dice el médico—, solo para que tengáis una buena anécdota que contar. Meneo la cabeza.

—Esto no va a salir de aquí. —Fulmino a Àngel con la mirada.

Él entrecierra los ojos.

—Claro, me muero de ganas de contárselo a todo el mundo —me gruñe, enfadado.

El doctor intenta poner paz.

—Vamos, no es para tanto. Es una prueba de amor que tu novio lo haya intentado todo para quitarte el dolor.

—¡No somos novio! —gritamos al unísono.

Ha dejado de reírse y ha tomado un tono mucho más profesional.

—Bueno, sea como sea, el amoníaco puede ser muy agresivo para la piel. Sí es cierto que el vinagre ayuda a desprender los restos de medusa. —Dada la explicación con una sonrisa comprensiva, estoy más segura que está deseando largarse de allí para contárselo a sus colegas de bata blanca.

Me rocía la parte trasera del muslo con una solución salina y después abre un tubo de pomada que contiene antihistamínicos y corticoides.

Creo que ya puedo dejar de llorar de dolor. Siento un alivio casi instantáneo y me sorprendo por su rapidez. Me duele, pero es soportable.

—Bueno, en dos o tres días ya estará recuperada. —Me incorporo como puedo y Àngel intenta ayudarme. Le doy un manotazo y siento ser tan borde, pero no quiero su ayuda, no cuando me siento tan humillada.

Me siento fatal cuando da dos pasos atrás y deja de mirarme.

—Lo siento —murmuro.

Él me escucha, pero está dispuesto a dejar pasar el tiempo antes de que volvamos a la normalidad.

Diez minutos después, salimos de la consulta, yo cojeo y Àngel se ofrece a ayudarme. Asiento y me agarra por la cintura mientras rodeo su cuello. Salimos en dirección al coche de Carlos y es en el parking que vemos llegar a los chicos. Eduard conduce su coche y aparca justo delante de nosotros.

—Hemos recibido tu mensaje, ¿estás bien? —pregunta Carlos, primero a Àngel y después, mirándome a mí.

Ambos asentimos, y nos ponemos algo tensos cuando todos bajan del coche con cara de preocupación. Somos incapaces de mediar palabra.

—¿Es peor de lo que pensamos? —Marina se pone nerviosa ante nuestro silencio.

—¿Ha sido una medusa? —Irene traga saliva al vernos tan serios.

—¡Oh!

Marina grita y se echa en mis brazos.

—Solo me ha picado una medusa —le digo para que no piense nada malo.

—¿En serio? —Una Irene muy preocupada también se acerca a abrazarme—. Menudo susto nos hemos llevado al ver que no estabais. Suerte que Àngel nos ha mandado un mensaje.

—Le dolía mucho —se disculpa Àngel—. No podíamos esperar a que volvierais.

—¿Qué le ha pasado a tu camiseta, tío? —dice Carlos al ver que Àngel lleva su camiseta favorita dentro de una bolsa de plástico en la mano.

Nos ponemos rojos como dos tomates, pero estamos más que dispuestos a callar o morir en el intento.

—Nada, se ha mojado.

Será mejor cambiar de tema cuanto antes.

—Quiero irme a casa —digo, con un tono de súplica.

—Sí, será lo mejor —dice Àngel.

Ya con los dos coches, nos volvemos a separar tal y como habíamos llegado a la cala. Carlos nos acompaña a casa.

—Ve delante —me dice Àngel—. Irás más cómoda.

Mientras las chicas se despiden de los demás, él se apresura a abrirme la puerta del copiloto y me hace un gesto para que entre, deja la bolsa a mis pies.

—Esto... ni media palabra —me dice.

—Creo que no es necesario que ni lo menciones.

Los dos asentimos con énfasis, demasiado avergonzados como para mirarnos siquiera.

—Hola, chicos. —Marina sube con su ímpetu habitual y cierra la puerta mientras Irene sube por el otro lado—. Suerte que solo ha sido un susto.

Àngel y yo asentimos sin abrir la boca.

No ha pasado ni dos minutos cuando Carlos cierra la puerta y pone el coche en marcha. Es entonces cuando juntas las cejas y pregunta...

—¿A qué huele?

Pero ¿por qué?

Cristina

Por suerte han pasado seis días desde la picadura de medusa y ya solo me queda una leve rojez. Al final, la recuperación no ha sido para tanto. Pasadas las primeras horas de la picadura, todo fue mucho más llevadero. Aparte, claro está, de la vergüenza que me causa sonrojo cada vez que veo a Àngel. Eso no es nada llevadero.

Le miro la nuca. Él conduce la furgoneta mientras yo voy en la parte trasera. Eduard va a su lado y mantienen una animada charla sobre sus grupos favoritos y música en general.

—La semana que viene tenemos tres conciertos de jazz.

Veo que asiente e intento enterarme del nombre del grupo de jazz en el que tocan, pero no lo dicen y yo no quiero preguntarle. Sigo escuchando con atención hasta que Carlos me interrumpe hablándome de no sé qué clásico del cine que vio anoche en la tele. Asiento sin prestarle mucha atención, pues sigo queriendo información de lo que tocan en ese cuarteto de jazz. Pero para cuando puedo volver a poner la oreja, lo interesante ya ha terminado.

—¡Viernes! Chicos, ya se termina la semana. Mañana, relax en mi casa.

Asiento, divertida. No se me olvida que Carlos celebra su cumpleaños, Marina me lo ha estado recordando toda la semana. Al parecer, Carlitos monta unas fiestas de infarto en su chalé de la Colonia.

Suspiro cuando Àngel pone el freno de mano. Descargamos los instrumentos cerca del escenario y mientras Eduard se queda haciendo guardia, me ofrezco para acompañar a aparcar a Àngel sentada de copiloto.

Está callado y lo noto un poco más tenso que de costumbre. Es cierto que, desde lo que a partir de ahora llamaré el *incidente*, no hemos intercambiado muchas palabras, pero creo que la situación fue demasiado extraordinaria como para que ambos podamos mirarnos como personas normales sin pasar cierta vergüenza.

—No es necesario que me...

—Cállate.

Mi tono no es tan seco como cabría esperar. Simplemente es una petición lógica. Siempre que habla acabamos discutiendo y es hora de intentar evitarlo.

—¿Por qué quieres acompañarme si no vas a hablarme?

—Voy a hablarte —le digo mirando por la ventanilla—, lo que pasa es que intento normalizar la situación después de... el incidente.

—¿El incidente?, ¿así lo llamaremos ahora?

—No llamaremos nada a nada, porque no pasó nada.

Asiento con la vista puesta en la calle poco transitada.

—Pero pasó.

—¿Quieres callarte?, dime que vamos a olvidar esto y a volver a tratarnos como siempre.

Él se ríe a carcajadas.

—Si me callo no podré decirte que vamos a olvidar esto...

Resoplo. Me exaspera.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Lo sé?

—Sí —le digo seca y mirándole a los ojos, luego suavizo el tono que suena mucho más dulce de lo que pretendo y eso capta toda su atención—. En serio... ¿vamos a seguir raros?

Me mira comprensivo.

—Por mí podemos dejar de estar raros. —Él también parece muy conciliador.

Sin saber muy bien cómo, los dos llevamos una sonrisa en la cara.

—Aparca cerca de la entrada — le digo cuando llegamos al parquin.

Esta noche somos los primeros en actuar después del DJ local. Hay sitio de sobra y Àngel parece hacerme caso y elige aparcar cerca de la entrada del recinto.

Cuando subimos la calle hasta la plaza, sorprendentemente y casi sin esfuerzo, mantenemos una conversación de lo más amena. Me habla de sus influencias, de sus músicos favoritos y aunque no todos entran en mi lista, ¿quién no va a adorar a Chet Baker, con esa voz y su trompeta, o a Charlie Parker, Archie Shepp...?

—¿Y Sidney Bechet?

Sonríe.

—Para mí, ese es un sonido demasiado viejo.

Mi cara se transforma en una mueca de horror.

—Estás bromeando, ¿cómo puede no gustarte?

—Eres una romántica.

—¿Cómo no serlo?, ¿y cómo no puede parecerse *Petite fleur* lo más bonito que has escuchado en la vida?

Él se encoje de hombros indiferente y yo pongo cara de incredulidad.

—¿En serio? —le pregunto, sin acabar de creerme que no le guste.

Se ríe burlándose de mí antes y después de que le golpee el brazo.

Bromeamos un rato más antes de llegar a la plaza. Sonrío, me encanta cuando es fácil hablar con él y esta noche, lo es.

—Quería... —empiezo vacilante—, quería pedirte disculpas.

—¿Por lo de la medusa?

Me paro en seco y le miro fijamente con cara de pocos amigos.

—En serio, ¿tú y yo no tenemos un acuerdo de no volver a hablar del tema?

Àngel se ríe y se encoge de hombros.

—Entonces, ¿de qué quieres disculparte?

—Antes de que cambies de tema, ¿por qué tendría que disculparme yo porque me picara una medusa? Yo no debería pedirte perdón por lo de la medusa. Soy la parte...

—¿Meada?

—¡Agraviada! —grito, apretando los puños—. Eres una persona horrible.

Él no para de reírse y en contra de mi voluntad hago lo mismo.

—Lo siento. No volveré a sacar el tema.

—Sí, mejor no te vuelvas a "sacar nada".

Él me mira incrédulo por mi broma de mal gusto y ahora la que se ríe sin poder parar soy yo.

—Lo siento —le digo, pero no parezco muy sincera.

—¿Otra disculpa? Aún no me has dicho por qué era la primera.

Carraspeo y me pongo seria mientras llegamos al final de la calle. Me paro y él hace lo mismo.

—Creo que debo pedirte disculpas nuevamente por haberte robado el saxofón. —Él parece sorprendido, pero eso no me detiene—: Además, creo que fuiste bastante amable con tu venganza.

Sonríe.

—Hacernos los coros.

—Creo que ya puedes darte cuenta de que para mí es un placer, los chicos son fantásticos. —Cuando

digo esto ya no parece tan contento.

—Sí, y he visto que te llevas de maravilla con Carlos.

Asiento.

—Ha sido fantástico conocerlos. Y quiero que sepas que te agradezco mucho que me prestes el saxo para la audición y hayas sido el artífice de todo lo que vivo este verano.

—¿Ves? No soy tan mala persona.

Niego con la cabeza.

—La verdad es que no.

Entonces Carlos aparece corriendo con su habitual buen humor.

—Hay que cambiarse, empezamos en media hora.

Nos desplazamos hacia la parte trasera del escenario y empezamos a montar. Apenas son las once de la noche, pero empieza el ambiente en la plaza. Parece que el Dj es muy querido.

Cuando tenemos los instrumentos fuera, nos cambiamos. Miro a Àngel de reajo, se está abrochando la camisa, esta vez blanca con pantalones negros. Yo voy a conjunto con mi minifalda negra y una pequeña blusa blanca de tirantes y pedrería. El calor es insoportable y lamento que se abrochen la camisa hasta el cuello.

Nos dirigimos hacia el escenario. Es de noche y hay gente. El DJ acaba de vernos llegar y da por concluida su sesión con uno de los éxitos del verano. Nos preparamos cerca de la escalera lateral y observo la plaza. Marina e Irene ya han tomado posiciones en primera línea. Al vernos, nos saludan con entusiasmo.

Un Carlos pletórico nos anima con su arenga de siempre y sonrío entusiasta. ¿A quién vamos a engañar? Estoy reluciente y salir al escenario es de lo mejor de la noche. Llevo unos tacones altos, pero como son de cuña podré cantar y después pasar perfectamente el resto de la noche con ellos.

—Bueno, ¿preparado? —Me acerco a Àngel y me coloco el escote de mi blusa disimuladamente.

Me mira de reajo y pone los ojos en blanco. Se entretiene unos instantes para evaluarme. Noto cómo sus ojos me recorren desde los zapatos hasta el escote, que, aunque no es muy recatado, hasta mi padre aprobaría.

—¿Qué? —le pregunto mientras mira mi vestuario—. No es el vestido rojo, ¿pero es brillante como todo lo que traías en tu condenada maleta?

Cuando me mira a los ojos noto una chispa de algo, pero dura un suspiro mientras aparta la mirada y se encoge de hombros.

—Estás bien.

—Suerte que no quiero nada contigo —digo desganada—, eso me habría destrozado el corazón.

Parpadeo sin acabar de creerme lo que acabo de decir. Y todavía más cuando veo que he conseguido que me mire estupefacto antes de reírse.

—¿Qué?

Me encojo de hombros y le guiño un ojo para quitarle hierro al asunto.

—¿Preparado? —Intento iniciar una fugaz conversación para relajarnos, pero cuando vuelvo a mirarle, ha desconectado totalmente.

Ya no me contesta. Tiene su mirada fija entre el público que está cegado por los focos. Suspiro y me aparto unos pasos, supongo que necesita conversación, pero al poco me doy cuenta de que no es eso. Y es que sigo su mirada y la veo. La rubia despampanante se lo está comiendo con los ojos. Patricia vuelve a entrar en escena.

Àngel parece dispuesto a ignorarla cuando agacha la cabeza. A eso le llamo yo: pasar de alguien sin miramientos.

—Está de muy mal humor, ¿no? —le pregunto a Carlos que ha visto a la rubia haciendo señas inútilmente a Àngel—. Y esta vez creo que no es culpa mía.

Comprendivo, me pone una mano sobre el hombro.

—No es por ti. Tú eres estupenda.

Me siento halagada.

—Vaya, ¡gracias!

Carlos ríe tan espontáneamente como siempre.

—No es culpa tuya, es que no le gusta mucho el grupo que toca después de nosotros.

Entonces mi mente trabaja a toda prisa y me doy cuenta de quién va a tocar.

—*Los Destroiers*.

Carlos asiente.

—Ella y Àngel... digamos que esos dos, sí que no se llevan demasiado bien.

Señala con la cabeza al pibonazo que levanta el vaso del cubata para saludarle. Él le devuelve el saludo.

—Ah, sí. Pues Àngel no paró de comérsela con los ojos. ¿Y dices que no se llevan bien? —Él me mira y menea la cabeza como si supiera algo que yo no sé—. ¿Qué?

—No te equivoques, lo único que hacía Àngel con los ojos es lanzarle dardos.

Me sorprendo de lo serio que se ha puesto Carlos, él, que siempre es todo humor y simpatía, por lo visto no le cae muy bien su prima la *Barbie talento*. Bueno él no la llama así... mi cara es de absoluta sorpresa cuando mi cerebro parece haberse despertado para atar cabos más que evidentes.

—La víbora.... —gimo.

—Mmmm... —dice algo fastidiado—. Veo que algo has oído.

Me encojo de hombros.

—Os escuché la otra noche. Veo que también pone de mal humor a Eduard.

—A todos. —Me da la razón—. Pero... es mi prima.

—Tu prima —repito, aun pensando en todo lo que sé y me han contado de ella.

—Sí, mi prima. Es mi prima favorita —dice con pesar—, pero es que... se portó muy mal con Àngel.

Patricia es la ex de Àngel. De ahí que sus miradas nada tengan que ver con el deseo y mucho con el de "*no quiero verte por aquí*".

Se me abren los ojos como naranjas y creo que voy a ser incapaz de moverme por un buen rato.

Soy idiota, debería haberme dado cuenta de todo mucho antes.

No me lo puedo creer. La rubia despampanante de pelo largo y rizado y labios de artista de cine. ¿Esa tía es la ex de Àngel?

—Pero ¿por qué? —Estoy alucinada.

He entrado en shock. Más, porque no se me pasó por la cabeza nada de eso, no por el hecho de que Àngel pueda salir con una chica así, tan... diva e inalcanzable.

Soy consciente de que lo miro como una idiota, y él también, pues está detrás de Eduard y se encoge de hombros interrogante.

Me vuelvo hacia Carlos porque no quiero decirle nada, ni que me pregunte.

—Vaya.

—¿No lo sabías? —Se ríe al ver mi sorpresa.

Por primera vez me doy cuenta de que no pensé que Àngel tuviera vida privada y mucho menos, sexual.

Bueno, estaba convencida que alguna que otra fan había caído después de sus conciertos, porque era más que evidente que el chico tenía desparpajo suficiente como para venderse a cualquiera lo suficientemente desesperada... chasqueo la lengua, qué mala soy, realmente no pienso eso. Àngel es guapo, inteligente y tiene mucho talento. Una debería estar ciega para no querer estar con él. Bueno, yo no quiero estar con él, pero entiendo que otras, sí. Pero esa... ¿la víbora? No me cuadra que a Àngel le gusten las divas presumidas, aunque admitamos que con mucho más que talento para cantar y moverse sobre un escenario.

—¿Una relación seria? —pregunto más a mí misma que a Carlos.

—Sí, bastante seria.

—Pero... ¿Por qué? —No puedo parar de preguntar eso con una cara de asco que no sé disimular. Carlos se ríe y Antoni se une al grupo del cotilleo.

—¿Por qué salía con Patricia? —Ambos se encogen de hombros.

—Nosotros tampoco nos lo explicamos.

—Es muy tímido —dice Carlos— y mi prima es una mujer muy lanzada, creo que no tuvo mucha opción.

—¿Tímido con las mujeres? —Sigo con mi cara de incredulidad—. Para nada.

Meneo la cabeza como dejando claro que no me creo que Àngel sea tímido en absoluto.

—Sea como fuere, ya no hay nada entre los dos.

—Sí. —Antoni secunda las palabras de Carlos—. Se acabó cuando le puso los cuernos con los gemelos. Abro los ojos desmesuradamente. ¡Claro! La historia de los gemelos. Es a Àngel a quien le puso los cuernos. En serio... abro los ojos como platillos voladores. ¡Dios mío! Claro, los gemelos del grupo. Ahí debe haber un pedazo de historia... por suerte no soy cotilla y no me interesa...

—El bajista y el guitarrista de *Los Destroiers*...

Ambos asienten.

En mi mente se forma un puaj con luces de neón.

Al final resultará que puedo ser bastante empática con nuestro rarito saxofonista.

—¿Qué hizo con los gemelos? —Trago saliva. Ya hasta a mí me parece ridícula la pregunta, pero necesito saber si es tan malo como me parece.

Me miran como si fuera una mojigata, y realmente no me siento así con ese escote, pero en fin. Soy una mujer muy abierta de mente, si quiere montárselo con los dos gemelos, allá ella... Pobre Àngel.

Empiezo a sentir lástima por mi *robasueños*.

—Se quedó destrozado. —Carlos le da un codazo a Antoni para que se calle—. ¿Qué? Es verdad. Disimula muy bien, pero tuvo que dolerle.

Ambos se encogen de hombros y se hace el silencio cuando Àngel se nos acerca.

—¿De qué habláis? —Los tres me miran a mí y yo estoy a punto de balbucear—. Lleváis cuchicheando más de cinco minutos.

—De nada —le digo casi sin aliento—, sobre el bolo de hoy.

—Pues va a empezar —dice bastante seco—, así que mejor nos callamos y nos ponemos en marcha, ¿no? ¡Toma! A eso le digo yo bordaría profesional. Si es que está claro, Carlos puede ser el cantante y todo lo que tú quieras, pero quien manda es Àngel y punto. Lo sé, cuando todos nos cuadramos y callamos hasta que nos indica que subamos al escenario.

Vaya con Àngel, voy a tener que plantearme muchas cosas.

19

La víbora

Cristina

Àngel toca haciendo honor a su nombre.

Puede que esté enfadado, pero esta noche sus notas parecen salirle a veces con una rabia desbocada y otras con un deje de melancolía que no había escuchado nunca. Ha hecho un solo impresionante, y el público ha enloquecido como era de esperar ante tanto despliegue de talento. Incluso Carlos parece que no se lo cree.

Una actuación épica. Tengo que reconocer que lo mal que me cae Àngel cuando habla, se transforma en pura fascinación cuando toca. Ni Bob Berg podría haberme tocado tanto el corazón con su saxo.

Recogemos en silencio después de la actuación, pero mis ojos no pueden evitar desplazarse siguiendo sus movimientos. ¿Debería llevarle una cerveza? Como acto de solidaridad. Un hombre con un corazón roto me parece siempre menos capullo de lo que en realidad podría ser.

Mete nuestro saxo en el estuche y cuando se da la vuelta observa mi mirada fija en él y se encoge de hombros interrogante. Le sonrío porque no puedo hacer otra cosa.

—Os acompaño a dejar los instrumentos.

—Como quieras —me dice despreocupado.

No ha recuperado el buen humor, pero al menos no ha soltado una de sus borderías.

Escapamos por la parte trasera del escenario y damos un pequeño rodeo por las calles adyacentes de la plaza, más llenas de lo que cabría esperar.

Al llegar al descampado he dejado de contar las veces que nos hemos mirado de reojo, siempre en silencio.

—Estás un poco rara.

—¿Yo? —Miro a mi alrededor y los chicos nos siguen sumidos en una conversación propia. No quiero que nadie le comente que hemos hablado de su ex—. No, es solo que... en fin. Estoy cansada.

—¿Quieres irte a casa? —Me mira un poco incrédulo—. Pensé que eras de las que aguantaban hasta que salía el sol.

—No siempre. —Le sonrío.

Por suerte, la insustancial conversación nos relaja hasta llegar a la furgó. Los chicos son los primeros en meter el equipo y cambiarse la camisa por una camiseta más cómoda.

Después de que Àngel deje el estuche con el saxo, me subo y rebusco hasta encontrar mis shorts y mi camiseta negra con tirantes. Puede que tenga demasiado escote, pero es que hace un calor infernal.

—Nos vemos en la plaza —nos gritan Carlos y los chicos.

—De acuerdo —les digo contenta. Miro a Àngel que me apremia—. Me cambiaré rápido, lo prometo.

Él asiente sin recriminarme nada, supongo que sigue sumido en sus pensamientos. Al menos me esperará hasta que termine de cambiarme y no tendré que volver sola a la plaza. Incluso puede que tengamos una conversación amena, sobre nuestros ídolos del jazz, una que no acabe con ninguno de los dos deseando sacarle los ojos al otro.

Antes de cerrar la puerta veo que ya se ha cambiado la camisa por una camiseta de Flash. El rojo le sienta bien. Y con ese pensamiento cierro la puerta y me desvisto. Lo hago apresuradamente, en parte porque me estoy asfixiando, esta noche es infernal y el termómetro no ha bajado de los treinta grados. No es, hasta un minuto más tarde, cuando ya he conseguido quitarme la falda y los zapatos, que una voz

femenina detiene mis movimientos.

—¿Me estabas esperando?

Frunzo el ceño. Y todavía lo hago más cuando Àngel le contesta con una voz severa que no invita mucho a la conversación.

—Sabes de sobra que no.

Me debato entre apresurarme y salir de allí para interrumpir, o bien darme mi tiempo y escuchar conversaciones ajenas a las que nadie me ha invitado. A desgana escojo la primera opción. Acelero para salir de ese horno o, de lo contrario, me voy a deshidratar.

De todas formas, él sabe que estoy aquí dentro y dudo que haga de esa una conversación trascendental o interesante.

No hace falta ser muy lista para saber quién es la chica que está hablando con Àngel.

—Mira, Patricia...

Escucho que empieza a decir Àngel nada más abrir la puerta.

De repente, al verme, se queda callado y no es el único. La despampanante rubia también parece haberse quedado sin habla, pero segundos después, reacciona.

—Hola —me dice echándome una mirada que viene a evaluarme.

Puede que no intente mordirme, pero está claro que, si las miradas estuvieran cargadas de veneno, yo ahora mismo agonizaría en el suelo. Pasan unos segundos y definitivamente por su mueca de repulsión creo que no he pasado el examen.

—Hola —la saludo con una sonrisa espléndida.

Que me caiga mal sin conocerla, no significa que ella tenga que saberlo a la primera.

Pero lo sabe, estoy convencida de ello cuando no me devuelve el saludo y me mira como si apestara.

Me huelo.

—¿Qué haces? —me pregunta Àngel entrecerrando los ojos.

—Por la cara de tu amiga, creo que huelo mal. Debería pasarme una toallita desodorante o algo, ¿no?

Le guiño un ojo y él menea la cabeza como intentando asimilar que esté de tan buen humor. La rubia pone los ojos en blanco y resopla, pero a Àngel le ha hecho gracia y se ríe conmigo.

—Es su cara habitual —me dice siguiendo la broma y refiriéndose a la cara de Patricia.

Eso no gusta nada a la supermodelo.

—Ya veo... —nos dice mientras se cruza de brazos y asiente—. Así que esta es la mosquita muerta por la que me has cambiado. Os veo muy compenetrados con vuestras bromitas.

¡Olé!

Àngel y yo nos quedamos sin habla mientras la miramos con la boca abierta. ¿En serio se cree que hay algo entre nosotros? Nos miramos para después volver a poner nuestros ojos en ella. Él y yo no somos... nada. No hay, nada, ¿o sí?

Aguanto la respiración y espero a que sea Àngel quien conteste, pero al parecer no está por la labor. Parece que después de recuperarse de la sorpresa, ha decidido volver a perder su buen humor. Muda totalmente su expresión de serena a enfadada. Aprieta la mandíbula y le veo poco dispuesto a tragarse las palabras que tiene preparadas para Patricia, deseando que se marche cuanto antes.

—Patricia... —empieza, pero su ex no le deja terminar.

—No, en serio. ¿Tanto han cambiado tus gustos?

Ahora es a mí a quien la víbora mira de arriba abajo. Un siseo parece acompañar entre esas dos palabras.

—¿Sí? —La miro con el asco que me daría un reptil.

Ella me ignora después de dejarme claro que soy insignificante y vuelve a tener ojos solo para su exnovio.

—No has perdido el tiempo —le dice a Àngel que sigue a mi lado sin moverse y por cómo le vibra el

mentón creo que no le queda mucha más paciencia.

—Patricia, ¿qué quieres?

Está incómodo y aunque yo no, la verdad es que siento que sobro, quizás tengan cosas que decirse.

—Os dejo solos.

—Será lo mejor —contesta ella.

Voy a largarme en el instante en que la víbora se interpone entre el cuerpo de Àngel y el mío, me da la espalda y pongo los ojos en blanco. Se está enroscando haciendo brillar sus escamas.

Me ha echado del círculo. Levanto las palmas de las manos, en posición teatralmente defensiva, y retrocedo un paso.

Puedo ver cómo Àngel clava su mirada en mí y me ordena sin palabras que ni se me ocurra moverme. Le sonrío y me encojo de hombros.

No es mi culpa que se acostara con la mujer equivocada. Cada uno que aguante a sus ex.

—Lo siento —le digo en un susurro.

—Jamás pensé que tendrías tan mal gusto.

Me quedo con la boca abierta, y las piernas detienen el paso que iba a dar. Doy gracias porque no ha podido ver mi cara estupefacta.

—¿Seguro? —dice Àngel. Me sigue mirando. Sí, Àngel sabe de sobra la mala leche que tengo cuando se me ataca. Él ya la ha probado y me da que está deseando verme en acción para disfrutar del espectáculo y que no sea él el blanco de mis iras.

—¿Pero qué cojo...? —Aunque no puedo asegurarlo, creo que le encanta mi airada indignación.

La rubia me ignora y Àngel decide seguir al ver que me muerdo la lengua.

—¿Por qué no iba a tener mal gusto? Salí contigo.

¡Zasca!

Me quedo aún más boquiabierta y luego sonrío.

Que boquita tiene Àngel cuando se lo propone. Suelto una carcajada y mi cabreo va menguando a la velocidad del que la autoestima de la víbora decae. Aprieto los labios para seguir en silencio y tengo que esforzarme para no reír, y para recordar que Àngel no es santo de mi devoción. Aunque puestos a elegir, prefiero ver la victoria de Àngel que la del animal serpenteante.

—Àngel... —Creo que va a hacer un puchero—, tenemos que hablar.

Está claro que ha cambiado de estrategia.

Me sorprendo por el cambio en el tono de voz. Parece complaciente y hasta sumisa. No doy crédito cuando alarga la mano y toca uno de los abultados bíceps de Àngel. Entrecierro los ojos mirando esa mano osada. ¿De qué va? Al menos él se queda mirando sus finos dedos como si una cucaracha le hubiera aterrizado en el brazo.

—Lo siento. Tenemos que irnos, los chicos nos esperan. —Àngel me mira y yo asiento sin apartar la vista de esa mano que ahora sube a lo largo del brazo para detenerse en su pecho.

¿Será posible? ¡Estoy indignada!

—No. Deja que tu amiguita se vaya sola. Ven conmigo.

Ahora le coge la mano y tira de él, haciendo que dé un paso y que sus cuerpos casi se toquen.

¿Perdona?

Retrocedo el paso que he avanzado y parpadeo intentando averiguar qué está pasando: ¿la reptil se cree que Àngel es mi novio y me está largando para meterle mano? Enarco una ceja. ¿Está tarada o qué le pasa?

Bueno que no es mi novio, pero si lo fuera... le arranco la cabeza.

No seré yo quien huya de una batalla.

—Suéltale —le digo con los brazos en jarras y mirando su nuca—. Los gemelos te estarán buscando, sois los siguientes en tocar, ¿no?

Veó cómo se pone tensa y me lanza una mirada furiosa sobre su hombro que helaría al más templado. Àngel alucina y suelta el aire con una risa incontrolable. Creo que debe ser la primera vez que se ríe al mencionar a los gemelos. No se esperaba mi reacción, pero yo tampoco que esta tía tuviera tanta mala baba.

La diva se da la vuelta y me encara.

Me saca media cabeza, pero es normal con esos taconazos. La miro de arriba abajo con su impresionante vestido verbenero. Me da igual lo mona y alta que sea, puedo con ella. Un golpe seco en el estómago y le cojo de su cola de caballo... Lo visualizo. *See*, puedo con ella.

—Mira, niñata, no sé qué ilusiones te has hecho con él... —Señala a Àngel con la cabeza—. Pero es mío.

En serio, qué suerte que Àngel no sea mi novio...

Suelto una risa sin humor y la mirada de Àngel se cruza con la mía. Él está dispuesto a dejar que las dos nos arranquemos las greñas. ¿Cómo no? Al fin y al cabo, el imbécil es un tío.

—¿En serio? —suelto la pregunta sin saber a quién va dirigida, a la actitud beligerante del esperpento o a la actitud pasiva de Àngel que me dan ganas de patearle el trasero.

—Patricia... Ya es suficiente.

De acuerdooooo. Puede que le haya juzgado mal y no quiere que nos peleemos por él, después de todo. Se interpone entre ella y yo y le dice con unos modales exquisitos que se vaya.

—En serio, Patricia, es mejor que te vayas.

—No puedes hablar en serio. Tú y yo teníamos algo —dice tan apasionadamente que me parece que estamos en una telenovela.

—Mira...

—No puedes tirarlo por la borda, yo siento que me faltas —me señala.

¿Siento que me faltas? ¡Dios! Portada mensual de la revista *culebroning*.

—En serio, cariño. No puedes liarte con esta...

—¡Oye! —me indigno, sorprendida.

¡Será arpía!

Estoy a punto de embestirle, pero Àngel la salva de que la agarre de la cabellera oxigenada y barra el suelo de rastrojos con ella. Él levanta una mano ante mi cara y me hace callar. Estoy a punto de darle una patada en la espinilla hasta que escucho lo que tiene que decir.

—Resulta que esta, es buena persona, cosa que tú no me has demostrado ser.

¡One point!

Me hincho como un pavo. Para qué voy a disimular lo mucho que me ha gustado oír eso. Al final empezaré a creer que el *robasueños* no es tan capullo.

—¡Es un puto adefesio! No puedes hablar en serio.

¡La madre que la parió!

¿Cómo? Las calderas del infierno se abren y sé que como Àngel no se aparte lo atravieso para hacerle un placaje.

—Basta. —Àngel parece molesto por el insulto que me ha lanzado.

Lo miro por un instante, pero me recupero enseguida cuando Patricia vuelve al ataque.

—No lo permitiré.

—¿Qué no vas a permitir, arpía? —Avanzo un paso hacia ella y Àngel me agarra del brazo nuevamente.

—No puedes salir con ella.

—Mira, guapa... —Aparto a nuestro hombre en discordia de un empujón. Retrocede un paso por la fuerza del golpe y nos mira a ambas como si estuviéramos locas.

—Saldrá con quien le dé la gana.

—¿Ah, sí? —pregunta estupefacto.

Parece desconcertado, lo miro y frunzo el ceño. No sonrío, pero el muy bastardo se lo está pasando en grande.

—Sí —le digo, haciéndolo callar.

Disimuladamente retrocede otro paso y se cruza de brazos.

—No creas ni por un instante que vas a quedártelo mucho tiempo. Él es mío y...

¿Suyo?

—Él es mío... *mimi mi* —imito su voz de niña de ocho años y eso la exaspera.

De acuerdo, un truco sucio digno de una quinceañera, pero ya me ha tocado suficiente los ovarios—.

Aquí sobras —le grito.

—La que sobras eres tú, no te atrevas a acercarte a él...

La miro boquiabierta. ¿Qué se cree que es Àngel?

Entrecierro los ojos decidida a darle una lección. Suspiro y antes de que todo el aire abandone mis pulmones me giro y agarro al *robasueños* por la pechera. Tiro de él y ahora soy yo que lo acerco hasta mi cuerpo. No sé quién está más alucinado, la víbora, Àngel o yo. Pero la sorpresa solo dura un segundo, el tiempo que tardo en ponerme de puntillas y estampar mis labios contra su boca.

Silencio.

¡Dios mío! ¿Quién me mandará meterme en estos líos?

No es hasta segundos después que dejo de apretar mis labios contra los suyos, sin darnos opción de reaccionar.

Me separo apenas un milímetro y al abrir los ojos me encuentro con los de color chocolate más brillantes que nunca. Me muerdo el labio inferior, insegura. Y debo reconocer que son los gritos de la loca del coño que me alientan a volver a intentarlo.

Esta vez no aprieto, ni presiono en exceso, esta vez entreabro los labios y una oleada de euforia recorre mi cuerpo cuando Àngel me corresponde. Me besa y le echo los brazos al cuello antes de que mis rodillas se doblen. ¿Cómo puede ser que alguien que me cae tan mal, bese tan bien?

Lo de Àngel no tiene nombre, es increíble la reacción que consigue en mi cuerpo con un solo roce, un solo beso y soy capaz de olvidarme de todo.

Abro la boca y mi lengua se adentra en la suya. Me agarra por la cintura y me abraza acariciándome lentamente la espalda y poniéndome a cien en un segundo.

Y así, lo que empieza siendo un torpe beso, acaba siendo el beso más bestial de toda mi vida.

Ahora, apenas nuestros cuerpos están separados. Puedo notarle pegado a mí, de arriba a abajo. Noto sus caderas contra las mías y gimo involuntariamente al notar lo tan excitado como yo, mientras nos besamos, mientras nos devoramos las bocas como si estuviésemos solos en el mundo. ¿Solos? No estamos solos.

Mi cabeza se echa hacia atrás, como un gesto involuntario, pero un gesto que nos separa.

—¡Maldita seas! —Escucho que grita Patricia.

Creo que va a golpearlos en cualquier momento. Pero es solo un pensamiento pasajero, porque apenas llega, se va, al sentir que Àngel reclama mi atención.

Casi no puedo respirar mientras nos miramos fijamente. Sus ojos de chocolate han pasado de la sorpresa al deseo y... me encanta.

Estamos unos segundos en silencio, cogiendo aire e intentando calmar nuestra respiración acelerada. Noto sus manos apretando de nuevo mi cintura y las mías se han deslizado hasta posarse sobre su pecho, tal como había hecho Patricia momentos antes.

¡Patricia!

Miro alrededor y no está. Veo que Àngel hace lo mismo.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero sé que la víbora se ha ido, seguramente hecha un basilisco. ¡Y yo me lo he perdido! Ahora solo estamos Àngel y yo, besándonos en aquel parquin con gente, música y alcohol.

Tan sorprendido como yo de que no esté, o quizás sorprendido de que una vez más, y por cualquier tonta excusa, nos comamos la boca como si realmente fuéramos más que dos personas que no se soportan.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre —le digo.

Él asiente y dibuja una sonrisa algo triste.

Me aparto porque apenas puedo respirar. No soy yo misma cuando él está cerca, cuando me besa y me toca con una familiaridad que no puedo entender cómo, ni cuándo, se ha producido entre nosotros.

Me aliso la blusa, todo en su sitio. Por suerte hace tiempo que no tengo pintalabios, así que todo bien, el pelo y el vestido bien, y mi corazón... a mil por hora y mis mejillas son de fuego.

Carraspeo y me alejo. Nuestros cuerpos se separan, y nuestros brazos cuelgan laxos a los lados. Ya no nos tocamos y eso me desanima bastante.

—Yo... Solo pretendía que fuera un beso, para cabrear a tu exnovia. Ella es un poco... —No consigo encontrar la palabra adecuada, así que lo dejo pasar y me centro en el mensaje importante—. Ha sido un beso, punto. Nada más. Ya sabes... esta puerta está cerrada.

—¿Soldada? —pregunta con una sonrisa.

Antes de que responda, él asiente y su sonrisa me deja claro que no acaba de creérselo del todo.

—Lo digo en serio.

Se encoge de hombros.

—Ya lo sé, no he dicho lo contrario. Esto no ha pasado.

Pero no ha sido solo un simple beso, es lo que pienso cuando mi cerebro reacciona y puedo volver a tener dos pensamientos coherentes seguidos.

—Hablo en serio —le digo algo más ofendida de lo que en realidad estoy.

Lo aparto de un empujón y el retrocede.

—¿Perdona? —me dice sin comprender muy bien mi arrebató.

Por suerte se ríe.

—No me hace gracia.

Pero eso no es del todo cierto, aunque él no hace falta que lo sepa.

Me doy media vuelta y respiro aliviada al ver que el parquin está desierto de conocidos. Los chicos no están. Estamos solos y nadie ha visto nuestro arrebató. Solo Patricia, pero al parecer se ha cansado del show.

—¿Te vas? —me pregunta al ver que me he dado la vuelta.

Yo ni siquiera le contesto, lo intento, pero no me salen las palabras. Él me vuelve a mirar de esa manera, con los ojos grandes de búho desvalido.

—S... sí.

Asiente y no me dice nada más.

Mejor, porque me falta muy poco para quedarme. Miro la furgoneta fugazmente y él parece saber lo que estoy pensando.

Tengo que largarme de ahí.

Vete, Cristina, corre, huye antes de que hagas algo de lo que te arrepentirías toda la vida.

20

La fiesta

Cristina

—¡Vamos a llegar tarde!

Marina me grita mientras aporrea la puerta del baño y me saca de mis ensoñaciones.

—Ya voy —le grito. Acabo de ponerme el rímel.

—En serio, son más de las once, ¿quieres darte prisa?

—¡Ya voy!

Marina está un poco nerviosa. Esta noche no hay actuación, pero sí una fiesta que ha organizado Carlos en su casa. Me da que su cumpleaños es la excusa perfecta para tirarle descaradamente los trastos a Marina y liarse con ella de una vez por todas.

Son tan monos juntos... Reconozcamos que me muero de la envidia. Soy muy fan de esta pareja, aunque me entra dolor de cabeza solo de pensar que se lícen y formen una relación duradera. Una de mis mejores amigas, con el único amigo del antisocial de Àngel. Será difícil de sobrellevar.

Abro la puerta y me mira enfurruñada.

—¿Qué? —le pregunto con una sonrisa—. No es una cena, solo una fiesta y seguro que...

Marina no me escucha, me aparta de la puerta y entra.

—Me toca.

Me saca del baño y la cierra tras de sí.

—¡Seremos de las primeras en llegar! No te preocupes.

—Está un poco impaciente —me dice Irene apareciendo a mi lado.

Ambas nos quedamos apoyadas en el marco de la puerta. Observamos la madera y los ruidos que hace Marina mientras remueve el maquillaje y resopla cuando no encuentra lo que busca.

—¿Un poco impaciente? Yo diría que *un poco* no se ajusta a la realidad.

Me voy a mi cuarto dejando a Irene lidiar con el nerviosismo de nuestra amiga que ha abierto la puerta para discutir un rato con ella sobre el mejor color de sombra de ojos para el vestido verde que se ha puesto hoy.

Entro en el cuarto y es un horno a pesar de que ya es de noche. Abro todavía más las puertas cristaleras que dan al balcón y desde allí observo la riba. Respiro hondo y me dispongo a vestirme. Cuando buceo en mi armario, todo me parece soso y mojigato. Mis camisetas básicas con vaqueros y yo... ¿no tengo nada más *sexy*?

Me quedo arrugando una de mis camisetas con tirantes contra mi pecho y contengo la respiración al darme cuenta para quién quiero ponerme sensual. Cierro los ojos y hago un puchero. De nuevo minifalda y una camiseta de tirantes negra, pero esta vez de gasa y con escote y alguna que otra pedrería en el hombro... definitivamente ya no soy lo que era. Me pongo los zapatos de cuña con algo de plataforma, porque total, hoy no vamos a andar demasiado. Nos quedaremos en casa de Carlos y regresaremos.

—No te olvides el bikini.

Oigo que grita Marina.

—No pienso ponerme en bikini.

—Es una fiesta con piscina —me dice entrando la cabeza por la puerta.

Cierro los ojos y es volverme a ver ahí con la parte de abajo de mi bikini, con Àngel y... el incidente. Meneo la cabeza con entusiasmo. No lo cogeré. Ni aunque en la casa de Carlos haga el calor del infierno

pienso meterme en la piscina.

Llegamos y no somos las primeras, pero me da que tampoco seremos las últimas. Al parecer nuestro vocalista tiene un poder de convocatoria increíble.

Su casa está en las afueras del pueblo de la Coloni de Sant Pere. Se accede por un camino de cabras, pero pasada la barrera, es como estar en *Falcon Crest*. La piscina es enorme, y ya empieza a llenarse de gente que ríe y se salpica entre sí.

La barbacoa está más al fondo y hay un alma caritativa que se ha sacrificado para encenderla y darle la vuelta a las hamburguesas y alguna que otra parte de la anatomía de un pobre cerdito.

Marina está a mi lado, ahora que hemos conseguido llegar a la casa, no parece sobrarle energía.

—¿Qué? ¿Ya no estás impaciente?

—Bueno... estoy algo nerviosa.

—¿Por qué? —le digo.

Se encoge de hombros.

—No sé, tiene muchas amigas... —Oh, Marinita y sus inseguridades—. Y quizás...

Le tapo la boca con la mano.

—Nos lo vamos a pasar genial —le digo, y en ese momento veo a Carlos y levanto los brazos para que sé dé cuenta de que estamos ahí. Es algo innecesario, al parecer estaba muy pendiente de la llegada de mi amiga.

A Marina, los nervios le duran un suspiro, solo hasta cuando Carlos nos localiza y se acerca al galope hacia nosotras.

Lleva unos bañadores mojados y el torso desnudo. Madre mía, reconozcamos que desnudo gana mucho.

—Hola. —Se abalanza sobre nosotras y nos abraza.

Me moja un poco cuando me besa en la mejilla y hace lo mismo con Irene. El beso en la mejilla de Marina dura mucho más que el nuestro y veo cómo después, el brazo mojado de Carlos se queda sobre su hombro.

—¿Habéis traído bañador? —le pregunta.

—Por supuesto —dice Marina entusiasta y veo cómo él la mira de arriba abajo.

—Estás estupenda.

—Gracias.

Pongo los ojos en blanco, no estoy preparada para que una pareja de tortolitos se quiera tanto delante de mí.

—¿Entonces vamos a nadar? —dice, mirando a Marina, después hace extensiva la oferta a Irene y a mí, y meneamos la cabeza de forma negativa.

—Cristina no ha querido traer bikini.

—¡Oh! —Me mira y se encoge de hombros—. Bueno, los chicos están en la terraza trasera. Solo tenéis que seguir el sonido de la música. Seguro que Àngel o Toni os podrán enseñar la casa. Nosotros vamos a darnos un chapuzón, ¿no? ¿Irene?

Marina ríe entusiasmada por la idea.

—Yo me iré con... Cris —responde Irene.

Está claro que, a Carlos, por muy amable que sea, preferiría estar sin carabina.

—¿Dices que la terraza está...?

Pero antes de que Irene pueda terminar de preguntar, Carlos y Marina ya se han dado la vuelta.

—En serio —dice mi amiga sonriendo—, son sordos y ciegos.

—Están en la fase.

Asentimos, creo que bastante satisfechas de no estar enamoradas como dos adolescentes. Nos alejamos

de la piscina y de repente escucho el sonido inconfundible del jazz.

—¡Vamos!

Agarro a Irene de la mano y me lanzo al galope. La arrastro por las escaleras que dan a la terraza trasera. Allí, en una especie de *chill out*, me doy cuenta de dos cosas: la primera, que Carlos está forradísimo y la segunda, que los chicos son más que un grupo verbenero.

—Por favor. —Me quedo con la boca abierta por lo bien que tocan.

Eduard está sentado sobre un taburete y delante tiene parte de su batería, apenas acaricia la superficie porque acompaña a Antoni que demuestra toda su maestría con el teclado. Es algo increíble, me río a carcajadas mientras, junto con una docena de personas más, sigo el ritmo con los pies.

—Caray, es muy distinto de lo que tocáis en las verbenas.

—En las verbenas tocan canciones... aquí simplemente hacen magia. —Y estoy completamente convencida de lo que digo.

—Esto es lo tuyo, ¿verdad?

¡Me encanta! Edu sigue y se viene arriba, con lo que se gana una mirada de reproche de Antoni. Cuando se termina la canción, aplaudimos a rabiar y soltamos algún que otro alarido. Pero, al parecer, el espectáculo no termina aquí.

—Vamos, ahora una lenta para que podáis achucharos —grita Eduard.

Algunos ponen malas caras, pero a otros les falta tiempo para abrazar a sus parejas.

Entonces me doy cuenta de la presencia de Àngel.

—Ahí está tu saxo —me dice Irene.

Mi amiga me mira con atención. Lleva una sonrisa en la cara y sé que está pendiente de mi reacción, no la que tengo al ver el saxofón de mi abuelo, si no la que tengo al ver a Àngel.

Intento no mostrar emoción alguna, cuando veo que se instala en la terraza con una ovación, en la que tímidamente participo. Entonces ocurre: pone sus labios en la boquilla y me mira directamente a mí, como si me estuviera esperando.

Mi corazón empieza a bombear con fuerza con cada nota que sale del instrumento.

Petite Flour.

Siento algo en el pecho.

—Ni siquiera le gusta —susurro.

—Pues parece que la tiene más que ensayada.

Intento contener la respiración y que mi pulso no se acelere.

Mis ojos se humedecen.

—No irás a llorar, ¿no? —me pregunta Irene, incrédula.

Parpadeo y carraspeo un poco.

—No, es... el humo de la barbacoa.

—¿Sí?, ¿la que está a doscientos metros? Claro, claro.

Sonrío tímidamente, es una canción preciosa. Seguro que a Àngel le parece ñoña, pero eso no significa que la toque increíblemente bien. Cada nota que me llega me hace sentir una vibración especial en el pecho.

Eduard le acompaña con su rítmica percusión y no puedo sentir más admiración por la interpretación perfecta que hace de mi canción favorita. Sidney Bechet estaría orgulloso.

Cuando termina de tocar, Àngel me está mirando y nos quedamos quietos mientras los aplausos nos rodean. Yo no aplaudo, ni grito como hacen los demás. No es necesario para que sepa lo mucho que admiro la magia que hace con el saxo.

—¿No te ha gustado? —me pregunta Irene.

—Ha sido lo más bonito que he escuchado nunca.

Mi amiga me mira en silencio y creo que, como yo, también se ha dado cuenta de algo: me estoy

enamorando como una imbécil.

Àngel

Todo es perfecto, la fiesta, la brisa que se mueve esta noche... ella.

Mis dedos acarician el saxofón. Cada nota parece fluir. La melodía sale del corazón, sin errores, con un ritmo pausado y sentido.

Abro los ojos y la miro por unos instantes. Está emocionada. Tan emocionada como lo estoy yo, pero mucho me temo que ninguno de los dos lo admitirá nunca.

Cuando toco las últimas notas, por unos segundos todo queda en silencio, luego los chicos aplauden y silban. Al parecer, no solo a ella le ha gustado, porque estoy convencido de que, aunque me mire con la boca entreabierta y sus manos no se muevan para aplaudir, le ha gustado.

—¡Creo que a esto le falta un poco de ritmo!

Eduard grita, aporreando la batería para captar la atención de todos y que las parejas acarameladas se separen. Y yo estoy de acuerdo.

—Uno, dos, tres...

Antoni empieza a acariciar las teclas del piano y Eduard se arranca con la batería, y la gente nos acompaña con sus palmadas. Me pongo la boquilla en los labios y miro a Cristina, pero ya no está. Me siento un poco decepcionado cuando compruebo que ha desaparecido.

Intento encontrarla entre la gente, muevo los ojos de un lado a otro, pero no está en la terraza, ni más allá en el jardín. Me siento un poco decepcionado, ahora que empezaba lo bueno.

Soplo y maldigo no haber cerrado los ojos para ver quién acaba de llegar. Separo la boca del saxo cuando no calculo bien y me quedo sin aire. Para desgracia mía, hay alguien más que no ha querido perderse la fiesta.

Veo a Patricia, tan atractiva como siempre, esta noche con un vestido dorado, ceñido al cuerpo que enseña a todos, su espectacular figura. No necesita escote para resaltar sobre las demás. Cada una de sus curvas es más que suficiente para despertar la envidia de ellas y el deseo del sexo opuesto. Me mira, con esa mirada sexual que conozco tan bien y suspiro antes de decidirme a introducirme en la canción. Lo voy superando, y creo que alguien tiene mucho que ver con todo esto.

La canción va *in crescendo*. Estoy más que dispuesto a ignorarla, porque no es ella quien me interesa, ni a la que estoy buscando entre la gente. Meneo la cabeza, contrariado. No debería estar buscando a nadie. Pero antes de que pueda darme cuenta, los ojos de Patricia me atrapan. No entiendo lo que busca, o, mejor dicho, sí que lo entiendo. Pero no tiene ninguna posibilidad. Creo que es el momento de hablar con ella y dejar las cosas claras una vez por todas. No me interesa y si alguna vez sentí algo por ella, para mí pasó hace años luz.

Mis labios se ponen de nuevo sobre la boquilla y los ojos se cierran.

Ojos que no ven...

21

El duelo

Cristina

Nos hemos movido, precisamente para estar lo más lejos posible de la recién llegada.

—No me puedo creer que la haya invitado —me dice Irene.

Me encojo de hombros, pero lo cierto es que yo tampoco. Aunque, al fin y al cabo...

—Es la prima de Carlos, supongo que no necesita invitación.

—Supongo que no.

Le conté a las chicas toda la historia de Àngel y Patricia. ¿Cómo no hacerlo? Ya aluciné al saber que habían salido juntos y mucho más después de la escenita que nos montó en plan excelsa.

La miro con su figura espectacular, la melena cayéndole sobre la espalda y esos labios rojos que captan la atención de todos hacia su boca. Seguro que más de uno quiere besarla. Aprieto los puños pensando que Àngel es uno de ellos. No me gusta nada de nada el rumbo de mis pensamientos, pero tampoco me gusta que Àngel la desee, porque seguro que lo hace. Estoy celosa. ¿Cómo es posible que esté celosa?, ¿cómo hemos llegado a esa situación?

La muy víbora le hace ojitos y él... será capullo. Toca el saxo mirándola a los ojos. ¿Quién coño hace eso? Estoy muy cabreada, voy a arrancárselos en cualquier momento.

Aparto la mirada de Patricia y de repente veo a Marina bailando muy sensual con Carlos. Sonrío, olvidándome por un momento que quiero arrancar brazos y sacar ojos. Se lo están pasando en grande y me alegro por los dos. Carlos la besa agarrándola de la cintura y a Marina le falta tiempo para rodearle el cuello con los brazos.

—Bien por Marina —me dice Irene que se ha percatado de lo mismo que yo.

Nos quedamos un poco en silencio, pero ni la felicidad de mi amiga Marina hace que pueda olvidar que Àngel sigue tocando y que su ex está al acecho. Cierro los ojos y suspiro, ¿a quién pretendo engañar? Los hombres son imbéciles, volverá con ella en cuando se queden a solas y Patricia le dé otra oportunidad, de una manera que le resulte de lo más convincente.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Irene.

Mi amiga es demasiado lista, creo que se da cuenta de las cosas mucho antes que yo.

—Claro.

—¿Vamos?

Me encojo de hombros.

—¿Dónde quieres ir? —le pregunto.

—Más cerca, para que puedas disfrutar bien de la visión de tu saxofonis... de tu saxofón.

Sonrío y meneo la cabeza.

—Vamos —me dice agarrándome del codo—. Te encanta la música, disfruta de la noche y olvídate de todo. A veces, creo que tenemos tendencia en buscar problemas donde no los hay.

—Pero...

—¿Qué?, ¿vas a dejar que un tío y su ex te amarguen una noche de jazz? Eso no es propio de ti.

Me río, porque creo que Irene me conoce mejor que yo.

—Vamos —le digo, bajando a la terraza y poniéndome en primera fila.

Entonces Àngel me ve y ya no mira a Patricia mientras toca, sino que me mira a mí y... ya no me parece tan mal eso de que alguien toque mirándote a los ojos.

Diez minutos después de increíble improvisación aplaudimos hasta que nos duelen las manos.

Veó cómo Àngel pone el saxo en el soporte y se nos acerca.

—Hola —dice, besando a Irene y después a mí.

—Hoy has estado increíble. —Mis palabras salen apasionadamente y es que no pueden ser más sinceras.

Èl carraspea incómodo y parece no saber qué decir, pero después me sonrío y consigue que se me doblen las piernas.

—Vaya, gracias.

Asiento, algo tímida.

—¿Hoy vamos a ser amables el uno con el otro? —me dice, acercándose a mi oído para que le escuche por encima de la música que se han puesto a tocar Edu y Toni.

Me encojo de hombros.

—Podemos pelearnos si quieres, no me desagrada hacerlo contigo.

Nos reímos por cómo suena eso.

Irene nos mira divertida.

—Yo creo que... voy a ir a buscar bebidas.

—¿Te acompaño?

Me mira como si me hubieran salido dos cabezas.

—No, voy sola. —Entonces sé que lo que quiere es dejarnos solos para... no sé muy bien qué, pero no me quejo.

Mientras ve a Irene alejarse, Àngel no tiene problemas en seguir la conversación.

—Sí, no hemos tenido problemas en discutir desde que nos conocemos.

—Bueno, como has sido amable, creo que yo también puedo serlo.

Àngel se acerca aún más, noto su pecho contra mi brazo al inclinarse y seguir hablándome al oído. Lo miro de reojo, sus anchos hombros, su cuello, su pecho y se me acelera el corazón.

—Quisiera hablar contigo —me dice y me quedo mirándole fijamente el pecho, porque no me atrevo a hacerlo a la cara—. Hoy estás muy guapa.

Abro los ojos sorprendida y mi mirada sube, ahora sí, a sus ojos de chocolate. ¿A qué viene todo eso? Pero en lugar de preguntárselo le suelto un escueto:

—Gracias.

Siento cómo una corriente eléctrica recorre mi cuerpo y eso nunca ha sido buena señal con Àngel.

—Me gusta tu modelito. —Asiente y de reojo le miro. Intuyo que va a decir una gilipollez de las suyas—.

Aunque también me gustan esos que te pones en el escenario.

Ahí va.

—Ninguno de mis modelitos superará jamás al que me hiciste poner la primera noche.

—Sí. —Se carcajea—. Yo jamás creí que salieras desnuda al escenario.

Lo miro estupefacta.

—No iba desnuda.

—Claro. —Me guiña un ojo y hasta me sonrío.

Esa sonrisa le hace parecer más infantil, más accesible. Meneo la cabeza en busca de una explicación.

—Tú me diste ese vestido.

Se ríe de mí.

—El vestido... podías haberte puesto lo que quisieras el primer día. Pero elegiste la opción más vejatoria. —Ahora sí que sus carcajadas retumban en mi pecho. Me pongo roja, y creo que hay un poco de vergüenza y enfado en el motivo de mi rojez.

—Eres... —Levanto la mano y la pongo en su pecho para empujarle, pero él me la coge y la sostiene para que no nos apartemos.

—Lo siento, es que no pensé que te lo pusieras —me dice sin perder la sonrisa.

—¡Imbécil! —Es lo único que digo antes de darme media vuelta y quedarme mirando a los chicos que siguen tocando.

Me da un golpecito en el hombro hasta que consigue que me gire.

—Y para que no decaiga tu buen humor —me dice, guiñándome un ojo—, después tengo algo para ti.

—¿Qué vas a tener tú para mí? —le pregunto frunciendo el ceño

¿Una serpiente? Lo miro con desconfianza.

—Venga, es algo bueno. Vamos a pagarte.

—¿Perdona? —pregunto sorprendida.

—Te pagaremos por lo que has trabajado. Una paga por salir a hacernos los coros. De verdad que *nos ha encantado tenerte con nosotros*. A unos más que otros —dice, para que todo ese discurso no suene tan sentimental.

Supongo que se refiere al buen rollo que hay entre Carlos y yo, pero me ha gustado que se incluya en ese: nos ha encantado tenerte con nosotros.

—¿En serio me vais a pagar? —Acabo riendo.

—Lo hiciste muy bien, te has ganado el sueldo, y a los chicos. Eres uno de nosotros, ¿lo sabes, no?

Vale, ahora sí que voy a llorar.

—Solo lo hago por...

—¿El saxofón? —Se acerca un poco más hasta ponerse detrás de mí.

Está demasiado cerca, puedo notar el calor de su cuerpo a mi espalda y cada vez me pongo más nerviosa. Así que vuelvo la cabeza de nuevo hasta nuestros colegas que lo están dando todo con la batería, el teclado y ahora alguien se ha unido con una guitarra.

—Referente al saxo de tu abuelo, ¿sabes que te lo dejaré, aunque no quieras seguir cantando, no?

¿Lo sé? Parpadeo y contengo la respiración cuando sus manos bajan de los hombros acariciando mis brazos. Se me acelera el corazón. Está demasiado cerca. Puedo oler su aroma, ligeramente floral, no sé si es su desodorante, el champú para el pelo o el suavizante de su ropa, pero huele condenadamente bien.

—Pues... no —digo finalmente—, no lo sabía. ¿Quieres decir que si no quiero volver a subirme al escenario con vosotros me dejarás el saxo?, ¿a pesar de que te lo robara?

Sus manos se ponen en mi cintura y no me muevo ni un ápice por temor a que las quite de allí.

—Ya me pediste disculpas por eso, y creo que hace tiempo, las he aceptado.

—¿Ah, sí? —le digo algo sorprendida—. No me dijiste nada.

Escucho su risa y noto cómo su torso roza ligeramente mi espalda cuando se carcajea.

—Lo siento, debería habértelo dicho.

Trago saliva emocionada. El *robasueños* capullo, ya no me parece ningún *robasueños* y mucho menos, un capullo.

—Yo... de verdad que significaría tanto para mí que quisieras dejarme el saxo.

Él asiente y la distancia entre nosotros se va haciendo cada vez más corta, hasta que noto sus labios en mi pelo. Cierro los ojos incrédula y contenta de que estemos así de cerca sin discutir.

Pero lo bueno no dura eternamente.

Una sombra aparece a nuestro lado y escucho un carraspeo poco amistoso.

—Buenas noches.

¿Está de coña? Abro los ojos y los pongo en blanco al escuchar el timbre de su voz. La víbora ya tardaba en aparecer.

—Patricia. —Escucho a Àngel pronunciar su nombre y para mi disgusto se aparta de mí.

—Hola, Àngel, veo que aún no te has cansado de la mosquita muerta.

Yo a esta tía le voy a meter un moco que se va a cagar.

Respiro hondo, no es plan de perder la compostura y fastidiar la fiesta a Carlos cogiendo de las greñas a su prima. Pero, por otra parte, creo que sería un espectáculo digno de contar en los próximos

aniversarios.

—¿Qué demonios quieres?, ¿fastidiar? —Voy calentando motores.

—Oh, no —me dice con un tono falsamente conciliador—. Solo he venido a saludar a Àngel para saber si está bien o si ya se ha cansado de ti.

—Pues mira —le digo, siendo consciente de que no voy a poder aguantarme por mucho más tiempo—, estábamos aquí intentando meternos mano, así que no creo que ahora mismo se canse de mí.

Àngel se ríe en silencio, pero yo no lo miro, toda mi atención se centra en Patricia que se le ha transformado la cara.

Quiere pegarme y aprieta los puños con fuerza.

¡Allá vamos! O eso pienso hasta que alguien nos interrumpe

—¡Hola, prima!

Y ahí vuelve a estar Carlos salvando las situaciones incómodas y evitando que nos lancemos a la yugular la una contra la otra.

Le da un beso en la mejilla y en ese mismo momento los chicos escogen terminar la actuación. Antes de que puedan empezar otra pieza, Carlos capta la atención de todo el mundo.

—¡Un brindis! —propone.

Todo el mundo lo secunda buscando llenar sus copas. Cuando empieza su monólogo alzan las copas y se ríen por los chistes y las bromas fáciles que va lanzando a diestro y siniestro.

—Quiero que sepáis que me encanta teneros aquí, y aún me gusta más que toquéis gratis.

Todos aplauden y gritan. Y me doy cuenta de que es cierto, miro en derredor y cada persona que se encuentra allí, está de una manera u otra relacionada con el mundo de la música. En la terraza hay instrumentos por todas partes y afuera, el hilo musical no llega, sino que lo han puesto cada uno de sus amigos. Hasta Àngel ha tocado más de veinte minutos hasta dar paso a otros colegas.

—Y como me gustaría que siguerais tocando, quiero deciros que la suite de la casa con jacuzzi será para el vencedor de esta noche.

Carlos está fatal. Nos arranca una carcajada a todos.

—¿Así que tiene una suite? —le pregunto a Àngel que vuelve a estar pegado a mí a pesar de la mirada siniestra que lanza Patricia.

—Con jacuzzi. —Àngel me guiña un ojo y yo me echo a reír, pero la sonrisa se me congela en la cara al ver que Patricia no está dispuesta a dejarnos en paz. Es una mujer muy segura de sí misma, que siempre se sale con la suya y que los planes no salgan como ella quiere, parece que no le gusta nada en absoluto.

—¿Vamos a hacer un duelo? —pregunta Patricia a Carlos.

A Carlos parece gustarle la idea.

—Cada uno que nos deleite con su mejor actuación y por aclamación popular se proclamará al vencedor, ¿qué os parece, chicos?

Por los aplausos y gritos, creo que a todos les parece más que bien.

—Esto es... raro e interesante —le digo a Àngel.

Él parece estar de acuerdo conmigo.

Cuando descuidadamente pongo una mano sobre su hombro, los ojos de Patricia me perforan.

—Puedes participar —le digo a Àngel—, e invitar a alguien a probar el jacuzzi.

Lo digo, guiñándole un ojo solo para fastidiar a Patricia y por la sonrisa que me devuelve, creo que él también lo tiene bastante claro. Menea la cabeza. Sé que se está divirtiendo por los resoplidos de Patricia, pero también sé que, si me coge de la melena, no va a salir en mi defensa, porque me lo estoy buscando yo solita.

Me acerco más a Àngel y pongo mi mejilla sobre su hombro, él no se mueve porque sabe perfectamente lo que estoy haciendo.

Patricia no puede soportarlo.

—Eres una arpía —me susurra Àngel.

Me río de manera malévola y eso le hace soltar una carcajada.

—¿Por qué no participas tú? —me pregunta.

Me quedo algo sorprendida, pero cuando le miro a los ojos veo que lo está diciendo en serio.

—¿Yo? —No sé muy bien qué decir—. No he traído sax...

Antes de que termine la frase me señala el saxo de mi abuelo que está en la terraza, cerca del teclado de Antoni.

—¿Vas a dejarme...?

No termino la frase porque estoy demasiado emocionada.

La voz de Carlos llega a los oídos de todos.

—Divertíos y que gane el mejor.

Àngel va a decirme algo cuando de pronto escucha gritar a Patricia.

—¡Empiezo yo!

Se aleja a grandes zancadas hacia la zona en la que antes estaba tocando Àngel. Y cómo no, todo el mundo mira sus andares y se quedan hipnotizado por sus caderas.

—¡Estupendo! —grita Carlos—. ¡Que empiece el espectáculo!

La fiesta parece que vuelve a empezar.

Eduard y Toni se apartan para dejar paso su momento. Al parecer, su instrumento es la guitarra. Lleva un vestido que deja muy poco a la imaginación. Sexy y sensual. Le tengo envidia, para qué voy a engañarme. Es guapa, alta, delgada. Imposible obviar por qué a Àngel le gustaba tanto como para salir con ella. Sin ser consciente, me aparto de él. Quizás por instinto y porque después de lo que veo me siento menos guapa y un poco más insegura.

Sigue tocando y al poco se une el batería de su grupo. Me doy cuenta que también es amigo de Carlos. En este mundillo por lo que veo, quien más, quien menos, se conoce. Se pone a tocar y la gente grita y aplaude al ritmo de su actuación.

—Toca muy bien la guitarra.

—Y a los guitarristas —responde Àngel, sarcástico.

Hago un mohín con la boca, bastante sorprendida por el comentario. Sé que le duele y es una pena, realmente lo siento por él.

—No te merece.

Lo digo en un susurro, pero Àngel me ha escuchado, porque, aunque yo sigo mirando a Patricia, él me mira a mí. Noto sus ojos fijos en mi perfil y me niego a darme la vuelta y que vea que lo estoy diciendo muy en serio.

—Gracias.

Él finge no haber dicho nada, y yo simulo que no lo he escuchado.

La incomodidad apenas dura unos segundos hasta que encontramos otro tema de conversación.

—Oye... —le digo a Àngel captando su atención mientras la arpía sigue con la actuación, ahora se le ha unido un teclista aparte del batería.

—¿Sí?

—¿En serio me dejarás tocar el saxo?

Él me mira de reajo y menea la cabeza con una sonrisa que a duras penas puede controlar.

—¿Quieres lucirte tú también?

Miro el saxo y me encojo de hombros. ¡Joder, sí que quiero!

—Mmm... déjame pensarlo.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto ofendida—. Pero si la idea ha sido tuya.

Chasquea la lengua y entrecierro los ojos, ¿se está riendo de mí?

—Lo sé. Es que... no me fío de que sepas tocarlo.

¡Le mato!

¿Cómo? Ahora sí que me vuelve a parecer un capullo. Lo encaro y se ríe de mí, pero no me hace gracia.

—Toco mejor que tú.

¿Cómo se atreve? Le miro ofendida.

—¿En serio?, ¿tocas mejor que yo? —Hace una pausa y me mira fijamente hasta hacerme sentir esas mariposas en el estómago que ya son tan habituales—. ¿Mejor que yo tocando *Petite Fleur*?

Ahí me ha pillado.

—Ñe.

—¿Ñe? —me imita divertido—. Si quieres mi saxo para la audición será mejor que me demuestres lo bien que tocas, ahora que estoy aquí para controlarte.

Parpadeo y por primera vez soy muy consciente de que va a ser la primera vez que me escuchará tocar.

—Además —añade—, un duelo es contra alguien y qué mejor que Patricia y tú arregléis vuestras diferencias con un instrumento.

—Lo cierto —empiezo a decir cruzándome de brazos—, es que no tengo ningún conflicto real con ella. Es tu ex que cree erróneamente que salimos juntos. Basta decirle que nos es cierto para que me deje en paz e insista con toda su artillería para recuperarte.

Se pone serio.

—No harías eso.

—¿No? Yo de ti no me provocaría.

—Puedes llegar a ser muy jodida.

Me encojo de hombros y le doy la razón.

—Venga. —Me señala el saxo con la cabeza—. Ve a por él.

Allí está en su soporte, dorado, brillante, mágico. Destella y me llama.

—¿En serio quieres que toque el saxo?

—Sí —me dice—. ¿No quieres tocar mi saxo?

Doy un respingo y lo miro divertida. Él se ríe por lo obsceno que ha sonado eso.

—Sí, quiero tocarte el saxo.

—Pues hazlo... y gana esa puñetera suite.

¡Voy! Miro delante de mí, en la terraza, Patricia termina su solo y la gente aplaude como loca. Me mira sin disimular, sintiéndose muy superior a mí, pero creo que me he puesto de tan buen humor que mi autoestima ha subido como la espuma. Con mi saxo nadie puede ganarme y menos, una rubia oxigenada.

—¡Me toca! —Levanto el brazo y salgo a la carrera en busca de mi instrumento.

Carlos y Marina me miran boquiabiertos e Irene se convierte inmediatamente en mi mayor fan.

—¡Esa es nuestra chica! —Irene hasta aplaude dando saltos.

Me acerco al soporte. Paso la correa por mi cuello y una vez hecho, engancho mi saxo. Miro a Eduard y a Toni que asienten con una sonrisa. Sin mediar palabra se acercan al teclado y a la batería. Los demás les dejan sitio.

Antes de colocar mis labios en la boquilla miro a Àngel que asiente expectante.

Bien, es hora de demostrar que sé tocar ese saxofón mejor que él. Que el saxo es mío porque me quiere tanto como yo le quiero a él y eso se nota en cada nota que genera.

Coloco mi mano en los pulsos y empieza una nota grave que capta la atención de todos los que me rodean. Salen las primeras notas de *Cry me a River*, y Toni se luce con el piano, suave y dulce, para después dar un giro y seguir con algo más sensual. La cosa se pone sexy e interesante cuando interpreto *Still I love you* al más puro estilo de *Candy Dulfer*.

Miro de vez en cuando a Àngel que ha dejado de sonreír, espero que esa sea una buena señal. Me mira con sus ojos de chocolate. Si le gusta o no, no lo sabré hasta que pregunte.

Cuando termino, la gente aplaude como si le fuera la vida en ello y lo cierto es que eso me sienta muy

bien.

Suspiro y miro a Eduard y a Toni que me sonríen y aplauden asintiendo alucinados.

—Àngel, va a quitarte el sitio. —Veo cómo el aludido se cruza de brazos y se ríe ante el comentario de Antoni.

—¡Vamos, diva! —me grita Eduard cambiando las escobillas por las baquetas y haciéndolas chocar entre ellas—. Toquemos algo con ritmo.

Entonces me río a carcajadas.

¡De perdidos, al río!

—¡Vamos! ¿*Play That Funky Music Whiteboy*?

—¿Por que no?

Miquel, nuestro guitarrista, aparece lanzándose a por la guitarra y nos acompaña. Nos arrancamos entre risas y aplausos. Ya no hay quien nos pare. Si no gano una noche en esa suite es que no s nada de música.

Concentrados como estamos, no veo venir a Àngel que se pone justo a mi lado. Acto seguido, Carlos no se lo quiere perder y coge el micro para empezar a hacer sonidos con la boca que divierten a todo el mundo. Pongo mis labios en la boquilla, pero mis pulmones se quedan sin aire cuando el que arranca no es mi saxofón. Miro a Àngel boquiabierto. Sin duda no es el saxo de mi abuelo, porque este lo tengo yo, así que admitamos que Àngel es igual de bueno, toque el saxo que toque.

Me quedo paralizada hasta que él abre los ojos y me guiña un ojo. Entonces ambos hacemos lo que nos pide el cuerpo y en ese momento es tocar todo lo bien que sabemos. Soberbios, nada que envidiar a Dave Koz y Warren Hill.

Carlos se arranca y hace corear al público:

—¡We got that funk! ¡Gotta have that funk!

Play that funky music white boy.

Play that funky music right

Play that funky music white boy

Lay down that boogie and play that funky music till you die

Till you die, oh till you die.

La rubia no est muy contenta con nuestra actuación. Me mira como si quisiera arrancarme las greñas y lo cierto es que no me importa. Creo que no me había divertido tanto en la vida. Jamás he pasado una noche como esta, ni creo que vuelva a vivir nada parecido. Y todo se lo debo a él. Nos miramos de reajo mientras tocamos, y por su sincera sonrisa veo que se divierte tanto como yo.

Ponemos fin a nuestra actuación, aplaudo a los chicos como una loca. Eduard ha sido todo un fenómeno, igual que Carlos, pero sin duda, mi favorito ha sido Àngel. Estoy más que convencida de que mis ojos no pueden estar más brillantes y que mi sonrisa no puede ser más amplia.

—¡Espectacular! —grita Carlos.

Entonces los chicos se levantan de sus asientos, para dejar paso a los siguientes que quieran seguir dando ritmo a la noche.

La sonrisa mengua al ver cómo Patricia se acerca.

—¿Que os parece un duelo de verdad? —grita a todos mientras yo sigo sin quitarme la correa de sujeción de mi saxo.

Entre gritos y aplausos coge la guitarra y vuelve a dejarnos ver su magia, casi podría jurar que toca mejor que su guitarrista. Me mira fijamente cuando más músicos se unen para acompañarla; después, su atención se desplaza hacia Àngel, volviéndose visiblemente más sensual, tanto como sus movimientos.

Dejndome llevar por el momento, empieza mi improvisación. Toco y hasta el público parece enmudecer. Cierro los ojos pensando que es la actuación más importante de mi vida. Toco como si estuviera en el auditorio esperando mi gran oportunidad para ser una de las grandes.

Cuando vuelvo en mí el público me ensordece, estoy mareada, pero parece que les ha encantado. Todos parecen volverse locos. Carlos da saltos por la terraza y Marina hace lo mismo tan alucinada como él. Sin embargo, la diva de Patricia y Àngel parecen estatuas. Ella hace tiempo que ha dejado de tocar y por su cara de mala leche, creo que he ganado.

—Síííí —Levanto los brazos, eufórica.

Ella me mira con odio y de pronto sonrío, guardando las apariencias y aceptando la derrota de buena gana, cuando en realidad lo que quiere es arrancarme los brazos. Àngel, por su parte, no disimula, simplemente respira con postura hierática hasta que el sonido de batería y guitarras se interrumpen con una gran despedida.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto cuando veo que no reacciona.

Entonces se mueve, viene hacia mí y delante de todos, me besa.

El beso dura tres segundos. ¡Insuficientes! Me quedo inmóvil, no reacciono cuando pone fin al beso, y tampoco lo hago cuando me arrebatara el saxo de las manos y se larga.

¿Qué acaba de pasar?

Dos horas después, la fiesta sigue.

Por la terraza, han pasado más de veinte músicos y las combinaciones de ritmos y estilos han sido de lo más pintorescas. Ahora, mientras escucho la suave melodía de un piano me mezo en la hamaca del jardín, apartada de todos e intentando organizar mis ideas y, sobre todo, mis sentimientos.

Me he reído como una loca y me lo he pasado en grande. Tocar de nuevo el saxo del abuelo ha sido maravilloso, pero hacerlo acompañado de Àngel ha sido todavía más especial. Y sobre el final de la actuación, ¿qué puedo pensar? Ese es mi gran dilema. ¿Lo ha hecho para que Patricia lo deje en paz de una vez por todas?, ¿o simplemente no ha podido evitarlo? Esta última opción sería demasiado romántica para un discapacitado emocional como Àngel. Suspiro y muy a mi pesar creo que no estoy tan cabreada como debería. Utilizarme de esa forma... ya le vale.

Balanceo la pierna que está fuera de la hamaca para seguir meciéndome. Son las cuatro de la madrugada y me escondo, no solo del ruido que todavía hacen los invitados de Carlos, sino de Àngel y el beso que no venía a cuento.

A estas horas de la noche quedamos pocos. Sobre mi cabeza, un manto de estrellas como hacía mucho que no veía. Ha refrescado y me arrepiento un poco de no haberme puesto los vaqueros. Cierro los ojos de nuevo y empiezo a tararear. Me doy impulso con una de las piernas para mecarme más fuerte. En mi cabeza todavía se escucha el ruido de los saxofones, de los instrumentos de los chicos, del jazz, el blues y el funky.

Ojalá esta paz durara para siempre. Cuando el piano se apaga, la música de fondo es tenue y llega desde la piscina, Carlos debe haber hecho el capricho de muchos al poner los éxitos comerciales del verano. Yo, por si acaso, me quedaré aquí por si es demasiado para mi cerebro y este no puede soportarlo.

Entre suspiro y suspiro, recuerdo la actuación. Me encantaría no olvidar los detalles. Soy consciente de que cuando mi concentración me abandonaba, mis ojos buscaban los de Àngel. Es simplemente único, imposible no adorar cada uno de sus movimientos, el alma que pone en ese saxofón. Es mejor que yo en el jazz, lo que es una auténtica putada. Si él se presentara a las pruebas, está claro a quién darían la plaza. Me deshincho, mi autoestima se resiente, pero no puedo, ni quiero sentirme mal por comprobar lo bueno que es Àngel. Ha tocado melancólico en el blues y sublime en el funky. Sin duda, ha nacido para esto.

De pronto, un carraspeo llama mi atención.

—Así que te has escondido aquí.

La voz de Àngel llega a mis oídos y yo sonrío antes de abrir los ojos.

—Te recuerdo que tú te has largado primero.

Y es cierto, desde que se largara después del beso, no lo he visto.

—He tenido que huir por la vergüenza de haber perdido.

Me río a carcajadas.

—Sí, Eduard nos ha dado una paliza y ha ganado una noche en la suite.

Una sonora carcajada llega hasta mí y cuando abro los ojos, Àngel está a mi lado observándome, al parecer contento a pesar de la derrota. Se encoge de hombros.

—Bah, no saben apreciar el buen sonido del saxofón.

Reconozcamos que el solo que ha hecho le ha dejado exhausto y a todos los invitados, pasmados.

—No le quitemos mérito, se lo ha ganado.

Veo cómo Àngel asiente.

—La que creo que no se lo ha tomado tan bien ha sido Patricia. —Me río mientras me incorporo y me sitúo frente a él.

—Creo que no es lo único que no se ha tomado bien.

De pronto, mi sonrisa se hace más pequeña y la expresión de Àngel mucho más seria. Evidentemente alguno de los dos tendría que sacar el tema del beso, pero ¿y ahora qué?, ¿estoy preparada para esta conversación?

—No hacía falta que me besaras para cabrear a tu exnovia —le digo con la boca pequeña.

Àngel me mira sin expresión alguna en su rostro. Así no puedo saber en qué está pensando y me pongo más nerviosa.

—No.

¿No? Le escucho esperando que me diga algo más, pero no lo hace y me siento decepcionada.

—¿Qué significa eso?

—Que no hacía falta. —Se encoge de hombros.

Sigo sin saber qué quiere decir. Y seguramente nunca lo sabré, porque empiezo a comprender que él es así. Mientras se entienda él mismo le va bien. No necesita mostrarse a los demás, no quiere ser vulnerable y quizás por eso es tan hermético, tan raro a los ojos de todos que no lo comprenden.

—Digo que no lo he hecho porque hiciera falta, sino porque quería.

Le miro en la oscuridad y a pesar de la escasa luz puedo ver perfectamente la expresión de su cara.

—La próxima vez deberías asegurarte de que la otra persona quiera.

Alza la cabeza mirándome fijamente, como si esperara que le dijera algo más, preguntándose si estoy hablando en serio o no.

—Tienes razón —dice finalmente—, lo siento, me dejé llevar.

Y eso no es nada malo, lo cierto es que Àngel es un tipo que debería dejarse llevar más y pensar menos.

Cuando lo hace, parece mucho más interesante.

—Pero... no deberías molestarte —me dice—, te recuerdo que empezaste tú con los besos.

Abro la boca para protestar y él se ríe más fuerte.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo sé. Deberíamos dejar de un lado el incidente.

—No ha sido un incidente, ha sido un beso —le digo.

—¿Un error? —me rectifica él.

—¿Cómo? —le pregunto incrédula.

—Lo de esta noche ha sido un error —me repite—, ¿es lo que piensas?, ¿que ha sido un grave error sin sentido?

Mientras lo pregunta, ninguno de los dos se ha movido un ápice y seguimos tan cerca, que ambos podemos sentir el calor del otro.

—Yo no he dicho eso.

Se hace el silencio y mientras mi corazón se acelera, creo que los dos estamos esperando que el otro siga con la conversación.

—No nos soportamos —me dice en un susurro—, no nos caemos bien, no deberíamos... cometer *errores*.

—¿Eso es lo que quieres, que no volvamos a cometer *errores*?

Lo miro a los ojos y espero una respuesta concreta a esa pregunta.

Pura magia

Àngel

—¿No deberíamos cometer *errores*? —repite Cristina.

Se me acelera el pulso. Claro que no deberíamos y sin embargo... me muero por cometerlos con ella. La miro fijamente y espero que entienda con mi mirada lo que no me atrevo a decir en voz alta.

—Bien, entonces —me dice decidida ante mi silencio— no vuelvas a besarme.

¿Cómo? ¡Ah, no! Eso sí que no.

—¿Perdona? —le digo.

—¿Qué?

—Me besaste tú.

Me mira como si me hubiera sacado del bolsillo una k-49 y le apuntara con ella.

—No, yo...

—Ya lo creo que sí. Me estampaste contra la furgoneta y te restregaste...

—¡Altooooo!

La veo retroceder un paso con los brazos en alto, su sorpresa me divierte, pero por mucho que le moleste es algo que no puede negar. Ella me besó primero.

—Es un hecho.

Pero Cristina no está dispuesta a aceptar ese hecho.

—Piensa bien lo que vas a decir. Podría retirarte la palabra por mucho tiempo.

Me encojo de hombros y resoplo.

—Eso no cambiaría la verdad. Y que me dejaras de hablar sería malo porque...

—No seas memo —me dice ofendida, y me da un empujón en el pecho.

Al menos ahora me sonrío y yo me doy cuenta de que estoy haciendo lo mismo.

—De acuerdo —le digo, intentando forzar una tregua—. No hace falta volver a sacar el tema, pero coincidimos en que el primer beso lo diste tú, no yo.

Parece sopesar la aceptación.

—De acuerdo. Aceptaré que te besé primero después de que me provocaras.

—¿De que, qué? ¿Cómo demonios te provoqué?

—Ya lo sabes —me dice mirándome enfurruñada—. Ahí limpiándote el sudor con el torso al aire, parecías sacado de una peli porno.

—¿Perdona! Esto es lo que me faltaba.

—Es lo que pasó.

Cojo aire dispuesto a cerrar esta discusión.

—A partir de ahora, por favor, si ves que hago algo que solo a ti pueda parecerte sexy, como quitarme el sudor después de actuar a 40 grados, por favor, en serio, que quede claro que no me estoy insinuando para que te abalances sobre mí.

Boquea como un pez, señal de que está muy indignada.

—Pues que sepas, que no me abalanzaría sobre ti, ni aunque fueras el último hombre de la tierra. No me interesas.

—Exacto, solo te interesa mi saxo.

—Exacto.

—Pues aclarado esto, será mejor que mantengamos las distancias y no cometamos más errores.

—Me parece estupendo.

Y dicho esto me extiende la mano para que se la estreche, sellando un pacto que ninguno de los dos va a mantener.

—Ven aquí. —Las palabras han salido de mi boca mucho más apasionadas de lo que pretendía cuando he tirado de ella y se ha estampado contra mi torso.

Un segundo después, sus brazos rodean mi cuello mientras yo me apodero de su boca.

Nos besamos apasionadamente durante el tiempo suficiente como para que ambos sepamos que no hay vuelta atrás.

—Ven... —Mi mano agarra la suya y tira de ella hacia la caseta de la piscina. Puede que la suite esté ocupada por Eduard, pero, sin duda, sobran rincones tranquilos en la mansión de Carlos para que podamos estar a solas y sin que nos interrumpen.

El camino hacia la caseta se me hace eterno; al llegar, me agacho para coger la llave que está debajo del felpudo y entro por la parte trasera. Desde aquí apenas se escucha el ruido de la música y a estas horas pocos son los invitados que quedan en pie.

Abro las puertas de cristal y sin soltarle la mano tiro de ella hacia dentro para volver a cerrarla.

La cojo por la cintura y mi frente se posa sobre la suya.

—¿Segura? —le pregunto con la respiración entrecortada.

—Para nada —me contesta.

Por un instante temo que ha cambiado de opinión hasta que empieza a reírse y me agarra del pelo para acercar mis labios a los suyos.

Me besa y yo le correspondo con creces. Nuestras lenguas se rozan una y otra vez mientras cada una de nuestras manos busca el cuerpo del otro.

Me obligo a ponerme en marcha y mientras la abrazo, retrocedo hasta encontrar la cama mullida. Me dejo caer sobre el colchón y la arrastro conmigo. No me doy tiempo para pensar. Voy a desconectar, ahora solo estamos Cristina y yo. Lo que pueda pasar mañana... mañana será otro día, sentencio, para que mi lado racional no me siga molestando.

La tumbo de espaldas sobre el colchón y me meto entre sus piernas. Siento sus jadeos contra mi boca incluso antes de que la penetre. Se mece contra mí y eso me excita sobremanera. No puedo dejar de mover mis caderas que todavía tienen los pantalones enfundados.

Le acaricio todo el cuerpo, simplemente porque necesito tocarla.

Intenta quitarse la blusa y se lo impido. Beso su boca mientras siento cómo se retuerce debajo de mí y poco a poco deslizo mis labios por su garganta hasta el escote. Le subo la blusa de gasa y, mientras tanto, muerdo el contorno del sujetador de encaje. Se retuerce y al alzar la cabeza, la veo con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Voy todo lo despacio que puedo, con miedo a que cualquier nimiedad estropee esto, que haga que se lo piense mejor y se vaya.

No quiero que nada lo estropee.

Quiero estar con ella, dentro de ella.

Me levanto y me quito la ropa lo más rápido que puedo. Lejos de quedarse tumbada, se incorpora y sin dejar de mirarme empieza a hacer lo mismo. La noto tan impaciente como yo, y eso me gusta. Cuando se queda solo con la ropa interior se estira de espaldas y me invita a acercarme. Me echo sobre ella con toda la suavidad que mi deseo me permite.

Yo solo llevo puestos los calzoncillos, pero duraran poco. Lo sé cuando Cris me acaricia la espalda y baja hasta mi trasero, entonces tira de la cinturilla hacia abajo y me siento indefenso, a la vez que indeciso. Estoy tan excitado que voy a ser incapaz de durar más de cinco minutos por muchas cosas aburridas que pueda llegar a pensar.

Cuando consigue sacarme los calzoncillos por completo me tensó y ella lo nota.

—Vamos, no puede ser tan malo hacerlo conmigo.

—Por favor, no bromees. —Me río sin humor.

La beso apasionadamente hasta que, no sé cómo, consigue que me dé la vuelta y ponerse a horcajadas sobre mí.

—No, no hagas eso —le suplico cuando se frota contra mi miembro hinchado.

Por si no fuera suficiente, me sonrío. Sus manos van hacia la espalda y se quita el sujetador de encaje negro.

Estamos a oscuras, pero desde las puertas cristaleras que dan al jardín entra la luz de la luna, suficiente como para que pueda ver su cuerpo, la aureola más oscura del pezón y su sonrisa maquiavélica.

—Vas a matarme.

Me muero por verla desnuda, cuando no sentirla, así que me incorporo y la abrazo. Aprieto sus nalgas aún vestidas por la seda negra y me muevo hasta que mi miembro hace presión contra su entrepierna. Subo las manos acariciando su piel caliente hasta llegar a la redondez de los pechos. Temblando, echa la cabeza hacia atrás. Jadea con la respiración entrecortada y yo soy incapaz de no imitarla.

Va a matarme, lo sé.

Mi cabeza se inclina sobre esos dos montes, lamo sus aureolas y después pongo una entre mis labios. Succiono al ritmo de sus jadeos, hasta que no puede más y me obliga a tumbarme. Aprovecho para maniobrar y tenderla de nuevo bajo mi cuerpo, ahora desnudo.

¿Dónde está mi cartera? Necesito sacar el condón y acabar con esto cuanto antes. Dios mío, espero que no esté caducado. Hace demasiado tiempo que no hago estas cosas. Mientras la busco, ella aprovecha para quitarse las bragas y obligarme de nuevo a tumbarme sobre el colchón.

—No, no, no...

—Shsss... —Me hace callar, poniéndose de nuevo sobre mí—. Déjame...

—No, por favor —insisto, o de lo contrario, esos cinco minutos se convertirán en cinco segundos.

Ella no me escucha, me pone el condón y se inclina sobre mí para besarme. Me toca por todas partes mientras se restriega contra mi miembro.

Me recuerda la segunda vez que nos enrollamos, ella abalanzándose sobre mí contra la furgoneta. En toda mi vida había deseado besar tanto a una mujer.

Me paro y la miro a los ojos.

—No vas a parar, ¿verdad? —me dice genuinamente preocupada.

—No. —Me río—. Por nada del mundo.

La vuelvo a besar y la abrazo hasta ponerme sobre ella.

—Bien, no quisiera tener que matarte.

Me río mientras me acomodo entre sus piernas. La miro a los ojos y mis caderas se mueven hacia adelante buscando su entrada. La penetro sin aviso y siento cómo se queda sin aliento. Clava las uñas en mi espalda y gime echando la cabeza hacia atrás. Pide más.

—Continúa.

—A la orden —le susurro, derramando las palabras en su oído mientras me muevo de nuevo.

Me besa con una sonrisa y me muevo cada vez más deprisa.

¡Oh, Dios! Esto va a terminar pronto.

Piensa en cosas desagradables, me digo. Pero no puedo... solo puedo pensar en que estar dentro de ella es lo mejor que he sentido en la vida.

La beso en la garganta y ella hunde los dedos en mi pelo. Hace demasiado calor, me aparta deseando ponerse encima, pero se lo impido. Me incorporo para ponerme sobre mis rodillas, le alzo las caderas y la penetro con mucha más fuerza.

Ya no me mira, se muerde el labio inferior y sus manos son garras a punto de destrozar la almohada que tiene bajo su cabeza. La cabellera le cubre parcialmente su cara ladeada y yo jamás la he visto más

hermosa. Cierro los ojos obligándome a no mirarle mientras sigo apretando su cintura y sus caderas. Alzo la cabeza para tomar aire y mis embestidas se vuelven más lentas, pero mucho más fuertes. La oigo gritar cuando mi mano busca la unión entre sus muslos y la acaricio. Abro los ojos y sé que la visión de sus pechos elevándose a cada acometida no se me borrará jamás de la mente. La oigo gemir con más fuerza y me vuelvo loco. Con el pulgar sigo acariciando la zona más sensible de su cuerpo, mientras con la otra mano acaricio su pecho, con suavidad al principio y más fuerte después hasta que finalmente la pellizco.

Siento cómo sus gemidos aumentan, y sé que no puedo más. Me tensó, dejo de respirar y estallo en mil pedazos. Muevo las caderas más rápido antes de permitirme tomar aire. La escucho gritar. Tiembla en torno a mi miembro y aunque enseguida se muerde el labio para guardar silencio, no acaba de conseguirlo del todo. Sus ruidos eróticos es lo único que necesito para terminar y desplomarme sobre ella. Saciado y completamente feliz.

No todo iba a ser tan bonito

Cristina

—Quédate un poco más.

Noto los dedos de Àngel acariciando mi espalda. Cierro los ojos y ronroneo saciada. Ha sido espectacular. Si la primera vez creí que había sido todo lo perfecto que puede ser hacer el amor con Àngel, la segunda vez me ha dejado claro que no tenía ni idea de lo que era el buen sexo hasta ahora.

Noto cómo me abraza por la espalda y su mano se posa en mi cadera para después descender hasta mi entrepierna. Jadeo y contengo la respiración.

—No puedo —le digo apenas sin voz—. Irene debe estar buscándome.

—No lo hace —me dice, al tiempo que me besa el cuello.

Sonrío y mi mano se hunde en su pelo. Pero no puedo seguir con esto, tengo que irme.

—Me voy.

Me escapo a gatas de la cama y empiezo a vestirme mientras él me mira con una expresión realmente desolada.

—Quita esa cara —le ordeno.

—No puedo. —Me guiña un ojo y sonrío a su pesar—. No te vayas. Quédate.

Niego con la cabeza.

—Marina debe estar con Carlos y la pobre Irene...

—Pensará que estás conmigo, discutiendo u ocultando mi cadáver.

Ambos nos reímos. ¿Sería tan descabellado que pensara eso? Lo cierto es que no. De hecho, es mucho más probable pensar en que podría haberle matado que no acabando acostándome con él.

Cuando estoy vestida me hago una coleta alta como puedo. No quiero ni ver mi pelo en el espejo después de semejante revolcón.

—Nos vemos mañana —le digo y él asiente con rapidez.

—Sí, te llamaré.

Y no tengo la más mínima duda de que así será, aunque no tengo muy claro por qué pienso así.

Nos miramos en silencio hasta que cierro la puerta cristalera del dormitorio y me voy con paso rápido.

Dos minutos después, llego a la casa principal. Ya apenas se ve a nadie, solo un par de cuerpos tirados en los sofás exteriores y un tipo en remojo en la piscina.

Veó a Marina en el sofá del *chill out* besando a Carlos como si le fuera la vida en ello. ¡Oh! Son tan adorables.

Sonrío feliz por ellos y lo cierto es que soy una tonta... ¿por qué no me quedaré un rato más con Àngel?

¿Por qué no pasar la noche entera con él? Por Irene, pobre, debe estar...

Sí, buscándome empecinadamente y preocupada por si me ha pasado algo. Asiento mientras río cuando la veo acurrucada sobre uno de los colchones que hay sobre un palé. Le sonrío a un tipo bastante guapo entre beso y beso.

Miro por encima del hombro. Algunos arbustos y árboles se interponen para ver la casita de la piscina, pero debe seguir ahí, solo y todavía desnudo.

Decidida, empiezo a deshacer el camino andado. Como una idiota sonrío a cada paso, hasta que salgo al camino de piedra y a lo lejos puedo ver cómo el farol de la caseta está encendido.

Acelero el paso cuando la puerta se abre y del interior sale Àngel.
Me quedo parada en medio del césped al ver que tras él y agarrada de la mano está Patricia que no duda en besarle.
Vaya... No ha perdido el tiempo.
Soy una idiota. No aprendes Cristina.

Àngel

No me lo puedo creer. No sé si es que ha sido por pura casualidad, o si es que estaba esperando que Cristina se largara, sea como sea, Patricia es de las personas más persistentes y cabezotas que conozco.

—Pero, Àngel...

La cojo de la muñeca y la arrastro hacia fuera. Lo último que quiero es que nos vean juntos antes del amanecer y se lo cuenten a Cristina.

A pesar de que ve claramente mi determinación no duda en hacer el último intento desesperado.

Se lanza sobre mí y me besa. Me abraza el cuello dispuesta a no soltarme hasta que cambie de opinión, pero lo que no sabe es que esto no va a pasar. Aprieto los labios y los mantengo bien cerrados, a los pocos segundos intento deshacerme de los brazos que aprietan mi cuello. Lo consigo a duras penas.

—Para.

—No entiendo que no quieras.

—¿No entiendes? Pues deberías. Y para que te quede claro: comprende que no quiero nada contigo.

Me mira ofendida. Sin duda no está acostumbrada a que le digan que no.

—¿Es por esa loca? ¿Cómo has podido fijarte en ella?, ¿qué tiene? Absolutamente nada.

Ella misma se contesta y a mí me da mucha pereza tener que aguantarla.

—Basta, no la llares loca. Y no es por ella. Es por ti. —Le digo, aún alucino que le cueste tanto de entender—. ¿Cómo puedes creer que sienta algo después de lo que hiciste?

—Pensé que teníamos una relación abierta.

Retrocedo otro paso. Cuánto más lejos de ella, mejor.

—¿En qué momento te di a entender que era una relación abierta?

Ella levanta las manos exasperada porque no la comprendo.

—No hacía falta decirlo. Somos músicos, vivimos en la noche... no sé, he visto cómo te miran las tías cuando estás en el escenario, ¿me quieres decir que nunca...?

—Nunca.

¿De verdad tengo que volver a decírselo? Es que no me lo creo. ¿En serio creía que le ponía los cuernos? Qué mala fama tenemos los pobres músicos. Si al menos fuera verdad, no me hubiera sentado tan mal, pero yo soy fiel hasta con quien no se lo merece.

—No, yo no hice nada de lo que te imaginas, en cambio tú sí me pusiste los cuernos con los guitarristas de tu grupo.

Sí, dos guitarristas, gemelos insufribles, de esos a los que le duele la cara de ser tan guapos.

—Àngel... solo fue sexo —dice, quitándole importancia.

—Para mí, no. Para mí fue romper mi confianza, algo que no vas a recuperar jamás.

Y con esas palabras doy más que por cerrado todo el asunto.

Àngel

He llegado un poco tarde a casa de Carlos.

Habíamos quedado que le ayudaríamos a recoger sus instrumentos y de paso recoger el mío que había dejado a buen recaudo en la casa. Por suerte, su servicio de limpieza se encargaría de recoger el mayor desastre que hubiésemos podido ocasionar en la alocada fiesta.

Evidentemente Cristina ya está ahí.

Me acerco y no puedo, ni quiero, evitar sonreír. Desde anoche que no puedo parar de pensar en ella. Este mediodía, al despertarme, la única visión que tenía en mi cabeza era su cabello esparcido sobre la almohada y sus ojos entrecerrados mientras le hacía el amor.

Suspiro. Ahí está, es perfecta, su cabello castaño se ha vuelto rubio en las puntas a causa del sol. Pienso en los días que hemos compartido en la playa, después de lo de la medusa y no puedo evitar sonreír. No me importa tener cada de idiota enamorado. Me hormiguean los dedos por las ganas de tocar su piel bronceada.

La sonrisa se me ensancha y cuando llego hasta ella, en un gesto tierno, le aparto el cabello de la nuca y le beso el hombro a modo de saludo.

Ella da un respingo y se aparta asustada.

Pienso que es porque se ha llevado un susto y no sabía quién era. Pero ahora que me mira su expresión no se suaviza. Desde luego no me mira con los ojos dulces de anoche.

—Hola —digo algo avergonzado y desconcertado.

—Hola.

Es un hola seco que no presagia nada bueno.

—¿Qué tal estas? —le pregunto a media voz para tantear el humor que se gasta hoy.

—Bien —responde secamente mientras se gira y finge buscar su botellín de agua, que acaba encontrando tirado en el suelo.

—No has contestado a mis llamadas.

Aparta la mirada y su respiración se vuelve algo irregular.

—He estado ocupada —miente.

—Ya veo. —La miro fijamente, porque a causa de la sorpresa no puedo hacer otra cosa.

No soy un tío muy listo al parecer. Cuando no me ha cogido el móvil esta tarde, he pensado que quizás estaba en la playa o ensayando, pero ahora veo que es simplemente que después del sexo, ha decidido que nuestra relación sea tan fría como siempre, incluso más.

¿Se arrepentirá de lo de anoche?, ¿cree que ha sido un error? Se me encoge el estómago y no quiero pensar que sea cierto, que se arrepiente de lo que compartimos anoche.

—Cristina... —No sé cómo decirle que necesito que espante todos mis miedos al respecto.

Dos segundos después, estruja el botellín de plástico con las manos y me mira enfadada.

—No entiendo lo que quieres.

Me quedo visiblemente sorprendido.

—¿Cómo que no entiendes...?

—No, no entiendo —me dice y su cabreo me asusta más de lo que me duele—. ¿Por qué quieres llamarme?, ¿quieres repetir? Creo que ambos sabemos que hay más de una voluntaria dispuesta a alegrarte el verano.

¿Pero qué está diciendo?

—No creo que sea necesario que insistamos en esto. —Nos señala a los dos como si "esto" fuera una cosa banal. Como si un "tú y yo" no tuviera sentido.

Respiro hondo, noto que voy a estallar. Me duelen sus palabras, me duelen y me ofenden. Pero esta vez, lejos de quedarme mirándola en silencio, me decido a dejar las cosas claras.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —exploto—. ¿Por qué eres tan insensible?

—¿Insensible, yo?

—Sí, después de lo de anoche... no sé. Pensé que...

Me mira más enfadada de lo que yo estoy y eso me desconcierta.

—¿Qué pensaste?, ¿qué podrías acostarte conmigo lunes, miércoles y viernes, y con Patricia, sábados y domingos?

Frunzo el ceño.

—¿De qué coño estás hablando?

Me mira con una sonrisa que dista mucho de ser amistosa.

—¿Sí? —me pregunta con todo el cinismo del mundo—. ¿Te acabas de acordar de algo?

Cierro los ojos y cuando los abro mi enfado ha desaparecido. Sé perfectamente por qué está así.

—Nos viste.

—Sí.

Alza los brazos y los deja caer mientras menea la cabeza, seguramente pensando cosas que no son y recriminándose haberse fijado en un tipejo como yo.

—Cris...

—En serio... No pensé que fueras así —me dice y no sé si defenderme o atacar por pensar que estar con ella no fue importante y que podría estar con Patricia después de lo que hicimos.

—Lo que viste... Patricia vino y...

—No me interesa —me corta.

Me mira directamente a los ojos para que entienda que va muy en serio.

—Tú y yo no somos nada. No salimos y puedes acostarte con quien quieras. Entre tú y yo...

—Basta. Ya es suficiente. —Le digo—. Sí que somos libres y que no tenemos ninguna relación, pero no podría acostarme con otra después de haberlo hecho contigo, no sin dejar claras las cosas entre tú y yo. Puede que no quieras una relación o que para ti lo de anoche no fuera importante, pero para mí lo fue, y... Se cabrea más por momentos, dejándome claro que no me cree ni una palabra.

—Os vi besándoos. No me importa...

—Te importa —le grito y ella me fulmina con la mirada.

—Pues va a dejar de importarme pronto.

—No me acosté con ella. Me besó y la rechacé. Punto.

Ese punto parece callarla por unos instantes. Me mira fijamente y con desconfianza mientras coge aire profundamente.

No veo que su cabreo haya menguado, pero al menos está callada y seguro que reflexionando sobre lo que le he dicho.

—Por favor... —continúo. Y quizás debería haberme callado porque veo cómo aparta la mirada y se cruza de brazos.

Me acerco unos pasos. Está a la distancia de un brazo, si quisiera podría tocarla, pero no quiero, si lo hago no entrará en razón.

—Ya sabes cómo es Patricia —intento explicarle—, me pilló desprevenido. No le devolví el beso. Le dejé claro que no quería nada con ella. Y créeme que lo ha entendido.

Me mira algo más calmada.

—No tenemos nada, Àngel. No puedo, ni quiero recriminarte con quién te enrolles y te acuestes. Pero si

querías acostarte con Patricia deberías habérmelo dicho.

—No me acosté con ella. —Y ahora es mi tono el que es bastante duro—. ¿Entiendes que no volveré a tocarla?, ¿puedes entender que me gustes y que quiera estar contigo? —Me callo unos segundos—. Solo contigo.

Ella agacha la cabeza y parece reflexionar.

Sea lo que sea que esperaba que me dijera, no era esto:

—Es mejor que olvidemos lo que pasó anoche. Que olvidemos todo lo que pasó.

—No estás hablando en serio —le digo claramente sorprendido.

—Claro que sí, solo fue...

—No lo digas. —La freno y ahora sí estoy enfadado—. Empieza a aceptar que lo que pasa entre nosotros no tiene nada que ver con el puto saxo, ni con Patricia, ni con el hecho de haberte obligado a hacernos los coros. Entre nosotros hay algo, desde el mismo momento en que te encontré en mi furgoneta. Que quieras fingir lo contrario no significa que lo logres y que sea menos cierto.

Se da la vuelta y se aleja de mí unos pasos, después me mira entre enfadada y triste.

—No quiero sentir esto —me dice.

Pues vaya, qué bien.

Alguien siente algo por mí y se cabrea porque es lo último que desearía. Eso es simplemente el golpe de gracia que necesitaba mi autoestima para saber que soy un tío con mucha suerte en el amor.

—Siempre enamorándome de quien no debo —susurro. Y no sé si me ha escuchado. Si lo ha hecho, le importa más bien poco.

Va siendo hora de que empiece a aceptarlo.

—¿Sabes qué...?

No puedo acabar la frase porque Carlos aparece corriendo hacia mí. ¡Dios mío! Carlos y sus interrupciones.

—¿¡Y ahora qué!?! —le grito.

Lleva el teléfono en la mano y parece claramente preocupado. Frunzo el ceño y el corazón se me para cuando le escucho hablar.

—Àngel... es tu abuela.

Cristina

No he podido pegar ojo en toda la noche. Entre vuelta y vuelta en la cama, cuando cerraba los ojos, solo podía ver la cara de Àngel, asustado, triste, desconcertado.

¿Le habrá pasado algo grave a su abuela? Por supuesto que sí y yo, empeorando las cosas con mi ataque de celos. Justificados, pero celos que él no provocó.

Pienso en la llamada de la tarde anterior. Sin duda, era importante, porque a Àngel le faltó tiempo para arrebatarse el teléfono de las manos a Carlos.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Carlos con preocupación.

—La abuela de Àngel está en el hospital. No lo localizaban y me han llamado a mí.

En ese momento no supe qué decir, ni qué hacer. Así que me quedé en silencio sin hacer nada más.

Después de devolverle el teléfono a Carlos, Àngel empezó a correr hacia la entrada de la finca donde había aparcado el coche.

—Tiene Alzheimer. —Recuerdo las palabras de Carlos y me entra un sudor frío.

Pobre Àngel. Sin padres, su abuela es lo único que tiene y se va olvidando de él poco a poco. Eso es muy duro.

Trago saliva y con ella, las ganas de llorar. No puedo dejar las cosas así, tengo que arreglar lo nuestro,

aunque sea para que tenga una preocupación menos.

Me doy la vuelta en la cama y veo el saxo en el soporte.

—Puedes llevártelo a casa. Tú lo cuidarás mejor y mañana... quizás quieras acercárselo a su casa.

Lo que quería decir Carlos con eso es que: *igual quieres hacer las paces y dejaros de tonterías de una vez.*

Había recogido en silencio, acariciando el saxofón con ternura reverente. Después de ponerlo en su estuche, me fui a casa, dejando a Irene y Marina con los chicos.

Al llegar no lo toqué, simplemente lo saqué de su funda y lo contemplé mientras pensaba en Àngel. Hacía apenas un mes yo no sabía nada de él, pero verlo a diario había supuesto que se metiera en mi vida y cómo no, poco a poco en mi corazón. Sonaba cursi, ¿pero acaso no era la verdad?

Àngel, con su cinismo, su extraño sentido del humor, sus pullas, sus miradas silenciosas y cargadas de significado... no sé cómo, pero me habían hecho abrir un poquito los ojos, sentirme menos sola, menos encerrada en mí misma.

Antes de Àngel tenía a las chicas y apenas me relacionaba con nadie que no entendiera que, a veces, necesitaba estar sola, en silencio y no ser perfecta tal y como quería mi padre.

Siempre me había costado hacer amigos, pero no me importaba, porque por el desapego de mis padres, no había necesitado a nadie. Con Irene y Marina me era más que suficiente, aunque sin ellas estaría perdida.

Siento cómo los ojos se me humedecen. Ahora tenía nuevos amigos, los chicos me han acogido sin dudar y no les importa quedarse a tomar cañas conmigo o salir por ahí, por el mero placer de disfrutar de las bromas y la compañía.

—Yo, con amigos nuevos. —Suspiro.

Sé sincera Cristina, me digo. Querer abrirme, querer salir, querer ir a fiestas, ¿no es en parte una excusa para verle? Cierro los ojos y conmigo puedo ser algo sincera, aunque duela. En parte sí, en parte era necesidad de verle, mezclada con algo de curiosidad por saber cuál sería su último comentario irreverente que me haría querer arrancarle la cabeza.

Sonrío con tristeza y abrazo la almohada.

Àngel se había abierto paso hasta mi duro corazón de piedra casi desde el principio. Y admitamos que eso era una proeza increíble, que bien se merecía que le correspondiera con el beneplácito de la duda.

Me visto rápido y sin desayunar me marchó con el coche. Llevo el estuche del saxo sobre el asiento del copiloto que después de adentrarme en el camino rural que lleva hasta su casa, traquetea constante.

Una barrera de acero no deja ver nada del interior, a lo largo de la pared hay una hilera de cipreses que tapan el campo de visión de cualquiera que pase por allí. Detengo el coche algo indecisa, y sin bajarme, con la ventanilla abierta, espero no haberme equivocado con las indicaciones que me dio Carlos.

Aprieto el botón y el tono característico se escucha alto y claro. Dejo pasar diez segundos antes de volver a darle. Sé que el telefonillo lleva una cámara, así que estiro el cuello y me hago visible. Solo espero que después de nuestra última conversación no me mande a la mierda.

—¿Sí?

—Mmm... soy yo. Cristina.

—Hola.

Sin duda es Àngel. Escucho su voz y se me acelera el corazón.

—¿Puedo pasar? —Di que sí, "porfa"—. Llevo tu saxofón.

No contesta, pero a los pocos segundos escucho el motor de la puerta ponerse en funcionamiento y la barrera se retira para dejarme ver un camino de grava que lleva a la casa de dos alturas. ¡Vaya! Me quedo algo impresionada por las palmeras, y los árboles frutales que se ven por toda la extensión de la finca.

Pongo el coche en marcha de nuevo y avanzo despacio por el camino hasta llegar a una especie de

rotonda. Doy media vuelta y aparco cerca de la entrada. Cuando salgo del vehículo empiezo a sudar a mares y creo que no le puedo dar la culpa solo al calor infernal de este verano.

Me doy media vuelta para ver la entrada de la casa y Àngel está ahí. Se me acelera el pulso cuando avanzo hacia él.

Más guapo que nunca, con unos vaqueros sobre la rodilla, una camiseta blanca de manga corta y descalzo. Nunca lo había visto tan guapo. El sol le ha aclarado el cabello y su cara está mucho más morena de lo que se puede apreciar de noche en las verbenas.

—Hola. —Me acerco con una pequeña sonrisa amigable.

Llevo mi vestido azul, una coleta alta que me despeja la cara, pero no me quito las gafas de sol para que me vea, o que al menos observe que estoy algo arrepentida de cómo lo traté la última vez que nos vimos.

—¿Qué tal?

—Bien.

Asiento ante su respuesta escueta y me acerco un poco más a la entrada, diciendo que puedo soportar perfectamente esta conversación de besugos.

—¿Quieres pasar?

Digo que sí demasiado rápido.

Noto un cierto alivio al ver que no me echa de casa diplomáticamente.

Subo el peldaño que nos separa del porche y abre la robusta puerta de madera.

Al parecer, Àngel no es un indigente. Lo sé cuando veo la amplia entrada, decorada con buen gusto. No hay aire acondicionado, pero hace fresco. Todo está en penumbra y me siento algo cohibida por estar ahí.

—Estaba preparándome algo de merendar. ¿Quieres algo?

—Un vaso de agua, gracias.

Él asiente y atravesamos el salón hasta llegar a la cocina que da a la parte trasera de la casa. Me ofrece asiento en uno de los taburetes de la isla mientras saca agua fresca de la nevera. Además, me sirve un zumo de naranja natural que se estaba preparando para él y que yo no he pedido.

Dejo el estuche sobre la encimera.

—Está intacto —le digo a modo de broma.

Me mira de reojo mientras saca el pan de molde de la bolsa.

—¿Unas tostadas?

Algo avergonzada, asiento.

—Vale. —Me encojo de hombros.

Supongo que, si merendamos juntos, tendremos tiempo para hablar, y a mí, seguro que se me ocurren algunas bonitas palabras para pedirle perdón por mi mala leche y que él las acepte.

—Así que intacto, ¿eh? —me pregunta refiriéndose al saxo—. ¿No lo has tocado?

Me encojo de hombros.

—He tirado tu boquilla a la basura, como hiciste con la mía, aparte de eso...

Él se da la vuelta rápidamente para mirarme y suelta el aire aliviado cuando ve en mi cara que es una broma.

—Tu boquilla está en mi cuarto, después te la bajo.

—Finalmente no la tiraste a la basura por profanar tu saxofón.

Él menea la cabeza.

—Se me pasó por la cabeza, pero es tremendamente cara.

Ya lo creo que lo es.

—Anoche no toqué el saxo, pero lo saqué de su estuche.

De su cara no desaparece la sonrisa mientras menea la cabeza. Pone el pan en la tostadora y acaba de sacar jamón, mantequilla y mermelada de la nevera.

—¿Te ayudo?

—No, gracias. Siéntate.

Hago lo que me dice y vuelvo a poner el culo en el taburete alto de acero inoxidable y acolchado en blanco.

—¿Tú abuela sigue bien? Carlos me ha dicho que ha sido un susto.

—Se cayó en el jardín, solo un pequeño corte en el brazo. Está arriba descansando.

—Es un alivio.

—Sí que lo es —me dice. Por un momento puedo ver que todavía está algo asustado por todo lo sucedido. Pero prefiero no decir nada.

Nos quedamos en silencio mientras él acaba de preparar la merienda. Lo coloca todo sobre la isla y se sienta frente a mí.

Creo que pasa un minuto que se hace eterno mientras nos miramos en silencio.

—¿Agua o zumo?

No contesto lo suficientemente rápido y me sirve los dos.

Deja las tostadas en mi plato y un cuchillo para cortar el tomate.

Empezamos a comer en silencio.

—No he venido a desayunar —le digo al cabo de un minuto.

—Lo sé.

Su respuesta no es beligerante, pero reconozco que no da pie a mucha más conversación, así que sé que voy a tener que esforzarme un poco.

—Yo... te pido disculpas por lo de ayer. —Aunque me mira, no me interrumpe—. Creo que dijimos cosas que no queríamos decir.

Él alza una ceja y sigue esperando que continúe con mi monólogo, eso me hace mirarlo con menos simpatía.

—Estoy intentando disculparme, ¿vale? Aunque no sé muy bien de qué o por qué. Y como me cuesta tanto, creo que deberías poner un poco de tu parte.

Se ríe con la boca llena y tarda varios segundos en poder tragar y contestarme.

—Creo que fuiste injusta al pensar que me acosté con Patricia justo después de que te marcharas.

En eso tiene un poco de razón.

—De todas formas... —le digo agachando la cabeza— si lo hubieras hecho, eres libre. Yo...

—Creo que ninguno de los dos piensa eso. Soy libre, pero si lo hubiera hecho, estaría mal. Porque creo haberte dado ciertos indicios de que no me liaría con otra mientras intento algo contigo.

¿Algo contigo? Pienso en esas palabras y no sé exactamente qué significa ese "algo contigo" pero sí sé lo que quiero que signifiquen... todo es tan complicado.

—Yo tampoco me liaría con otro mientras no aclaremos las cosas.

—¿Eso has venido a hacer hoy? ¿Aclarar las cosas?

Me encojo de hombros, mientras pego un bocado a la tostada. Tener la boca llena evitará que diga algo indebido antes de pensar. Trago y carraspeo.

—Creo que he venido porque me preocupó cómo te fuiste ayer.

—Mi abuela está bien, ya te lo ha dicho Carlos.

—Sí, pero no me refiero a eso.

¡Joder! ¡Qué difícil es todo!

Nuestras miradas se cruzan y quedamos atrapados por un momento. Respiramos al unísono y creo que ambos esperamos que el otro continúe.

Esa maldita manía siempre de meter la pata con algo indebido, supongo que nos ha vuelto más cautos.

—¿A qué te refieres, entonces?

—A que... —Aparto la mirada porque me pone nerviosa y no puedo concentrarme en lo que realmente

quiero decirle.

Pero como siempre, él se me adelanta:

—Si te preocupa que me enfade y no te deje el saxofón de tu abuelo para la prueba, ya te dije que te despreocuparas. No soy un monstruo. Sé lo que significa esa prueba para ti. De hecho, creo que ya me he pasado lo suficiente contigo.

Eso me hace alzar la vista y mirarle con cierta preocupación.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que me pasé tres pueblos al obligarte a que nos hicieras los coros.

—Pero...

—No debí haberlo hecho. Fue una tontería, lo primero que se me pasó por la cabeza. Desde luego no fue con mala intención, simplemente se me ocurrió.

—Pero a mí me encanta.

Creo que de todo lo que se esperaba que le dijera, esas palabras no entraban en sus planes. Me mira en silencio y yo no tengo más remedio que continuar:

—Me lo tomé como un reto. Si no hubiera querido, no lo habría hecho. La prueba es importante para mí, mucho... tanto, que me llevó al robo. Pero hacerlos los coros no ha sido una venganza. Me ha encantado estar con vosotros sobre el escenario. —Sonríó tímidamente—. Cierto que me hubiera gustado más tocar el saxo que hacer los coros, pero... al parecer, ya tenían a un buen saxofonista.

Le veo sonreír y poner los ojos en blanco.

—Es un saxofonista estupendo.

Me río ante su modestia.

—Lo sé.

—Tú tampoco lo haces mal, me dejaste impresionado. Eres brillante, Cristina.

Casi se me saltan las lágrimas al escucharle decir eso. Precisamente a él que hace que me muera de la envidia cuando toca tan maravillosamente bien el saxo de mi abuelo.

—Sobre el robo ya te pedí perdón, y también lo hago por mi desmesurada actuación de grupi en celo. — Es hora de aclarar las cosas—. Pero quiero que sepas que esa noche en la furgoneta... yo...

Me incomoda todo ese asunto. Por nada del mundo quiero que piense que me lie con él fingiendo que me gustaban sus besos, porque no fue así. Realmente me encantaron a pesar de que le consideraba un *robasueños*.

—¿Sí? —Me obliga a continuar.

—No me enrollé contigo como distracción. Bueno, así empecé, pero fue besarte... Realmente me atrajiste. —Cierro los ojos un momento, atraer no es la palabra, tiene que haber alguna mucho más apasionada, pero no la encuentro—. En fin... Luego todo se lio un poco.

—Lo sé.

Y realmente parece entenderlo, porque como yo, sabe que cuando estamos cerca, que cuando nos tocamos... nuestras voluntades no son tan fuertes como quisiéramos.

—No volveré a intentar robarte el saxo —le digo, señalando la funda con la cabeza y alzando la mano derecha en señal de juramento.

—Y yo no volveré a hacerte chantaje. Te lo dejaré y cumpliré mi palabra.

—Eso está muy bien.

No sé qué más decir. Aclarado este punto, solo me queda hablar de mis sentimientos, y esa es la parte más difícil.

Me sudan las manos y mi corazón late mucho más deprisa de lo que quisiera.

Acabamos de desayunar, entre miradas y silencios. Pongo los cubiertos dentro del plato al terminar y veo cómo la mano de Ángel se alarga hasta rozar mis dedos. Me quedo mirando su mano como hipnotizada. Respiro hondo y mis dedos se ponen en movimiento para acariciarle la palma. Cuando tira de mí no tengo

más remedio que levantarme y dar la vuelta a la isla hasta quedarme delante de él, entre sus piernas separadas al seguir sentado en el alto taburete.

—Cristina...

Asiento expectante, dispuesta a escuchar todo lo que me tenga que decir, sea bueno o malo, cualquier cosa para definir nuestra relación.

Pero él parece quedarse sin palabras y solo me agarra por la cintura y tira de mí hasta que definitivamente acabo entre sus brazos. Noto sus manos calientes cuando me aprietan y alza la cabeza para acercarse a mis labios.

Uno, dos, tres segundos... y cierro los ojos. El tacto de sus labios sobre los míos es suave, los roza dulcemente como tanteando el terreno. Pero no tiene por qué preocuparse, me sobran ganas de besarle y se lo hago saber cuando lo abrazo, acercándolo más a mí.

Jadeo al sentir sus manos subir por mi espalda medio desnuda a causa del vestido azul que me he puesto solo para verme guapa y sentirme más segura.

El roce con mi piel es único y me hace suspirar de nuevo. He echado de menos su sabor. Noto su lengua pujando para entrar y cedo al beso que se vuelve apasionado.

Sin control nos acariciamos por encima de la ropa hasta que él se levanta y me recuesta sobre la isla de la cocina. Mi cola de caballo cuelga sobre esta y, de repente, se acaba la magia.

—¡Ah! —grito ante el súbito tirón de pelo.

—¿Qué? —Àngel se aparta y mira el resto del desayuno—. ¡Manchitas! ¡No!

¡Dios mío! La gata se enzarza con la bolita peluda de mi coiletero.

—¡Quítamela! ¡Quítamela!

—Solo es mi gata. —Él se ríe, pero a mí no me hace ninguna gracia.

Cuando consigue agarrar a la bola de pelo y bajarla, empiezan los estornudos.

Me aparto sin poder parar.

¡Por Dios! Me lloran los ojos. Tengo que salir de allí.

—Soy al... aler... alérgica!

Él abraza a la gata contra su pecho y veo que frunce el ceño con cara de disculpa.

—Lo siento.

Sí, sí. Pero con eso entre los brazos no va a volver a tocarme.

—Te... te llamo.

Digo, estornudando mientras huyo de la casa.

Àngel, amante de los gatos. Lo que me faltaba.

La familia no la eliges, te toca

Cristina

Llevo mi vestidito de niña buena y yo odio ser buena. No es que sea mala, pero tener que acatar las normas sociales y del decoro simplemente para complacer a mi padre es algo que no soporto.

Aparcamos y vamos andando hasta la mesa circular que tan bien dispuesta está para nosotros tres. Para mi padre, su amante de turno (bueno, reciente esposa) y para mí.

Suspiro al dejarme caer en la silla y mi padre me lanza una mirada asesina. Sonrío como una inocente virgen de quince años.

Odio a mi madre, ahora debe estar tostándose al sol en Formentera, mientras yo tengo que lidiar con esto.

—Y dime guapa, ¿a qué te dedicas? —dice la modelo que mi querido padre, magnate inmobiliario que ha escogido para que sea mi nueva madrastra.

Sin dejar mi falsa sonrisa voy a contestarle, pero antes de poder hacerlo, mi padre habla por mí, como siempre:

—No hace nada. Se pasa todo el día tocando ese dichoso instrumento. —Ni siquiera me mira cuando habla del saxofón—. No hará nada bueno en la vida. Es una decepción. Por suerte conseguí venderlo.

Lo dice con los ojos en blanco, como si decir eso sobre una hija fuera lo más natural del mundo.

—Y yo irme de casa.

Mi sonrisa se congela en la cara e intento que no me afecte lo que mi padre piensa de mí. No me importa que piense que no soy buena para nada, yo sé lo buena que soy. Sé cuál es mi sueño y lo que quiero. Y lo conseguiré, sí o sí.

—Ese dichoso instrumento es mi saxofón —le digo con una actitud pasiva/agresiva que en mi familia sabemos lucir tan bien.

—¿Un saxofón? —Se ríe como si hubiera contado el mejor chiste de Dani Mateo—. Es tan... tan...

¡Por Dios!, ¿tan qué?

Cierro los ojos y soy capaz de estrangularla, aunque eso no quede demasiado bien en ese restaurante del hotel rural pijo al que me ha llevado mi padre. Setenta euros el plato y seguimos sin ser capaces de guardar las formas, porque acabaremos gritándonos, eso seguro. Pero, por suerte, solo tengo que cumplir una vez al mes, como mucho.

Parpadeo y juro que las lágrimas no irán a mis ojos esta noche.

Miro a la modelo de papá y ahora veo cómo le toca el brazo y sonrío picarona. En serio, me dará una arcada.

—¿Es tan qué? —le digo casi sin poder contenerme, como si no supiera lo que a la mayoría de retrógrados le parece que una mujer toque un saxofón.

Ella parpadea como si lo hubiera olvidado, pero de repente, responde:

—Ya sabes...

—¿Qué sé? —le digo, dango un respingo y fingiendo la mayor de las curiosidades.

—Que un saxofón es tan... ya sabes, esa forma fálica. —Se ríe con entusiasmo—. Es muy obsceno que lo toque una mujer.

¡Oh! De todas las memeces que me hubiera podido imaginar que diría, esa es de las mejores.

—¿Fálico?

Es lo único que consigo decir.

—Sí, ¡Tú ya me entiendes!

Noooo, qué va.

—Es muy sexy.

Y lo dice mientras se arrima más al brazo de mi padre, hasta que lo toca con las tetas. Aparto la mirada y resoplo.

—A mí también me parece obsceno que lo toques —me dice mi padre y esta vez sí me mira, con una de esas miradas que tiene tan bien ensayadas para cuando algo le parece simplemente intolerable.

Sí, que le parece obsceno ya lo sabía. Llevamos teniendo la misma discusión hace más de veinte años.

Intentando guardarme lo que me importa su opinión pongo mi ensayada sonrisa y me muerdo la lengua.

Mmmm... no, soy incapaz de mordérmela.

—Pues tocaba mucho mi saxo, hasta que mi padre me lo robó y lo vendió a un niño que me hace cantar para hacerle los coros.

Mi madrastra, que por cierto, se llama Sussi (en realidad es Susana, pero cree que Sussi es más sexy), parpadea y me mira como si lo que acabara de decir no le gustara.

Pues fastídate bonita, mi padre es un ladrón. Un ladrón al que tampoco le ha gustado que lo llame así.

—Ese saxofón no era tuyo, era del abuelo. Era de mi padre —dice con énfasis— y podía hacer con él lo que quisiera.

Eso es mentira. Le odio, ni siquiera sé por qué demonios estoy aquí. Aprieto los dientes y aparto la mirada hacia el camarero que solícito va a buscarme el vermut que le pido.

—¿Ya empiezas a beber?

¿Y encima no podré beber? ¿Cómo demonios cree que voy a soportar esta cena?

¡Hay que fastidiarse!

—Es el primero de mis cinco habituales. Además, hoy conduces tu papi.

Resopla enfadado y me siento mejor hasta que Sussi salta sobre sus posaderas y aplaude cuando varias comensales de la otra mesa también lo hacen.

—Mira, te vas a divertir —me dice por encima del hombro asintiendo con ganas—. Hay orquesta y hasta tienen un saxofonista.

¡Oh, Dios Mío!

Sí, es un cuarteto de jazz y sí, tienen saxofonista, piano, batería... ¿En serio? ¿Cómo demonios puede ser Mallorca tan pequeña?

Eduard, Toni y Àngel, aparecen con un chico que no conozco y su contrabajo.

Parece que no me han visto cuando empiezan a tocar. ¡Madre mía, son espectaculares! Y el instrumento de cuerda le da un toque fantástico.

—¿Son buenos?

Sussi me lo pregunta, y me queda claro que no sabría distinguir un buen grupo de jazz de unos monos aporreando cubos.

—Son los mejores —digo con orgullo.

Àngel empieza a tocar y cierro los ojos cuando interpreta una canción de Jonh Coltrane, es simplemente perfecto.

—¿En serio quieres acabar como uno de esos fracasados?, ¿dedicándote a tocar en bares y hoteles?

Siento cómo se me revuelve el estómago. He dejado de escuchar a Àngel porque el latido desbocado de mi corazón lo inunda todo.

—¿Quieres decir cómo el abuelo?

Mi padre me lanza su mirada inquisitiva y me da igual. No me importa lo que piense o lo que haga, yo sí quiero ser como el abuelo y no será él quien me arrebaté mi sueño.

No vayas por ese camino

Àngel

La veo, y por alguna razón que no llego a comprender... toco para ella.

Está sentada en la mesa junto a un hombre, supongo que por el parecido, será su padre. A su lado, una mujer mucho más joven que su acompañante está sentada junto a Cristina y le habla por encima del hombro cuando empiezo a tocar.

Cierro los ojos, aunque sé que se ha dado cuenta de que los chicos y yo, estamos aquí. Cuando los vuelvo a abrir, está discutiendo con el hombre. Durante toda la cena, nuestras miradas se han ido cruzando, y me entristece que no haya sonreído ni una sola vez. Al parecer le sobran motivos para estar enfadada. El hombre no para de hablarle y señalarla con el dedo, como si la estuviera regañando. Sin duda es su padre y la relación que mantienen no es nada buena.

Cuando llegan los postres, apenas nos faltan un par de canciones para terminar. Es entonces cuando la discusión sube de tono. El padre ha lanzado la visa oro sobre la pequeña bandeja donde está la nota de la cuenta. Es entonces cuando Cristina quiere terminar de una vez por todas con la velada. Se levanta de la silla estrellando la servilleta sobre su plato. Con decisión coge la cuenta y se aleja a grandes zancadas para poder pagar e irse.

Puede que los demás no se den cuenta, pero después de avanzar un par de metros, se pone a llorar.

Va en al metre, con la cuenta en la mano, pero en el último momento se mete la tarjeta en el bolso y varía el rumbo perdiéndose por el fondo del jardín.

Nos faltan dos canciones. Miro por encima del hombro a Eduard y se encoge de hombros.

—Vamos —me dice—. Lárgate, solo son cinco minutos.

Se levanta, al igual que Antoni, dando por terminada la actuación.

—Si no te das prisa, iré yo a consolarla —me dice nuestro teclista.

No lo dirá dos veces. Pongo el saxo dentro del estuche y miro a Eduard señalándoselo. Espero que me lo cuide bien hasta que vuelva.

Me pierdo por el inmenso jardín hasta que la encuentro. Desacelero el paso y le doy tiempo para que termine de llorar.

Veo su espalda. A pesar de que no es un vestido demasiado sexy, reconozco que está preciosa... Como siempre.

—¡Eh!

Apenas me mira por encima del hombro cuando acto seguido se vuelve para limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Eh? —me dice casi sin voz respondiendo a mi saludo.

—¿Ha sido una noche dura?

Ante mi pregunta vuelve a lanzarme una mirada por encima del hombro y yo me acerco un poco más hasta tocarla.

Se encoge y carraspea.

—No más que las otras que paso con mi padre.

—¿Un tipo duro?

Ella vuelve a encogerse de hombros y me pongo a su lado. Al girar la cabeza puedo verle el perfil, ese mentón altivo, esa nariz respingona y ese bonito pelo que me muero por volver a acariciar.

Trago saliva y carraspeo de nuevo. No es momento de pensar en ello, pero después de la interrupción de mi gata en la cocina, me muero de ganas de volver a besarla.

—¿Quieres hablar?

Menea la cabeza en señal negativa.

Me acerco a ella y la cojo por los brazos, ella se aparta un poco, como dudando de si va a permitirme que la consuele o no.

Me mira directamente a los ojos y niega con la cabeza.

—Es mejor que no digas nada.

—Entonces... mejor me voy. —Mis palabras parecen no sentarle nada bien—. ¿Qué?

—¿Ya está? ¿Te vas? —pregunta, cruzándose de brazos.

En serio, que por muchos años que viva jamás entenderé a esta mujer.

—¿Me quedo? Pensé...

—Ese es tu problema Ángel, piensas demasiado.

Entonces lo vuelve a hacer, alza los brazos y se tira a mi cuello. Apenas puedo reaccionar cuando noto su boca abriéndose sobre la mía. Suspiro y mis manos se mueven suavemente sobre su espalda.

¡Todo parece cobrar vida! Mis brazos la abrazan, mis manos la tocan y mis pies se mueven hasta arrastrarla contra el tronco del árbol más cercano. La beso apasionadamente, con unas ganas y una fuerza que me son ajenas con cualquier otra mujer.

Ella se amolda a mi cuerpo.

Me encanta sentirla entre mis brazos, por primera vez es como pulsar las llaves de un saxofón. Tengo la necesidad de saber qué punto presionar para sacar la melodía que quiero.

Siento sus dedos perdidos en mi pelo y noto que me estoy excitando como nunca. Agarro la tela de su vestido y la subo hasta que consigo encontrar la carne de su muslo bajo ella. Cristina jadea contra mi boca y me excito todavía más.

Hablo contra sus labios, palabras ininteligibles que quieren decir que debemos parar.

No es momento, ni el lugar. Pero me muero por estar con ella, dentro de ella.

—No podemos —le digo contra su boca y ella como respuesta agarra mi trasero y me empuja hacia sí para que no quede distancia entre nosotros.

Estoy entre sus piernas y cuando siento que se mece contra mis caderas, siento que voy a estallar.

—En serio, esto... no puede... no puedo.

Vuelve a apoderarse de mi boca y mis manos enmarcan su rostro para poco después deslizarse sobre su cuerpo: aprieto sus pechos y la noto gemir.

Por algún motivo ella deja de besarme. Jadea frente a mí, pero sin separar nuestras frentes.

—Podemos ir a una habitación. —Me mira y sé que iría a cualquier parte con ella.

—Una habitación de quinientos euros.

—Tengo la visa de mi padre —me dice y se ríe.

Pero yo no me río en absoluto.

—Cristina...

—Vamos. Me la ha tirado para que pague la cena y vea lo que puedo pagar si me porto bien y dejo esa tontería del saxofón.

Le beso tiernamente la mejilla y ella me abraza.

—Vamos... —No está dispuesta a ceder—. ¿Quieres o no quieres estar conmigo?

Sí, sí quiero. No he deseado nada más desde que me encerré con ella en mi furgoneta, desde que intentó seducirme consciente de que no iba a llegar hasta el final, solo para robarme el saxo. No puedo creer que esa persona sea la misma que tengo entre mis brazos. Con luces y sombras, Cristina es simplemente, única.

—Sí —le digo.

Su sonrisa me desarma por completo.

—Bien.

Me coge de la mano y me arrastra hasta la entrada del hotel.

No negaré que me sonrojo cuando Damián, el recepcionista, me ve entrar con ella.

—Buenas noches, Àngel.

Cristina sonríe y se adelanta.

—Nos quedaremos a pasar la noche, si tiene habitaciones libres.

—Por supuesto. —Damián me mira de reajo con una sonrisa que claramente quiere decir que soy un hombre muy afortunado. No por la visa oro, sino por tener a una mujer como Cristina queriendo pasar la noche conmigo.

—Cárguelo a esta tarjeta, junto con la cena de la mesa del señor Martorell.

Le está encantando esto de cargar un polvo a la visa de su padre.

Mágica sinfonía

Cristina

Entramos en la suite y lo hacemos sin separar los labios el uno del otro.

No pienso parar de besarle, no quiero darle tiempo a que su cerebro piense, a que se arrepienta de tenerme entre sus brazos y hacerme el amor.

—¿Llevas?

—Uno en la cartera.

Sonrío contra su boca mientras voy desabrochándole la camisa blanca.

—Bien, yo también llevo uno en el bolso, así que podremos repetir.

—Vaya por Dios... —gime, profundizando el beso y abrazándome con fuerza y me arrastra dentro de la habitación, hasta que el interior de mis rodillas tocan la cama.

Me tumbo sobre ella, o más bien es él quien se tumba sobre mí y me aplasta contra el colchón. Si lo pienso, creo que jamás he estado más excitada en mi vida. Y por la prisa que se da en quitarse la camisa, creo que él también está satisfecho con el ritmo y el deseo que llevamos.

Ahora sus besos pasan al cuello y me lame la zona sensible. Jadeo mientras cierro los ojos. Va a pasar, por fin va a pasar otra vez.

Mis manos inconscientemente buscan su trasero y lo aprietan con ganas, admitamos que Àngel tiene un culo fantástico. Nuestras caderas se frotan entre sí y puedo notar lo mucho que me desea, eso me pone todavía más.

—Vamos a tener que tomarnos esto con más calma —me dice volviendo a besar mis labios, esta vez con un toque suave mientras me sonrío.

—¿No has oído lo de los dos condones? —le pregunto descarada mientras mis caderas ondean buscando un contacto más íntimo.

—Cristina...

—La segunda vez seremos todo lo calmados que quieras.

Me mira con la respiración acelerada y asiente mientras se ríe.

—Tú ganas —me dice, estrellándose contra mi boca y yo apenas puedo entenderle.

Se aparta hasta ponerse de rodillas sobre la cama, pero aún entre mis piernas. Me quita los zapatos de tacón, y sus manos grandes y finas avanzan acariciando la piel de mis pantorrillas, primero, y llegando a los muslos, después. Tira de mis braguitas mientras yo contemplo su torso desnudo y jadeo cuando vuelve a cubrirme.

Con uno de sus dedos comprueba la humedad de mi interior y yo jadeo apretándolo más contra mí.

Juego con su cabello, mis dedos se enredan en su pelo mientras me besa en la boca, la barbilla, el cuello... jadeo con más intensidad y mis caderas se elevan una vez más buscando el tacto de su mano.

—Vamos —le apremio.

Sé que el muy cretino está sonriendo cuando su boca empieza a torturar mis pechos. Mientras me baja los tirantes del vestido y deja expuesto el encaje de mi sujetador, sus labios humedecen la tela hasta que mis pezones amenazan con sobresalir.

Doy un pequeño grito y él muerde la zona con delicadeza.

—Se acabó. —Soy consciente de que apenas ninguno de los dos ha entendido las palabras, pero lo agarro de la nuca y le obligo a mirarme—. No te atrevas a reírte.

Estoy tan excitada que como no empiece pronto voy a ponerme de muy mal humor.

—Eres una impaciente.

Asiento, dándole la razón, creo que por primera vez.

Pillándolo desprevenido lo empujo hasta ponerme sobre él. A horcajadas puedo contemplar su torso desnudo y el deseo de sus ojos me hace jadear.

—Dios. —Mis manos rápidas buscan la hebilla de su cinturón.

Mientras él intenta no removerse bajo mis caderas, yo desato el cinturón y le desabrocho el botón del pantalón.

Mi mano acaricia sobre la tela algo que ansío sentir más que nada.

—Vas a matarme. —se humedece los labios y me agarra de las caderas—. Por favor.

Yo asiento satisfecha.

—Por supuesto.

Ángel se alza conmigo, aún a horcajadas sobre él y me besa apasionadamente. Me baja la cremallera del vestido y me lo saca por la cabeza mientras me mezo contra él. De sus pantalones saca la pequeña cartera con el envoltorio plateado que rasga sin dificultad. Maniobra para bajarse los pantalones y calzoncillos, lo suficiente para poder ponerse el condón.

Lo abrazo y beso como si me fuera la vida en ello.

Cada beso, abrazo o caricia hace que todas mis terminaciones nerviosas se despierten. Estoy tan húmeda que no sería ningún esfuerzo recibirlo en mi interior en esta postura. Pero al parecer Ángel no está de acuerdo.

Me abraza y me hace rodar sobre el colchón. Se quita los pantalones. Y la única tela que cubre nuestros cuerpos es el encaje blanco de mi sujetador, hago el intento de quitármelo, pero él me para. Coge mis manos y las pone sobre mi cabeza, haciendo que me agarre a la barra de la cama. Por favor, estoy tan excitada que no sé si podré evitar lloriquear.

—Por favor... —suplico.

Él asiente, por fin.

Sus manos recorren mis brazos hasta llegar a mis pechos, me pellizca el pezón sobre la tela y mi grito de placer es irreprimible.

—Por favor...

Abro las piernas y por fin todo su cuerpo está tocando el mío. Me besa apasionadamente, con una fuerza que me hace desasirme de la cama y buscar su cuerpo para tocarle. Puedo apenas tocar los músculos de su espalda, hasta que se da cuenta y vuelve a apartarme.

—No, no, no... —me repite, obligándome a volver con las manos sobre mi cabeza—. Si me tocas acabaremos antes de empezar, ¿vale?

Asiento. Seguramente porque en este estado lamentable de enajenación mental, podría decirle cualquier cosa que él me pidiera.

Noto cómo sus manos se deslizan sobre mis pechos apartando el encaje. Siento la fresca sensación del aire frío de la habitación sobre mis pezones erectos y jadeo alzando las caderas.

No me hará suplicar más, lo sé cuando noto cómo poco a poco se adentra en mí. Pero lejos de sentirme satisfecha, vuelvo a suplicar:

—Por favor... más.

Se alza sobre sus manos y embiste con más fuerza.

Más rápido.

Más fuerte.

Con un par de embestidas más me voy a correr. Siento cómo cada músculo de mi cuerpo se tensa mientras él sigue el ritmo que yo le exijo.

Me alejo de la barra de la cabecera de la cama y mis manos vuelan sobre su cuerpo desnudo. Hacemos el

amor bajo el aire acondicionado y no podemos estar más calientes y sudorosos.

Mi boca se apodera de la suya y nos besamos entre jadeos que me excitan cada vez más. Enroscó mis piernas alrededor de su cintura y él me acaricia los muslos y aprieta mis muslos evitando que me mueva y haciendo que las estocadas sean más profundas y rápidas.

Mi espalda se arquea y de pronto ya no gimo. Contengo la respiración porque creo que me voy a morir. Me muerde el cuello delicadamente y estallo. Me corro sin hacer ruido, pero no es necesario para expresar lo que está pasando. El traidor de mi cuerpo se retuerce y tiembla. Mis manos y brazos lo aprietan para que no pueda alejarse.

Noto cómo él aumenta el ritmo si es que eso es posible, y me dice cosas al oído que alargan el placer del orgasmo.

—¡Ah! ¡Sí!

Lo siento tensarse sobre mí y me besa frenético antes de soltar un grito de un animal herido contra mi boca.

Sigue penetrándome un par de veces más, cada vez más lento e inseguro mirándome a los ojos. Me besa tiernamente y noto cierta inseguridad en él que me parece entrañable.

—Ha sido... perfecto —le digo. Noto que sale de dentro de mí y ya lo echo de menos.

Me abraza y me besa de nuevo.

—A mí también me lo ha parecido.

Nuestros cuerpos aún calientes se acurrucan sobre el colchón de la cama de matrimonio. Me preocupa que se cierre como una ostra, que se arrepienta de lo que ha pasado aquí esta noche, pero no puedo hacer nada...

Le oigo suspirar.

—¿En qué piensas? —le pregunto mientras acaricio su brazo con la punta de los dedos.

—En que Eduard debe estar alucinando. Le mandé un mensaje desde recepción para que se fuera sin mí.

—No debe saber qué está pasando.

Ahora se ríe.

—Me vio largarme detrás de ti. Creo que sabe perfectamente qué ocurre.

Ambos nos reímos y noto cómo me besa la coronilla. Un gesto tierno que jamás pensé recibir de él.

—¿Se ha llevado los instrumentos? —pregunto preocupada—. ¿Nuestro saxo está a salvo?

Él asiente.

—Nuestro saxo, está a salvo.

Suspiro, satisfecha.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—¿Vas a seguir pagando con la tarjeta de tu padre? —me reprocha.

—Eh, me lo debe por haber vendido mi saxo.

—¿Y por eso vamos exprimir su visa oro?

—¡Por supuesto! —Me río con él y suspiro volviendo a poner mi mejilla contra su hombro—. No puedo creer que mi padre haya pagado el polvo de mi vida.

—¿Eso ha sido? —me pregunta, divertido.

Me río.

—Bueno... no lo has hecho nada mal.

—Polvo de mi vida —Ahora es él que se ríe—. No puedes retirarlo.

—¿Ah, no?

—No, pero podríamos hacer que haya otro *polvo de mi vida*.

Asiento, satisfecha.

—Sí, me encantaría tener *polvos de mi vida contigo*.

La audición

Cristina

¡Llego tarde!

Me doy ánimos para seguir corriendo con el estuche en la mano. Cada minuto que pasa pesa más.

Miro por encima de mi hombro y no veo a nadie. Ni siquiera le he dicho a Marina o a Irene que hoy es el gran día. A Àngel le he pedido el saxo prestado. Creo que he sido una actriz lo suficientemente convincente al decirle que la prueba era pronto y me encantaría que me prestara el saxo para ensayar ese fin de semana. Septiembre y las verbenas quedan atrás, con verdadera lástima voy a echar muchísimo de menos tocar con los chicos. Pero... ¿no sería maravilloso formar parte de otro grupo, salir a ver mundo, recorrer Europa...?

Subo los peldaños cada vez con menos rapidez, hasta que me paro en el hall después de traspasar las grandes puertas de cristal.

No tengo que buscar mucho para localizar el aula de la audición. Sigo a los dos hombres de edad indefinida que avanzan hacia el pasillo del fondo. En la entrada del aula no hay nadie, pero cuando abro, observo que en el auditorio hay por lo menos dos docenas de personas.

Respiro hondo y en ese justo momento alguien sube al escenario para decir nuestros nombres y el orden de actuación. Miro a mi alrededor y veo cómo hay madres que abrazan a sus hijos. Amigos dando ánimos al saxofonista que avanza hacia la primera fila y los deja atrás... Miro alrededor y me siento un poco sola. Quizás debería haber dicho algo, quizás... Pero no, esto es algo mío. Algo que he querido hacer sola... aunque me encantaría que Àngel pudiera ver lo que hago con el saxo.

Con cada nombre que pronuncia la organizadora me pongo más nerviosa. Me acerco al escenario y una puerta se abre al fondo iluminando el espacio en penumbra de las últimas filas.

No me paro, sigo avanzando mientras mi corazón martillea como un tambor. Junto a los demás aspirantes, escuchamos cómo nos llaman por nuestro nombre y nos vamos acercando poco a poco a las primeras filas donde nos sentamos.

Miro a mi alrededor y de la docena de saxofonistas solo veo a otra chica que me sonrío cómplice. "Una mujer tocando un saxofón...". Las palabras de desprecio de mi padre me desconciertan por un instante, pero no voy a dejar que esté en mi cabeza. No, en este momento tan especial para mí.

Suspiro y me siento como han hecho los demás.

Que empiece el espectáculo me digo, mientras pongo el estuche en el suelo y acaricio el tirante cuero.

Mi primer contrincante no lo hace nada mal. Después va otro que es aún mejor, y luego otro y otro, hasta que después de seis saxofonistas ha llegado mi turno.

Se me acelera el corazón cuando saco el saxofón de la caja y subo los peldaños. Mis pies se mueven rápido y en pocos segundos estoy frente al micro. Abajo, cuatro pares de ojos me observan con detenimiento y sé que debo tocar para ellos que evaluarán cada uno de mis movimientos, cada uno de los sonidos que haga con el saxo.

Respiro hondo y... levanto la vista.

Puede que deba tocar para ellos, pero cuando mis labios se ponen sobre la boquilla tengo muy claro para quién estoy tocando. Unos ojos de chocolate me observan desde la oscuridad de la última fila y sonrío antes de que cualquier sonido se atreva a salir del instrumento.

¡Allá voy!

Toco.

Toco para él. Como si estuviésemos solos. Como si no hubiese nadie más allí.

Es la mejor actuación de mi vida, y aunque pienso en mi abuelo, mi corazón emocionado toca para él, para el hombre que es tan inocente o estúpido que ha creído que no notaría su presencia.

Àngel

Ella es simplemente extraordinaria.

Mis dedos hormiguan y se mueven apretando piezas imaginarias, intentando de algún modo seguir las notas, rezando para que no se equivoque en ninguna y que sus pulsiones sean firmes y no vacile en la nota que siempre consigue arruinarle el solo.

Sonrío y hasta esa pequeña dificultad me encanta de ella.

Abro los ojos. Ella se equivoca y por un momento mi corazón se para.

Aprieto los puños cuando veo que me observa.

Cierro los ojos.

Soy un cretino. Si mi presencia es la responsable de aquello, puedo estar seguro de que no me perdonará y yo tampoco.

Sigue con la canción que la he visto tocar estas últimas semanas. Siento la música y los recuerdos de este último tiempo junto a ella, asaltan mi cabeza. Veo la imagen de Cristina besando la boquilla, acariciando el saxofón con una maestría que ya quisieran muchos. En mi recuerdo la observo desde la cama mientras le sonrío embobado.

Deseo que consiga su sueño, y anhelo con la misma intensidad que no lo haga. Mi corazón egoísta quiere que se quede, que no se marche. Europa es preciosa y con lugares mágicos para un saxofonista, pero a la vez queda tan lejos...

Me emociono. Es perfecta, toda ella es perfecta, de los pies a la cabeza. Cuando toca ese instrumento resplandece, como si hubiese sido creado solo para sus manos y su boca.

Para de tocar. La pieza terminó y la veo bajar del escenario con sus vaqueros ajustados y su camiseta negra, intentando pasar desapercibida y dejando brillar al instrumento.

Cuando mete el saxo en la funda y otro chico sale al escenario se sienta en el sitio que había ocupado antes y, como yo, espera con el corazón en un puño.

Epílogo

Cristina

No ha podido ser.

El número tres era simplemente extraordinario, ¿cómo poder competir con semejante maestría?

Suspiro y me encojo de hombros. Escucho a mis compañeros darle la enhorabuena y realmente se la merece, formar parte de una de las mejores bandas de jazz y recorrer Europa... Mi sueño tendrá que esperar. Y aunque estoy decepcionada, creo que esta es menor cuando me doy cuenta de que mi sueño no se centraba en uno solo.

Miro por encima del hombro y con el asa del estuche pegada a mi mano recorro el pasillo hasta el final.

Àngel no está.

Me siento algo contrariada, ¿no se habrá creído que ha podido engañarme por un instante?

Abro la puerta y recorro el hall hasta salir del edificio. El sol radiante me da en la cara cuando bajo algunos peldaños y me lo encuentro apoyado contra la barandilla.

—¿Qué tal te ha ido?

Le sonrío.

—¿Lo has conseguido? —me dice al ver mi cara, está entre sorprendido y entusiasmado y no sé si sentirme ofendida o halagada por tener tan poca fe en mí por un lado y alegrarse de que lo haya logrado por otro.

Meneo la cabeza y su sonrisa desaparece, pero la mía, aunque algo triste, sigue ahí.

—No, no lo he conseguido.

Él me mira de arriba abajo.

—Lo siento.

Y sé que es muy cierto.

Bajo dos peldaños más y quedamos uno frente al otro, nuestras cabezas están a la misma altura cuando me abraza por la cintura.

—Pareces tan contenta que creí...

—No ha podido ser.

Dejo de abrazarle y con el brazo encogido le hago entrega de su saxo. Àngel se apresura a sostenerlo sin dejar de mirarme a los ojos.

—Cristina... —murmura, dejándolo en el suelo.

Me acerco un poco más hasta que le rodeo la cintura con los brazos y pongo mi mejilla contra su pecho.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento. Respiro hondo y mi sonrisa se ensancha.

—No era tan buena como creía.

—Eres prodigiosa —me dice apasionadamente y me besa el pelo.

Alzo la vista y me encuentro sus ojos de chocolate.

—¿Eso crees?

—Sí, lo creo. Y es cierto.

—Pero los demás eran mejores.

Sonrío al ver que vacila. Finalmente, asiente.

—El tres era muy bueno.

Pongo los ojos en blanco.

—Es el que ha ganado.

—Pero los demás no te llegan ni a la suela de los zapatos.

Me río con ganas.

—Sé que había otros mejores que yo, pero... no lo hago nada mal.

Àngel me separa un poco de él para poder mirarme a los ojos. Le beso los labios y él me corresponde. Si Àngel es el premio de consolación, igual no me parece tan mal perderme la gira.

—Siento que esta vez no haya podido ser.

No se me pasa por alto que ha dicho "esta vez". Está seguro de que lo voy a volver a intentar, y yo también lo estoy. Pero eso no quita que no hubiese sido duro alejarme de él.

—En el fondo te alegras de que me quede, ¿verdad?

Él se aparta un poco para mirarme a los ojos.

—¿Bromeas, no? —Pone una fingida cara de horror y yo me río—. ¿Tener que estar en la misma isla que tú y mirar por encima del hombro cada vez que doble una esquina por si intentas robarme el saxo?

Yo asiento mientras me echo a reír.

—Me lo merezco.

Ahora el que se ríe es él.

—Me alegro de que te quedes —dice con una sonrisa triste—, pero siento que esta vez tu sueño no haya podido ser.

—Una no debe renunciar jamás a su sueño —le digo, dejándole claro que vamos a volver a intentarlo—, pero puedo ir cumpliendo otros por el camino. —Me abraza con más fuerza—. Espero que siga en pie eso de convertirme en corista del mejor grupo verbenero de Mallorca.

—Creo que incluso podría haber sitio para dos saxos en el grupo.

—¿En serio? —Me finjo sorprendida por sus palabras—. ¡Caray!

—Solo un tiempo. Hasta que te largues de gira en la próxima oportunidad. O quién sabe... No hay suficientes grupos de jazz en la isla, algo podríamos hacer si tu sueño es tocar en uno.

Los ojos se me iluminan y no me parece nada mal esa idea.

—Solo, mientras esperas una nueva oportunidad para recorrer Europa. Al fin y al cabo, las relaciones a distancia no siempre acaban siendo un desastre.

Nos miramos a los ojos, y aunque hay tiempo y espacio para cumplir sueños, está claro que estar con ese hombre insufrible no dista mucho de ser uno.

—¿Vamos a tener una relación a distancia? —le pregunto.

—Puede que el año que viene, sí, porque seguro encuentras la manera de largarte con tu grupo de jazz favorito. Pero este... —vacila, mirándome a los ojos y ambos nos ponemos serios— tendremos una relación de cerca, ¿te parece?

Asiento, convencida de que es lo que más quiero en el mundo en este momento.

—¿Una relación contigo?

—De muy cerca —me dice él y me da un fugaz beso en los labios mientras me aprieta más contra su pecho.

—Vale. ¿Y cuánto tiempo durará esta relación sin que nos arranquemos la cabeza? ¿Dos semanas?

—Quizás ni siquiera dos minutos, pero mientras...

Me estrecha más contra sí y me río al intentar besarme.

Àngel sonrío, de esas sonrisas que le iluminan los ojos de chocolate y yo me derribo. Me cuelgo a su cuello y le beso más intensamente, mientras a nuestros pies, el mejor saxofón del mundo, es testigo de todo.

Nota de la autora

Cierto que no es muy frecuente ver a mujeres saxofonistas, pero sería fantástico que las conocierais. Hay algunos artículos al respecto y seguro que os encantará escuchar su música. No podía despedir esta novela sin que, por supuesto, os recomendara unas cuantas, basándome en el artículo de Antonio Juárez Bayón.

¿Quién fue de las primeras mujeres en tocar un saxofón? Elise Hall (Francia 1853), fue la pionera en tocar el saxofón clásico y creo que hasta hoy en día, ninguna otra ha intentado igualarla. Obtuvo mucho reconocimiento en vida y se la llegó a llamar: "La mujer saxofón".

Como era tan difícil formar parte de una gran banda, se empezaron a crear agrupaciones para que las mujeres pudieran tocar. Las primeras las encontramos a mediados del siglo XX en Austria y Alemania. A partir de la II Guerra Mundial, las mujeres empiezan a poder acceder en campos donde antes solo habían estado los hombres, es el caso de las orquestas. Aunque el camino fue duro, pues muchos directores se oponían a las orquestas mixtas y muchas mujeres acababan renunciando al puesto a pesar de haber superado las pruebas.

A pesar de las dificultades, no son pocas las mujeres que han tocado el saxofón a lo largo de la historia especializándose en Post-Bop, Cuban-Jazz, Latín-Jazz, etcétera.

Aquí os dejo un listado de grandes mujeres saxofonistas empezando por aquellas que sonaban mientras escribía esta novela: Candy Dulter, Carolyn Breuer, Mindi Abair.

Pero hay más virtuosas del saxofón, como: Chefa Alonso, Anita Carmichael, Peggy Gilbert, Jane Ira Bloom, Jane Bunnett, Carolyn Breuer, Susanne Alt., Tía Tuler, Tineke Postma, Katja Rieckermann, Larisa Locktt, Angela Puxi, Melissa Aldana, Pamela Williams, Karolinae Strassmayer, Ingrid Laubrock, Claire Doly, Natalie Marchenko, Anat Cohen, Theresa Graysan, Jessica Lurie, Barbara Thompson, Barbara Donad, Vi Redd, Mary Fettung, Melba Liston, Magdalena Covacova, Paula Athertan.

Como siempre, espero que os haya gustado este toque en femenino.

Table of Contents

- [1 Esta noche es la noche](#)
- [2 Algo inesperado](#)
- [3 Pillada](#)
- [4 ¡Corre, Forrest!](#)
- [5 La mujer de mi vida](#)
- [6 Sin remordimientos](#)
- [7 Hoy no te escaparás](#)
- [8 ¡Quiero ese saxo!](#)
- [9 Putón verbenero](#)
- [10 Celos](#)
- [11 Mi sueño es...](#)
- [12 Una mala actitud](#)
- [13 Uno, dos, tres, cuatro... mojitos](#)
- [14 ¡No me gusta!](#)
- [15 No es un día de playa cualquiera](#)
- [16 Mear de pie es muy duro](#)
- [17 El bochorno de mi vida](#)
- [18 Pero ¿por qué?](#)
- [19 La víbora](#)
- [20 La fiesta](#)
- [21 El duelo](#)
- [22 Pura magia](#)
- [23 No todo iba a ser tan bonito](#)
- [24](#)
- [25 La familia no la eliges, te toca](#)
- [26 No vayas por ese camino](#)
- [27 Mágica sinfonía](#)
- [28 La audición](#)
- [Epílogo](#)
- [Nota de la autora](#)